

Robert Holdstock

Bosque Mitago

Ediciones Martínez Roca, S. A.

Escaneos Varios: Stigmesh ;)

Aquí debería venir el rollo de que no esta permitida la reproducción del libro y demás, pero por razones obvias paso de ponerlo. El libro esta descatalogado desde hace un millón de años y de momento nadie tiene la intención de reeditarlo.

Si encuentras algún error en éste documento escíbeme a stigmesh@hotmail.com

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a Alian Scott, cuyo *Manual anglosajón para el visitante de Ellorgaesten*, escrito especialmente para mí, me fue de gran ayuda. Mi agradecimiento también para Mildred, por el entusiasmo que inspiró la visión y para George Huxley, que acuñó la palabra Mitago.

R.H.

Fue como si lo reconociera (...). Aquí había algo que había conocido toda mi vida, aunque no lo supiera (...).

Ralph Vaughan WILLIAMS,
comentando su primera impresión al descubrir el folklore y la música popular
británica.

Prólogo

Edward Wynne-Jones Esq. 15 College Road Oxford

Edward:

Tienes que volver al Refugio. ¡Por favor, no te retrases ni una hora! He descubierto un cuarto camino hacia las zonas más profundas del bosque. El arroyo. Qué obvio parece ahora... ¡un camino de agua! Pasa directamente a través del vórtice exterior de fresnos, más allá del sendero espiral y de las Cataratas de Piedra. Creo que nos servirá para llegar al mismo corazón del bosque. ¡Pero el tiempo, siempre el factor tiempo...!

He encontrado un pueblo llamado los shamiga. Viven más allá de las Cataratas de Piedra. Vigilan los vados del río, pero descubrí con gran satisfacción que les encanta contar historias. Ellos lo llaman «narrar la vida». La narradora de la vida es una jovencita que se pinta la cara de verde y cuenta las historias con los ojos cerrados, para que las sonrisas o gestos desaprobadores de los que escuchan no la hagan «cambiar de forma» a los personajes de la historia. La escuché durante mucho tiempo, pero lo más importante que oí fue un fragmento que sólo puede pertenecer a la historia de Guiwenneth. Era una versión precéltica del mito, pero estoy seguro de que se refiere a la chica. Esto es lo que conseguí entender:

«Una tarde, tras matar a un ciervo con astas de ocho puntas, a un jabalí más alto que dos hombres, y corregir los malos modales de cuatro pueblos, Mogoch, un jefe, se sentó junto a la orilla para descansar. Era de constitución tan gigantesca, que las nubes casi le tapaban la cabeza. Metió los pies en el mar, junto a la base de los acantilados, para refrescarse. Luego se reclinó hacia atrás y observó la reunión que tenía lugar entre dos hermanas sobre su fertilidad.

»Las hermanas eran gemelas, ambas hermosas, de hablar dulce y hábiles con el arpa. Pero una de ellas se había casado con el jefe guerrero de una gran tribu, y pronto descubrió que su vientre no podía concebir. Se volvió tan agria como la leche que ha quedado demasiado tiempo expuesta al sol. La otra hermana se había casado con un guerrero exiliado llamado Peregu. El campamento de Peregu estaba en los más profundos desfiladeros de la parte más lejana del bosque, pero acudía junto a su amada en forma de lechuza. Ella acababa de tener una hija, pero, como Peregu estaba exiliado, la hermana de rostro amargado y su ejército se habían presentado para llevarse a la criatura.

»Tuvo lugar una gran discusión, y las armas chocaron. La amada de Peregu ni siquiera había tenido tiempo de ponerle nombre a la niña, cuando su hermana le arrebató el pequeño bulto envuelto en telas y lo alzó sobre su cabeza, para ser ella quien le diera nombre.

»Pero el cielo se oscureció, y aparecieron diez urracas. Eran Peregu y sus nueve hermanos de espada, mutados por la magia del bosque. Peregu descendió en picado, tomó a la niña entre sus garras y se remontó, pero un tirador le derribó con su honda. La niña cayó, pero los otros pájaros la recogieron en el aire y se la llevaron. Así que fue llamada Hurfathana, que quiere decir "la niña criada por urracas".

»Mogoch, el jefe, contempló todo esto con diversión despectiva, pero sentía respeto por el difunto Peregu. Recogió al pajarilla y le devolvió la forma humana. Como tenía miedo de aplastar pueblos enteros si excavaba una tumba con el dedo, Mogoch se metió al exiliado muerto en la boca, y se arrancó un diente para

que le sirviera de lápida funeraria. Así, Peregu fue enterrado bajo una gran piedra blanca, en un valle que respira.»

No hay duda, se trata de una versión primitiva de la historia de Guiwenneth, y supongo que comprendes mi emoción. La última vez que vino la chica, pude preguntarle sobre su tristeza. Me dijo que se había extraviado. No conseguía dar con el valle que respiraba, ni la brillante roca bajo la que yacía su padre. Es la misma historia. ¡Lo sé, lo presiento! Tenemos que invocarla de nuevo. Tenemos que ir otra vez más allá de las Cataratas de Piedra. Necesito tu ayuda.

¿Quién sabe dónde y cuándo terminará esta guerra? Pronto llamarán a filas a mi hijo mayor, y Steven no tardará en seguirle. Entonces, tendré más libertad para explorar el bosque y hablar con la chica.

Tienes que venir, Edward.

Un saludo afectuoso.

George Huxley Diciembre de 1941

Primera parte Bosque Mitago

Uno

En mayo de 1944 recibí los papeles de alistamiento y, de mala gana, partí hacia la guerra. Mi entrenamiento tuvo lugar en Lake District, y luego me embarcaron hacia Francia con el Séptimo de Infantería.

La noche anterior a la partida, estaba tan enfadado con mi padre por su aparente despreocupación en lo relativo a mi seguridad, que, cuando se durmió, me acerqué silenciosamente a su escritorio y arranqué una página de su libreta, el diario donde detallaba su trabajo silencioso y obsesivo. El fragmento tenía como única fecha «Agosto del 34», y lo leí muchas veces, desesperado por no comprender nada, pero contento de haberle arrebatado al menos una pequeña parte de su vida, una parte que me sustentaría en aquellos días dolorosos y solitarios.

La anotación comenzaba con un amargo comentario sobre las pérdidas de tiempo que se le imponían: el mantenimiento de Refugio del Roble, nuestro hogar familiar, las exigencias de sus dos hijos, y la difícil relación con su esposa, Jennifer. Si mal no recuerdo, por aquel tiempo mi madre estaba gravemente enferma. Terminaba con un párrafo memorable por su incoherencia:

Una carta de Watkins. Está de acuerdo conmigo en que, en ciertas épocas del año, el aura que rodea el bosque puede llegar hasta la casa. Debo meditar sobre las implicaciones. Quiere conocer el poder del vórtice roble que he medido. ¿Qué le cuento? Desde luego, nada del primer mitago. También he notado que la zona premitago es cada vez más rica. Pero, al mismo tiempo, es evidente que pierdo progresivamente el sentido del tiempo.

Atesoré este pedazo de papel por muchas razones, pero sobre todo, porque representaba los escasos momentos de interés apasionado de mi padre... aunque, al mismo tiempo, no podía compartir este interés, igual que no podía compartir su vida cuando estaba en casa.

Me hirieron a principios de 1945, y cuando terminó la guerra, me las arreglé para quedarme en Francia. Viajé hacia el sur para pasar la convalecencia en un pueblo de las colinas que hay más allá de Marsella, y allí viví con unos viejos amigos de mi padre. Era un lugar cálido, seco, silencioso y tranquilo. Me pasaba horas y horas sentado en la plaza del pueblo, y pronto se me consideró parte de la pequeña comunidad.

Las cartas de mi hermano Christian, que había vuelto a Refugio del Roble cuando terminó la guerra, me llegaban puntualmente todos los meses durante el largo año de 1946. Eran cartas alegres, informativas, pero parecían cada vez más tensas: evidentemente, la relación de Christian con nuestro padre se deterioraba por momentos. El viejo no me escribió nunca, pero tampoco lo esperaba. Hacía mucho que me había resignado, lo máximo que obtendría de él sería indiferencia. Toda la familia no era más que una intrusión en su trabajo. Su sentimiento de culpabilidad por habernos descuidado, y sobre todo por haber hecho que nuestra

madre se suicidara, se convirtió rápidamente, durante los primeros años de guerra, en una locura histérica verdaderamente aterradora. Esto no quiere decir que estuviera gritando siempre; todo lo contrario, se pasaba la mayor parte del tiempo en silencio, absorto en la contemplación del bosque de robles cercano a nuestra casa. Estos períodos de silencio, que al principio no le enfurecían por la distancia que interponían entre la familia y él, se convirtieron pronto en una auténtica bendición.

Murió en noviembre de 1946, de una enfermedad que le había aquejado durante años. Cuando me enteré, me sentí dividido entre lo poco que me atraía volver a Refugio del Roble, en un rincón de Ryhope, en Herefordshire, y el evidente malestar de Christian. Ahora, mi hermano estaba solo en la casa donde habíamos pasado juntos la infancia. Me lo imaginaba recorriendo las habitaciones vacías, quizá sentado en el estudio húmedo e insalubre de nuestro padre, recordando las horas de rechazo, el olor a madera y mantillo que acompañaba al viejo al cruzar las puertas con paneles de cristal cuando regresaba de sus expediciones de una semana a lo más profundo del bosque. Éste se había extendido por esa habitación, como si mi padre no soportara estar lejos de los matorrales bajos y as húmedas sombras de los robles, ni siquiera cuando recordaba que tenía una familia. Demostraba recordarnos de la única manera en que sabía hacerlo: contándonos -sobre todo, contando a mi hermano- historias sobre los antiguos bosques que se divisaban desde la casa, sobre los robles, fresnos, hayas y otros árboles en cuyo oscuro interior (dijo una vez) aún se podía oír y oler al jabalí salvaje, incluso seguir sus huellas.

Yo dudaba de que hubiera visto nunca a ese animal, pero aquella noche, sentado junto a la ventana de mi habitación, contemplando el pueblecito en las colinas (todavía llevaba la carta de Christian en la mano, hecha una bola), recordé con claridad cómo me había dedicado a escuchar los gruñidos lejanos de algún animal del bosque, cómo atendía al ruido del pesado desplazamiento de algo muy grande que se adentraba hacia el bosque por el ventoso camino que llamábamos Sendero Profundo, una ruta que transcurría en espiral hacia el mismo corazón del bosque.

Sabía que debía volver a casa, pero retrasé el viaje casi otro año. Durante ese tiempo, las cartas de Christian cesaron bruscamente. En la última, fechada el diez de abril, escribía sobre Guiwenneth, acerca de su extraño matrimonio, y aseguraba que me sorprendería la encantadora muchacha por la que había perdido «corazón, mente, alma, razón, talento para cocinar y casi todo lo demás, Steve». Le escribí para darle la enhorabuena, claro, pero durante los meses siguientes no hubo ninguna comunicación más entre nosotros.

Por fin, le escribí para hacerle saber que volvía a casa, que me quedaría en Refugio del Roble unas semanas, y luego buscaría alojamiento en alguna de las ciudades cercanas. Me despedí de Francia y de la comunidad que se había convertido en una parte importante de mi vida. Viajé hasta Inglaterra en autobús y tren, en ferry y otra vez en tren. El 20 de agosto, en coche de caballos, llegué hasta el tendido de ferrocarril en desuso que marcaba el límite de los terrenos. Refugio del Roble estaba al otro lado, a seis kilómetros si se daba un rodeo por la carretera, pero mucho más cerca por un camino que atravesaba los campos y bosquecillos de la finca. Mi intención era tomar la ruta más rápida, así que cogí lo mejor que pude mi única y destartalada maleta y eché a andar por el descuidado sendero. De cuando en cuando, echaba un vistazo por encima del alto muro de ladrillo rojo que señalaba los límites de la propiedad, tratando de ver algo a través de la espesura de pinos.

Pronto desaparecieron tanto el bosque como el muro, y la tierra se convirtió en una serie de campos bordeados de árboles, a los que entré por un desvencijado

portillo con escalones de madera, casi oculto bajo las raíces de fresno y los arbustos fresales. No me costó poco abandonar la vía pública y avanzar por el camino sur que atravesaba los bosquecillos, serpenteando junto al riachuelo llamado «arroyo arisco», hacia la casa cubierta de hiedra que era mi hogar.

Se acercaba el mediodía y el calor arreciaba cuando por fin avisté Refugio del Roble. En algún lugar, a mi izquierda, se oía el sonido de un tractor. Pensé en el viejo Alphonse Jeffries, el encargado de los terrenos. Y, junto con su rostro bronceado, sonriente, recordé la alberca del molino y el pequeño bote de remos desde el que solía pescar.

El recuerdo de la tranquila alberca se apoderó de mí, y me aparté del sendero sur, pese a que las ortigas me llegaban a la cintura, y los fresnos y los espinos crecían por doquier. Me acerqué a la orilla de la amplia alberca sombreada. El espeso bosque de robles del otro lado impedía verla en toda su extensión. Casi oculto entre los arbustos que poblaban la orilla más cercana estaba el pequeño bote desde el que Chris y yo solíamos pescar años antes. Había perdido casi por completo la capa de pintura blanca y, aunque el casco parecía intacto, dudé que soportara el peso de un hombre adulto. No lo toqué. Me limité a rodear la alberca para sentarme en los desiguales escalones de cemento que llevaban al desvencijado embarcadero. Desde allí, contemplé la superficie de la alberca, poblada por nubes de insectos, sólo alterada por el paso de algún que otro pez.

-Sólo nos harían falta un par de palos y un trozo de cordel. La voz de Christian me sobresaltó. Debía de haber caminado desde el Refugio por el sendero que la vegetación me impedía ver. Alegre, me puse en pie de un salto y me volví hacia él. La sorpresa que me causó su aspecto fue tan brutal como si me hubieran golpeado, y creo que se dio cuenta, aunque le rodeé con los brazos y le di un fuerte abrazo fraternal.

-Tenía que ver otra vez este lugar -dije.

-Te comprendo -asintió, mientras nos separábamos-. Yo suelo venir a menudo.

Nos miramos, y se hizo un extraño silencio. Y, de pronto, tuve la certeza de que no le alegraba verme.

-Estás muy moreno -señaló-. Y muy demacrado. Saludable y enfermo al mismo tiempo...

-Sol mediterráneo, recogida de la uva y una granada de metralla. Aún no me he recuperado del todo. -Sonreí-. Pero me encanta estar de vuelta y verte de nuevo.

-Sí -respondió vagamente-. Me alegra que hayas regresado Steve. Me alegra mucho. Me temo que la casa... bueno, no está muy ordenada. Tu carta no llegó hasta ayer, y no he tenido tiempo de hacer nada. Pronto verás que las cosas han cambiado bastante.

Sobre todo él. Apenas podía creer que éste fuera el joven alegre y vivaz que marchó con su unidad en 1942. Había envejecido de una manera increíble, tenía el pelo surcado de hebras grises, más evidentes al llevarlo largo y sucio. Me recordó a nuestro padre: la misma mirada distante, ausente, idénticas mejillas demacradas, idénticas arrugas profundas en todo el rostro. Pero lo que más me chocaba era su porte en general. Siempre había sido del tipo recio, musculoso. Ahora era como el proverbial espantapájaros, flaco, desgarrado, siempre nervioso. Lanzaba miradas hacia todas partes, pero sin concentrarse nunca en mí. Y olía. A bolas de naftalina, como si la camisa blanca y los anchos pantalones grises que llevaba acabaran de salir del armario. Y había otro olor, por debajo del de la naftalina..., el punzante aroma de bosque y hierba. Tenía tierra en las uñas y en el pelo, y sus dientes amarilleaban.

Con el paso de los minutos, pareció relajarse ligeramente. Discutimos un poco, reímos otro poco y paseamos alrededor de la alberca, golpeando los arbustos con

palos. Pero no podía librarme de la sensación de haber llegado a casa en un mal momento.

-¿Fue difícil... lo del viejo? Me refiero a los últimos días. Negó con la cabeza.

-Durante las dos últimas semanas, más o menos, le atendió una enfermera aquí. No puedo decir que muriera en paz, pero al menos dejó de hacerse daño a sí mismo... y, de paso, a mí.

-Iba a preguntártelo. En tus cartas sugerías que había cierta hostilidad entre vosotros.

Christian frunció los labios en una sonrisa sombría, y me miró con una expresión extraña, algo a medio camino entre el asentimiento y la sospecha.

-Más bien una guerra abierta. Poco después de que yo regresara de Francia, se volvió bastante loco. Tendrías que haber visto la casa, Steve. Tendrías que haber visto al viejo. Creo que llevaba meses sin lavarse. No sé qué habría estado comiendo... Desde luego, nada tan sencillo como huevos y carne. Para ser sincero, durante unos meses creí que se alimentaba de madera y hojas. Estaba en unas condiciones desastrosas. Me dejó ayudarlo con su trabajo, pero pronto empezó a odiarme. Trató de matarme más de una vez, Steve. Y lo digo en serio, auténticos atentados contra mi vida. Supongo que tenía un motivo...

El relato de Christian me dejó atónito. La imagen de mi padre había cambiado. De ser un hombre frío, resentido, a convertirse en una figura enloquecida que se lanzaba sobre mi hermano para golpearle con los puños.

-Siempre pensé que te quería más a ti. Era a ti a quien contaba las historias del bosque. Yo escuchaba, pero siempre era a ti a quien sentaba sobre sus rodillas. ¿Por qué iba a intentar matarte?

-Me involucré demasiado -fue toda la respuesta de Christian. Me ocultaba algo, algo de importancia fundamental. Se le notaba en el tono de voz, en la expresión hosca, casi resentida. ¿Debía presionarle o no? Difícil decisión. Nunca me había sentido tan lejos de mi propio hermano. Me pregunté si su comportamiento repercutía en Guiwenneth, la chica con quien se había casado. Me pregunté qué clase de atmósfera estaría respirando la pobre en Refugio del Roble.

Saqué el tema de la chica con precaución. Christian golpeó furioso los arbustos de la alberca.

-Guiwenneth se ha ido -fue toda su respuesta. Me detuve, sobresaltado.

-¿Qué quieres decir, Chris? ¿Adonde ha ido?

-Simplemente se ha ido -replicó furioso, de mala gana-. Pertenece a papá, se ha ido, y no hay más que hablar.

-No sé qué quieres decir. ¿Dónde está? En tu carta parecías tan feliz...

-No debí escribirte sobre ella. Fue un error. Ahora, deja el tema, ¿vale?

Después de aquella réplica, me sentía cada vez más intranquilo con Christian. Desde luego, le sucedía algo terrible, y era evidente que la partida de Guiwenneth había contribuido en gran manera a aquel terrible cambio que no podía dejar de advertir. Pero también sentí que había algo más. Y no podía saber qué era, a menos que

Christian hablara de ello.

-Lo siento -fueron las únicas palabras que conseguí formular.

-No lo sientas.

Caminamos en dirección al bosque, donde el suelo se volvía fangoso e inseguro durante unos metros, antes de desaparecer en un pantano musgoso de piedras, raíces y madera putrefacta. Los rayos del sol apenas conseguían atravesar el espeso follaje de los árboles, y hacía frío. Los densos arbustos se movían con la brisa, y vi como el bote se mecía ligeramente.

Christian siguió la dirección de mi mirada, pero no se fijó en el bote ni en la alberca. Estaba perdido en algún lugar de sus propios pensamientos. Durante un

breve instante, la tristeza me atenazó al ver a mi hermano tan destruido en aspecto y actitud. Quería desesperadamente tocarle el brazo, estrecharle, y era terrible, pero me daba miedo hacerlo.

-¿Qué demonios te ha pasado, Chris? ¿Estás enfermo? -le pregunté con una voz bastante serena. Por un momento no respondió.

-No estoy enfermo -dijo al final.

Dio una patada a una seta seca, que quedó convertida en un polvillo que la brisa arrastró. Me miró con algo parecido a la resignación en su rostro obsesionado.

-He cambiado un poco, nada más. He retomado el trabajo del viejo. Quizá se me haya pegado algo de su indiferencia.

-Si es así, quizá deberías dejarlo una temporada.

-¿Por qué?

-Porque la obsesión del viejo terminó por matarle. Y, por tu aspecto, sigues el mismo camino.

Christian sonrió un instante, y lanzó el palo a la alberca, donde salpicó un poco y quedó flotando en un charco de sucias algas verdes.

-Quizá valga la pena morir por lo que él buscaba..., aunque no lo encontrara.

No comprendí el tono dramático en la afirmación de Christian. El trabajo que tanto había obsesionado a nuestro padre consistía en dibujar mapas del bosque, en buscar pruebas de la existencia de sus antiguos pobladores. Había inventado toda una nueva jerga para su propio uso, y consiguió dejarme completamente al margen, sin la menor posibilidad de comprender su trabajo. Se lo dije a Christian.

-Es muy interesante, pero no tanto como crees -añadí.

-Hacía mucho, mucho más que dibujar mapas. Pero ¿recuerdas esos mapas, Steve? Increíblemente detallados...

Recordaba uno con bastante claridad, el más grande de todos. Mostraba con gran precisión los senderos y los caminos menos importantes, que atravesaban los grupos de árboles y montículos pedregosos. Los claros estaban dibujados con precisión casi obsesiva, cada uno numerado e identificado, y todo el bosque aparecía dividido en zonas con nombre propio. Una vez, Chris y yo montamos un campamento en uno de los claros, en el bosque, aunque no nos adentramos demasiado.

-Muchas veces intentamos adentrarnos más. ¿Recuerdas aquellas expediciones, Chris? En cuanto terminaba el sendero profundo, nos perdíamos. Y nos asustábamos mucho.

-Cierto -replicó Christian con voz tranquila, mientras me miraba de una manera enigmática-. ¿Y si te dijera que el bosque nos impidió entrar? -añadió-, ¿Me creerías?

Contemplé los grupos de arbustos, árboles y sombras, donde apenas llegaba la luz del sol.

-Supongo que, en cierto modo, lo hizo -respondí-. Nos impidió adentrarnos más porque nos hizo tener miedo, porque hay pocos senderos y está lleno de piedras y raíces... Es muy difícil caminar por ahí. ¿Te refieres a eso? ¿O a algo un poco más siniestro?

-«Siniestro» no es la palabra que yo utilizaría -señaló Christian. Pero, por el momento, no añadió nada más, Se agachó para recoger una hoja de un roble pequeño, inmaduro, y la frotó entre el índice y el pulgar antes de aplastarla con el puño. Todo esto sin dejar de mirar hacia el bosque.

-Éste es un bosque de robles, Steve. Un bosque virgen desde los tiempos en que todo el país estaba cubierto de bosques de árboles caducos: robles, fresnos, saúcos, serbales, espinos...

-Y todos los demás -le interrumpí con una sonrisa-. Recuerdo la lista que nos hacía el viejo.

-Cierto. Y hay más de cinco kilómetros cuadrados de bosque desde aquí hasta Grimiey. Cinco kilómetros cuadrados de auténtico bosque posterior a la Era Glaciar. Y ha permanecido intacto, sin que nadie lo invadiera, durante miles de años.

Pareció despertar de un sueño, y me miró con gesto duro.

-Se resisten a cambiar -añadió.

-Siempre pensó que había jabalíes vivos ahí dentro -dije-. Recuerdo que una noche oí algo, y él me convenció de que se trataba de un jabalí salvaje, de un enorme jabalí que corría por el lindero del bosque, en busca de una hembra.

Christian echó a andar de vuelta hacia el embarcadero, y le seguí.

-Seguramente tenía razón. Si ha sobrevivido algún jabalí de la Edad Media, estará en un bosque como éste.

Como estaba pensando en sucesos acaecidos muchos años antes, los recuerdos fueron regresando muy despacio. Volví a ver imágenes de mi infancia: el sol abrasador sobre la piel arañada por las zarzas, las excursiones de pesca a la alberca del molino, los campamentos entre los árboles, los juegos, las exploraciones... y, una y otra vez, recordé a Brezo.

Mientras volvíamos hacia el pisoteado sendero que llevaba al Refugio, discutimos sobre la visión. Yo tenía nueve o diez años. Íbamos hacia el Arroyo Arisco a pescar, y decidimos probar nuestros palos y cordeles en la alberca del molino con la vana esperanza de atrapar a alguno de los peces depredadores que allí vivían. Cuando nos acuclillamos junto al agua -sólo nos atrevíamos a salir con el bote si nos acompañaba Alphonse-, vimos un movimiento entre los árboles, al otro lado de la orilla. Fue una visión asombrosa, que nos dejó subyugados durante los meses siguientes..., además de aterrorizarnos, desde luego. De pie, mirándonos, había un hombre vestido con pieles marrones. Se ceñía con un ancho cinturón brillante, y la barba hirsuta, anaranjada, le llegaba al pecho. Llevaba unas ramitas en la cabeza, sujetas a la coronilla con una tira de cuero. Nos contempló sólo un instante, antes de volver a la oscuridad. No oímos ni un ruido durante aquel lapso, ni cuando se acercó, ni cuando desapareció.

Corrimos de vuelta a la casa, y llegamos ya algo más tranquilos. Christian concluyó que debía de tratarse del viejo Alphonse, que nos quería tomar el pelo. Cuando le mencionó a nuestro padre lo que habíamos visto, éste reaccionó casi con furia, aunque Christian creía recordar que se había puesto nervioso, y que si nos gritó fue por eso, no por habernos acercado a la alberca prohibida. Fue nuestro padre quien empezó a llamarle «el Brezo», refiriéndose a las ramas de brezo que llevaba en la cabeza. Y, poco después de que se lo contáramos, desapareció en el bosque durante casi dos semanas.

-Fue la vez que volvió herido, ¿recuerdas? Ya habíamos llegado a Refugio del Roble, y Christian me abrió la puerta de la valla.

-La herida de flecha. La flecha gitana. Dios, fue un día terrible.

-El primero de muchos.

Advertí que la mayor parte de la hiedra había desaparecido de los muros de la casa. Ahora era un lugar gris, con pequeñas ventanas sin cortinas entre el ladrillo oscuro. El tejado, con sus tres esbeltas chimeneas, quedaba parcialmente oculto entre las ramas de una enorme haya vieja. El patio y los jardines estaban sucios, descuidados; el corral de los pollos, vacío; los establos para animales, deteriorados, casi en ruinas. Desde luego, Chris lo había descuidado todo. Pero, cuando atravesé el umbral, me sentí como si nunca hubiera estado fuera de allí. La casa olía a comida rancia y a cloro, y casi pude ver la esbelta silueta de mi madre, limpiando la enorme mesa de pino de la cocina, con los gatos a su alrededor, tendidos en el suelo de losetas rojas.

Christian estaba tenso otra vez. Me miraba de esa manera inquieta que delataba su intranquilidad. Supuse que aún no sabía si alegrarse o enfadarse conmigo por haber vuelto a casa. Por un momento, me sentí como un intruso.

-¿Por qué no deshaces las maletas y te refrescas un poco? -me dijo-. Puedes instalarte en tu vieja habitación. Supongo que estará mal ventilada, pero no tardará en airearse. Luego, cuando bajes, podemos comer algo. En cuanto tomemos el té, tendremos todo el tiempo del mundo para charlar.

Sonrió, y me pareció que era un intento de hacer un chiste. Pero siguió hablando rápidamente, mientras me miraba con frialdad.

-Porque, si te vas a quedar en casa una temporada, más vale que sepas lo que está pasando aquí. No quiero que te entrometas en esto, ni en lo que estoy haciendo, Steve.

-No me meteré en tu vida, Chris...

-¿No? Ya veremos. No negaré que tu presencia me pone nervioso. Pero, ya que has venido...

Se detuvo y, por un momento, pareció casi avergonzado.

-Bueno, ya hablaremos.

Dos

Aunque me intrigaba lo que había dicho Christian, y me preocupaba la aprensión que parecía sentir ante mi presencia, contuve mi curiosidad y dediqué una hora a explorar de nuevo la casa, de arriba abajo, por dentro y por fuera. Todo, menos el estudio de mi padre, cuya mera visión me asustaba mucho más que el comportamiento de Christian. Nada había cambiado, excepto que todo estaba sucio y descuidado. Christian había contratado a alguien por horas para que limpiara y cocinara: una mujer del pueblo cercano acudía en bicicleta al Refugio todas las semanas, y preparaba una empanada o un estofado que a mi hermano le duraría tres días. Christian no andaba escaso de productos de la granja, tanto era así que apenas utilizaba la cartilla de racionamiento. Al parecer, obtenía todo lo que necesitaba -incluso té y azúcar-, en la hacienda Ryhope, donde siempre se habían portado bien con nuestra familia.

Mi antigua habitación estaba casi exactamente como la recordaba. Abrí la ventana de par en par, y me tumbé en la cama unos minutos para contemplar el brumoso cielo de los últimos días del verano, atisbando entre las ramas de la gigantesca haya que crecía tan cerca del Refugio. Cuando era un chiquillo, salté muchas veces de la ventana a ese mismo árbol, y tenía mi campamento secreto entre sus gruesas ramas. Mientras la luna se reflejaba en mi pijama, tiritaba de frío acurrucado en aquel lugar privado, imaginando las oscuras actividades de las criaturas que pululaban abajo.

La comida, a media tarde, fue un sustancioso festín de cerdo frío, pollo y huevos duros, todo en cantidades que no había soñado con volver a ver tras dos años de estricto racionamiento en Francia. Por supuesto, nos estábamos comiendo sus reservas para varios días, pero a Christian no parecía preocuparle. Además, él comió muy poco.

Después charlamos durante un par de horas., y Christian se relajó de manera visible, aunque en ningún momento mencionó a Guiwenneth, ni el trabajo de nuestro padre. Yo tampoco saqué a relucir ninguno de los dos temas.

Nos arrellanamos en los incómodos sillones que pertenecieran a nuestros abuelos, rodeados de recuerdos de familia, ajados por el tiempo: fotografías, un ruidoso reloj de palisandro, espantosos cuadros de la exótica España, todos con agrietados marcos de madera pintada de purpurina, y colgados contra el papel floreado que cubría las paredes de la sala de estar desde que yo naciera. Pero aquello era mi hogar, y Christian era mi hogar, y los olores, y los objetos viejos, todo era mi hogar. Menos de dos horas después de llegar, ya sabía que iba a quedarme. No porque me sintiera parte del lugar, aunque así era, sino porque aquel lugar me pertenecía. No en el sentido mercenario de la propiedad, sino porque la casa y sus alrededores habían compartido su vida conmigo. Formábamos parte de la misma historia. Ni siquiera en Francia, en aquel pueblo del sur, había quedado al margen de esa historia. Simplemente, había constituido un extremo.

Cuando el pesado reloj empezó a chirriar, disponiéndose laboriosamente a dar las cinco, Christian se levantó como un resorte y arrojó el cigarrillo a medio fumar a la chimenea vacía.

-Vamos al estudio -dijo.

Me levanté sin decir nada, y le seguí a través de la casa hasta la pequeña habitación donde había trabajado nuestro padre.

-Te asusta esta sala, ¿verdad?

Abrió la puerta y entró. Se acercó al pesado escritorio de roble y, de uno de los cajones, sacó un gran libro con cubiertas de piel.

Titubeé un instante, todavía fuera del estudio. Miré a Christian. No podía ordenarles a mis piernas que me llevaran dentro de la habitación. Reconocí el volumen: era el libro de notas de mi padre. Me toqué el bolsillo trasero, donde tenía la cartera, y pensé en el fragmento de ese libro de notas que llevaba oculto allí. Me pregunté si alguien, mi padre o Christian, habrían advertido alguna vez la desaparición de la página. Christian me miraba, ahora con los ojos resplandecientes de emoción. Cuando dejó el libro sobre el escritorio, las manos le temblaban.

-Está muerto, Steve. Se ha marchado de esta habitación, de la casa. Ya no hay por qué tenerle miedo.

-¿No?

Pero, de pronto, encontré la fuerza necesaria para moverme, y traspasé el umbral. En cuanto entré en la húmeda habitación, la frialdad del lugar me afectó profundamente. El ambiente severo e inquietante que empapaba las paredes, las alfombras, las ventanas, me deprimió. Allí olía ligeramente a cuero, y también a polvo, con un leve gusto a barniz, como si Christian se hubiera tomado la molestia de mantener limpia aquella sofocante habitación. No era una sala atestada, ni una biblioteca, como quizá habría querido mi padre. Había libros sobre zoología y botánica, sobre historia y arqueología, pero no eran ediciones raras, sino los ejemplares más baratos que pudo encontrar en su momento. Había más libros en rústica que en cartóné. La exquisita encuademación de sus notas y el escritorio barnizado tenían un aire elegante que contrastaba con el descuidado estudio.

En las paredes, entre las estanterías de libros, colgaban sus especímenes enmarcados en cristal: trozos de madera, colecciones de hojas, burdos bocetos de la vida vegetal y animal, hechos durante los primeros años de su fascinación por el bosque. Y, casi oculta entre las cajas y las estanterías, estaba la flecha que le había herido hacía quince años, con las plumas retorcidas e inútiles, el asta rota, aunque encolada, y la punta de hierro embotada por la herrumbre. De todos modos, con aspecto letal.

Contemplé durante largos segundos aquella flecha; reviví el dolor del viejo, y las lágrimas que Christian y yo habíamos derramado por él mientras le ayudábamos a volver del bosque aquella fría tarde otoñal, seguros de que iba a morir.

¡Qué rápidamente cambiaron las cosas tras aquel extraño incidente, que nunca quedó explicado por completo! Si la flecha me recordó un lejano día, en el que todavía quedaba un atisbo de preocupación y amor en la mente de mi padre, el resto del estudio sólo irradiaba frialdad.

Aún podía ver la figura, cada vez más gris, inclinada sobre el escritorio, escribiendo con furia. Podía oír la respiración trabajosa, a causa de la enfermedad pulmonar que terminó por matarle. Podía oír su aliento contenido, el grito de irritación al darse cuenta de mi presencia, su forma de despedirme con un gesto de la mano que ni siquiera era airado, como si me negara incluso esa fracción de segundo.

Y cuánto se parecía ahora Christian a él, de pie tras el escrito-no, desgredado y enfermizo, con las manos en los bolsillos del pantalón, los hombros encorvados, todo su cuerpo temblando visiblemente... y, a pesar de todo eso, con un aire de confianza absoluta.

Había aguardado en silencio para que me acostumbrara a la habitación, para que los recuerdos y el ambiente surtieran efecto. Me acerqué al escritorio, de nuevo en el presente.

-Deberías leer sus notas, Steve -me dijo-. Te aclararán mucho las cosas, y también te ayudarán a comprender mejor lo que estoy haciendo.

Tomé el libro y examiné la caligrafía irregular, deslabazada. Entresaqué algunas palabras y frases. En pocos segundos, pasé la mirada por años de la vida de mi padre. En conjunto, las palabras tenían tan poco sentido como mi hoja robada. Al leerlas recordé la ira, el peligro, el miedo. La vida que palpitaba en aquellas notas me había sostenido durante casi un año de guerra, hasta significar algo fuera de su propio contexto. No quería perder aquella poderosa asociación con el pasado.

-Las leeré, Chris. De la primera a la última, te lo prometo. Pero no ahora.

Cerré el libro, y advertí que tenía las manos húmedas y temblorosas. Todavía no estaba preparado para acercarme tanto a mi padre. Christian lo comprendió, y lo aceptó.

La conversación murió bastante temprano aquella noche, cuando se me agotaron las fuerzas y la tensión del largo viaje se cobró por fin su precio. Christian me acompañó al piso superior y se quedó en la puerta de mi habitación, mirando mientras yo colocaba las sábanas y ponía en su sitio algunos objetos, recogiendo fragmentos de mi vida pasada, riendo, meneando la cabeza y tratando de evocar un último momento de cansada nostalgia.

-¿Te acuerdas de cuando acampamos en la haya? -pregunté, mientras observaba el gris de la rama y las hojas contra el descolorido cielo del anochecer.

-Sí -respondió Chris con una sonrisa-. Me acuerdo muy bien. Pero la conversación denotaba mi cansancio, y Christian se dio cuenta.

-Que duermas bien, muchacho. Te veré por la mañana. Si dormí algo fueron las primeras cuatro o cinco horas después de poner la cabeza sobre la almohada. Me desperté sobresaltado, despejado, cuando ya casi amanecía y el viento soplaba en el exterior. Me quedé tumbado, mirando la ventana y preguntándome cómo era posible que mi cuerpo se sintiera tan despejado, tan alerta. Había ruido en el piso de abajo, y supuse que Christian estaba limpiando. Caminaba inquieto por la casa, tratando de acostumbrarse a la idea de mi presencia.

Las sábanas olían a alcanfor y a algodón viejo. La cama dejaba escapar chirridos metálicos cada vez que me movía y, cuando me estaba quieto, toda la habitación parecía temblar y vibrar, como si quisiera adaptarse a tener compañía por primera vez en tantos años. Me quede allí, tendido, durante lo que parecieron siglos, pero debí de dormirme otra vez antes de que amaneciera, porque de repente Christian estaba inclinado sobre mí, y me sacudía suavemente por el hombro.

Me sobresalté, otra vez despierto, y me apoyé sobre los codos para mirar a mi alrededor. Estaba amaneciendo.

-¿Qué pasa, Chris?

-Lo siento, Steve. No puedo evitarlo.

Hablaba en voz baja, como si hubiera alguien más en la casa, alguien que fuera a despertarse si alzábamos la voz. Bajo aquella luz escasa, parecía más demacrado que nunca, tenía los ojos entrecerrados..., de dolor o de ansiedad, me pareció.

-Tengo que marcharme unos días. No te faltará nada. Abajo he dejado una lista de instrucciones, dónde conseguir pan, huevos, todas esas cosas. Seguro que podrás usar mi cartilla de racionamiento hasta que llegue la tuya. No estaré fuera mucho tiempo, sólo unos días. Te lo prometo...

Se irguió y se dirigió hacia la puerta.

-Por Dios santo, Chris, ¿adonde vas?

-Adentro -fue todo lo que respondió, antes de que le oyera bajar pesadamente la escalera.

Me quedé inmóvil un momento, mientras trataba de aclarar mis ideas. Luego me levanté, me puse la bata y le seguí hasta la cocina. Ya había salido de la casa. Volví a la ventana del descansillo y le vi cruzar el patio, caminando rápidamente hacia el sendero sur. Llevaba un sombrero de ala ancha y un largo cayado negro. También llevaba un macuto, incómodamente cargado al hombro.

-¿Adentro de dónde, Chris? -pregunté a la figura que se alejaba.

Seguí contemplándole largo rato, incluso después de que desapareciera de la vista.

-¿Qué está pasando, Chris? -pregunté a su dormitorio vacío, mientras vagaba inquieto por la casa.

Guiwenneth, decidí en mi sabiduría. Su pérdida, su marcha... ¡qué poco se puede deducir de la frase «se ha ido»! Y, a lo largo de nuestra charla de la noche anterior, no volvió a mencionar a su esposa. Yo había vuelto a Inglaterra esperando encontrar una pareja de jóvenes alegres, y en vez de eso, tropezaba con un hermano agotado, perturbado, que vivía a la sombra de la casa de la familia.

Por la tarde, ya estaba resignado a vivir en soledad una temporada, porque, dondequiera que hubiera ido Christian -y tenía una idea bastante aproximada- había dicho con toda claridad que estaría ausente algún tiempo. Había mucho trabajo pendiente en la casa y en el patio, y no imaginé mejor manera de pasar los días que tratando de reconstruir la personalidad de Refugio del Roble. Hice una lista de las reparaciones esenciales, y al día siguiente fui caminando hasta el pueblo más cercano para conseguir todos los materiales que pudiera, especialmente madera y pintura. Conseguí una cantidad razonable de ambas cosas.

Reanudé mi relación con la familia Ryhope y otras muchas de la zona con las que había tenido tratos en el pasado. También prescindí de los servicios de la cocinera por horas. Podía cuidarme perfectamente yo solo.

Y, por último, visité el cementerio. Una sola visita, breve y fría.

Al mes de agosto siguió septiembre. Al amanecer y al anochecer, el aire refrescaba. El paso del verano al otoño era mi época favorita del año, aunque estuviera relacionada con el regreso a la escuela tras unas largas vacaciones, un recuerdo nada agradable.

Pronto me acostumbré a estar solo en la casa y, aunque daba largos paseos alrededor del bosque, vigilando el camino y aguardando el regreso de Christian, al final de la primera semana dejé de preocuparme por él. Me había instalado cómodamente en la rutina diaria de reconstruir el patio, pintar las maderas exteriores de la casa, preparándolas para el azote del invierno, y cavando en el enorme jardín, tan descuidado.

Durante el anochecer de mi undécimo día en casa, esta rutina doméstica se vio turbada por una circunstancia tan peculiar que, después, no pude dormir pensando en ella.

Había estado en la ciudad de Hobbhurst durante casi toda la tarde, y tras una cena ligera, me senté para leer el periódico. Alrededor de las nueve, cuando empezaba a sentirme predispuesto para un paseo nocturno, me pareció oír a un perro, no ladrando, sino más bien aullando. Lo primero que pensé fue que Christian regresaba, y lo segundo, que por aquellos alrededores no había perros.

Salí al patio. Acababa de caer la noche. Todavía había algo de luz, pero el bosque de robles sólo se divisaba como una mancha borrosa verde grisácea. Llamé a Christian, sin obtener respuesta. Estaba a punto de volver para seguir leyendo el periódico, cuando un hombre salió del bosque y caminó rápidamente hacia mí. Atado con una correa corta de piel, llevaba al perro más grande que había visto en mi vida.

Se detuvo junto a la valla de nuestros terrenos privados, y el perro empezó a gruñir. Apoyó las patas delanteras en la valla, demostrando que era casi tan alto como su amo. Me puse nervioso, y repartí mi atención entre las fauces abiertas de la oscura bestia y el extraño hombre que la dominaba.

Me resultaba difícil distinguir sus rasgos, porque tenía la cara llena de dibujos negros, y los bigotes le caían más abajo de la barbilla. Tenía el pelo aplastado contra el cráneo, vestía una camisa oscura de lana y un chaquetón de cuero sin mangas, junto con una especie de pantalones a cuadros que le llegaban justo por debajo de las rodillas. Cuando cruzó cautelosamente la puerta de la valla, vi que calzaba unas sandalias de factura grosera. Llevaba un arco al hombro, y de su cinturón colgaba un puñado de flechas, atadas con una simple tira de piel. Tenía un cayado en la mano, igual que Christian.

Tras cruzar la verja, titubeó y me miró. El perro parecía tenso, se relamía y gruñía suavemente. Nunca había visto un perro como aquél, de pelo oscuro e hirsuto, con el morro puntiagudo de los alsacianos, y el cuerpo parecido al de un oso... aunque con patas largas y delgadas. Un animal preparado para la caza.

El hombre me habló, y por más que las palabras me resultaban familiares, no significaban nada. No sabía qué hacer, así que meneé la cabeza y dije que no comprendía. El hombre titubeó un segundo antes de repetir lo que había dicho, esta vez con tono claramente airado. Empezó a caminar hacia mí, tirando de la correa del perro para evitar que éste la tensara. Cada vez había menos luz, y cuanto más se me acercaba, más alto y gris parecía. El perro me miraba, hambriento.

-¿Qué quiere? -pregunté, tratando de que mi voz sonara firme, aunque lo que en realidad deseaba era echar a correr hacia la casa.

El hombre estaba a diez pasos de mí. Sé detuvo y habló otra vez, haciendo gestos como si comiera con la mano en que llevaba el cayado. Esta vez, le comprendí.

Asentí vigorosamente.

-Espere aquí -le dije.

Entré en la casa y busqué el trozo de cerdo frío que debía durarme cuatro días más. No era muy grande, pero me pareció el gesto más hospitalario que podía hacer. Cogí la carne, media hogaza de pan y una jarra de cerveza de botella, y lo saqué todo al patio. Ahora el desconocido estaba sentado en cuclillas, con el perro tendido junto a él, aunque me dio la impresión de que lo hacía de mala gana. Cuando fui a acercarme a ellos, el perro gruñó, y luego ladró de una manera que me hizo galopar el corazón. Casi dejé caer mis presentes. El hombre gritó al animal y me dijo algo a mí. Dejé la comida en el suelo y retrocedí unos pasos. La horrible pareja se acercó, y volvió a sentarse para comer.

Cuando el hombre cogió la carne, vi las cicatrices que cruzaban los enormes músculos de su brazo. También percibí su olor, un olor rancio y brutal, mezcla de sudor y orina y del fétido aroma de la carne putrefacta. Me sentí mareado, pero no me moví, y seguí mirando como el desconocido desgarraba el cerdo con los dientes y lo engullía sin apenas masticar. El perro me miraba.

Tras unos minutos, el hombre dejó de comer, me miró y, con sus ojos clavados en los míos, casi desafiándome a reaccionar, entregó el resto de la carne al perro. El animal dejó escapar un sonoro gruñido y se lanzó sobre ella. Masticó y engulló todo el trozo de cerdo en menos de cuatro minutos, mientras el desconocido, cautelosamente -y, al parecer, sin demasiado agrado- bebía cerveza y devoraba un buen trozo de pan.

Por fin, el extraño banquete terminó. El hombre se puso en pie y dio un tirón a la correa del perro, que lamía ruidosamente el suelo. Dijo una palabra que, por intuición, reconocí como «Gracias». Estaba a punto de darse la vuelta, cuando el

perro olfateó algo, dejó escapar primero un agudo aullido, y luego un ladrido estridente. Arrancó la correa de manos de su dueño, y echó a correr por el patio, en dirección a un punto situado entre los corrales del gallinero. Allí, olfateó y rascó el suelo hasta que su dueño le alcanzó, agarró la correa de cuero y le gritó furioso un buen rato. El perro fue con él, trotando en silencio, hacia la oscuridad más allá del patio. Corrieron a toda velocidad alrededor del bosque, hacia las granjas que rodeaban el pueblo de Grimiey, y eso fue lo último que vi de ellos.

Por la mañana, el lugar donde se habían sentado hombre y bestia seguía oliendo a rancio. Pasé rápidamente por allí y me dirigí hacia el bosque, al lugar por donde habían salido de entre los árboles mis extraños visitantes. Descubrí un rastro de pisadas y ramas rotas, y lo seguí durante unos metros hacia el interior, antes de detenerme y volver sobre mis pasos.

¿De dónde demonios habían salido? ¿Es que la guerra había tenido tales efectos en Inglaterra, que algunos hombres volvían a un estado salvaje, a usar el arco, las flechas y los perros de caza para sobrevivir?

Hasta el mediodía, no se me ocurrió investigar en el gallinero, el terreno que tan removido había quedado en sólo unos segundos de excavar. ¿Qué habría olfateado la bestia? De repente, se me heló el corazón. Me alejé corriendo de allí. Por el momento, no quería confirmar mis peores temores.

No puedo imaginar cómo lo supe: intuición, o quizá algo que mi subconsciente había detectado en las palabras y comportamiento de Christian la semana anterior, durante nuestro breve encuentro. En cualquier caso, a última hora de la tarde, tomé una pala, me dirigí al gallinero y, a los pocos minutos de excavar, mi intuición resultó ser cierta.

Necesité sentarme media hora junto a la puerta trasera de la casa para reunir el suficiente valor y descubrir por completo el cadáver de la mujer. Me costaba pensar, estaba algo mareado, pero sobre todo temblaba. Era un temblor de brazos y piernas, incontrolable, involuntario, y tan fuerte que apenas conseguí ponerme unos guantes. Pero, al fin, me arrodillé junto al agujero y quité el resto de la tierra que cubría el cadáver.

Christian la había enterrado a un metro de profundidad, boca abajo. Tenía el pelo largo, rojizo. Su cuerpo seguía envuelto en una extraña vestimenta verde, una especie de túnica estampada ajustada a los lados. Aunque ahora la tenía enrollada alrededor de la cintura, debió de llegarle hasta las pantorrillas. Había un cayado enterrado junto a ella. Volví la cabeza y contuve el aliento para no seguir respirando aquella intolerable putrefacción. Con un esfuerzo, le examiné el rostro. Entonces, descubrí cómo había muerto:

Aún tenía la punta de la flecha y una parte del asta clavadas en un ojo. ¿Habría intentado Christian quitársela, consiguiendo sólo romperla? Lo que quedaba del asta bastó para mostrarme que tenía los mismos dibujos tallados que la que se encontraba en el estudio de mi padre.

Pobre Guiwenneth, pensé. Dejé caer el cadáver en el lugar de su descanso eterno, y volví a rellenar de tierra el agujero. Cuando entré otra vez en casa, estaba empapado en un sudor frío, y sabía que iba a vomitar.

Tres

Dos días más tarde, cuando bajé por la mañana, encontré toda la ropa y objetos personales de Christian dispersos por la cocina, y el suelo lleno de barro y restos de hojas. Subí de puntillas a su dormitorio, y contemplé su cuerpo semidesnudo: le vi tumbado sobre el vientre, con el rostro vuelto hacia mí, roncando ruidosamente, y supuse que llevaba sueño atrasado de una semana. Pero el estado de su cuerpo me causó cierta preocupación: estaba lleno de hematomas y arañazos del cuello a los tobillos, increíblemente sucio y maloliente. Tenía el pelo enmarañado. De todos modos, parecía más duro y fuerte. El rostro demacrado había cambiado de manera tangible, física. Aquél no era el joven esquelético que me había recibido hacía casi dos semanas.

Se pasó casi todo el día durmiendo, y salió del dormitorio a las seis de la tarde, con una amplia camisa gris y unos pantalones anchos cortados por encima de las rodillas. Se había lavado la cara sin demasiado entusiasmo, pero todavía apestaba a sudor y a vegetación, como si hubiera pasado aquellos días enterrado en estiércol.

Le preparé la comida, y se bebió el contenido de toda una tetera mientras yo le observaba. Él me lanzaba miradas, miradas de sospecha, como si temiera cualquier movimiento repentino, o un ataque por sorpresa contra él. Tenía los músculos de los brazos y antebrazos muy pronunciados. Casi era un hombre diferente.

-¿Dónde has estado, Chris? -le pregunté. Su respuesta no me sorprendió en absoluto.

-En el bosque. En lo más profundo del bosque. Se metió más carne en la boca, y la masticó ruidosamente. Mientras la tragaba, encontró un momento para hablar.

-Estoy bastante bien. Lleno de magulladuras y arañazos de los malditos espinos, pero bastante bien.

En el bosque. En lo más profundo del bosque. En nombre del cielo, ¿qué había estado haciendo allí? Mientras le observaba devorar la comida, volví a ver al desconocido, acuclillado en mi patio como un animal, devorando la carne como si fuera una fiera salvaje. Christian me recordó a aquel hombre. Los dos tenían el mismo aspecto primitivo.

-Necesitas un buen baño -le dije. Sonrió, e hizo un sonido afirmativo.

-¿Qué has estado haciendo? -seguí-. Quiero decir, en el bosque. ¿Has acampado?

Tragó ruidosamente y se bebió media taza de té, antes de negar con la cabeza.

-Tengo un campamento allí, pero he estado investigando. Me he acercado todo lo posible al centro. Pero aún no puedo ir más allá de...

Se interrumpió y me observó, con una mirada interrogativa en los ojos.

-¿Has leído las notas del viejo? -me preguntó. Le dije que no. En realidad, sorprendido por su brusca partida, me había dedicado tan intensivamente a arreglar la casa que olvidé por completo las anotaciones de nuestro padre sobre su trabajo. Y, mientras lo decía, me preguntaba si no habría relegado a mi padre, su trabajo y sus notas, al último rincón de mi mente, como si fueran espectros cuyo hechizo pudiera evaporar mi resolución de seguir adelante.

Christian se limpió la boca con la mano, y contempló el plato vacío. De repente, se olfateó a sí mismo y se echó a reír.

-Por Dios, huelo a rayos. Será mejor que me calientes un poco de agua, Steve. Me lavaré ahora mismo.

Pero no me moví. Me limité a observarle desde el otro lado de la mesa de madera. Él advirtió mi mirada, y frunció el ceño.

-¿Qué pasa? ¿En qué estás pensando?

-La encontré, Chris. Encontré su cadáver. Guiwenneth. Encontré el lugar donde la enterraste.

No sé qué reacción esperaba de Christian. Quizá furia, o pánico, o un torrente de explicaciones balbuceantes. Deseaba que reaccionara con asombro, que el cadáver del patio no fueran los restos de su esposa, que no tuviera nada que ver con aquella tumba. Pero Christian conocía la existencia del cadáver. Me miró inexpresivo, y el intenso silencio me hizo sentir incómodo.

De pronto, comprendí que Christian estaba llorando. Sus ojos no se habían apartado de los míos, pero ahora estaban humedecidos por las lágrimas que le corrían entre la suciedad del rostro. Aun así, no hacía el menor ruido, y su rostro no perdió aquella expresión perdida, casi ciega.

-¿Quién la mató, Chris? -pregunté con serenidad-. ¿Fuiste tú?

-No, no fui yo. -Al hablar, las lágrimas dejaron de correr, y bajó la vista hacia la mesa-. La mató un mitago. No pude hacer nada para evitarlo,

¿Un mitago? No comprendía el significado de la palabra, aunque la recordaba del fragmento de las notas de mi padre que yo llevaba en la cartera. Se lo pregunté, y Chris se levantó. Apoyó las manos en la mesa y me miró.

-Un mitago -repitió-. Todavía está en el bosque, como todos. Ahí es donde he estado, buscándolos. Intenté salvarla, Steve. Todavía estaba viva cuando la encontré, y quizá hubiera vivido, pero la saqué del bosque... En cierto modo, la maté. La alejé del vórtice, y en seguida murió. Entonces, me asusté. No sabía qué hacer. La enterré porque me pareció la manera más fácil de...

-¿Se lo dijiste a la policía? ¿Informaste de su muerte? Christian sonrió, no sin cierto humor morboso. Era una sonrisa de entendido, la del que tiene un secreto que no ha compartido con nadie. Pero aquel gesto era una simple defensa, y desapareció rápidamente.

-No hacía falta, Steve. A la policía no le habría interesado. Me levanté de la silla, furioso. Pensaba que el comportamiento pasado y actual de Christian era de una irresponsabilidad francamente asombrosa.

-¡Su familia, Chris..., sus padres! ¡Tienen derecho a saberlo todo!

Y Christian se echó a reír. Sentí que la sangre se me subía a la cabeza.

-No le veo la gracia.

Al momento se puso serio, y me miró casi avergonzado.

-Tienes razón. Lo siento. No comprendes nada, y ya es hora de que lo hagas. Ella no tenía padres, Steve, porque no tenía vida. Auténtica vida. Ha vivido mil veces, aunque nunca ha vivido. Pero, aun así, me enamoré de ella..., y volveré a encontrarla en el bosque. Está allí, en alguna parte...

¿Acaso se había vuelto loco? Sus palabras eran los balbuceos irracionales de un desequilibrado, pero algo en sus ojos, en sus gestos, me dijo que no era tanto locura como obsesión. ¿Qué le obsesionaba?

-Tienes que leer las notas del viejo, Steve. No lo retrases más. Te lo dirán todo sobre el bosque y sobre lo que está pasando aquí. De verdad. No me he vuelto loco, ni soy insensible. Simplemente, estoy atrapado. Y, antes de irme otra vez, me gustaría que supieras por qué, cómo y adonde voy. Quizá incluso puedas ayudarme, ¿quién sabe? Lee el libro. Luego, hablaremos. Y cuando sepas lo que

consiguió nuestro querido y difunto padre, entonces me temo que tendré que dejarte otra vez.

Cuatro

Había una anotación en el libro de mi padre que parecía un punto clave en su investigación y en su vida. Era más larga que las otras de esas mismas fechas, y aparecía tras un lapso de siete meses sin ninguna entrada. Aunque las notas eran, en general, detalladas, no se puede decir que fuera un escritor de diarios muy dedicado, y el estilo variaba de las anotaciones telegráficas a las descripciones fluidas. Además, descubrí que él mismo había arrancado muchas páginas del grueso libro, ocultando así mi pequeño crimen. Christian nunca habría echado en falta la página. En resumen, parecía que mi padre había usado el libro de notas y las silenciosas horas de escritura para hablar consigo mismo. Una manera de aclarar sus propias ideas.

Esa entrada en cuestión estaba fechada en septiembre de 1935, poco después de nuestro encuentro con el Brezo. Tras leerla por primera vez, recordé aquella época, y descubrí que yo sólo tenía ocho años.

Wynne-Jones llegó después del amanecer. Caminamos por el sendero sur, y examinamos los drenajes de flujo en busca de síntomas de actividad mitago. Luego, otra vez a casa. No hay nadie, lo que conviene a mi estado de ánimo. Un día otoñal, frío y seco. Como el año pasado, las imágenes del Urscumug son más fuertes en los cambios de estación. Quizá sienta el otoño, la muerte del verde. Se acerca más, y los robles le susurran. Debe de estar cerca del génesis. Wynne-Jones cree necesario más tiempo de aislamiento, y hay que hacerlo. Jennifer, preocupada y disgustada por mis ausencias. Me siento impotente..., no puedo contárselo. Debo hacer lo que debo hacer.

Ayer, los niños vieron al Brezo. Creí que había sido reabsorbido. .. Obviamente, la resonancia es más fuerte de lo que pensábamos. Al parecer, frecuenta el lindero del bosque, como yo esperaba. Le he visto muchas veces en el sendero, pero no desde hacía más o menos un año. La persistencia es preocupante. Los dos chicos están turbados por la visión. Christian, menos emocional. Creo que no significó nada para él, quizá un cazador furtivo, o alguien del pueblo tomando un atajo para ir a Grimiey. Wynne-Jones sugiere que vayamos al bosque y atraigamos al Brezo, quizá al claro del cerro, donde puede quedarse en el vórtice fuerte de robles y, eventualmente, desaparecer. Pero sé que penetrar profundamente en el bosque nos costará más de una semana, y la pobre Jennifer ya está bastante deprimida por mi comportamiento. Por mucho que lo desee, no puedo explicárselo. Tampoco quiero involucrar a los niños en esto, y me preocupa que ya hayan visto dos mitagos. He inventado criaturas mágicas del bosque, cuentos para ellos. Espero que asocien lo que vean con productos de su propia imaginación. Pero debo tener cuidado.

Hasta que todo esté resuelto, hasta que el mitago Urscumug se forme del bosque, no puedo dejar que nadie sepa lo que he descubierto, excepto Wynne-Jones. Es esencial que la resurrección sea completa. El Urscumug es el más poderoso, porque es el primario. Estoy seguro de que el bosque de robles le retendrá, pero otros pueden tener miedo del poder que, desde luego, sentirían, y acabar con él. No quiero pensar lo que pasaría si este bosque fuera destruido..., pero no puede vivir eternamente.

Jueves: Hoy, entrenamiento con Wynne-Jones: test pauta 26: iii, hipnosis superficial, medio ambiente luz verde. Cuando el puente frontal alcanzó los sesenta voltios, pese al dolor, el flujo a través de mi cráneo fue el más poderoso que he sentido. Ahora estoy completamente seguro de que cada hemisferio del cerebro funciona de una manera ligeramente diferente, y de que la consciencia oculta está situada en el derecho. ¡Lleva tanto tiempo perdida...! El puente de Wynne-Jones permite una comunicación superficial entre los campos que rodean cada hemisferio, y la zona del premitago resulta potenciada. ¡Si hubiera alguna manera de explorar el cerebro vivo para averiguar dónde yace exactamente esa presencia oculta...!

Lunes: Las formas de los mitagos se arremolinan todavía en mi visión periférica. ¿Por qué nunca delante? Después de todo, estas imágenes irreales son simples reflejos. La forma de Hood era ligeramente diferente, más marrón que verde, el rostro menos amistoso, más inquieto, demacrado. Desde luego, esto se debe a que las anteriores imágenes (incluso el mitago de Hood que se formó en el bosque hace dos años) estaban afectadas por mis propias confusas imágenes infantiles, sobre el arquero y sus alegres camaradas. Ahora, la evocación del premitago es más poderosa, alcanza la forma básica, sin interferencias. La forma de Arturo también era más real, y atisbé varias formas cenagosas de finales del primer milenio después de Cristo. También un rastro de una presencia inquieta que me pareció una especie de figura nigromántica de la Edad del Bronce. Un momento aterrador. El guardián del Sepulcro del Caballo ha desaparecido, el sepulcro está destruido. ¿Por qué? El cazador estuvo otra vez en la Hoya del Lobo. Los restos de la hoguera eran recientes. También encontré rastros del shamán neolítico, el cazador-artista que deja extraños dibujos de color rojo ocre en árboles y rocas. Wynne-Jones querría que investigase a estos héroes populares, olvidados y desconocidos, pero yo estoy ansioso por encontrar la imagen primaria.

El Urscumug se ha formado en mi mente con la forma más clara que le he visto. Atisbos del Brezo en esa forma, pero es más viejo, y mucho, mucho más grande. Se cubre con madera y hojas, sobre las pieles de animales. El rostro parece manchado de arcilla blanca, que forma una máscara sobre las exageradas facciones. Es difícil verle claramente la cara. ¿Una máscara sobre una máscara? El pelo es una masa de púas erizadas y rígidas. Las ramas de espino que lleva en la cabeza le dan una apariencia de lo más extraño. Creo que lleva una lanza, con una ancha hoja de piedra..., un arma de aspecto aterrador, pero también difícil de ver. Esta imagen primaria es tan vieja que está desapareciendo de la mente humana. También parece confuso. La superposición de interpretaciones culturales posteriores sobre cómo fue su aspecto... Más que nada toques de bronce, sobre todo en los brazos (torques). Sospecho que la leyenda del Urscumug era tan poderosa como para imponerse durante todo el neolítico, hasta bien entrado el segundo milenio antes de Cristo, quizá más avanzado. Wynne-Jones cree incluso que el Urscumug puede datar de antes del neolítico.

Ahora, es esencial pasar tiempo en el bosque, permitir que el vórtice interactúe conmigo para formar el mitago. Saldré de casa la semana que viene.

Sin comentar nada sobre los párrafos que acababa de leer, tan extraños como confusos, pasé las páginas del diario y leí anotaciones aquí y allá. Recordaba claramente el otoño de 1933, cuando mi padre preparó un gran macuto y se internó en el bosque, caminando raudo para alejarse de los gritos histéricos de mi madre. Le acompañaba su menudo amigo científico, un hombre de rostro amargado que no parecía reconocer la presencia de nadie aparte de mi padre, y

que siempre daba la impresión de sentirse avergonzado en casa cuando venía de visita. Nuestra madre no dijo una palabra el resto del día, y no hizo otra cosa que permanecer sentada en su dormitorio, llorando de vez en cuando. Christian y yo estábamos tan turbados por su comportamiento que, aquella tarde, nos adentramos en el bosque todo lo que nos permitió el valor para llamar a nuestro padre. Al final, el silencio sombrío, y los bruscos ruidos que lo rompían de cuando en cuando, nos hicieron perder la calma. Volvió semanas más tarde, desgredado y apestando como un vagabundo. La anotación de su libro, fechada pocos días después, era breve: la amarga constatación de un fracaso. No había pasado nada. Sólo unos párrafos, garabateados a toda prisa, me llamaron la atención.

El proceso mitogenético no sólo es complejo, sino también reluctante. ¡Soy demasiado viejo! El instrumental sirve de ayuda, pero una mente más joven podría conseguirlo sin él, estoy seguro. ¡La sola idea me da pánico! Además, mi mente no descansa. Y, como ha explicado Wynne-Jones, es probable que mis preocupaciones humanas creen una barrera efectiva entre los dos flujos de energía mitopoética en mi córtex: la forma del cerebro derecho y la realidad del izquierdo. La zona premitago no tiene suficiente alimentación con mi energía vital para interactuar con el vórtice de robles.

Yo también temo que la desaparición natural de tanta vida del bosque esté afectando a la conexión. Los jabalíes están ahí, lo sé. Pero quizá el número de vidas es crítico. Calculo que no habrá más de cuarenta, moviéndose dentro del vórtice espiral constreñido por los fresnos al círculo de robles. Hay unos pocos ciervos y lobos, aunque el animal más importante, la liebre, frecuenta a menudo los límites del bosque. Pero quizá la falta de mucha de la vida que hubo aquí en el pasado ha desequilibrado la fórmula..., aunque, durante la existencia primaria del bosque, la vida fue cambiando. En el siglo XIII había gran cantidad de vida botánica ajena a la *ley matrix*, en lugares donde todavía se formaban mitagos. La forma de los mitos humanos cambia, se adapta, y las formas más recientes son las que se generan con más facilidad.

Hood ha vuelto. Como todos los inmaduros, es una molestia, y se le ve muchas veces por la zona de los riscos, alrededor del claro del cerro. Me disparó. ¡Esto empieza a preocuparme! Pero no consigo enriquecer suficiente el vórtice de roble con el premitago del Urscumug. ¿Cuál es la respuesta? ¿Tratar de adentrarme más? ¿Encontrar el bosque salvaje? Quizá el recuerdo sea demasiado remoto, quizá esté demasiado enterrado en zonas silenciosas del cerebro. Quizá ya no alcance a los árboles.

Christian me vio fruncir el ceño al leer esta confusión de palabras e imágenes. ¿Hood? ¿Robín Hood? ¿Y alguien, el tal Hood, que disparaba contra mi padre en el bosque? Eché un vistazo a mi alrededor, al estudio, y vi la flecha con punta de hierro en su caja de cristal, larga y estrecha, colgada sobre la de mariposas del bosque. Christian hojeaba las páginas del libro de notas, después de haber pasado casi toda una hora en silencio, mirándome leer. Él estaba sentado sobre el escritorio. Yo, en el sillón de nuestro padre.

-¿De qué va todo esto, Chris? Parece como si hubiera intentado hacer copias de los héroes de los libros.

-Copias, no, Steve. Los auténticos. Aquí. Lee esto para terminar, luego te lo explicaré con palabras aptas para profanos.

Era una anotación anterior, sin año, sólo con día y mes, aunque evidentemente databa de años antes de la entrada correspondiente a 1933.

Yo llamo a esos momentos concretos «conexiones culturales»; forman zonas, delimitadas por el espacio, claro, por los límites del terreno, pero también delimitadas por el tiempo, algunos años, quizá una década, cuando las dos culturas -la del invasor y la del invadido- se encuentran en un estado de gran angustia. Los mitagos surgen de la fuerza del odio, del temor, y se forman en los bosques naturales de los que luego pueden emerger -como Arturo, o la forma Artúrica, el hombre-oso con su liderazgo carismático- o permanecer en su ambiente natural, estableciendo un foco oculto de esperanza: la forma Robín Hood, quizá Hereward. Y, por supuesto, la forma heroica que yo llamo el Brezo, que hostigó a los romanos en tantos lugares del país. Supongo que es la emoción combinada de dos razas la que crea al mitago. Pero, evidentemente, éste se alía con la cultura cuyas raíces llevan más tiempo establecidas, en lo que yo creo puede ser una especie de *ley matrix*; así, Arturo se forma, y ayuda a los britanos contra los sajones; pero, más tarde, Hood es creado para ayudar a los sajones contra el invasor normando.

Cerré el libro y sacudí la cabeza. Las frases eran confusas, me dejaban perplejo. Christian sonrió, tomó el libro y lo sopesó entre las manos.

-Años de su vida, Steve. Pero sus anotaciones no son lo que se dice detalladas. Se pasó años sin escribir nada, y luego hay notas de cada día del mes. Y arrancó muchas páginas. No sé dónde puede haberlas escondido.

Al decir esto, frunció ligeramente el ceño.

-Necesito un trago de algo. Y unas cuantas definiciones. Salimos del estudio. Christian llevaba el libro de notas. Al pasar junto a la flecha enmarcada, la miré más de cerca.

-¿Dice que el auténtico Robín Hood le disparó con esto? ¿También mató a Guiwenneth?

-Depende -respondió Christian, pensativo-. Depende de lo que entiendas por «auténtico». Hood vino a ese bosque de robles, y quizá siga ahí. Yo creo que sí. Como habrás notado, estaba ahí hace cuatro meses, cuando mató a Guiwenneth. Pero hubo muchos Robín Hood, todos igual de reales o de irreales, creados por el pueblo sajón cuando sufrió la opresión del invasor normando.

-No entiendo nada, Chris. ¿Qué es una *ley matrix*? ¿Y un «vórtice de robles»? ¿Significan algo?

Mientras bebíamos whisky con agua en la sala de estar, viendo cómo caía la noche, el patio que se extendía más allá de la ventana se convirtió en una masa gris de formas sin rasgos distinguibles. Christian me explicó que un hombre llamado Alfred Watkins había visitado a nuestro padre en muchas ocasiones, y le había mostrado en un mapa del país algunas líneas rectas que conectaban lugares de poder espiritual, o antiguo; los túmulos, piedras e iglesias de tres culturas diferentes. A estas líneas las llamaba «leys», y creía que eran una forma de energía terrestre que discurría por el subsuelo, pero influenciaba todo aquello que se alzaba sobre ellas.

Mi padre pensó mucho sobre las leys y, al parecer, trató de medir la energía de los terrenos del bosque, aunque sin éxito. Pero, aun así, midió algo en el bosque de robles: una energía asociada con toda la vida que crecía allí. Había encontrado un vórtice espiral alrededor de cada árbol, una especie de aura, y esas espirales no sólo se ceñían a los árboles, sino que delimitaban grupos enteros de árboles, incluso claros.

Con los años, consiguió hacer un mapa del bosque. Christian sacó el mapa, y volví a mirarlo, pero desde un punto de vista diferente: empezaba a comprender las marcas que había señalado el hombre que pasó tanto tiempo en los territorios allí reflejados. Había círculos dentro de círculos, cruzados y divididos por líneas

rectas, algunas de las cuales coincidían con los caminos que llamábamos sendero sur y sendero profundo. Las letras CC en medio de una gran zona del bosque, se referían claramente al «claro del cerro» que había allí, una explanada, que ni Christian ni yo habíamos conseguido encontrar nunca. Había lugares marcados como «roble espiral», «zona del fresno muerto», «pasaje oscilante»...

-El viejo creía que todos los seres vivos están rodeados por un aura energética. Con determinada luz, el aura humana se puede ver, es un ligero brillo. En estos bosques antiguos, los «bosques primarios», el aura combinada forma algo mucho más poderoso, una especie de campo creativo que puede interactuar con nuestro subconsciente. Y en el inconsciente es donde llevamos lo que él llama «premitago».

»Un mitago es un *mito imago*, la imagen de la forma idealizada de una criatura mítica. En un medio ambiente natural, la imagen adquiere sustancia, carne sólida, sangre, ropa... y, como has visto, armas, La forma del mito idealizado, de la figura heroica, se altera con los cambios culturales. Asume la identidad y la tecnología de cada tiempo. Según la teoría de nuestro padre, cuando una cultura invade a otra, los héroes se manifiestan. ¡Y no sólo en un lugar concreto! Los historiadores y los investigadores de leyendas populares discuten sobre si Arturo de los Britanos y Robin Hood vivieron y lucharon de verdad, y no se dan cuenta de que vivieron en muchos lugares.

»Otro hecho importante que debemos recordar, es que cuando la imagen mental del mitago se forma, lo hace en toda la población..., y que, cuando ya no resulta necesaria, permanece en nuestro subconsciente colectivo y se transmite de generación en generación.

-Y la forma cambiante del mitago -le interrumpí para ver si había comprendido algo de la lectura fraccionada de las notas-, se basa en un arquetipo, una imagen primaria arcaica que él llamaba Urscumug, del que surgen todas las formas posteriores. Él intentó extraer al Urscumug de su propia mente consciente...

-Y no lo consiguió -terminó Christian-, aunque no porque dejara de intentarlo. El esfuerzo le mató. Le debilitó tanto que su cuerpo no pudo seguir el ritmo. Pero, desde luego, consiguió crear un buen montón de adaptaciones más modernas del Urscumug.

¡Había tantas preguntas que hacer, tantas cosas que requerían una aclaración...! Pero una era más importante que las demás.

-Si he entendido bien estas notas, hace mil años era todo el país el que necesitaba un héroe, una figura legendaria que defendiera la justicia. ¿Cómo pudo proyectar la misma pasión un solo hombre? ¿Cómo pudo provocar la interacción? Desde luego, no basta con la angustia familiar que nos causó a nosotros y a sí mismo. Como él mismo dice, eso turbaba su mente y le impedía funcionar correctamente.

-Si existe una respuesta -dijo tranquilamente Christian-, hay que buscarla en el bosque, quizá en el claro del cerro. Según las notas del viejo, hace falta un período de soledad, de meditación. Ya llevo un año siguiendo al pie de la letra su ejemplo. Inventó una especie de puente eléctrico que, al parecer, funde elementos de los dos hemisferios del cerebro. He utilizado muchas veces su equipo, con y sin él. Pero ya encuentro imágenes, premitagos, que se forman en mi visión periférica, sin el complicado programa que él utilizaba. Fue el pionero. Su interacción con el bosque facilita las cosas para los que llegamos tras él. Además, yo soy más joven. El viejo creía que eso podía ser importante. Ya he conseguido cierto éxito. Tarde o temprano, completaré su trabajo. Crearé al Urscumug, el héroe de los primeros hombres.

-¿Para qué, Chris? -pregunté con toda la serenidad que pude. Sinceramente, no veía el objetivo de jugar con las antiguas fuerzas que habitaban tanto en el bosque

como en el espíritu humano. Era evidente que a Christian le obsesionaba la idea de dar vida a esas formas muertas, de terminar lo que el viejo había empezado. Pero ni leyendo las notas ni hablando con Christian había captado yo una sola palabra sobre por qué aquella monstruosidad de la naturaleza era tan importante para los que se dedicaban a estudiarla.

Christian tenía una respuesta. Cuando me-la dijo, su voz sonaba hueca, marcada por la incertidumbre, con el estigma de la falta de convicción en la verdad de lo que decía.

-Para estudiar los primeros tiempos del hombre, Steve. A través de estos mitagos, podemos aprender muchísimo sobre cómo eran y cómo querían ser nuestros antepasados: las aspiraciones, las visiones, la identidad cultural de una época tan lejana que hasta sus monumentos en piedra nos resultan incomprensibles. Para aprender. Para comunicarnos con esas persistentes imágenes de nuestro pasado que todos llevamos dentro.

Dejó de hablar, y se hizo un breve silencio, interrumpido tan sólo por el pesado sonido rítmico del reloj.

-No me convences, Chris -dije.

Por un momento, creí que iba a gritarme, furioso. Se le enrojeció el rostro, y todo su cuerpo se tensó, airado por mi tranquilo rechazo de su excusa. Pero el fuego se mitigó. Frunció el ceño, y me miró casi impotente.

-¿Qué quieres decir?

-Que son palabras bonitas. Ni tú te las crees. No eres convincente. Tras un momento, pareció aceptar cierta verdad en lo que yo decía.

-Entonces, quizá mi convicción haya desaparecido, quizá esté enterrada bajo... bajo lo otro. Guiwenneth. Ahora, ella se ha convertido en el motivo principal para que vuelva allí.

Recordé sus duras palabras de apenas unas horas antes, sobre que la muchacha no tenía vida, aunque sí un millar de vidas. Lo comprendí al momento, y me pregunté cómo me había costado tanto entender algo tan obvio.

-También era un mitago -dije-. Ahora te entiendo.

-Guiwenneth era el mitago de mi padre, una chica de los tiempos romanos, una manifestación de la diosa Tierra. La joven princesa guerrera que, gracias a su propio sufrimiento, consigue unir a todas las tribus.

-Como la reina Boadicea -señalé.

-Boudicca -me corrigió Christian, antes de negar con la cabeza-. Boudicca fue un personaje histórico, aunque buena parte de su leyenda se inspiró en mitos e historias de Guiwenneth. No se recuerda ninguna leyenda sobre Guiwenneth. En su tiempo y en su cultura, sólo existía la tradición oral. Nunca se escribía nada. Pero tampoco hay referencias a ella de ningún observador romano, o cronista cristiano posterior. El viejo creía que las primeras leyendas sobre la reina Ginebra pudieron surgir en parte de las leyendas olvidadas. La memoria popular la ha olvidado...

-¡Pero la memoria oculta, no! Christian asintió.

-Exacto. Su historia es muy antigua, muy familiar. Las leyendas sobre Guiwenneth surgen de historias procedentes de culturas previas, quizá del período posglacial... io de tiempos del mismísimo Urscumug!

-¿Y todas las formas previas de la chica estarán también en el bosque?

Christian se encogió de hombros.

-El viejo nunca vio ninguna, y yo tampoco. Pero deben de estar ahí.

-¿Y cuál es su historia, Chris? Me miró de una manera extraña.

-Es difícil decirlo. Nuestro querido padre arrancó de su diario las páginas relativas a Guiwenneth. No sé por qué, ni dónde las escondió. Sólo sé lo que me contó. -Sonrió-. Es hija de la más joven de dos hermanas y de un guerrero que vivía en un campamento secreto, en el bosque. La hermana mayor era la esposa

de uno de los invasores. Estéril, celosa, robó a su sobrina. La niña fue rescatada por nueve halcones, o pájaros similares, enviados por su padre. Creció en comunidades forestales de todo el país, bajo la custodia del Señor de los Animales. Cuando tuvo edad suficiente, volvió, despertó al espíritu de su padre guerrero, y expulsó a los invasores.

-No es mucho.

-Sólo tengo ese fragmento -asintió Christian-. También hay algo sobre una piedra brillante en un valle que respira. Todo lo de-más que el viejo descubrió sobre ella, o quizá gracias a ella, lo destruyó.

-¿Por qué?

Por un momento, Christian no dijo nada.

-De todos modos -siguió luego-, las leyendas de Guiwenneth inspiraron a muchas tribus a tomar la ofensiva contra el invasor, tanto fueran wessex, o sea, Edad del Bronce, Stonehenge y todo eso; celtas belgas, o sea, Edad del Hierro; o romanos. -Su mirada se perdió en el infinito-. Y entonces ella se formó en este bosque, y yo la encontré, y me enamoré. No era violenta, quizá porque el viejo no podía imaginar a una mujer violenta. Le impuso sus esquemas, la desarmó, la dejó indefensa en el bosque.

-¿Durante cuánto tiempo la conociste? -pregunté. Christian se encogió de hombros.

-No sabría decirlo, Steve. ¿Cuánto tiempo he estado fuera esta vez?

- Unos doce días.

-¿Tan poco? -Parecía sorprendido-. Creí que habrían sido más de tres semanas. Es posible que la conociera durante muy poco tiempo, pero a mí me parecieron meses. Viví en el bosque con ella, tratando de comprender su idioma, tratando de enseñarle el mío, hablando mediante gestos, mas siempre con intensidad. Pero el viejo nos persiguió hasta el corazón del bosque, hasta el fin. No podía permitirnoslo. Era su chica, estaba tan enamorado de ella como yo. Un día, le encontré exhausto y muy asustado, medio enterrado en hojas, en las afueras del bosque. Le llevé a casa, pero, antes de un mes, murió. Por eso te dije que había tenido motivos para atacarme. Le quité a Guiwenneth.

-Y luego, te la quitaron a ti. La mataron.

-Sí, pocos meses más tarde. Estaba demasiado contento, demasiado tranquilo. Te escribí porque tenía que hablarle a alguien sobre ella... Evidentemente, fue demasiado para su destino. Dos días más tarde, la encontré en un claro, moribunda. Quizá habría vivido si le hubiera llevado ayuda médica al bosque, si la hubiera dejado allí. Pero la saqué del bosque, y murió.

Me miró, y la expresión de tristeza se endureció hasta transformarse en resolución.

-Pero, cuando vuelvo al bosque, su imagen mítica tiene una Oportunidad de formarse a partir de mi subconsciente. Será más dura que la versión de mi padre, pero puedo recuperarla, Steve. Si busco lo suficiente, si doy con esa energía por la que preguntabas, si puedo adentrarme lo necesario en el bosque, hasta ese vórtice central que...

Volví a mirar el mapa. Concretamente, el campo espiral que rodeaba el claro del cerro.

-¿Y cuál es el problema? ¿No lo encuentras?

-Está bien protegido. Consigo acercarme a ese campo de unos doscientos metros que lo rodea, pero nunca traspasarlo. Aunque esté convencido de que camino en línea recta, pronto descubro que no he hecho más que trazar círculos. No puedo entrar, y sea lo que sea lo que hay dentro, no puede salir. Todos los mitagos están ligados al lugar de su génesis, aunque el Brezo y Guiwenneth podían llegar hasta los límites del bosque, incluso a la alberca.

¡Eso no era cierto! Yo había pasado una noche de miedo que lo demostraba.

-Uno de los mitagos salió del bosque -le dije-. Un hombre alto, con el perro más grande e increíble que puedas imaginar. Llegó hasta el patio y se comió una pata de cerdo.

-¿Un mitago? ¿Estás seguro? -preguntó asombrado.

-Bueno, la verdad..., no. Hasta ahora, no tenía ni idea sobre qué era. Peroapestaba, iba muy sucio y, obviamente, había vivido en el bosque durante meses. También hablaba un idioma extraño, llevaba arco y flechas...

-E iba con un perro de caza. Sí, claro. Es una imagen de la Edad del Bronce tardía, o quizá de la primera Edad del Hierro, muy extendida. Los irlandeses lo han asimilado a su propio Cuchulainn, le convirtieron en un gran héroe. Pero es una de las imágenes míticas más poderosas, reconocible en toda Europa. -Christian frunció el ceño-. No lo entiendo..., yo le vi hace un año, y le esquivé, pero se estaba desvaneciendo, muy de prisa, deteriorándose... Tras una temporada, les sucede a todos. Algo debe de haber alimentado al mitago, algo le ha fortalecido...

-Alguien, Chris.

-Pero ¿quién? -De repente, se le abrieron los ojos-. Dios mío. Yo. De mi propia mente. El viejo tardó años, y yo creí que a mí me costaría mucho más, más meses en el bosque, un mayor aislamiento. Pero todo ha comenzado de nuevo, mi propia interacción con el vórtice...

Se había puesto muy pálido. Caminó hacia su cayado, apoyándose en la pared, lo recogió y lo sopesó con ambas manos. Lo miró y tocó sus marcas.

-Ya sabes lo que significa eso -dijo con voz serena. Siguió antes de que yo pudiera responder-. Ella se formará. Ella volverá. Mi Guiwenneth. Quizá ya haya vuelto.

-No te vayas tan pronto, Chris. Espera un poco. Descansa. * Volvió a apoyar el cayado contra la pared.

-No me atrevo. Si se ha formado ya, está en peligro. Tengo que ir en su busca. Me miró y compuso una leve sonrisa, casi apologética.

-Lo siento, hermano. No te he dado lo que se dice una buena bienvenida.

Cinco

Y así, tras la más breve de las reuniones, perdí de nuevo a Christian. Mi hermano no estaba de humor para hablar, y mucho menos para confiarme sus planes, esperanzas y temores sobre la posible resolución de su asunto amoroso. Sólo podía pensar en Guiwenneth, sola y atrapada en el bosque.

Mientras él preparaba sus provisiones, me dediqué a vagar por la cocina y por el resto de la casa. Me aseguró una y otra vez que no estaría fuera más de una semana, quizá dos. Si Guiwenneth se hallaba en el bosque, ese tiempo bastaría para encontrarla. Si no, volvería a casa y esperaría un poco antes de volver a la zona más profunda del bosque y tratar de formar el mitago de la chica. Aseguré que, en menos de un año, la mayoría de los mitagos hostiles habrían dejado de existir, y ella estaría a salvo. Christian tenía las ideas confusas. Su plan de dotarla de la fuerza necesaria para permitirle la misma libertad de que disfrutaban el hombre y el perro, no se apoyaba en pruebas extraídas de las notas de nuestro padre. Pero Christian era un hombre decidido.

Si un mitago podía salir del bosque, también podría el que él amaba.

Se le ocurrió que yo podía acompañarle hasta el claro donde habíamos acampado de niños, y plantar allí una tienda. Podría ser un lugar de cita habitual para nosotros, dijo, y le ayudaría a mantener su sentido del tiempo. Además, si yo pasaba algún tiempo en el bosque, quizá encontrase otros mitagos, y así podría informarle sobre su estado. El claro del que hablaba estaba en las afueras del bosque, y era bastante seguro.

Cuando expresé mi preocupación sobre si mi propia mente no empezaría a producir mitagos, me aseguró que pasarían meses antes de que empezara a ver la primera actividad de premitagos como una presencia inquietante por el rabillo del ojo, o sea, en lo que él llamaba «visión periférica». Fue igualmente brusco al afirmar que, si me quedaba mucho tiempo en aquella zona, estaba seguro de que empezaría a relacionarme con el bosque, cuya aura, según pensaba él, se había extendido más hacia la casa durante los últimos años.

A última hora de la mañana siguiente, nos pusimos en marcha por el sendero sur. Un sol brillante se alzaba sobre el bosque. Era un día claro y fresco. El aire se impregnaba del humo de una granja distante, donde estaban quemando los rastrojos de la cosecha del verano. Caminamos en silencio hasta llegar a la alberca del molino. Yo suponía que Christian entraría al bosque de robles por allí..., pero tuvo la buena idea de no hacerlo. No tanto por los extraños movimientos que habíamos visto allí, cuando éramos niños, como por lo cenagoso del terreno. En vez de eso, seguimos andando hasta que el bosque que bordeaba el sendero fue menos espeso. Entonces, Christian se salió del camino.

Le seguí hacia dentro, buscando la ruta más fácil entre los matorrales de zarzas y espinos, disfrutando del denso silencio. Allí, en el lindero del bosque, los árboles eran pequeños, pero cien metros más adelante empezaron a mostrar su auténtica edad. El terreno se hacía algo más elevado y, entre los matorrales, aparecían rocas grises cubiertas de musgo y líquenes. Sobrepasamos el montículo, y el terreno se hundió en una brusca pendiente. Empecé a advertir sutiles cambios en el bosque. Ahora, de alguna manera, parecía más oscuro, más vivo, y advertí que el agudo canto de los pájaros otoñales que había oído en las

afueras del bosque se transformaba aquí en una tonada más esporádica, más triste.

Christian se abrió camino entre los matorrales de zarzas. Yo le seguí como pude, y pronto llegamos al gran claro donde, años atrás, habíamos montado nuestro campamento. Un roble particularmente grande dominaba el lugar, y nos reímos al ver las viejas iniciales que en el pasado talláramos allí. Entre sus ramas habíamos construido nuestro puesto de vigilancia, aunque bien poco se podía ver en medio de tantas hojas.

-¿Cumplo los requisitos necesarios para el puesto? -preguntó Christian, con los brazos abiertos.

Sonreí al examinar su silueta cubierta por una capa. Ahora, el cayado con las runas parecía menos extraño, más funcional.

-Pareces algo, pero no sé exactamente qué.

Miró a su alrededor.

-Haré todo lo posible por venir tan a menudo como pueda. Si algo va mal y no te encuentro, trataré de dejarte un mensaje, alguna señal para que sepas...

-Todo irá bien -le interrumpí con una sonrisa. Evidentemente, no quería que le acompañara más allá del claro, y yo tampoco deseaba hacerlo. Sentí un escalofrío, un extraño cosquilleo, como si alguien me estuviera vigilando. Christian advirtió mi inquietud, y admitió que él también se sentía así: era la presencia del bosque, la suave respiración de las ramas.

Nos estrechamos la mano y, algo incómodos, nos abrazamos, Christian dio media vuelta y echó a andar hacia la penumbra del bosque. Le vi marcharse, y luego me dediqué a escuchar. Sólo cuando todo sonido se hubo esfumado, empecé a plantar la pequeña tienda de campaña.

Durante la mayor parte de septiembre, el tiempo siguió frío y seco. Fue un mes aburrido, que me permitió pasar los días sin apenas actividad. Hice algunos trabajos en la casa, leí más fragmentos de las notas de mi padre -aunque pronto me cansé de la repetición de ideas e imágenes- y, a intervalos cada vez más largos, me adentré en el bosque para sentarme en la tienda o al lado de ella, atento a cualquier ruido que delatara la presencia de Christian, maldiciendo los insectos que pululaban por allí, espionando cualquier atisbo de movimiento.

Con octubre llegó la lluvia. Y sólo entonces comprendí, bruscamente, casi sorprendido, que Christian llevaba fuera casi un mes. El tiempo había pasado más de prisa de lo que creía posible y, en vez de preocuparme por mi hermano, me había limitado a suponer que sabía lo que hacía, que volvería en cuanto estuviera preparado. Pero llevaba semanas ausente, sin dar la menor señal de vida. Debería haber acudido al claro, al menos una vez, para dejarme alguna señal.

Entonces, empecé a preocuparme de veras por su seguridad. En cuanto cesó la lluvia, corrí al bosque y aguardé el resto del día en el patético refugio de lona, lleno de goteras. Vi varias liebres, incluso un búho, y oí ruido de movimientos lejanos que no respondieron a mis gritos de «¿Christian? ¿Eres tú?».

Empezaba a hacer frío. Pasé más tiempo en la tienda, y preparé un saco de dormir con mantas y viejas telas impermeables que encontré en el sótano de Refugio del Roble. Arreglé los desperfectos de la tienda, almacené allí alimentos y cerveza, así como leña seca para hacer hogueras.

A mediados de octubre, me di cuenta de que no podía permanecer en la casa más de una hora sin ponerme nervioso, con unos nervios que sólo se calmaban cuando volvía al claro, a mi puesto de vigilancia, y me sentaba en la tienda con las piernas cruzadas. Lo único que hacía era contemplar la penumbra de los árboles, a unos metros de mí. En varias ocasiones, me adentré en el bosque en nerviosas expediciones, pero detestaba la sensación de silencio, y ese cosquilleo en la piel

que parecía repetirme que estaba siendo observado. Eran simples imaginaciones, claro, o una respuesta demasiado sensible a la presencia de los animales del bosque: en cierta ocasión, cuando corrí gritando hacia un arbusto donde imaginaba oculto a mi espía, sólo vi una ardilla roja que huía aterrada hacia las ramas cruzadas de su hogar en el roble.

¿Dónde estaba Christian? Clavé papeles con mensajes, en tantos lugares y tan profundos en el bosque como me atreví. Pero descubrí que, en cuanto me adentraba en la cuenca que parecía engullir el bosque, volvía al mismo punto al cabo de pocas horas, y me encontraba de nuevo cerca del claro, de la tienda. Imposible, sí, y también exasperante. Pero comencé a comprender la frustración de Christian al no poder caminar en línea recta por el espeso bosque de robles. Quizá fuera cierto que había una especie de campo de fuerza, complejo y confuso, que canalizaba a los intrusos hacia el sendero exterior.

Y llegó noviembre, y fue verdaderamente frío, La lluvia gélida caía a intervalos, pero el viento se colaba entre el denso follaje ocre del bosque, parecía capaz de encontrar su camino a través de las rendijas de la ropa y la tela impermeable, hasta llegar a la carne y helar los huesos. Yo estaba deprimido, y mis búsquedas de Christian eran cada vez más exasperantes, más frustrantes. Mis gritos empezaron a tener un matiz airado, a la par que mi piel lucía cada vez más arañazos y hematomas, de tanto subirme a los árboles. Perdí la cuenta de los días, y en más de una ocasión percibí, asustado, que me había pasado dos o tres días en el bosque, sin volver a la casa. Refugio del Roble estaba cada vez más descuidado y desierto. Iba allí para lavarme, comer, descansar, pero en cuanto reparaba las peores agresiones sufridas en mi cuerpo, volvía a concentrarme en Christian, a preocuparme mortalmente por él, y tenía que volver al claro, como si yo no fuera más que un montón de limaduras de hierro atraídas por un imán.

Empecé a temer que le hubiera pasado algo terrible. O quizá no fuera terrible, sino simplemente natural: si de verdad había jabalíes en el bosque, quizá uno le había atacado. Quizá mi hermano estaba muerto, o se arrastraba hacia las afueras del bosque, incapaz de gritar pidiendo ayuda. O quizá se hubiera caído de un árbol. O quizá, sencillamente, se había dormido, y el frío no le permitió despertar por la mañana.

Busqué cualquier rastro de su cuerpo, o de su presencia, y no encontré absolutamente nada. Eso sí, descubrí las huellas de algún animal grande, y marcas en la parte baja del tronco de muchos robles, como si una criatura con colmillos los hubiera mordisqueado.

Pero la depresión pasó pronto y, a mediados de noviembre confiaba otra vez en que Christian estuviera vivo. Empecé a creer que, de alguna manera, se había visto atrapado en este bosque otoñal.

Por primera vez en dos semanas fui al pueblo. Tras conseguir provisiones, recogí los periódicos que se habían acumulado en la pequeña oficina de correos. Al revisar las primeras páginas del semanario local, encontré un suelto relativo a los cadáveres putrefactos de un hombre y un perro lobo, descubiertos en la zanja de una granja, cerca de Grimiey. No se sospechaba que fuera un crimen. No sentí ninguna emoción, sólo curiosidad, y cierta compasión por Christian, cuyo sueño de liberar a Guiwenneth no era más que eso: un sueño, una esperanza ferviente, un deseo condenado a la frustración.

En cuanto a los mitago, sólo tuve dos encuentros, ninguno de ellos demasiado importante. El primero fue con una sombría forma masculina que atravesó el claro, me miró, y por último echó a correr hacia la penumbra, mientras golpeaba los troncos de los árboles con un pequeño bastón de madera. El segundo encuentro fue con el Brezo, cuya forma seguí furtivamente cuando le vi dirigirse a la alberca. Se quedó entre los árboles, espionando el cobertizo del embarcadero. No

sentí auténtico temor ante estas manifestaciones, sólo una ligera aprensión. Pero tras el segundo encuentro, empecé a comprender lo ajenos que eran los mitagos al bosque. Estas criaturas, creadas muy lejos de su tiempo natural, ecos del pasado a los que se había dado sustancia, venían equipados con una vida, un idioma y una cierta ferocidad que no encajaba en absoluto con el mundo de 1947, azotado por la guerra. No era de extrañar que el aura del bosque tuviera tal carga de soledad, una melancolía contagiosa que se había adueñado de mi padre, luego de Christian, y que ahora se adentraba por mis tejidos. Si se lo permitía, me atraparía también a mí.

Durante esos días, empecé a tener alucinaciones. Sobre todo al anochecer, cuando miraba el bosque, comencé a ver movimientos por el rabillo del ojo. Al principio, lo atribuí al cansancio, a la imaginación, pero recordé con toda claridad el fragmento de las notas de mi padre donde describía a los premitagos, la imágenes iniciales que aparecían siempre en su visión periférica. La primera vez me asusté. No quería reconocer que aquellas criaturas pudieran ser inquilinos de mi propia mente, que mi interacción con el bosque había comenzado mucho antes de lo que imaginara Christian. Pero, tras un tiempo, me senté con tranquilidad y traté de verles más detalladamente. No lo conseguí. Advertía el movimiento, y a veces una forma humana, pero fuera cual fuese el campo que inducía su aparición, aún no era tan fuerte como para darles realidad absoluta. O eso, o mi mente no podía controlar aún su existencia.

El veinticuatro de noviembre, volví a la casa y pasé unas horas descansando y escuchando la radio. Se desencadenó una tormenta, y vi caer la lluvia, sintiéndome helado y enfermizo. Pero, en cuanto el cielo se despejó y las escasas nubes se tornaron blancas y brillantes, me eché el impermeable sobre los hombros y volví al claro. Esperaba encontrarlo todo tal como lo dejé. Por eso, lo que no hubiera debido ser más que una sorpresa, se convirtió en una auténtica conmoción.

Habían destruido la tienda, y su contenido estaba disperso entre los charcos de lodo del claro. Parte del cable de retén colgaba de las ramas más altas del gran roble, y los matorrales de los alrededores estaban aplastados, como si hubiera tenido lugar allí una gran pelea. Cuando examiné el terreno, advertí que estaba lleno de huellas extrañas, redondas y profundas, como cascos de caballo. Fuera cual fuese la bestia que había pasado por allí, se las había arreglado para hacer jirones el refugio de lona.

Sólo entonces noté lo silencioso que estaba el bosque, como si contuviera el aliento, a la espera. Se me erizó hasta el último pelo del cuerpo, y el corazón me latió tan fuerte que creí que el pecho me estallaría. Me quedé un segundo o desjunto a la tienda destrozada, y el pánico se apoderó de mí. La cabeza me daba vueltas, y el bosque parecía amenazarme. Huí del claro, aplastando los empapados matorrales entre dos gruesos troncos de roble. Corrí muchos metros por la penumbra, antes de darme cuenta de que estaba alejándome de la periferia del bosque. Creo que grité. Di media vuelta, y eché a correr de nuevo.

Una pesada lanza se clavó en el árbol más cercano y, antes de poder detenerme, me precipité contra el asta de madera negra. Una mano me agarró por el hombro y me arrastró hacia el árbol. Grité de terror al ver el rostro sucio de barro de mi atacante. Él también me gritó:

-¡Cállate, Steve! ¡Por lo que más quieras, cállate! El pánico cesó, mi voz se convirtió en un susurro, y examiné más de cerca al furioso hombre que me tenía atrapado. Comprendí que era Christian, y el alivio fue tal que me eché a reír. Durante largos momentos, no me di cuenta del cambio tan profundo que había sufrido mi hermano.

Christian miraba hacia el claro.

-Tienes que marcharte de aquí -dijo.

Y, antes de que pudiera responderle, me obligó a correr, prácticamente me arrastró de vuelta hacia la tienda.

Una vez en el claro, titubeó, y me miró. No vi ninguna sonrisa bajo la máscara de barro y hojas amarillentas. Sus ojos brillaban, pero entrecerrados, apenas dos líneas. Tenía el pelo grasiento e hirsuto. Estaba casi desnudo, sólo llevaba un taparrabos y una desastrada camisa de piel, que no podía darle demasiado calor. Portaba tres lanzas peligrosamente puntiagudas. Ni rastro de la delgadez esquelética del verano. Era musculoso y duro, con pecho ancho y miembros fuertes. Un hombre hecho para luchar.

-Tienes que salir del bosque, Steve. Y, por lo que más quieras, no vuelvas nunca.

-¿Qué te ha pasado, Chris...? -empecé.

Pero él meneó la cabeza y me empujó a través del claro y los árboles, hacia el sendero sur.

Al momento, se detuvo y echó un vistazo hacia la penumbra, sin dejarme avanzar.

-¿Qué pasa, Chris?

Entonces, yo también lo oí, el sonido de los arbustos al ser aplastados por algo muy pesado. Algo se abría camino entre los árboles y los matorrales, hacia nosotros. Seguí la mirada de Christian, y vi una forma monstruosa, tan alta como dos hombres juntos, pero humana, encorvada, negra como la noche a excepción de la gran mancha blanca que era su rostro, todavía indistinguible por la distancia y las sombras.

-¡Dios, ha escapado! -gritó Christian-. Se interpone entre la salida y nosotros.

-¿Qué es, Chris? ¿Un mitago?

-El mitago -respondió rápidamente Christian. Se dio la vuelta y atravesó de nuevo el claro. Yo le seguí. De repente, todo el cansancio había desaparecido de mi cuerpo.

-¿El Urscumug? ¿Es eso? Pero no es humano, sino animal. Nunca ha habido un ser humano con semejante estatura.

Al volver la mirada mientras corría, vi que el monstruo entraba en el claro. En espacio abierto se movía tan de prisa que creí estar viendo una película proyectada a cámara rápida. Se lanzó al bosque tras nosotros, y volvió a fundirse con la oscuridad. Pero ahora corría entre los árboles, nos perseguía, y acertaba distancia a una velocidad increíble.

De pronto, el terreno desapareció bajo mis pies. Caí pesadamente en una depresión, pero Christian me agarró a tiempo. Luego, mi hermano arrastró una zarza para cubrirnos, y se puso un dedo en los labios. Apenas podía distinguirle en el oscuro agujero, pero oí como se alejaban los pasos del Urscumug, y pregunté a Christian qué sucedía.

-¿Se ha ido?

-Casi seguro que no -respondió-. Está aguardando, escuchando. Lleva dos días persiguiéndome desde las zonas más profundas del bosque. No descansará hasta que me mate.

-¿Por qué, Christian? ¿Por qué quiere acabar contigo?

-Es el mitago del viejo -me explicó-. Él le dio vida en el corazón del bosque, pero era débil, y estaba atrapado..., hasta que llegué yo y le proporcioné más poder con que alimentarse. Pero sigue siendo el mitago del viejo, y en parte está formado a su semejanza, tiene algo de su ego. ¡Dios, Steve, cómo debió de odiarnos para imponer tanto terror a ese monstruo!

-Y Guiwenneth... -dije.

-Sí..., Guiwenneth-repitió Christian, ahora en voz baja-. Por eso quiere vengarse de mí. Pero no le daré ni media oportunidad.

Se irguió para echar un vistazo a través de la cobertura de espino. Oí el ruido de un movimiento lejano, inquieto, y me pareció escuchar el gruñido gutural de algún animal.

-Creí que no había conseguido crear el mitago primario.

-Murió creyéndolo -asintió Chris-. Me pregunto qué habría hecho de saber el éxito que había tenido. Volvió a acuclillarse en el agujero.

-Es como un jabalí. Parte jabalí, parte hombre, y con elementos de otras bestias del bosque. Camina erguido, pero puede correr raudo como el viento. Se pinta la cara de blanco para que parezca un rostro humano. No sé en qué era vivió, pero una cosa es segura, fue mucho antes de existir el hombre tal como nosotros lo entendemos. Ese monstruo viene de una era en que el hombre y la naturaleza estaban tan próximos, que apenas se podía distinguir el uno de la otra.

Entonces, me rozó el brazo. Fue un toque titubeante, casi como si tuviera miedo de estar en contacto con alguien de quien tanto se había distanciado.

-Cuando corras -dijo-, ve hacia el lindero del bosque. No te detengas. Sal de ahí, y no vuelvas. Ahora no hay salida para mí. Es una parte de mi propia mente, que me ata a este bosque tanto como si yo mismo fuera un mitago. No vuelvas, Steve. Al menos, en mucho, mucho tiempo.

-Chris... -empecé a decir.

Pero era demasiado tarde. Mi hermano había apartado de golpe la cubierta de espino, y corría alejándose de mí. Momentos después, la forma más enorme que se pueda imaginar pasó sobre mi cabeza, y un enorme pie negro se plantó a centímetros de mi cuerpo paralizado. Todo sucedió en una fracción de segundo. Cuando conseguí salir del agujero y echar a correr, di un rápido vistazo a la criatura. Me había oído, y también me miraba. Durante aquel instante de contemplación recíproca, mientras los dos nos alejábamos en el bosque, vi el rostro pintado sobre la cabeza negra de jabalí.

El Urscumug abrió la boca para dejar escapar un rugido, y mi padre pareció mirarme.

Segunda parte

Los cazadores salvajes

Uno

Una mañana, a principios de la primavera, encontré un montón de liebres colgadas de uno de los ganchos de la cocina. Bajo ellas, garabateada con la pintura amarilla que había utilizado para la valla, había una letra «C». El regalo se repitió unas dos semanas más tarde. Después, nada. Y pasaron los meses.

Yo no había vuelto al bosque.

Durante el largo invierno, había leído mil veces el diario de mi padre. Me adentré en el misterio de su vida tanto como él se había adentrado en el misterio de su propio enlace inconsciente con el bosque primitivo. En las erráticas anotaciones encontré abundantes referencias a su sensación de peligro, a lo que, en una ocasión, llamó «idea mitológica del ego», la influencia de la mente del creador. Él pensaba que podía afectar a la forma y comportamiento de los mitagos. Entonces, había sido consciente del peligro. Me pregunté si Christian habría comprendido plenamente esta sutilidad de los procesos que tenían lugar en el bosque. De la oscuridad del dolor que anidaba en la mente de mi padre había surgido una sola hebra para dar forma a la chica de la túnica verde, condenándola a quedar indefensa en un bosque agresivo. Si la chica tenía que surgir de nuevo sería la mente de Christian la que la controlase, y Christian no tenía tales prejuicios sobre las capacidades y debilidades de una mujer.

El encuentro sería diferente.

El libro de notas me asombraba y me entristecía a la vez. Había muchas anotaciones que se referían a los años anteriores a la guerra, a nuestra familia, a Chris y sobre todo a mí: era como si mi padre nos hubiera mirado constantemente, como si ésa fuera su manera de relacionarse con nosotros, de estar cerca de nosotros. Pero, mientras nos miraba, siempre pareció distante, frío. Yo había pensado que ni siquiera me veía. Creí que, para él, era una simple molestia, un insecto pesado que espantaba de un manotazo, sin apenas verlo. Y ahora descubría que siempre me había observado, que anotaba todos mis juegos, mis paseos cerca y alrededor del bosque, y los efectos de éste sobre mí.

Un incidente, reseñado breve, rápidamente, me recordó un largo día de verano, cuando tenía nueve o diez años. En él, desempeñaba un papel importante un barco de madera, que Chris había tallado de un trozo de haya, para que yo lo pintara. El barco, el riachuelo que llamábamos Arroyo Arisco, y un revuelto pasaje a través del bosque bajo el jardín. Diversión inocente, infantil, y mi padre no había dejado de observarnos ni un momento, una sombra oscura en la ventana de su estudio.

El día comenzó bien: un amanecer fresco, luminoso. Desperté viendo a Chris en las ramas de la haya, cerca de las ventanas de mi cuarto. Trepé desde la ventana, en pijama, y los dos nos sentamos allí, en nuestro campamento secreto, contemplando a lo lejos las actividades del granjero que trabajaba las tierras de los alrededores. En otro punto de la casa había movimiento, e imaginé que la

señora de la limpieza había llegado pronto para aprovechar el hermoso día de verano.

Chris tenía el trozo de madera, y ya había dado forma al casco del pequeño bote. Discutimos los planes para pasar un día épico junto al río, y volvimos a entrar en casa para vestirnos, devorar el desayuno recién preparado por la somnolienta figura de nuestra madre, y salir otra vez al cobertizo, donde pronto conseguimos tallar un mástil y colocarlo sobre el casco. Lo pinté de rojo y tracé nuestras iniciales a cada lado del mástil. Una vela de papel, unos cuantos aparejos, y el gran navío estuvo preparado.

Salimos corriendo del patio y bordeamos el denso bosque silencioso, hasta encontrar el arroyo donde tendría lugar la botadura del navío.

Recuerdo que corrían los últimos días de julio, cálidos y tranquilos. El riachuelo llevaba poca agua, y las orillas estaban agrietadas y secas, llenas de excrementos de oveja. El agua era algo verdosa, ya que en las piedras y el lodo del fondo crecían multitud de algas. Pero la corriente era fuerte, constante. El arroyo cruzaba los campos cultivados, entre los árboles bañados por el sol, para luego adentrarse entre la maleza más espesa y pasar bajo la puerta de la verja en ruinas. La verja estaba llena de hierbajos, zarzales y arbustos. La había puesto Alphonse Jeffries para evitar que los «golfillos», como Christian y yo, vagabundeáramos junto a las aguas más profundas de la alberca, donde el arroyo se hacía más ancho, y sus aguas más revueltas.

Pero la verja estaba podrida, y había un buen agujero bajo ella, por donde el barco de nuestros sueños podía pasar con toda facilidad.

Chris puso la maqueta en el agua con gran ceremonia.

-¡Que Dios acompañe a todos los que viajen en ti! -dijo solemnemente.

-¡Que vuelvas sano y salvo de tu aventura, *Viajero!* -añadí yo.

Lo de *Viajero* nos parecía un nombre suficientemente dramático. Lo habíamos sacado de nuestro tebeo favorito.

Chris soltó el barquito. Se tambaleó y giró mientras se alejaba de nosotros. No parecía muy cómodo en el agua. Me disgustó bastante que el bote no navegara como los de verdad, que se inclinara ligeramente hacia un lado, que subiera y bajara con cada diminuta ola. Pero era emocionante ver alejarse el pequeño barco, en dirección al bosque. Y al final, antes de desaparecer bajo la verja, sí pareció navegar de verdad en el océano. Dio la impresión de que el mástil se encogía para atravesar el obstáculo, y ya no lo vimos más.

Entonces empezaba lo divertido. Corrimos jadeantes alrededor del bosque. Era un buen trayecto a través de un sembradío privado, lleno de altas espigas de maíz, y luego por las vías del tren y por un campo donde pastaban las vacas. En uno de los rincones había un toro. Alzó la cabeza para mirarnos, y bufó, pero pareció conformarse con eso.

Tras pasar por la granja, junto a los animales, llegamos al extremo norte del bosque de robles. Por allí resurgía el Arroyo Arisco, una corriente más amplia y menos profunda.

Nos sentamos y esperamos a que llegara nuestra nave para darle la bienvenida.

En mi imaginación, durante aquella larga tarde en la que jugamos bajo el sol y escudriñamos la oscuridad del bosque en busca de cualquier señal de nuestro barco, la pequeña nave se encontraba con toda clase de animales extraños, de torbellinos y rápidos. Casi podía verla luchando valientemente contra mares tormentosos, perseguida por nutrias y ratas de agua que se lanzaban sobre su borda. Lo más importante fueron las imágenes mentales de aquel viaje, los sueños que inspiró la hazaña del pequeño bote.

¡Cómo habríamos disfrutado de verlo aparecer por el Arroyo Arisco! ¡Cuánto habríamos discutido sobre su rumbo, su viaje, sus aventuras!

Pero el barquito no apareció. Tuvimos que enfrentarnos a la dura realidad de que, en algún punto de aquel bosque, oscuro y denso, la maqueta se había quedado enganchada entre unas ramas. Encallada, se quedaría donde estuviera hasta pudrirse, hasta volver de nuevo a la tierra.

Disgustados, volvimos a casa al anochecer. Las vacaciones veraniegas habían empezado con un desastre, pero pronto olvidamos el barco.

Entonces, seis semanas después, poco antes del largo viaje en coche y en tren que nos llevaría de vuelta al colegio, Christian y yo volvimos a la parte norte del bosque, esta vez paseando con los dos perros ojeadores de nuestra tía. La tía Edie era un auténtico castigo, y agradecíamos cualquier oportunidad para salir de la casa cuando estaba ella, incluso en un día tan encapotado y húmedo como aquel viernes de septiembre.

Llegamos junto al Arroyo Arisco y allí, para nuestra sorpresa y alegría, estaba el *Viajero*, tambaleándose y girando en la corriente. El arroyo estaba muy crecido tras las lluvias de finales de agosto. La nave remontó las olas con gallardía, siempre enderezándose, a punto ya de perderse en la distancia.

Corrimos por la orilla del riachuelo, mientras los perros ladraban con todas sus fuerzas, encantados por la repentina carrera. Al final, Christian ganó terreno al barquito, y sacó del agua nuestra pequeña maqueta.

Le sacudió el agua y lo alzó, con el rostro brillante de alegría. Sudoroso, llegué junto a él y le quité la maqueta. La vela estaba intacta, las iniciales seguían allí. El pequeño objeto de nuestros sueños estaba exactamente igual que el día en que lo botamos.

-Supongo que se quedó encallado, y que volvió a navegar cuando subió el agua -comentó Christian.

¿Qué otra explicación teníamos?

Pero, aquella misma noche, mi padre escribió lo siguiente en su diario:

Incluso en las zonas más periféricas del bosque, el tiempo se distorsiona en gran manera. Es lo que sospechaba. El aura producida por el bosque primario tiene un pronunciado efecto sobre la naturaleza de las dimensiones. En cierto modo, los chicos han llevado a cabo el experimento por mí, soltando su barquito de juguete en un arroyo que corre -o eso se cree- por la parte exterior del bosque. Ha tardado seis semanas en atravesar la zona exterior. Una distancia que, en términos reales, no es de más de kilómetro y medio. ¡Seis semanas! Más al centro del bosque, si la expansión de tiempo y espacio se incrementa progresivamente -es lo que sospecha Wynne-Jones-, ¿quién puede imaginar los extraños paisajes que hay allí?

Durante el resto del largo y húmedo invierno que siguió a la desaparición de Christian, frecuenté cada vez más a menudo la oscura habitación polvorienta de la parte trasera de la casa: el estudio de mi padre. Encontraba un extraño consuelo entre los libros y especímenes. Me sentaba durante largas horas junto a su escritorio, sin leer, sin siquiera pensar, con la mirada fija en algún punto cercano, como si esperase algo. Me daba cuenta con toda claridad de que mi comportamiento resultaba bastante peculiar, y salía de aquellos ensueños casi enfadado.

Siempre había cartas que escribir, sobre todo de tipo económico, ya que el dinero del que vivía sé acercaba rápidamente a una suma incapaz de garantizarme más de unos meses de reclusión e inactividad. Pero me resultaba difícil concentrarme en asuntos tan vulgares mientras pasaban las semanas. Chris seguía sin aparecer, y el viento y la lluvia soplaban como seres vivos contra los cristales de los balcones, casi llamándome para que me reuniera con mi hermano.

Tenía demasiado miedo. Aunque sabía que la bestia me había rechazado otra vez, que había preferido seguir a Christian a las profundidades del Bosque Ryhope, no podía enfrentarme a la idea de repetir el enfrentamiento. Conseguí volver a casa, exhausto y angustiado, y ahora lo único que podía hacer era caminar por las afueras del bosque, llamando a Christian, esperando, siempre esperando, que apareciera otra vez de repente.

¿Cuánto tiempo pasé allí de pie, mirando la parte del bosque que se divisaba desde el balcón? ¿Horas? ¿Días? Tal vez fueran semanas. Los niños, los habitantes del pueblo, los peones de las granjas..., siempre se veía a alguien, figuras trabajando los campos o rodeando los árboles, atravesando la hacienda. Cada vez que veía una forma humana, el corazón me saltaba en el pecho, sólo para ver mis esperanzas frustradas minutos más tarde.

Refugio del Roble era húmedo, y a humedad olía, pero no se encontraba en un estado más lamentable que su inquieto ocupante.

Examiné cada centímetro del estudio. Pronto conseguí acumular una extraña colección de objetos que, años antes, no me habrían interesado en absoluto. Puntas de flechas y lanzas, tanto de bronce como de piedra, y también collares, algunos de ellos hechos con grandes colmillos. Descubrí que dos instrumentos de hueso -astas largas y delgadas, con múltiples dibujos- servían para dar velocidad a las lanzas. El objeto más bello era un caballito de marfil, muy estilizado, con un cuerpo extrañamente grueso y patas finas, pero talladas con una maestría exquisita. El agujero que le atravesaba el cuello indicaba que su función era servir de colgante. En los flancos del caballo, grabadas con claridad inconfundible, había dos figuras humanas *in copulo*.

Aquel objeto me hizo revisar de nuevo una breve referencia en el diario:

El Sepulcro del Caballo sigue desierto. Supongo que es lo mejor. El shamán ha vuelto a las tierras centrales, más allá del fuego del que hablaba. Me dejó un regalo. El fuego me intriga. ¿Por qué le tenía tanto miedo? ¿Qué hay más allá?

Por fin descubrí el equipo de «puente frontal» que había utilizado mi padre. Christian lo había destruido todo lo posible: rompió la extraña máscara y dobló y deformó varios instrumentos eléctricos. Era una labor cruel, apenas pude creer que mi hermano lo hubiera hecho, pero me pareció entender la razón. Christian estaba celoso de cualquier posible intromisión en la realidad donde buscaba a Guiwenneth, y no quería que nadie más experimentase con la generación de mitagos.

Cerré el armario donde estaban los restos de la máquina.

Para animarme y librarme en parte de aquella obsesión, reinicié mi relación con los Ryhope, que vivían en la gran casa. Parecieron encantados de contar con mi compañía..., si exceptuamos a las dos hijas adolescentes, chicas engreídas y afectadas que me consideraban muy inferior a ellas. Pero el capitán Ryhope, cuya familia había ocupado aquellas tierras durante muchas generaciones, me regaló pollos con los que repoblar mis gallineros, mantequilla de su propia granja y, lo mejor de todo, muchas botellas de vino.

Creo que era su manera de demostrar comprensión por lo que a él debían de parecerle una sucesión de tragedias en mi vida.

El capitán no sabía nada sobre el bosque, ni siquiera que la mayor parte seguía virgen. Solían talar en la parte sur cuando necesitaban leña para la chimenea y madera para la granja. Pero la última referencia que pudo encontrar en los anales de su familia sobre intentos de explotar el bosque, era una breve alusión datada en 1722:

El bosque no es seguro. La parte que hay entre Cavas Bajas y los Desmochados, y que se entiende hasta el Campo de la Acequia, es pantanosa y la frecuentan extraños pueblerinos que conocen muy bien el bosque y la manera de sobrevivir en él. Echarlos a todos sería muy costoso, así que he dado orden de vallar este lugar y talar los árboles del sur y el sudoeste. Se han instalado trampas.

Durante dos siglos más, la familia siguió ignorando aquella inmensa extensión de bosques salvajes. Era un hecho que me resultaba difícil de creer y comprender..., pero, incluso hoy en día, el capitán Ryhope apenas se fijaba en la zona boscosa que interrumpía los campos, tan extrañamente bautizados.

Era simplemente «el bosque», y la gente lo bordeaba, o usaba los senderos que recorrían la periferia, pero nadie pensaba en adentrarse en él. Era «el bosque». Siempre había estado ahí. Era un hecho de la vida. Y la vida seguía a su alrededor.

Me enseñó una anotación hallada en los libros de la casa, fechada en 1536, o quizá 37, no se distinguía bien. Fue antes de los tiempos de su familia, y si me mostró el fragmento fue más por orgullo de la alusión al rey Enrique VIII que por su referencia a las extrañas cualidades del Bosque Ryhope:

Al rey le complació cazar en los bosques, con cuatro miembros de su séquito y dos damas. Se llevaron cuatro halcones. El rey expresó su admiración ante lo peligroso de la caza, y cabalgó con la necesaria cautela por el bosque. Volvió a la mansión al anochecer. El rey en persona había matado un venado. El rey habló de fantasmas, y habló largo rato sobre cómo Robín Hood le persiguió por los claros más profundos del bosque, además de dispararle una flecha. Ha prometido volver a cazar en la hacienda la temporada que viene.

Poco después de Navidad, mientras preparaba algo de comer en la cocina, detecté un movimiento a mi lado. Fue una auténtica conmoción, un momento de pánico que me hizo saltar. La adrenalina me hacía galopar el corazón.

En la cocina no había nadie. Pero el movimiento continuó, una sombra titubeante que atisbaba por el rabillo del ojo. Crucé la casa corriendo y entré en el estudio. Me senté tras el escritorio y apoyé las manos sobre la superficie de madera barnizada, mientras jadeaba.

El movimiento cesó.

Pero era una presencia creciente a la que tenía que enfrentarme. Mi propia mente estaba interactuando ya con el aura del bosque, y los primeros premitagos se formaban en mi visión periférica. Eran formas confusas, inquietas, que parecían tratar de llamarme la atención.

Mi padre necesitó el «puente frontal», la extraña máquina que parecía salida de Frankenstein, para que su mente vieja generase aquellas presencias míticas «almacenadas» en su subconsciente racial. Su diario, las anotaciones sobre los experimentos con Wynne-Jones, y también Chris, me habían dicho que una mente más joven podría interactuar con el bosque más fácil y rápidamente de lo que mi padre había creído posible.

El estudio era un buen lugar en el que refugiarme de esas formas llamativas, aterradoras. El bosque sólo había tendido sus oscuros tentáculos psíquicos hasta las habitaciones más cercanas de la casa, la cocina y el comedor. Alejarse de aquella zona, cruzar el descansillo y el corredor que llevaba al estudio de mi padre, era como librarse de aquellos movimientos insistentes.

Con el tiempo, en cuestión de semanas, las imágenes de mi subconsciente que se iban materializando, poco a poco, me asustaron cada vez menos. Se convirtieron en una parte de mi vida, algo molesta, pero no amenazadora. No

volví a acercarme al bosque. Creía que, así, dejaría de generar mitagos que luego se materializaran para molestarme. Pasé mucho tiempo en el pueblo más cercano, y aproveché todas las ocasiones posibles para viajar a Londres y visitar a mis amigos. No quise establecer contacto con la familia del amigo de mi padre, Edward Wynne-Jones, aunque cada vez me resultaba más necesario encontrar a aquel hombre para hablar con él sobre sus descubrimientos.

Supongo que estaba actuando como un cobarde. Pero, al verlo con cierta perspectiva, me atrevo a atribuirlo más bien a mi intranquilidad ante la falta de datos sobre lo que estaba haciendo Christian. Mi hermano podía volver en cualquier momento. Al no saber a ciencia cierta si estaba muerto, o sólo extraviado, me veía impelido a no hacer ningún movimiento.

Estaba estancado. El flujo del tiempo a través de la casa, la interminable rutina de comer, asearme, leer, pero sin dirección, sin objetivo.

Los regalos de mi hermano -las liebres y las iniciales- me hicieron reaccionar con algo muy parecido al pánico. A principios de la primavera, me aventuré por primera vez hasta los alrededores del bosque, para llamar a Christian.

Y poco después de esta interrupción en la rutina, quizá a mediados de marzo, tuvo lugar la primera de las dos visitas procedentes del bosque que iban a afectarme tan profundamente durante los meses siguientes. De esas dos emergencias, la segunda fue la que tendría una importancia más inmediata; pero el significado de la primera sería cada vez más evidente... No obstante, en aquel frío anochecer desapacible de marzo, fue una presencia enigmática que pasó por mi vida como un aliento frío, un encuentro momentáneo.

Había pasado el día en Gloucester, visitando el banco donde todavía controlaban los asuntos de mi padre. Fueron unas horas frustrantes; todo estaba a nombre de Christian, y no tenía pruebas de que mi hermano hubiera aceptado cederme el control de las cuestiones económicas. Mi apelación a que Christian estaba perdido en unos bosques lejanos fue escuchada con simpatía, pero con poquísima comprensión. Se seguían pagando las cuentas de siempre, desde luego. Pero mis disponibilidades económicas mermaban rápidamente y, sin un cierto acceso a la cuenta de mi padre, me vería obligado a trabajar. Cuando llegué, estaba ansioso por conseguir un empleo honrado. Ahora, distraído y obsesionado con el pasado, sólo quería que me dejaran gobernar mi propia vida.

El autobús iba con retraso, y el viaje de vuelta a casa atravesando los campos de Herefordshire era lento. Una y otra vez nos veíamos detenidos por el ganado que cruzaba las carreteras. Estaba a punto de anochecer cuando recorrí en bicicleta los últimos kilómetros que separaban la estación de autobuses de Refugio del Roble.

Hacía frío en la casa. Me puse un mono sin mangas y me dediqué a preparar la chimenea, quitando las cenizas del día anterior. El aliento se me helaba en el aire, y tiritaba violentamente... y, en ese momento, comprendí que un frío tan intenso no era natural. La habitación estaba vacía. Al otro lado de las ventanas, cubiertas con cortinas de encaje, los jardines delanteros eran una mancha marrón y verde, los últimos restos visibles antes de que cayera la noche. Encendí la luz, me froté los brazos y recorrí rápidamente toda la casa.

No había la menor duda. Aquel frío no era normal. A ambos lados de la casa, en la parte interior de las ventanas, empezaba a formarse hielo. Lo barrí con la mano y miré por el hueco a través del patio posterior.

Hacia el bosque.

Allí había movimiento, una leve vibración, tan tenue e intangible como los movimientos titilantes de los premitagos que, aunque poblaban mi visión periférica,

habían dejado de preocuparme. Observé aquel lejano movimiento, que se deslizaba entre los árboles y matorrales del bosque, y que parecía proyectar una sombra móvil sobre el campo cubierto de cardos que separaba los árboles del jardín.

Allí había algo, algo invisible. Algo que me miraba y se acercaba lentamente a la casa.

Sin saber qué hacer, aterrado ante la sola idea de que el Urscumug hubiera vuelto al lindero del bosque para buscarme, cogí la pesada lanza que había fabricado durante las largas semanas de diciembre. Era una defensa primitiva y burda, pero, en cierto modo, más satisfactoria de lo que habría sido una pistola. Pensaba que, contra lo primitivo, no se podía usar más que un arma primitiva.

Al bajar la escalera, noté una bocanada de aire cálido en mis mejillas heladas, como la rápida respiración de un ser que pasara junto a mí. Una sombra pareció pender sobre mi cabeza, pero desapareció rápidamente.

En el estudio de mi padre, el aura de inquietud desapareció, quizá por no poder competir contra el poderoso residuo de intelecto que representaba el fantasma de mi padre. Eché una mirada por el balcón, hacia la parte del bosque que se veía desde allí. Antes, tuve que frotar el hielo del cristal. Me sentía como debió de sentirse mi padre, asustado, intrigado, atraído por los enigmáticos acontecimientos que tenían lugar más allá de los límites humanos de la casa y sus alrededores.

Uno de los tentáculos pasó por encima de la valla y se extendió hasta el balcón. Me aparté de un salto, asustado, y el rostro que me miraba desde fuera desapareció. La sorpresa hizo que el corazón me latiera a toda velocidad, y dejé caer la lanza. Mientras me agachaba para recoger el arma, los cristales vibraron. La puerta de madera sufrió un violento golpe, y las gallinas parecieron enloquecer.

Pero yo sólo podía pensar en aquella cara. ¡Era tan extraña...! Humana, sí, pero con rasgos que sólo puedo describir como élficos. Los ojos eran rasgados; el interior de la boca sonriente, de un rojo brillante. Aquel rostro no tenía nariz ni orejas, pero una hirsuta mata de cabello indomable le brotaba del cráneo y de las mejillas.

Era a la vez cruel, malévolo, divertido y aterrador.

De pronto, el cielo se oscureció, y fuera de la casa todo pasó a ser gris y nebuloso. Los árboles quedaron amortajados en una niebla sobrenatural, aunque un extraño brillo surgía de un punto cercano al Arroyo Arisco.

Por fin, la curiosidad se impuso al miedo. Abrí el balcón y salí al jardín, caminando cautelosamente en la oscuridad, hacia la puerta. Por el oeste, en dirección a Grimiey, el horizonte brillaba. Podía distinguir con toda claridad las siluetas de las granjas, los matorrales y las colinas. En el este, en dirección a la mansión de los Ryhope, el anochecer también era claro. Aquella nube sombría y tormentosa sólo pendía sobre el bosque y sobre Refugio del Roble.

Los elementales llegaron entonces con toda su potencia. Surgieron de la misma tierra, se alzaron a mi alrededor, flotando, sondeando, emitiendo extraños sonidos muy parecidos a carcajadas. Me volví para tratar de distinguir alguna forma racional en las ráfagas de criaturas, y distinguí ocasionalmente una cara, una mano, un dedo largo y curvo, con una brillante uña engarriada que me señalaba. Pero siempre desaparecían antes de que pudiera tocarlas. Alcancé a ver formas femeninas, ágiles y sensuales. Pero, sobre todo, vi los rostros sonrientes de algo que era más élfico que humano. Melenas al viento, ojos brillantes, bocas abiertas en gritos silenciosos. ¿Eran mitagos? Apenas tuve tiempo de preguntármelo. Me tocaban el pelo, me rozaban la piel. Dedos invisibles se me clavaban en la espalda y me hacían cosquillas bajo las orejas. El silencio del anochecer gris se veía quebrado por ráfagas bruscas y breves de risas traídas por

el viento, o por los escalofriantes gritos de las aves nocturnas que volaban sobre mí, con alas anchas y rostros humanos.

Los árboles más exteriores del bosque se mecían rítmicamente. En sus ramas, a través de la niebla, vi más formas, sombras que se perseguían por los campos oscuros. Estaba en el centro de una actividad sobrenatural de proporciones increíbles.

De repente, la actividad cesó, y la luz procedente del Arroyo Arisco se hizo más intensa. El silencio era escalofriante, aterrador. El frío me helaba los huesos, y tenía calambres por todo el cuerpo. La luz fue surgiendo de la niebla y el bosque, y, al ver su fuente, me quedé atónito.

Un bote salió navegando de entre los árboles. Se movía con seguridad sobre un arroyo demasiado pequeño para la envergadura del casco. El bote estaba pintado con colores brillantes, pero la luz provenía de la figura que se alzaba de pie en la proa. Y aquella figura me miraba. Tanto bote como hombre eran dos de las cosas más extrañas que he visto jamás. El bote tenía la proa y la popa muy altas, y una sola vela colocada en ángulo. Ningún viento hinchaba la lona gris y los aparejos negros. La madera del casco estaba llena de símbolos y dibujos. Dos extrañas estatuas adornaban la proa y la popa, y ambas gárgolas parecieron volverse para mirarme.

El hombre brillaba con un aura dorada. Sus ojos me contemplaban desde debajo de un resplandeciente casco de bronce con una complicada cresta, casi ocultos entre las protecciones de las mejillas. La barba, blanca como la tiza y con hebras rojas, le llegaba hasta el ancho pecho. Se inclinó sobre la borda del bote, envolviéndose el cuerpo con la adornada capa. La luz que le rodeaba arrancaba destellos de su armadura metálica.

A su alrededor, los espíritus y fantasmas que habitaban en la periferia del bosque jugaban sin cesar. Parecían perseguir la nave, muy divertidos ante el movimiento en las tranquilas aguas del arroyo.

La mirada recíproca, a una distancia de no más de cien metros, duró todo un minuto. Entonces, empezó a soplar un extraño viento, que hinchó la vela de la escalofriante nave. Los aparejos negros se movieron, el bote se estremeció, y el hombre brillante alzó la vista hacia el cielo. A su alrededor, las fuerzas oscuras de aquella noche se reunieron, atestando el barco, gimiendo y llorando con las voces de la naturaleza.

El hombre arrojó algo en mi dirección, y luego alzó la mano en el gesto universal de agradecimiento. Caminé hacia él, pero una repentina ráfaga de viento me cegó. Los elementales se arremolinaban a mi alrededor. Vi como el brillo dorado desaparecía lentamente, de vuelta al bosque, con la popa convertida ahora en proa y la vela llena de una saludable brisa. Por mucho que lo intenté, no pude traspasar la barrera de fuerzas protectoras que acompañaban al misterioso extranjero.

Cuando por fin pude moverme, la nave ya había desaparecido, y la oscura nube que pendía sobre el bosque se disolvió como por ensalmo, como el humo absorbido por un ventilador. Era un anochecer luminoso. Volví a sentir calor. Me dirigí hacia el objeto que había lanzado el hombre, y lo recogí.

Era una hoja de roble, tan ancha como mi mano, labrada en plata. Una obra maestra de artesanía. Al examinarla con más atención, vi el dibujo: una letra C en el perfil de una cabeza de jabalí. La hoja estaba rota, había un desgarrón largo y delgado, como si alguien hubiera atravesado el metal con un cuchillo. Me estremecí. Aunque entonces no sabía aún por qué la mera visión de aquel talismán me causaba temor.

Volví a la casa para pensar en las extrañas formas mitago que todavía emergerían del bosque.

Dos

La lluvia se abatió sobre la tierra, una ducha húmeda que parecía venir de un cielo demasiado brillante como para portar aquel diluvio. El campo se convirtió en un lodazal traicionero, que me entorpecía el camino de vuelta a Refugio del Roble. La lluvia me empapó el grueso jersey y los pantalones, y la sentí sobre la piel, fría, irritante. Me había tomado por sorpresa mientras bajaba paseando de la mansión tras trabajar unas horas en el jardín, a cambio de un trozo de carnero de sus reservas de carne salada.

Atravesé corriendo el jardín y lancé el pesado trozo de carne dentro de la cocina. Todavía bajo la lluvia, me quité el empapado jersey. El aire estaba impregnado del olor a tierra y a bosque, y cuando estaba allí, colgando la ropa mojada, la tormenta pasó, y el cielo se aclaró ligeramente.

El sol apareció entre las nubes y, durante unos segundos, una ola cálida me animó a pensar que los últimos días de abril dejaban paso a los primeros de mayo, y que los inicios del verano estaban a la vuelta de la esquina.

Entonces vi la matanza junto al gallinero, y un escalofrío de aprensión me hizo correr hacia la puerta de la cocina...

Una puerta que antes había dejado cerrada, de eso estaba seguro. Una puerta que alguien había abierto mientras yo huía de la lluvia.

Dejé el jersey y caminé cautelosamente hacia el gallinero. Allí encontré las cabezas de dos gallinas, con los cuellos todavía sangrantes, separadas de los cuerpos por un tajo de cuchillo. En el suelo, que la lluvia había reblandecido, encontré huellas de pequeños pies humanos.

En cuanto entré en la casa, supe que había tenido un visitante durante mi ausencia. Los cajones de la mesa de la cocina estaban abiertos, así como los armarios; las jarras y latas de alimentos en conserva estaban por el suelo, algunas abiertas y medio vacías. Recorrí la casa, y observé que las huellas de barro pasaban por la sala de estar, por el estudio, que subían por la escalera y entraban en varios dormitorios.

En mi habitación, las huellas, un vago perfil de dedos y talones, se detenían junto a la ventana. Alguien había movido mis fotografías, las de Christian y las de mi padre, que tenía sobre la cómoda. Cuando examiné a la luz las fotografías enmarcadas, advertí la huella de unos dedos sobre el cristal.

Tanto las huellas de los dedos como las de los pies eran pequeñas, pero no infantiles. Supongo que, incluso entonces, ya sabía quién era mi visitante misterioso, y por eso no sentí tanta aprensión como curiosidad.

Hacía pocos minutos que ella había estado allí. No había sangre en la casa, prueba evidente de que se había llevado el botín de su incursión. Pero, al acercarme por el campo, no había oído ningún ruido extraño. Entonces, todo había sucedido hacía cinco minutos, ni más ni menos. La chica se había acercado a la casa, oculta por la lluvia, para examinarlo y curiosearlo todo con una minuciosidad admirable, y luego volvió rápidamente al bosque, no sin detenerse antes para arrancar la cabeza a dos de mis preciosas gallinas. Caí en la cuenta de que, probablemente, en aquel mismo momento me observaba desde el lindero del bosque.

Me puse una camisa y unos pantalones limpios, y salí al jardín para observar la densa maleza y los escondrijos sombríos por los que discurrían los senderos del bosque. No vi nada.

Entonces, decidí que tendría que hacerme a la idea de volver al bosque.

El día siguiente amaneció más luminoso, y considerablemente más seco, así que cogí la lanza, un cuchillo de cocina y un impermeable y me encaminé cautelosamente hacia el interior del bosque, hasta el claro donde había plantado mi campamento unos meses antes. Para mi sorpresa, apenas quedaban rastros de aquel campamento. La tienda de lona había desaparecido, y alguien se había llevado las latas y los botes. Al examinar cuidadosamente el terreno, sólo encontré un mástil de la tienda, doblado y retorcido. Hasta el mismo claro había cambiado: estaba lleno de retoños de roble. Ninguno alcanzaba el metro de altura, y se aglomeraban en aquel espacio, demasiados para sobrevivir, pero demasiado altos para haber crecido en el transcurso de unos pocos meses...

¡Y meses de invierno, por añadidura!

Tiré de uno de los arbolitos y descubrí que estaba profundamente enraizado. Me despellejé la mano y rompí la tierna corteza antes de que la planta deshiciera su firme abrazo con la tierra.

No volvió aquel día, ni al siguiente, pero a partir de entonces fui cada vez más consciente de que, por las noches, tenía visita. La comida desaparecía de la despensa. Los objetos, sobre todo los cacharros de cocina, cambiaban de lugar. Además, algunas mañanas, flotaba un extraño olor en la casa, un olor que no era de tierra, ni de mujer, sino -si pueden imaginar la extraña combinación- de una mezcla de ambas cosas. Donde más lo notaba era en el vestíbulo, y solía pasar allí largos minutos, dejando que mi olfato se inundara con aquel aroma particularmente erótico. También solía encontrar barro y rastros de hojas en el suelo y en la escalera de la casa. Mi visitante era cada vez más osada. Imaginé que, mientras yo dormía, se quedaba en la puerta del dormitorio, y me miraba. Por extraño que parezca, la idea no me causaba aprensión.

Puse la alarma del reloj para despertarme a medianoche, pero sólo conseguí dormir mal y levantarme de un humor espantoso. La primera vez que sonó el despertador, descubrí que mi visitante ya había pasado, porque el fuerte olor a mujer y a bosque inundaba la casa, excitándome de una manera que casi me avergüenza reconocer. En la segunda ocasión, ella no me visitó. La casa estaba en silencio. Eran las tres de la madrugada, y sólo olía a lluvia. Y a cebollas, parte de mi cena.

Pero, en aquella ocasión, me alegré de haber puesto el despertador tan temprano: aunque mi ninfa del bosque no estaba a la vista, tenía otras visitas. En cuanto me incorporé en la cama, oí el ruido de las gallinas, nerviosas. Inmediatamente, corrí escalera abajo, hacia la puerta trasera, y sostuve en alto la lámpara de aceite. Tuve tiempo de ver un instante dos figuras de hombres, altos y robustos, antes de que el cristal de la lámpara saltara en pedazos y la llama se extinguiera. Al pensar en aquel incidente, recuerdo el silbido en el aire cuando lanzaron la piedra, con una puntería casi increíble.

En la oscuridad, observé a los dos hombres, y ellos me devolvieron la mirada. Uno tenía la cara pintada de blanco, y parecía ir desnudo. El otro llevaba unos pantalones anchos y una capa corta. Tenía el pelo largo y rizado, pero quizá sólo imaginé ese detalle. Cada uno llevaba un pollo vivo, agarrado por el cuello para ahogar los gritos del animal. Mientras les miraba, retorcieron la cabeza a los pollos, echaron a andar hacia la valla y se alejaron en la noche. Justo antes de perderse en la oscuridad, el de los pantalones anchos se volvió hacia mí y me saludó.

Me quedé despierto hasta el amanecer, sentado en la cocina, mordisqueando un trozo de pan y tomando dos tazas de té que, en realidad, no me apetecían. En cuanto amaneció, me vestí por completo y bajé a investigar el gallinero. Ahora

sólo quedaban dos animales, que paseaban irritados por la arena llena de grano, y cloqueaban, casi resentidos.

-Haré lo que pueda -les dije-, pero tengo la sensación de que sufriréis el mismo destino.

Las gallinas se alejaron de mí, quizá pidiendo que les dejara disfrutar su última comida en paz.

Un brote de roble, de diez centímetros de altura, crecía en medio del gallinero. Sorprendido y fascinado, lo arranqué. Me intrigaba el modo en que la misma naturaleza parecía infiltrarse en mis territorios, que tan celosamente guardaba. Alerta ante todo lo que brotaba del suelo, examiné los alrededores.

Los retoños de roble crecían por todo el jardín contiguo al estudio, incluso en el campo de cardos que conectaba esa zona con el bosque. Había más de un centenar de brotes, ninguno de los cuales alcanzaba los quince centímetros de altura, dispersos por el jardincillo que iba del balcón del estudio hasta la verja. Salté la valla y vi que aquel campo, descuidado desde hacía muchos años, estaba ahora cubierto de brotes. Eran más altos cuanto más cerca del bosque crecían, tenían casi mi altura. Calculé la anchura y extensión que ocupaban, y comprendí con un escalofrío que una especie de tentáculo del bosque, de doce o quince metros de altura, se tendía hacia la casa, hacia la polvorienta biblioteca.

Comencé a verlo como un pseudópodo de bosque que intentaba arrastrar la casa hacia el aura del bloque principal. No sabía si dejar allí los robles, o arrancarlos. Pero, cuando me agaché para aplastar uno, la actividad premitago en mi visión periférica se agitó, casi furiosa. Decidí dejar que siguieran con su extraño crecimiento. Llegaban hasta la misma casa, pero podría destruirlos cuando fueran demasiado grandes, aunque crecieran a una velocidad anormal.

La casa estaba encantada. La sola idea me fascinaba, aunque escalofríos de miedo me recorrieran la columna vertebral. Pero no era un terror auténtico, sino la misma sensación de miedo e inquietud que se tiene al ver una película de Boris Karloff, o al escuchar un relato de fantasmas por la radio. Pensé que yo mismo me había convertido en parte del hechizo que tenía lugar en Refugio del Roble, y que, por tanto, mi respuesta a los signos y manifestaciones de presencia espectral no era normal.

O quizá fuera algo aún más sencillo: quería a la chica. A la chica. La chica del bosque que había obsesionado a mi hermano y que yo sabía visitaba de nuevo Refugio del Roble, en su nueva vida. Quizá gran parte de lo que sucedió tuvo su raíz en mi desesperada necesidad de amor, de encontrar en aquella criatura del bosque lo mismo que había encontrado Christian. Yo tenía veintipocos años, y a excepción de un asunto con una chica del pueblo francés donde había vivido tras la guerra, una relación físicamente excitante, pero intelectualmente vacía, no tenía ninguna experiencia en el amor, en esa comunión de cuerpo, mente y alma que la gente llama amor. Christian lo había encontrado, y lo había perdido. Aislado en Refugio del Roble, a kilómetros de ninguna parte, no es de extrañar que la idea del regreso de Guiwenneth empezara a obsesionarme.

Y, con el tiempo, regresó como algo más que un aroma pasajero, que unas huellas húmedas en el suelo. Llegó en carne y hueso. Yo ya no le inspiraba miedo, sino curiosidad. Igual que ella a mí.

Estaba acucillada junto a mi cama. La luz de la luna le arrancaba destellos del pelo. Apartó la mirada de mí, creo que nerviosa, y la misma luz se le reflejó en los ojos. Sólo obtuve una ligera impresión de ella, y cuando se irguió en toda su altura, no pude ver más que una forma esbelta envuelta en una amplia túnica. Llevaba una lanza, y apoyaba contra mi garganta la fría hoja de metal. Tenía los

bordes afilados y, cada vez que me movía, la apretaba para arañarme la piel del cuello. Era un encuentro doloroso, y yo no pensaba permitir que resultara fatal.

Así que me quedé allí, quieto, durante las horas posteriores á la medianoche, y escuché su respiración. Parecía un poco nerviosa... Estaba allí porque... ¿qué puedo decir? Porque buscaba algo. Es la única explicación que se me ocurre. Me buscaba a mí, o algo relativo a mí. De la misma manera que yo la buscaba a ella.

Tenía un olor penetrante, la clase de olor que he llegado a asociar con la vida en los bosques y en lugares remotos de tierras yermas, con una vida en la que el aseo habitual es un lujo, y en la que a uno se le identifica por su olor tanto como en nuestro siglo se le identifica por su ropa.

Tenía un olor... terrenal. Sí. Y también a sus propias secreciones: olor a sexo, penetrante, no desagradable; y a sudor, salado, acre. Cuando se acercó y se inclinó para mirarme, me dio la impresión de que tenía el pelo rojo y los ojos brillantes, salvajes. Me dijo algo así como «Ymma m'ch buth?». Repitió las palabras varias veces.

-No comprendo -respondí.

-Cefrachas. Ichna which chfathab. Mich ch'athaben!

-No comprendo.

-Mich ch'athaben! Cefrachas!

-Mira, me gustaría entenderte, pero no puedo. La hoja me presionó más el cuello. Me aparté ligeramente y alcé una mano muy despacio hacia el frío metal. Poco a poco, aparté el arma, sonriente, esperando que, pese a la oscuridad, pudiera ver mi servilismo.

Ella dejó escapar un sonido de frustración o desesperación, no estoy muy seguro. Su ropa era de factura grosera. Aproveché la breve oportunidad para tocarle la túnica, y advertí que el tejido era rudo, como tela de saco, y que olía a cuero. Su presencia era poderosa, imponente. Pero su aliento sobre mi cara era dulce y ligeramente... estimulante.

-Mich ch'athaben! -repitió, esta vez casi sin esperanzas.

-Mich Steven -respondí, preguntándome si estaría en el camino correcto.

Pero ella se quedó en silencio.

-i Steven! -repetí, mientras me señalaba el pecho-, Mich Steven.

-Ch'athaben -insistió ella.

Y me arañó profundamente la piel con el arma.

-Hay comida en la despensa -ofrecí-. Ch'athaben. Abajen. Escaleren.

-Cumchirioch -respondió, furiosa. Me sentí insultado.

-Oye, hago lo que puedo. ¿Tienes que seguir clavándome esa lanza?

Brusca, inesperadamente, me agarró por el pelo, me echó la cabeza hacia atrás y observó mi rostro.

Un momento más tarde, había desaparecido silenciosamente, escalera abajo. Aunque la seguí tan de prisa como pude, parecía tener alas en los pies, y las sombras de la noche la devoraron. Me quedé en la puerta trasera, buscándola, pero no vi ni rastro de ella.

-iGuiwenneth! -grité a la oscuridad.

¿O quizá no se conocería a sí misma por aquel nombre? ¡Quizá sólo era el nombre que le había dado Christian! Repetí la llamada, cambiando cada vez la sílaba de énfasis.

-iGwmneth! iGwmeth! ¡Vuelve, Guiwenneth! ¡Vuelve!

En el silencio de las primeras horas de la madrugada, mi voz regresó clara, hueca, reflejada por las sombras del bosque. Un movimiento entre los matorrales de espinos cortó mi grito a media frase.

La escasa luz de la luna me impedía ver bien quién había allí, pero seguro que se trataba de Guiwenneth. Estaba allí, quieta, mirándome. Supuse que la intrigaba que le llamara por su nombre.

-Guiwenneth-exclamó suavemente. Era un sonido más sibilante, más gutural, con una pronunciación parecida a *chwin aiv*.

Alcé la mano en gesto de despedida.

-Entonces, buenas noches, *Chwin aiv*.

-Inos'c da... Stivven...

Las sombras del bosque la reclamaron de nuevo, y esta vez, no reapareció.

Tres

Durante el día, exploré la periferia del bosque, tratando de penetrar hacia el interior, pero sin conseguirlo. Fuera cuales fuesen las fuerzas que defendían el corazón del bosque, no confiaban en mí. Caminé y me enredé con la maleza, para acabar una y otra vez junto a un tocón lleno de musgo, cubierto de espinos, insalvable, o para encontrarme frente a un muro de roca que se alzaba del suelo, oscuro y amenazador, erosionado, cubierto de las raíces retorcidas llenas de musgo de los grandes robles que crecían allí.

Junto al riachuelo del molino, vi al Brezo. Y cerca del Arroyo Arisco, donde el agua era más turbulenta al pasar bajo la valla podrida, distinguí otros mitagos que se movían cautelosamente entre la maleza, aunque apenas pude distinguir sus rostros a través de la pintura con que se embadurnaban la piel.

Alguien había eliminado los brotes que crecían en el claro, y encontré restos evidentes de una hoguera. Huesos de conejos y pollos yacían por doquier, y alguien había estado fabricando armas, pues sobre la hierba encontré esquirlas de piedra y trozos de corteza de madera joven, utilizada para hacer el asta de una flecha, oí una lanza.

Era consciente de la actividad que me rodeaba, nunca a la vista, pero siempre al alcance del oído: movimientos furtivos, carreras rápidas, repentinas, y una llamada extraña, escalofriante..., como la de un pájaro, sí, pero de factura claramente humana. Los bosques estaban llenos de creaciones de mi propia mente... o de la mente de Christian. Y parecían especialmente abundantes alrededor del claro y del arroyo. De noche, salían del bosque por el tentáculo de robles que se tendía hacia el estudio.

Me moría por adentrarme más en el bosque, pero nunca se me permitía. Mi curiosidad sobre lo que había a doscientos metros de la periferia comenzó a crecer... y, en mi imaginación, creé paisajes y seres tan extraños como durante la expedición imaginaria del *Viajero*.

Habían pasado tres días desde el primer contacto de Guiwenneth conmigo cuando se me ocurrió por fin una idea para adentrarme en el bosque. No sé cómo no lo había pensado antes. Quizá Refugio del Roble estaba tan lejos del curso normal de la existencia humana, quizá las tierras que rodeaban Ryhope se hallaban tan lejos de la civilización tecnológica en cuyo corazón yacían, que sólo me permitían pensar en términos primitivos: caminar, correr, explorar sobre el terreno.

Hacía muchos días que era consciente del sonido, y a veces de la presencia, de un pequeño monoplano que trazaba círculos sobre las tierras al este del bosque. En dos ocasiones, el avión -un Percival Proctor, creo- se había acercado bastante al Bosque Ryhope, antes de dar media vuelta y desaparecer en la distancia.

Entonces, en Gloucester, cuando regresaba del banco, volví a ver el avión, u otro muy parecido. Descubrí que estaba tomando fotos aéreas de la ciudad. Operaba desde el Aeródromo de Mucklestone, y cubría una zona de unos cincuenta y cinco kilómetros cuadrados, por encargo del Ministerio de la Vivienda. Si pudiera convencerles para que me «alquilasen» el asiento del pasajero durante una tarde, podría sobrevolar el bosque y ver el centro desde un punto ventajoso, hasta el que no llegarían las defensas sobrenaturales...

Un sargento de las Fuerzas Aéreas me recibió junto a la puerta de la verja que marcaba los límites del Aeródromo Muckiestone. Me acompañó en silencio hasta el grupo de blancas cabañas prefabricadas que servían de oficinas, edificios de control y comedores. Dentro hacía más frío que fuera. Toda la zona era desagradablemente ruinoso y despoblado, aunque oí el teclear de una máquina de escribir, y unas carcajadas a lo lejos. Los dos aviones estaban en la pista; uno de ellos, evidentemente, en reparación. Era una tarde fría, el viento soplaba desde el sudeste, y parecía colarse por todas las rendijas de la destartada habitación adonde me llevó mi guía.

El hombre que me recibió con una sonrisa insegura tendría poco más de treinta años, pelo rubio, ojos brillantes y una desagradable cicatriz de una quemadura que le cubría la barbilla y la mejilla izquierda. Llevaba el uniforme y la insignia de capitán de la RAF, pero no se había abrochado el cuello de la camisa, y calzaba zapatos de lona en vez de botas. En él, todo era natural, todo delataba confianza. Pero, al estrecharme la mano, frunció el ceño.

-Creo que no comprendo exactamente lo que quiere, señor Huxley. Siéntese, por favor.

Hice lo que me indicaba, y contemplé el mapa de los alrededores extendido sobre el escritorio. Descubrí por la placa que se llamaba Harry Keeton. Y, evidentemente, había volado durante la guerra. La cicatriz de la quemadura era tan fascinante como horrible; pero él la llevaba con orgullo, como una medalla: al parecer, la grotesca marca no le molestaba en absoluto.

Si yo le miré con curiosidad, él también parecía sorprendido por mi presencia y, tras unos segundos de intercambiar miradas titubeantes se echó a reír, nervioso.

-No me piden prestado un avión todos los días. A veces viene algún granjero que quiere una fotografía aérea de su casa. Y arqueólogos. Ésos siempre quieren fotografías al amanecer o al anochecer. Por las sombras, ¿sabe? Así descubren marcas en los campos, emplazamientos antiguos, cosas por el estilo. Pero usted quiere sobrevolar un bosque, ¿no?

Asentí. Aún no había descubierto en qué punto del mapa estaba la hacienda Ryhope.

-Es un bosque muy extenso que se encuentra cerca de mi casa. Quiero volar sobre él y tomar algunas fotos.

El rostro de Keeton se convirtió en una máscara de preocupación. Sonrió y se rozó la cicatriz de la mandíbula.

-La última vez que volé sobre un bosque, un francotirador hizo el mejor disparo de su vida y me derribó. Fue en el cuarenta y tres. Yo iba en un Lysander. Un buen avión. Es una maravilla pilotarlo, pero aquel disparo... directo al tanque de fuel, y abajo. Caí entre los árboles, tuve suerte de salir vivo. Me ponen nervioso los bosques, señor Huxley. Pero supongo que en el suyo no habrá francotiradores.

Me sonrió amistoso, y yo le devolví la sonrisa, sin atreverme a decirle que no podía garantizárselo.

-¿Dónde está exactamente ese bosque? -preguntó.

-En la hacienda Ryhope -respondí.

Me puse de pie y me incliné sobre el mapa. Sólo tardé un momento en localizar el nombre. Era extraño, pero no había ninguna indicación del bosque, sólo una línea de puntos marcaba la extensión de la gran propiedad.

Cuando me erguí, Keeton me miraba de una manera muy peculiar.

-No está señalado. Qué extraño.

-Mucho-replicó.

Su tono era neutro,.., o quizá consciente.

-¿Es muy grande ese lugar? -preguntó-. ¿Qué extensión tiene? Seguía mirándome.

-Es bastante grande. Debe de tener casi diez kilómetros de perímetro...

-¡Diez kilómetros! -exclamó. Ensayó una leve sonrisa-. ¡Eso no es un bosque, es una selva!

En el silencio que siguió fui consciente de que Keeton sabía algo sobre el Bosque Ryhope.

-Usted ha volado muy cerca de ese lugar-señalé-. Usted, o uno de sus pilotos. Asintió rápidamente, sin dejar de mirar el mapa.

-Era yo. ¿Me vio?

-Fue lo que me empujó a venir a este aeródromo. -No respondió nada, parecía un tanto cauteloso. Seguí hablando-. Entonces, ha debido de notar la anomalía. Es extraño que no haya ninguna señal en el mapa...

En vez de responder a mi comentario, Harry Keeton se echó hacia atrás en la silla y jugueteó con un lápiz. Estudió el mapa, me miró, y volvió a fijar la vista en el papel.

-No sabía que hubiera un bosque medieval de robles tan grande todavía sin localizar en los mapas -dijo, y preguntó-: ¿Está explorado?

-En parte. Pero en su mayoría es virgen.

Volvió a echarse hacia atrás en la silla. La cicatriz se le había oscurecido ligeramente, y me pareció que Keeton estaba conteniendo una emoción creciente.

-Eso ya es sorprendente de por sí -dijo-. El Bosque de Deán es enorme, claro, pero está explorado. Y hay un bosquecillo salvaje en Norfolk. He estado allí... - Titubeó, y frunció el ceño ligeramente-. Hay otros. Todos son pequeños, simples bosquecillos a los que se ha permitido seguir vírgenes. En realidad, no son auténticos bosques salvajes.

De pronto, Keeton parecía muy nervioso. Contempló el mapa, la zona de Ryhope, y me pareció oír que murmuraba algo como «Así que yo tenía razón...».

-Entonces, ¿me llevará sobre el bosque? -pregunté. Keeton me miró con gesto de sospecha.

-¿Por qué quiere sobrevolarlo? Iba a decírselo, pero me interrumpí.

-No quiero hablar de ello.

-Lo comprendo.

-Mi hermano está vagando por algún lugar de ese bosque. Hace meses que se adentró para explorarlo, y todavía no ha vuelto. No sé si está extraviado, o muerto, pero me gustaría observar ese bosque desde el aire. Ya sé que es algo irregular...

Keeton estaba inmerso en sus propios pensamientos. Se había quedado bastante pálido, a excepción de la quemadura de la mandíbula. De pronto, clavó los ojos en mí, y asintió.

-¿Irregular? Bueno, sí. Pero me las arreglaré. Será un poco caro. Tengo que cobrarle el fuel...

-¿Cuánto?

Citó una cifra aproximada por un vuelo de noventa kilómetros, una cifra que me dejó blanco. Pero asentí, y me sentí aliviado al descubrir que no habría más costas. Él mismo pilotaría el avión. Giraría las cámaras hacia el Bosque Ryhope, y lo incluiría en el mapa que estaba confeccionando de la zona.

-Tarde o temprano habrá que hacerlo, así que tanto da que sea ahora. Lo más temprano que podemos volar es mañana, después de las dos. ¿Le va bien?

-Perfectamente -asentí-. Aquí estaré.

Nos estrechamos la mano. Al salir del despacho, volví la vista atrás. Keeton estaba de pie, inmóvil tras su escritorio, examinando el mapa. Advertí que las manos le temblaban ligeramente.

Hasta entonces, yo sólo había volado una vez. En aquella ocasión, el viaje había durado cuatro horas, y fue en un destartado Dakota, lleno de agujeros de bala, que despegó durante una tormenta y aterrizó con los neumáticos desinflados en la autopista de Marsella. No me había enterado demasiado del pequeño drama, ya que estaba anestesiado y semiinconsciente. Era un vuelo de evacuación, preparado con grandes dificultades, hacia el lugar de convalecencia donde me recuperaría de la herida de bala que había sufrido en el pecho.

Así que, a efectos prácticos, el vuelo en el Percival Proctor fue mi primer viaje por el aire, y cuando el endeble avión pareció saltar hacia los cielos, me agarré firmemente a los brazos del asiento, cerré los ojos, me concentré, y traté de contener el paquete de entrañas que quería irrumpir por mi garganta. Creo que en toda mi vida no me había sentido tan potencialmente mareado, y todavía no entiendo cómo conseguí recuperar el equilibrio. Cada pocos segundos, mi cuerpo y mi estómago entraban en conflicto, cada vez que una corriente -una termal, como las llamaba Keeton- parecía agarrar el avión con dedos invisibles, y lanzarlo hacia arriba o hacia abajo a velocidades alarmantes. Las alas resistían y se tambaleaban. A pesar del casco y de los auriculares, oía el chirriar quejumbroso del fuselaje de aluminio cuando la pequeña estructura entró en combate contra los elementos desencadenados.

Trazamos dos círculos sobre el aeródromo, y por fin me arriesgué a abrir los ojos. Al principio me sentí desorientado cuando vi que lo que se divisaba desde la ventanilla lateral no era un horizonte lejano, sino campos cultivados. Pronto, mi cerebro y mi oído interno se pusieron de acuerdo, y me acostumbré a la idea de estar a varios cientos de metros por encima del suelo, apenas consciente de la confusión de mi cuerpo en relación con la gravedad. Luego, Keeton maniobró violentamente hacia la derecha -y entonces no sentí desorientación, sino pánico!- y el avión se encaminó hacia el norte. El brillante sol no nos permitía ver nada hacia el oeste, pero acercando mucho los ojos a la ventanilla lateral, fría y un tanto sucia, alcancé a ver el suelo, con los brillantes grupos dispersos de edificios blancos que formaban los pueblos y las ciudades.

-Si se marea -me gritó Keeton, con una voz que me arañó los oídos-, utilice la bolsa de plástico que tiene al lado, por favor.

-Estoy bien -le respondí, al tiempo que buscaba la tranquilizadora bolsa.

Una ráfaga cruzada golpeó el avión, y el estómago se me subió al pecho antes de que le acompañaran el resto de los órganos. Aferré la bolsa con más fuerza al sentir el agudo sabor de la saliva en la boca, esa desagradable sensación fría que precede a las náuseas. Y, tan silenciosa y rápidamente como me fue posible, humillado por completo, cedí ante la violenta necesidad de vaciar mi estómago.

Keeton se echó a reír.

-Qué desperdicio de rancho -dijo.

-Me alegro de librarme de él.

En seguida me encontré mejor. Quizá la ira ante mi propia debilidad, quizá el simple hecho de tener el estómago vacío, fue lo que me permitió asimilar con más alegría el aterrador hecho de volar a cientos de metros sobre el suelo. Keeton estaba revisando las cámaras, más concentrado en ellas que en nuestro paso por el cielo. El volante semicircular se movía con voluntad propia, y aunque el avión parecía en manos de unos dedos gigantescos que lo bandearan de derecha a izquierda, que lo lanzaban hacia abajo a velocidad alarmante, seguíamos un rumbo recto. Bajo nosotros, las granjas se fundían con el denso verde de los bosques. Uno de los afluentes del Avon era una tira de lodo que corría sin rumbo a lo lejos. Las sombras de las nubes pasaban como humo sobre los parches que eran los campos, y todo parecía perezoso, plácido, pacífico.

Entonces, Keeton dejó escapar una exclamación.

-Santo Dios, ¿qué es eso?

Miré hacia adelante, sobre su hombro, y vi el oscuro comienzo del Bosque Ryhope en el horizonte. Una gran nube parecía pender sobre aquella franja de tierra, una extraña oscuridad, como si una tormenta se estuviera abatiendo sobre los árboles. Pero el cielo estaba casi despejado. Había nubes, sí, cualquiera podía verlas, pero eran tan escasas y veraniegas como todas las que se divisaban en aquel momento sobre el oeste de Inglaterra. Aquella sombra parecía surgir hacia el cielo desde el mismo bosque y, cuando nos acercamos, la oscuridad afectó a nuestro estado de ánimo, llenándonos de pensamientos sombríos y de temor. Keeton lo formuló en voz alta, y desvió el pequeño avión hacia la derecha, para bordear el bosque. Miré hacia abajo para ver Refugio del Roble, un destartalado edificio de tejado gris. Las tierras de los alrededores se veían negras, y los brotes de robles crecían cada vez más aglomerados hacia la extensión de la casa donde estaba localizado el estudio.

El bosque mismo parecía oscuro, sombrío, hostil. Observé las copas de los árboles sin encontrar el menor hueco entre ellas. Formaban un mar verde grisáceo azotado por el viento; algo casi orgánico, una entidad que respiraba y se movía inquieta bajo una mirada aérea a la que no daba la bienvenida.

Keeton voló a cierta distancia del Bosque Ryhope, rodeando el perímetro, y me pareció que el cuerpo principal del bosque no era tan vasto como me había parecido al principio. Observé el curso del Arroyo Arisco, una pequeña corriente sinuosa, casi errática, de aguas color gris oscuro a las que el sol sólo conseguía arrancar un destello de cuando en cuando. Se podía seguir el rumbo del arroyo un buen trecho en su camino hacia el bosque, antes de que las copas de los árboles se cerraran sobre él.

-Voy a hacer una pasada de este a oeste -anunció de repente Keeton.

Ante mis ojos atónitos, el bosque se inclinó y, de pronto, pareció precipitarse hacia mí como un borracho, agrandándose, extendiéndose silenciosamente.

Entonces, una corriente de viento sorprendentemente fuerte atrapó al avión. Nos lanzó hacia arriba, y el avión casi giró sobre sí mismo cuando Keeton luchó con los controles, tratando de nivelar el aparato. Una extraña luz dorada surgió de la punta del ala y del motor, como si voláramos a través de un arco iris. Algo golpeó el flanco derecho del avión, y lo empujó hacia la periferia del bosque, de vuelta hacia terreno descubierto. Alrededor de la cabina se oía un aullido fantasmal, como el de un *banshee*. Era tan ensordecedor, que los gritos de rabia y miedo de Keeton, que me llegaban a través de los auriculares de la radio, resultaban casi inaudibles.

En cuanto llegamos a los confines del bosque, conseguimos una calma relativa. El avión se niveló, descendió ligeramente, y sólo se tambaleó cuando Harry Keeton maniobró para intentar sobrevolar el bosque por segunda vez.

Keeton estaba en silencio. Yo quería hablar, pero descubrí que tenía la lengua paralizada. Así que clavé la vista en el muro de sombras que se extendía ante nosotros.

¡Otra vez aquel viento!

El avión se tambaleó bruscamente sobre los primeros cien metros de bosque, y la luz que empezaba a envolvernos se tornó más intensa: se arrastraba por las alas, y jugaba como pequeños relámpagos sobre la misma cabina. El aullido alcanzó una intensidad que me hizo gritar, y el avión recibía tales bandazos que estuve seguro de que se rompería de un momento a otro, como la maqueta de un niño.

Conseguí echar un vistazo a través de la luz, y vi explanadas, claros, un río... Sólo fue una brevísima visión de un bosque totalmente oscurecido por las fuerzas sobrenaturales que lo guardaban.

De pronto, el avión se volvió panza arriba. Estoy seguro de que grité al deslizarme en el asiento, y sólo el fuerte cinturón de cuero impidió que me estrellara contra el techo. El avión giró sobre sí mismo una y otra vez. Keeton luchaba por nivelarlo, y su voz era un rugido desesperado de rabia y confusión. El aullido del exterior se convirtió en una especie de risa burlona y, de pronto, el pequeño aparato fue lanzado hacia las afueras del bosque. Giró dos veces más, se enderezó, y estuvo peligrosamente cerca de estrellarse contra el suelo.

Se elevó a duras penas, se tambaleó sobre los campos y las granjas, y huyó, casi asustado, del Bosque Ryhope.

Cuando Keeton consiguió tranquilizarse, elevó el avión hasta unos trescientos metros y, pensativo, clavó la vista en el horizonte, en el bosque: un lugar cubierto por una extraña penumbra que le había impedido explorarlo.

-No sé qué diablos ha causado eso -me dijo en un susurro-. Pero, ahora mismo, prefiero no planteármelo. Estamos perdiendo fuel. Debe de haber una grieta en el tanque. Agárrese al asiento...

Y el avión se deslizó hacia el sur, hacia el campo de aterrizaje, donde Keeton descargó las cámaras y dejó que me las arreglara solo. Parecía muy impresionado. Y ansioso por alejarse de mí.

Cuatro

Mi relación sentimental con Guiwenneth del Bosque Verde comenzó al día siguiente, de manera inesperada, dramática...

No volví a casa hasta bien entrada la noche. Estaba cansado, nervioso, y más que predispuesto para meterme en la cama. La alarma del reloj no consiguió despertarme, y dormí hasta las once y media de la mañana siguiente. Era un día luminoso, aunque el cielo estuviera encapotado. Tras desayunar, salí a pasear por el campo, y me dediqué a observar el bosque desde un punto a unos setecientos metros de distancia.

Era la primera vez que veía desde el suelo la misteriosa oscuridad ligada al Bosque Ryhope. Me pregunté si aquella aparición se habría desarrollado recientemente, o si yo había estado tan inmerso, tan concentrado en el aura del bosque, que no me había dado cuenta de aquel enigma. Caminé de vuelta a la casa. Hacía algo de frío para llevar sólo un jersey y unos pantalones amplios, pero no me sentía incómodo en aquellos últimos días de la primavera, ya casi los primeros del verano. Impulsivamente, paseé hasta la alberca del molino, el lugar donde me había reencontrado con Christian por primera vez en años, pocos meses antes.

Aquel lugar me atraía. Incluso en invierno, cuando la superficie de la alberca se helaba alrededor de las cañas y arbustos de las encenagadas orillas. Ahora estaba cubierto de escorias, pero la parte central parecía clara y transparente. Las algas que todavía no habían transformado la alberca en un campo de hierbas no habían salido aún de su hibernación. Advertí que el casco podrido del bote de remos, que había estado atracado junto a los restos del embarcadero desde que yo tenía memoria, ya no se encontraba allí.

La cuerda que le había mantenido amarrado -¿contra qué terribles mareas?- quedaba por debajo del nivel del agua, e imaginé que en cualquier momento de aquel lluvioso invierno el destrozado bote se había hundido en el fondo cenagoso.

Al otro lado de la alberca empezaba el denso bosque: una muralla de matorrales, arbustos y espinos, que se alzaba como una verja entre los delgados troncos de los robles. No había manera de atravesarla, porque los mismos robles habían crecido en terreno tan lodoso que un ser humano no podía pasar por allí.

Caminé hacia el comienzo del lodazal, apoyándome en un tronco inclinado y tratando de atisbar algo en la penumbra del bosque.

¡Y un hombre salió de allí para dirigirse hacia mí!

Era uno de los dos que se habían acercado a mi casa pocas noches antes, el hombre del pelo largo que llevaba pantalones. Ahora pude ver que su apariencia era la de un monárquico de los tiempos de Cromwell, a mediados del siglo diecisiete. Estaba desnudo de cintura para arriba, a excepción de dos arneses de cuero cruzados sobre el pecho, de los cuales colgaba un cuerno de pólvora, una saca de cuero con balas de plomo, y una daga. Tenía el pelo muy rizado, al igual que la barba y los bigotes.

Las palabras que me dirigió me sonaron cortantes, casi furiosas, pero sonreía. Creí que hablaba en algún idioma extranjero, pero después descubrí que era inglés, un inglés con fuerte acento del interior. Me había dicho: «Eres de la sangre del extranjero, eso es lo único que importa...». Pero, en aquel momento, no pude identificar las palabras.

Sonido, acentos, palabras... Entonces, lo más importante era que había alzado un trabuco de cañón brillante, retiraba el seguro con un esfuerzo considerable, se lo apoyaba en el pecho y disparaba contra mí. Si era un disparo de aviso, se trataba de un tirador cuya habilidad merecía la mayor admiración. Sí había intentado matarme, podía considerarme muy afortunado. La bala me rozó una sien. Yo estaba retrocediendo, alzando las manos en gesto defensivo, al tiempo que gritaba, «¡No! ¡Por lo que más quiera, no...!».

El sonido de la descarga fue ensordecedor, pero todo se perdió rápidamente entre el dolor y la confusión, cuando la bala me golpeó la cabeza. Recuerdo que me lanzó hacia atrás como un pelele, y las gélidas aguas de la alberca se cerraron sobre mí. Entonces, durante un instante sólo hubo oscuridad. Y cuando recuperé el conocimiento, estaba tragando las sucias aguas. Chapoteé y luché contra el lodo, los hierbajos y los arbustos que parecían atraparme. No sé cómo conseguí salir a la superficie, y tomé aire mientras tosía violentamente.

Sólo entonces vi un brillante bastón decorado, y comprendí que alguien me ofrecía una lanza como asidero. Una voz femenina dijo algo incomprensible, en todo menos en el sentimiento, y me agarré agradecido a la fría madera, todavía más ahogado que vivo.

Sentí que limpiaban mi cuerpo de los hierbajos, y que unas manos fuertes me agarraban por los hombros y me arrastraban, mientras yo parpadeaba para limpiarme el agua y el barro de los ojos. Al mirar hacia arriba, vi dos rodillas desnudas, y luego la forma esbelta de mi salvadora, que se inclinó sobre mí y me obligó a tenderme boca abajo.

-¡Estoy bien! -le espeté.

-B'th towethoch! -insistió ella.

Y unas manos fuertes me masajearon la espalda. Sentí que el agua me salía de los pulmones, y vomité la mezcla de líquido y lodo. Al fin, conseguí sentarme, y le aparté las manos.

Ella retrocedió, todavía en cucullas, mientras yo me limpiaba el barro de la cara. Entonces la vi claramente por primera vez. Me miraba, y se reía, casi burlona, de mi lamentable estado.

-No tiene gracia -dije, observando ansioso el bosque que se extendía a su espalda.

Pero mi atacante había desaparecido. Y, mirando a Guiwenneth, pronto me olvidé de él.

Tenía un rostro asombroso, de piel clara, algo pecosa. Su pelo era de un castaño rojizo deslumbrante, y le caía en largas guedejas despeinadas sobre los hombros. Esperaba que los ojos fueran de un verde brillante, pero su color era un castaño profundo. Cuando me miró divertida, me sentí arrastrado por aquella mirada, fascinado por cada pequeño rasgo del rostro, por la forma perfecta de la boca, por las hebras de salvaje pelo rojo que le caían por la frente. Llevaba una túnica corta de algodón, teñida de color marrón. Sus piernas y brazos eran esbeltos, pero con músculos firmes. Advertí que tenía profundos arañazos en las rodillas. Llevaba unas sandalias abiertas, de factura grosera.

Las manos que me habían arrastrado, que con tanta fuerza me habían sacado el agua de los pulmones, eran pequeñas y delicadas, con uñas cortas y rotas. Llevaba unas muñequeras de cuero negro y del estrecho cinturón con tachonaduras de hierro pendía una espada corta, embutida en una vaina gris.

Así que ésta era la chica de la que tan desesperadamente se había enamorado Christian. Al mirarla, al experimentar una atracción hacia ella que nunca antes había sentido, al intuir su sexualidad, su sentido del humor, su fuerza, comprendí perfectamente por qué.

Me ayudó a ponerme en pie. Era alta, casi tanto como yo. Miró a su alrededor, me dio una palmadita en el brazo y echó a andar hacia la maleza, en dirección a Refugio del Roble. Yo la detuve, negando con la cabeza. Ella se detuvo y dijo algo, furiosa.

-Estoy empapado, y muy incómodo -dije. Me froté las manos contra la ropa, llena de lodo y hierbajos, y sonreí.

-No pienso volver a casa atravesando el bosque. Iré por el camino fácil...

Me dirigí hacia el sendero. Guiwenneth me gritó algo, y se palmeó el muslo, exasperada. Me siguió de cerca, sin alejarse de los árboles. Desde luego era una experta, y apenas hacía el menor ruido. Sólo cuando me detenía y observaba atentamente la maleza, podía verla un instante. Cuando yo me paraba, ella se paraba, y el sol arrancaba de su pelo reflejos que siempre debían de traicionar su presencia. Parecía bañada en fuego. En los bosques oscuros, era como un faro, y no debía de resultarle fácil sobrevivir.

Cuando llegué a la puerta del jardín, me volví para buscarla. Salió rápidamente del bosque, con la cabeza baja y la lanza firmemente asida en la mano derecha, mientras con la izquierda agarraba la vaina de la espada para que no rebotara en el cinturón. Pasó junto a mí corriendo, atravesó el jardín a toda velocidad, se apoyó contra el muro de la casa a sotavento, y volvió la vista hacia los árboles, ansiosa.

Pasé junto a ella y abrí la puerta trasera. Con una mirada salvaje, se deslizó hacia el interior.

Cerré la puerta detrás de mí, y seguí a Guiwenneth, que recorría la casa, curiosa, dominante. Dejó caer la lanza sobre la mesa de la cocina, y se desató el cinturón del que colgaba la espada, para rascarse la carne irritada por encima de la túnica.

-Ysuth'k -dijo con una sonrisa.

-Sí, sí que debe de hacer cosquillas -asentí.

Observé cómo cogía mi cuchillo, lo examinaba, sacudía la cabeza y lo dejaba caer de nuevo sobre la mesa. Yo empezaba a tiritar y a pensar en un buen baño caliente; pero tendría que conformarme con que fuera tibio, pues el calentador de Refugio del Roble no podía ser más primitivo: llené tres cazuelas de agua, y las puse a calentar. Guiwenneth observó fascinada cómo cobraba vida la llama azul.

-R'vannith -dijo, escéptica.

Cuando el agua comenzó a hervir, seguí a Guiwenneth a través de la sala de estar, donde se dedicó a mirar las fotos y a frotar el forro de tela de las sillas. Olfateó la fruta de cera, y dejó escapar un ligero sonido de admiración. Luego se echó a reír y me lanzó la manzana artificial. La atrapé en el aire, y ella hizo gesto de comerla.

-¿Cliosga muga? -preguntó. Y se echó a reír.

-Generalmente, no -respondí yo.

Tenía unos ojos tan radiantes, una sonrisa tan juvenil, tan traviesa. .., tan hermosa...

Siguió rascándose las rozaduras del cinturón, sin dejar de explorar. Entró en el cuarto de baño, y se estremeció ligeramente. No me sorprendió. El cuarto de baño era una parte algo modificada del edificio anexo, sombríamente pintado de un color amarillo ahora desvaído; había telarañas en cada rincón. Bajo la agrietada pila de porcelana se almacenaban viejos botes de detergente y trapos sucios. Al ver de nuevo aquel lugar frío, desagradable, me divirtió recordar que durante toda mi infancia me había lavado allí bastante satisfecho... Bueno, si se exceptúa la presencia de las gigantescas arañas que recorrían el suelo o surgían del desagüe del baño con frecuencia alarmante. La bañera era honda, de esmalte blanco, con

altos grifos de acero inoxidable que atrajeron la atención de Guiwenneth más que ninguna otra cosa. Pasó los dedos por el esmalte frío.

-R'vannith -repitió.

Y se echó a reír. De repente, comprendí que estaba diciendo *romano*. Asociaba las superficies frías, parecidas al mármol, y aquella peculiar técnica para calentar el agua, con la sociedad más avanzada tecnológicamente que había conocido en su tiempo. Si era frío, duro, de factura sencilla, decadente, entonces, por supuesto, debía de ser romano. Y ella, como celta, lo despreciaba.

En realidad, a ella tampoco le iría mal un baño. Desprendía un olor muy fuerte, y yo aún no estaba acostumbrado a experimentar de manera tan poderosa aquella parte animal del ser humano. En Francia, durante los últimos días de la ocupación, el olor general era a miedo, a ajo, a vino rancio, demasiado a menudo a sangre rancia, y a uniformes húmedos infestados de hongos. En cierto modo, todos aquellos olores eran una parte natural de la guerra, de la tecnología. Guiwenneth olía a bosque, un aroma animal que era sorprendentemente desagradable... y, a la vez, extrañamente erótico.

Dejé correr el agua tibia en la bañera, y seguí a Guiwenneth en su deambular hacia el estudio. Allí, otra vez, la vi estremecerse mientras caminaba por el exterior de la habitación, con una expresión que era casi de angustia. No dejaba de mirar hacia el techo. Se dirigió hacia el balcón y miró hacia el exterior. Luego se encaminó hacia el escritorio, tocó los libros y algunos de los artefactos de madera de mi padre. Los libros no le interesaron lo más mínimo, aunque examinó detenidamente la estructura de las páginas de un volumen, quizá tratando de averiguar qué era aquello exactamente. Desde luego, le gustó encontrar dibujos de hombres -hombres de uniforme en un libro de uniformes militares del siglo diecinueve- y me mostró las ilustraciones como si yo no las hubiera visto nunca. Su sonrisa delataba una inocente alegría infantil, pero yo sólo podía ver el poder adulto de su cuerpo. No había nada de inocencia juvenil en él.

La dejé curioseando en el sombrío estudio, y terminé de llenar la bañera con el agua hirviente de las cazuelas. Aun así, sólo quedó tibia. No importaba. Cualquier cosa con tal de librarme de los repugnantes residuos de algas y barro. Me quité la ropa, me metí en la bañera, y sólo entonces me di cuenta de que Guiwenneth estaba en la puerta, sonriendo presuntuosa al ver mi torso mugriento, pálido y lleno de hierbajos.

-Estamos en mil novecientos cuarenta y ocho -dije con toda la dignidad que me fue posible-, no en los siglos bárbaros de después de Cristo.

Desde luego, me dije, ella no podía esperar que un hombre civilizado como yo fuera un manojo de músculos.

Me lavé con rapidez, y Guiwenneth se acuclilló en el suelo, pensativa, silenciosa.

-Ibri c'thaan k'thirig? -dijo luego.

-Tú también eres preciosa.

-K'thirig?

-Sólo los fines de semana. Es una costumbre inglesa.

-C'thaan perin avon? Avon!

¡Avon! ¿Stratford-upon-Avon? ¿Shakespeare?

-Mi favorita es *Romeo y Julieta*. Me alegra ver que al menos tienes cierta cultura.

Meneó la cabeza, y el hermoso cabello envolvió sus facciones como la seda. Aunque lo tenía sucio, lacio y grasiento, evidentemente seguía brillando, y se movía como si tuviera vida propia. Su cabello me fascinaba. Comprendí que lo estaba mirando demasiado fijamente. Ella dijo algo que parecía una orden de que dejara de observarla, y se puso en pie. Se colocó bien la túnica marrón -itodavía

rascándose!- y se cruzó de brazos, apoyándose en la pared de azulejos y mirando por la pequeña ventana del cuarto de baño.

Otra vez limpio, aunque asqueado por el aspecto del agua que quedaba en la bañera, me armé de valor y me puse de pie para coger la toalla..., pero no antes de que volviera a mirarme... ¡y se burlara de nuevo! Se puso la mano en la boca para ocultar la sonrisa, y me miró de arriba abajo, calibrando toda la carne blanca que veía.

-No tengo nada de malo -dije, secándome vigorosamente, algo cohibido, pero decidido a no dejarme humillar-. Soy un espécimen perfecto de varón inglés.

-Chuin atenor! -dijo, completamente en desacuerdo.

Me enrollé la toalla a la cintura, le señalé con un dedo, y luego apunté hacia la bañera. Captó el mensaje, y me respondió con otro de su cosecha: irritada, alzó el puño dos veces hacia su hombro derecho.

Volvió al estudio, y la observé unos instantes mientras se dedicaba a pasar las páginas de varios libros, mirando las ilustraciones en color. Luego me vestí y fui a la cocina a preparar una sopa.

Tras unos momentos, oí correr el agua en la bañera. Hubo un brevísimo período de chapoteos, junto con sonidos de confusión y risas cuando un trozo de jabón, desacostumbradamente resbaladizo, resultó ser más esquivo que útil. Vencido por la curiosidad -y quizá por el interés sexual- caminé silenciosamente hacia la fría habitación, y la miré desde la puerta. Ya estaba fuera de la bañera, y volvía a ponerse la túnica. Me dedicó una leve sonrisa mientras se 'echaba el pelo hacia atrás. El agua le resbalaba por los brazos y piernas. Se olisqueó a sí misma, y luego se encogió de hombros, como diciendo «Pues yo no noto la diferencia».

Cuando le ofrecí un plato de sopa de verduras, media hora más tarde, lo rechazó con un gesto que era casi de sospecha. Olisqueó la cazuela, metió un dedo en el caldo y lo probó con evidente disgusto mientras me miraba comer. Por mucho que lo intenté, no conseguí que compartiera mi modesta ración. Pero tenía hambre, eso era obvio, y al final arrancó un trozo de pan y lo mojó en el caldo. No dejó de mirarme ni un instante, examinándome sobre todo mis ojos, o al menos eso me pareció.

-C'cayal cualada... Christian? -dijo al final con voz serena.

-¿Christian? -repetí, pronunciando el nombre correctamente. Ella había dicho algo parecido a «Krisatan», pero reconocí el nombre, no sin un leve escalofrío de emoción.

-¡Christian!-exclamó.

Y escupió en el suelo con desprecio. Sus ojos adoptaron una expresión salvaje mientras cogía la lanza, y me golpeó en el pecho con el asta.

-Steven. -Una pausa pensativa-. Christian.

Meneó la cabeza y pareció llegar a alguna conclusión.

-C'cal cualada? Im clathyr!

¿Me estaría preguntando si éramos hermanos? Asentí.

-Le he perdido. Se volvió loco. Entró en el bosque. En lo más profundo del bosque. ¿Le conoces? La señalé a ella, le señalé los ojos.

-¿Christian? -repetí.

Era pálida, pero se puso mucho más pálida todavía.

-¡Christian!-escupió.

Y expertamente, sin esfuerzo, tiró la lanza al otro extremo de la cocina. El arma se clavó en la puerta trasera, y allí quedó, el asta vibrante.

Me levanté y arranqué el arma de la madera, un poco molesto porque la hubiera taladrado, dejando un agujero de buen tamaño hacia el mundo exterior. Se tensó un poco al ver que examinaba la hoja, basta, pero afilada como una navaja. Los dientes eran ganchos retorcidos que recorrían ambos filos. Los celtas

irlandeses habían utilizado un arma temible llamada *gae bolga*, una lanza que jamás debía usarse en combates honorables, ya que sus dientes curvos destrozaban las entrañas de un hombre. Quizá en Inglaterra, o en el lugar del mundo celta en que hubiera nacido Guiwenneth, las cuestiones de honor no se tenían en cuenta cuando se usaban las armas.

El asta estaba llena de pequeñas líneas, en ángulos diferentes; ogham, desde luego. Había oído hablar de él, pero no tenía ni idea de cómo descifrarlo. Pasé los dedos por las incisiones y miré a la chica.

-¿Guiwenneth? -pregunté.

-Guiwenneth mech Peen Ev -respondió con orgullo. Supuse que Penn Ev debía de ser el nombre de su padre. ¿Guiwenneth, hija de Penn Ev?

Le devolví la lanza y saqué cautelosamente la espada de la vaina. Ella se apartó de la mesa, sin dejar de mirarme con prevención. La vaina era de cuero duro, con tiras muy finas de metal casi trenzadas en el tejido. Estaba decorada con clavos de bronce, y cosida con una gruesa hebra de cuero. La espada era un arma completamente funcional: puño de hueso, envuelto en piel de animal cuidadosamente masticada. Más clavos de bronce proporcionaban un asidero efectivo para los dedos. El pomo era casi inexistente. La hoja era de hierro brillante, de unos cuarenta y cinco centímetros de longitud. Estrecha a la altura del pomo, alcanzaba una anchura de diez o doce centímetros, antes de convertirse en una punta aguda. Era un arma curvilínea, hermosa. Y había rastros de sangre seca, como para demostrar su uso frecuente.

Volví a guardar la espada en la vaina, y abrí el armario para sacar mi propia arma, la lanza que había fabricado pelando y tallando una rama, y añadiendo una aguda esquirla de piedra como punta. Guiwenneth la miró y se echó a reír, sacudiendo la cabeza en gesto de incredulidad.

-Pues has de saber que yo estoy muy orgulloso de ella -dije, fingiendo indignación.

Pasé el dedo por la afilada punta de piedra. La risa de la chica era espontánea, cristalina. Desde luego, mis patéticos esfuerzos la divertían muchísimo. Pareció intentar controlarse, y se cubrió la boca con la mano, aunque las carcajadas la hacían estremecerse todavía.

-Tardé mucho tiempo en hacerla. Y estaba muy impresionado conmigo mismo.

-Peth'n plantyn! -exclamó entre risas.

-¿Cómo te atreves? -le espeté.

Y, entonces, hice una auténtica tontería.

Debí imaginarlo, pero el ambiente divertido, distendido, me hizo olvidarlo. Bajé la lanza y simulé un ataque contra ella, como diciendo «Ahora te enseñaré a...».

Guiwenneth reaccionó en una fracción de segundo. La alegría desapareció de sus ojos y de su boca, y fue sustituida por una expresión de furia felina. Dejó escapar un sonido gutural, un grito de ataque, y en el breve tiempo que yo había tardado en lanzar mi patético juguete infantil a una distancia respetable de ella, blandió dos veces su propia lanza, salvajemente, con una fuerza increíble.

El primer golpe arrancó la cabeza de la lanza, y casi me quitó el asta de la mano. El segundo golpe astilló la madera, y el arma decapitada voló de mis manos hacia el otro extremo de la cocina. Derribó unos cuantos cazos que colgaban de la pared, y fue a caer entre los botes de porcelana.

Todo había sucedido tan rápidamente que apenas tuve tiempo de reaccionar. Ella parecía tan conmocionada como yo, y los dos nos quedamos allí, de pie, mirándonos boquiabiertos, con los rostros enrojecidos.

-Lo siento -dije suavemente, tratando de quitar importancia al asunto.

Guiwenneth sonrió, insegura.

-Guirinyn -murmuró a modo de disculpa.

Recogió la destrozada punta de lanza y me la tendió. Tomé la piedra, todavía atada a un trozo de madera, la examiné, compuse un gesto de tristeza, y los dos rompimos a reír con carcajadas espontáneas, despreocupadas.

De pronto, recogió todas sus pertenencias, se puso el cinturón y caminó hacia la puerta trasera.

-No te vayas -le dije.

Pareció intuir el significado de mis palabras, y titubeó.

-Michag ovnarrana! (¿Tengo que irme?) -dijo. Entonces, con la cabeza baja y el cuerpo tenso, preparado para la rápida carrera, trotó de vuelta hacia el bosque. A punto de desaparecer en la penumbra, agitó una mano en gesto de despedida, y emitió un grito como el de una paloma.

Cinco

Aquella noche fui al estudio de mi padre y abrí el maltratado diario que había escrito. Lo abrí al azar, pero las palabras se negaban a dejarse leer, supongo que en parte por la repentina melancolía que me había invadido al anochecer. El silencio de la casa era opresivo, pero estaba lleno de ecos de la risa de Guiwenneth. Ella parecía estar en todas partes y en ninguna a la vez. Surgía del tiempo, de los años pasados, de la vida previa que había tenido lugar en aquella habitación silenciosa.

Durante un rato, me quedé de pie, mirando hacia la noche, consciente sólo de mi reflejo en el sucio cristal del balcón, iluminado por la lámpara del escritorio. Casi esperaba que Guiwenneth apareciera ante mí, que surgiera a través de la forma esbelta del hombre de pelo enmarañado que me devolvía la mirada desesperada.

Pero quizá ella había sentido la necesidad, mi necesidad de aclarar algo que yo había dado por hecho..., al menos, mientras lo leía.

Era algo que sabía desde la primera vez que abrí el diario. Las páginas en donde se detallaban los datos amargos habían sido arrancadas del cuaderno mucho tiempo antes, sin duda para ser destruidas, o tan bien escondidas que yo jamás podría encontrarlas. Pero había pistas, insinuaciones, las suficientes para que la tristeza me invadiera de repente.

Por fin, volví junto al escritorio y me senté, para pasar muy despacio las páginas del libro encuadernado en piel. Revisé las fechas, buscando el primer encuentro entre mi padre y Guiwenneth, y el segundo, y el tercero...

Otra vez la chica. Salió del bosque, cerca del arroyo, corrió hasta los gallineros y se quedó allí, acurrucada, durante casi diez minutos. La observé desde la cocina, y luego, cuando se puso a recorrer los terrenos, me trasladé al estudio. J consciente de ella, me sigue en silencio..., me mira. No comprende, y no puedo explicárselo. Estoy desesperado. La chica me afecta profundamente. J se ha dado cuenta, pero... ¿qué puedo hacer? Está en la naturaleza del mitago. No soy inmune a ella, igual que no lo fueron los hombres cultos de los asentamientos romanos en los que debió de actuar. Desde luego, es la visión idealizada de la princesa céltica, brillante pelo rojo, piel pálida, un cuerpo fuerte e infantil a la vez. Es una guerrera, pero lleva las armas como si fueran algo extraño, poco familiar.

J no ve nada de esto, sólo a la chica, y la atracción que siento por ella. Los niños no la han visto, aunque Steven ha hablado dos veces sobre el shamán con cornamenta de ciervo, una forma también muy activa en estos momentos. La chica es más vital o que las primeras formas mitago, algo mecánicas, algo confusas. Ella no es muy reciente, pero se comporta con una viveza imposible. Me mira. La miro. Siempre pasa más de una estación entre cada visita, pero parece cada vez más confiada. Ojalá conociera su historia. Tengo unas conjeturas bastante aproximadas, pero como no podemos comunicarnos, desconozco los detalles.

Unas cuantas páginas más adelante había una anotación sin fecha, que parecía escrita un par de semanas después de la anterior.

Ha vuelto en menos de un mes. Desde luego, el poder que la generó es muy fuerte. He decidido hablar de ella con Wynne-Jones. Vino al anochecer y entró

en el estudio. Me quedé inmóvil, mirándola. Lleva unas armas de aspecto violento. Es curiosa. Dijo algo, pero mi mente ya no es tan rápida como para captar los sonidos extranjeros de culturas perdidas. ¡Curiosidad! Examinó los libros, los objetos, los armarios. Tiene unos ojos increíbles. Cada vez que me mira, me deja clavado en la silla, Traté de establecer contacto con ella, usando palabras sencillas, pero los mitagos se generan con su propio lenguaje y percepción. De todos modos, WJ cree que la mente mitago puede ser receptiva a la educación, incluso al lenguaje, debido al enlace con la mente que la creó. Estoy confuso. Esta anotación es conclusa. J entró en el estudio y se disgustó mucho. Los niños empiezan a preocuparse por el declive de J. Está muy enferma. Cuando la chica se rió de ella, J se puso casi histérica, pero prefirió salir del estudio antes de enfrentarse a la mujer con la que cree que la engañó. No puedo dejar que la chica pierda interés. El único mitago que ha salido del bosque. Tengo que aferrarme a esta oportunidad.

Después faltaban muchas páginas, páginas de una importancia inmensa, ya que seguramente debían de hablar sobre los esfuerzos de mi padre por seguir a la chica en el bosque, y quizá incluyeran documentación sobre los pasajes y caminos que utilizó. (Por ejemplo, hay una línea críptica en medio de un vulgar recuento del uso del equipo que llevaban Wynne-Jones y él: «Entramos por el camino del cerro, segmento siete, y caminamos más de cuatrocientos pasos. Ésa es una posibilidad, pero el auténtico camino, si no el obvio, se nos sigue escapando. Las defensas son demasiado fuertes, y yo soy demasiado viejo. ¿Un hombre más joven? Hay que probar otros caminos». Y ahí se interrumpe.)

La última referencia a Guiwenneth del Bosque Verde es breve y confusa, pero contiene una pista sobre la tragedia que yo empezaba a reconocer.

Quince de septiembre del cuarenta y dos. ¿Dónde está la chica? ¡Años! ¡Dos años! ¿Dónde? ¿Es posible que un mitago se haya deteriorado para que otro lo sustituya? J la ve, ¡J! Está cada vez peor. A punto de morir, lo sé. ¿Qué puedo hacer? Está hechizada. Hechizada por la chica. ¿Imágenes? ¿Imaginaciones? J pasa más tiempo histérica que tranquila. Cuando S y C andan cerca, se queda silenciosa, fría. Actúa como madre, pero ya no como esposa. No hemos intercambiado (esto último está tachado, pero no ilegible). J se muere. No hay nada que me duela más que esto.

Fuera cual fuese la enfermedad que afligía a mi madre, su estado empeoró con la ira, los celos, y quizá, en última instancia, el dolor de ver como una mujer más joven e imposiblemente hermosa le robaba el corazón de mi padre. «Está en la naturaleza del mitago...»

Las palabras eran como cantos de sirena, me alertaban, me asustaban, pero no podía dejar de escucharlas. Primero había sido consumido mi padre, y después, ¿qué tragedia tuvo lugar cuando Christian volvió a casa tras la guerra, y la chica-para entonces, probablemente, ya se habría establecido allí- trasladó su afecto a un hombre de edad más aproximada a la suya? ¡No era de extrañar que el Urscumug fuera tan violento! ¡Qué peleas, qué persecuciones, qué furia se habría expresado en los meses anteriores a la muerte de mi padre en el bosque! En el diario no había ninguna referencia a este período de tiempo, así como tampoco ninguna otra referencia a Guiwenneth tras las palabras frías, casi desesperadas: «J se muere. No hay nada que me duela más que esto».

¿Quién había generado el mitago de Guiwenneth? Algo parecido al pánico me invadió, y en la madrugada siguiente, corrí alrededor del bosque hasta quedarme

sin aliento, empapado en sudor. El día era luminoso, no demasiado frío. Había encontrado un par de pesadas botas de marcha y, con mi lanza despuntada, patrullé la periferia del bosque. Llamé repetidas veces a Guiwenneth.

¿Quién había generado el mitago de Guiwenneth? La pregunta me perseguía mientras corría, un pájaro negro revoloteando en mi mente. ¿Había sido yo? ¿O Christian? Christian había entrado allí para encontrarla de nuevo, para encontrar a la Guiwenneth del Bosque Verde que había creado su propia mente en interacción con los robles y con los fresnos, con los matorrales y los espinos, con todo el complejo de formas de vida que constituían el antiguo Ryhope. Pero ¿quién había generado el mitago de mi Guiwenneth? ¿Christian? ¿La había encontrado y perseguido hasta hacerla salir del bosque, había acosado a una chica que le temía y le despreciaba? ¿Era de Christian de quien se escondía?

¿O la había creado yo? Quizá mi propia mente le había dado vida, y por eso acudía a mí como creador, igual que en el pasado acudió a mi padre, la niña arrastrada hacia el adulto, atraída por su igual. Quizá Christian había encontrado a la chica de sus sueños, y ahora estaba con ella en el bosque, viviendo una vida tan extraña como plena.

Pero la duda me corroía, y la cuestión de la «identidad» de Guiwenneth empezó a convertirse en una obsesión.

Descansé junto al Arroyo Arisco, muy lejos de la casa, en el lugar donde Chris y yo habíamos esperado que el pequeño barco volviera de su viaje a través del bosque. El campo estaba plagado de excrementos de vaca, aunque ahora sólo pastaban allí ovejas, unas ovejas que se aglomeraban entre la hierba que crecía alta a orillas del río y me miraban con cautela. El bosque era una muralla oscura que se extendía hacia Refugio del Roble. Impulsivamente, empecé a remontar el curso del Arroyo Arisco, saltando sobre el tronco caído de un árbol, derribado por un rayo, y abriéndome paso entre arbustos y espinos que me llegaban a la rodilla. La maleza de mediados del verano estaba bien crecida, pese a que las ovejas penetraban hasta allí para pastar en los claros.

Caminé durante unos minutos a contracorriente. La vegetación, cada vez más densa, hacía que la luz llegara tamizada. El arroyo se hizo más ancho, las orillas más abruptas. De repente, apareció una curva en su curso, empezó a fluir desde el centro del bosque. Y, cuando quise seguirlo, me desorienté; un gran roble me impidió el paso, y un gran escalón se abrió en el terreno, formando una pendiente peligrosa que rodeé lo mejor que pude. Las rocas grises llenas de musgo parecían gruesos dedos que surgieran del suelo. Los troncos retorcidos de robles jóvenes crecían alrededor de aquella barrera rocosa, incluso entre las mismas piedras. Para cuando encontré un paso, ya había perdido de vista el arroyo, aunque seguía oyendo su sonido distante.

A los pocos minutos, la claridad entre los árboles me indicó que estaba en la periferia del bosque, muy cerca de terreno descubierto. Había caminado en círculo. Otra vez.

Entonces, oí la llamada de una paloma, y me volví hacia la penumbra silenciosa. Grité el nombre de Guiwenneth, pero sólo me respondió el piar de un pájaro que, muy arriba, batía las alas como si se burlara de mí.

¿Cómo había entrado mi padre en el bosque? ¿Cómo había conseguido penetrar tan profundamente? Según sus diarios, según el detallado mapa que ahora colgaba en la pared del estudio, había logrado adentrarse un tramo considerable en el Bosque Ryhope, antes de verse derrotado por sus defensas. Él había descubierto un camino, de eso estaba seguro, pero había mutilado tanto el diario en sus últimos días -ocultando pruebas, quizá ocultando culpas, que no quedaba nada de toda esa información.

Conocía a mi padre bastante bien. Refugio del Roble era la prueba de muchas cosas, sobre todo de una; su naturaleza obsesiva, su necesidad de preservar, de acumular, de almacenar. No podía concebir la idea de que mi padre hubiera destruido algo. Ocultarlo, sí. Borrarlo, jamás.

Ya había revisado toda la casa, había estado en la mansión de los Ryhope para preguntar allí, y a menos que mi padre hubiera irrumpido una noche para usar las grandes habitaciones y los pasillos silenciosos para sus propios fines, era evidente que tampoco había escondido los papeles en la mansión.

Quedaba una posibilidad: envié una carta de aviso a Oxford, con la esperanza de que llegara antes que yo, cosa que no se podía garantizar. Al día siguiente, preparé una pequeña bolsa, me vestí lo más elegantemente que pude, e hice el agotador viaje en autobús y tren hasta Oxford.

A la casa donde había vivido el colega y confidente de mi padre, Edward Wynne-Jones.

No esperaba encontrar a Wynne-Jones en persona. No recordaba cómo, pero en algún momento del año anterior-o quizá antes de ir a Francia- me había enterado de su desaparición o muerte, y de que su hija vivía ahora en la casa. No sabía su nombre, ni sí estaría dispuesta a recibirme, pero tenía que correr el riesgo.

Resultó que era muy cortés. La casa, enclavada en las afueras de Oxford, estaba separada de otra por una pared medianera, tenía tres pisos y necesitaba desesperadamente unos cuantos arreglos. Cuando llegué, estaba lloviendo, y la mujer alta de aspecto severo que me abrió la puerta me hizo entrar rápidamente, aunque luego me dejó en un rincón del vestíbulo, mientras me quitaba de encima la chaqueta y los zapatos empapados. Sólo entonces me dedicó la cortesía habitual.

-Soy Anne Hayden.

-Steven Huxley. Siento haber avisado con tan poco tiempo, espero no molestar...

-No, en absoluto.

Tendría unos treinta y cinco años, vestía sobriamente con una chaqueta gris y un jersey también gris sobre una blusa blanca de cuello alto. La casa olía a barniz y a humedad. Todas las habitaciones se encontraban a un lado del pasillo: supuse que era una defensa contra posibles intrusos que entraran por las ventanas. Era la clase de mujer que hace surgir el epíteto «solterona» en las mentes inexpertas, y quizá esperaba ver varios gatos a sus pies.

De hecho, Anne Hayden vivía de una manera muy diferente a la que sugería su apariencia. Había estado casada, y su marido la abandonó durante la guerra. Cuando me llevó a una oscura sala de estar que olía a piel, vi a un hombre, aproximadamente de mi edad, leyendo el periódico. Se puso de pie, me estrechó la mano, y supe que se llamaba Jonathan Garland.

-Si quieren hablar tranquilos, les dejaré solos -dijo.

Y, sin esperar respuesta, se dirigió a otra habitación de la casa. Anne no hizo el menor comentario ni ofreció ninguna explicación sobre él. Vivía allí, por supuesto. Como vi más tarde, la estantería inferior del cuarto de baño estaba llena de útiles de afeitar.

Quizá todos estos detalles parezcan irrelevantes, pero yo estaba observando detenidamente a aquella mujer y su situación. Estaba incómoda y se mostraba solemne, sin permitir ningún contacto amistoso, sin ofrecer ninguna prueba de afinidad que me permitiera enfocar mis preguntas con más facilidad. Preparó el té, me ofreció bizcochos, y se sentó en un silencio absoluto mientras le explicaba el motivo de mi visita.

-No llegué a conocer a su padre -me dijo con serenidad-, aunque tenía noticias sobre él. Vino muchas veces a Oxford, pero nunca mientras yo estaba en casa. Mi padre era naturalista, y pasaba muchas semanas fuera de aquí. Yo estaba muy unida a él. Cuando nos abandonó, lo pasé muy mal.

-¿Recuerda cuándo fue eso?

Me dirigió una mirada que era en parte furiosa y en parte compasiva.

-Recuerdo la fecha exacta. Un sábado, el trece de abril de mil novecientos cuarenta y dos. Yo vivía en el piso de arriba. Mi marido ya me había dejado. Mi padre tuvo una discusión terrible con John, mi hermano... y entonces, de repente, se marchó. John se fue al extranjero, con el ejército, y murió. Yo me quedé en la casa...

Preguntando amablemente, sonsacándole poco a poco, conseguí enterarme de la historia de la doble tragedia. Cuando Wynne-Jones, por la razón que fuera, abandonó a su familia, a Anne Hayden se le rompió el corazón por segunda vez. Destrozada, vivió durante los años siguientes como una reclusa, aunque volvió a moverse en sociedad cuando terminó la guerra.

Cuando el joven que vivía con ella trajo el té recién hecho, el contacto entre los dos fue cálido, genuino, breve. La cicatriz de la doble tragedia seguía allí, pero Anne no había dejado de sentir.

Le expliqué con todos los detalles que consideré necesarios que los dos hombres, nuestros padres, habían trabajado juntos, y que las anotaciones del mío estaban incompletas. ¿Había encontrado ella extractos de diarios, hojas o cartas que no estuvieran escritas con la letra de Wynne-Jones?

-La verdad, señor Huxley, apenas he mirado nada -dijo en voz baja-. El estudio de mi padre está tal y como él lo dejó. Si le parece una actitud dickensiana, es muy libre de pensar lo que quiera. Esta casa es grande, y no hace falta esa habitación. Limpiarla y conservarla era un esfuerzo innecesario. La cerré, y así se quedará hasta que vuelva y la limpie él mismo.

-¿Puedo ver esa habitación?

-Si quiere... Para mí, no tiene el menor interés. Y, mientras me lo enseñe antes, puede tomar prestado todo lo que quiera.

Me guió al primer piso y por un largo pasillo oscuro que lucía un deteriorado papel pintado con dibujos de flores. Cuadros polvorientos se alineaban en la pared, copias descoloridas de Matisse y de Picasso. La alfombra estaba deshilachada.

El estudio de su padre estaba al final del pasillo. Desde la ventana de la habitación se divisaba la ciudad de Oxford. A través de las sucias cortinas de malla, apenas pude distinguir el chapitel de Santa María. Los libros se alineaban contra la pared en tal número que el yeso empezaba a resquebrajarse sobre las maltrechas estanterías. El escritorio estaba cubierto por una película blanca, al igual que todos los demás muebles de la habitación, pero los libros estaban en peor situación, ocultos bajo una capa de polvo tan gruesa como un dedo. Mapas, planos e ilustraciones botánicas se apilaban contra una pared. Montones de periódicos y paquetes de cartas se almacenaban hasta rebosar en los estantes de un armario. Era la antítesis del meticuloso estudio de mi padre: una mezcla confusa de trabajo duro e intelecto, que me dejó confuso mientras lo miraba. No sabía por dónde empezar mi investigación.

Anne Hyden me observó unos minutos, con los ojos cansados, entrecerrados tras las gafas con montura de concha.

-Le dejaré solo -dijo.

Y la oí alejarse escalera abajo.

Abrí cajones, hojeé libros, hasta aparté las alfombras en busca de compartimentos ocultos. Examinar cada centímetro de aquella habitación hubiera

sido un trabajo de titanes, y me di por vencido al cabo de una hora. No sólo no había páginas del diario de mi padre discretamente escondidas en el despacho de su colega: ni siquiera encontré un diario del propio Wynne- Jones. Lo único relativo al Bosque Mitago que encontré fue una maquinaria extraña, propia de Frankenstein: el equipo de «puente frontal» de Wynne- Jones. Este invento incluía unos auriculares, metros de cable, bobinas de cobre, pesadas baterías de automóvil, discos estroboscópicos y botellas de productos químicos de fuerte olor, con etiquetas en clave. Todo eso lo encontré en un gran cofre de madera, cubierto con un tapiz. Era un cofre antiguo, con complicados dibujos tallados. Tanteé y presioné todos los paneles, y descubrí un compartimento oculto, pero el escaso espacio estaba vacío.

Con toda la serenidad de la que fui capaz, recorrí el resto de la casa, echando un vistazo a cada habitación para tratar de intuir si Wynne-Jones habría preparado o no un escondrijo fuera de su estudio. En ningún momento me dio esa impresión, sólo capté el olor de libros viejos, polvorientos y atacados por la humedad, y ese otro olor desagradable, característico de los lugares que nadie habita ni cuida.

Volví a bajar la escalera. Anne Hayden me dedicó una leve sonrisa.

-¿Ha habido suerte?

-Me temo que no. Asintió, pensativa.

-¿Qué es lo que buscaba, exactamente? -añadió-. ¿Un diario?

-Su padre debió de llevar uno. Un dietario de escritorio, un anuario. No he encontrado ninguno.

-Creo que nunca he visto nada por el estilo -dijo sencillamente, todavía pensativa-, Y le aseguro que me extraña.

-¿Le habló alguna vez de su trabajo? Me senté en el brazo de un sillón. Anne Hayden cruzó las piernas y dejó la revista a un lado.

-Comentaba tonterías sobre animales extintos en Inglaterra que vivían todavía en lo más profundo de los bosques. Jabalíes, lobos, osos salvajes... -Sonrió de nuevo-. Me parece que se lo creía de verdad.

-Igual que mi padre -señalé-. Pero al diario de mi padre le faltan páginas. Muchas. Pensé que a lo mejor las había escondido aquí. ¿Qué ha pasado con las cartas que se recibieron a nombre de su padre después de su desaparición?

-Se las enseñaré.

Se levantó, y la seguí hacia un armario alto de la sala principal, un lugar de mobiliario austero, lleno de antigüedades y algún que otro adorno.

Aquel armario estaba tan abarrotado como los del estudio, lleno de periódicos todavía en sus sobres, y folletos informativos de la universidad enrollados y atados con cinta adhesiva,

-Lo guardo todo. Dios sabe para qué. Quizá los devuelva a la universidad esta semana, no sé para qué lo quiero. Aquí están las cartas...

Junto a los periódicos había un montón de correspondencia privada, de casi un metro de altura. Todas estaban cuidadosamente abiertas, y sin duda leídas por la dolida hija.

-Quizá haya algunas de su padre. La verdad, no me acuerdo.

Tomó el montón de correspondencia y me lo puso en los brazos. Volví con las cartas a la sala de estar y, durante una hora, examiné la caligrafía de cada carta. No encontré nada. Me dolía la espalda de estar tanto tiempo sentado, y el olor a polvo y a humedad empezaba a marearme.

No podía hacer nada más. El reloj que estaba encima de la repisa de la chimenea resonaba en el pesado silencio de la habitación, y empezaba a sentir que estaba abusando de la hospitalidad. Entregué a Anne Hayden una hoja poco importante de un diario antiguo de mi padre.

-Tenía una caligrafía bastante peculiar. Si descubre hojas sueltas o diarios... se lo agradecería mucho.

-Será un placer, señor Huxley.

Me acompañó hasta la puerta principal. Fuera, seguía lloviendo, y ella me ayudó a ponerme el pesado impermeable. Luego, titubeó y me miró de una manera extraña.

-¿Llegó a conocer a mi padre en alguna de sus visitas?

-Yo era muy niño. Le recuerdo del año treinta y cinco, más o menos, pero nunca nos dirigió la palabra a mi hermano ni a mí. En cuanto se veían, mi padre y él se adentraban en el bosque para buscar a esas bestias místicas...

-En Herefordshire. Donde usted vive ahora, ¿no? -Había mucho dolor en la mirada que me dirigió-. Nunca supimos nada. Quizá hubo algo en aquella época que le hizo cambiar. Yo siempre seguí muy unida a él. Él confiaba en mí, en mi cariño. Pero nunca me habló de nada. Simplemente, estábamos... unidos. Le envidio a usted por todas las veces que le vio. Ojalá pudiera compartir su recuerdo de él haciendo lo que más le gustaba, con o sin bestias místicas. La vida que adoraba, y de la que apartó a su familia...

-A mí me sucedió lo mismo -le dije amablemente-. Mi madre murió con el corazón destrozado. A mi hermano y a mí nos mantuvo al margen de su mundo.

-Así que los dos perdimos. Sonreí.

-Creo que usted más que yo. Si quiere visitar Refugio del Roble y ver el diario... Meneó la cabeza rápidamente.

-Me temo que no me atrevo, señor Huxley. Pero muchas gracias. Simplemente, me pregunto... por lo que ha dicho...

Apenas podía hablar. En la penumbra del callejón, la lluvia golpeaba monótonamente la ventana y las puertas. Anne tenía las mejillas enrojecidas de ansiedad, y ahora, tras las gafas, sus ojos se abrían de par en par.

-¿Sí? -la urgí.

-¿Está en el bosque? -preguntó inmediatamente, sin pausa, casi sin pensar. Por un momento, me cogió por sorpresa. Luego entendí lo que quería decir.

-Es posible-respondí.

¿Qué podía decirle? ¿Debía hablarle de mi creencia de que, más allá de la periferia, en el corazón del bosque, había un lugar cuya inmensidad escapaba a la imaginación?

-Todo es posible -repetí.

Seis

Me marché de Oxford frustrado, sucio y muy, muy cansado. El viaje de vuelta a casa no pudo ser peor: uno de los trenes fue cancelado, y a la salida de Witney había un atasco de tráfico que retuvo mi autobús durante casi media hora. Por suerte, la lluvia cesó, aunque el cielo seguía encapotado, amenazador, y el viento soplaba con fuerza, mala señal para el principio del verano.

Cuando llegué a Refugio del Roble, ya eran las seis de la tarde, y en seguida advertí que había tenido un visitante: la puerta trasera estaba abierta de par en par, y había luz en el estudio. Aceleré el paso, pero me detuve junto a la puerta, mirando nerviosamente a mi alrededor por si había algún caballero de gatillo fácil, o algún mitago violento. Pero tenía que ser Guiwenneth. La puerta estaba forzada, y la pintura alrededor del pomo arañada, delatando los golpes de lanza. Dentro, capté enseguida el olor que asociaba con ella, agudo, pungente. Era evidente que necesitaba bañarse mucho más a menudo.

La llamé por su nombre mientras recorría cautelosamente todas las habitaciones. No la encontré en el estudio, pero dejé la luz encendida. Un movimiento en el piso superior me sobresaltó, y me dirigí al vestíbulo.

-¿Guiwenneth?

-Me temo que me ha pescado usted curioseando -me llegó la voz de Harry Keeton.

Apareció en lo alto de la escalera, con aspecto avergonzado, sonriendo para disimular su falta.

-Lo siento mucho, pero la puerta estaba abierta.

-Creí que era otra persona -respondí-. No hay nada digno de verse.

Bajó la escalera y le guié hacia la sala de estar.

-¿Había alguien cuando vino?

-Sí, pero no llegué a verle. Como le he dicho, llamé a la puerta principal. No me abrieron. Rodeé la casa y encontré la puerta trasera abierta. Había un olor extraño, y luego esto...

Señaló la habitación. Todos los muebles estaban desordenados, y las estanterías vacías, ya que su contenido, libros y objetos, se hallaba esparcido por el suelo.

-No tengo costumbre de hacer este tipo de cosas -dijo con una sonrisa-. Alguien huyó de la casa cuando entré en el estudio, pero no llegué a verle. Pensé que sería mejor esperarle.

Ordenamos la habitación, y luego nos sentamos junto a la mesa del comedor. Hacía frío, pero opté por no encender la chimenea. Keeton se relajó. La cicatriz de la quemadura se le había enrojecido considerablemente con la vergüenza, pero poco a poco se fue haciendo más clara, más discreta, aunque se cubría la mandíbula nerviosamente con la mano izquierda cuando hablaba. Advertí que parecía cansado, ni mucho menos tan agudo y vivaz como el día que le conocí en el Aeródromo de Muckiestone. Llevaba ropas de civil, muy gastadas. Cuando se sentó junto a la mesa, advertí que tenía una cartuchera y una pistola en el cinturón.

-He revelado las fotografías que tomé hace unos días, durante ese vuelo.

Se sacó del bolsillo un paquete enrollado, lo estiró y lo abrió para sacar varias fotografías del tamaño de una revista. Casi había olvidado que aquellas fotografías del terreno constituían parte del proceso.

-Después de la tormenta en la que, al parecer, nos metimos, no creí que hubiéramos sacado nada. Pero me equivoqué. Cuando empujó las copias hacia mí, parecía inquieto.

-Suelo usar una buena cámara, de alta precisión. Película Kodak de alta sensibilidad. Así que he podido ampliarlas bastante. Mírelas...

Me observó mientras yo miraba las escenas algo difuminadas, a veces borrosas, del Bosque Mitago.

Las copas de los árboles y los claros parecían protagonizar todas las fotografías, pero pronto comprendí por qué Keeton estaba tan emocionado. En la cuarta foto, tomada cuando el avión se vio lanzado hacia el oeste, la cámara había hecho una toma panorámica algo inclinada del bosque, y mostraba un claro con una alta estructura de piedra, muy deteriorada, parte de la cual se alzaba por encima del nivel del follaje.

-Un edificio-dije innecesariamente.

-Hay una ampliación -siguió Harry Keeton.

Algo más borrosa, la siguiente fotografía mostraba un plano más cercano de la construcción: un edificio y una torre, se alzaba en una interrupción de los árboles del bosque. Había varias figuras. No se podía observar ningún detalle, aparte del hecho de que eran humanas: formas blancas y grises, que sugerían la presencia de hombres y mujeres caminando alrededor de la torre. Dos de las formas parecían estar escalando la ruinoso estructura.

-Probablemente fue construida en la Edad Media -comentó Keeton, pensativo-. El bosque creció alrededor del camino de acceso, y ese lugar se vio aislado...

Otra idea, menos romántica pero más plausible, era que la estructura fuese alguna extravagancia victoriana, algo construido más por capricho que por motivos lógicos. Pero ese tipo de locuras solían aparecer en la cumbre de las colinas: estructuras altas, desde cuya cima el propietario excéntrico, adinerado, o simplemente aburrido, podía observar el paisaje más allá de los límites del condado.

Si eso era lo que pretendía el lugar que observábamos en la fotografía, el arquitecto había sido particularmente inepto.

Examiné la siguiente foto: mostraba la imagen de un río que discurría entre los densos grupos de árboles. Su curso trazaba meandros. Visto desde el aire, parecía un camino entre los árboles. En dos puntos, algo desenfocados, el agua brillaba y el río parecía particularmente ancho. ¿Aquello era el Arroyo Arisco? Me resultaba difícil creer lo que veía.

-También he ampliado las fotos del río -dijo Keeton.

Cuando examiné las tomas de las que hablaba, comprendí que allí se veían más mitagos.

Esas formas también estaban desenfocadas, pero había cinco, muy juntas, vadeando el segmento del río que había atraído la atención de la cámara. Sostenían objetos sobre sus cabezas, quizá armas, quizá sólo cayados. Eran borrosas y mal definidas, como la foto que había visto en cierta ocasión del monstruo de un lago: sólo la sugerencia de una forma en movimiento.

¡Vadeando el Arroyo Arisco!

La última fotografía era, a su manera, la más dramática de todas. Sólo mostraba bosque. ¿Sólo? Allí había algo más y, en aquel momento, yo no quería ni imaginar la naturaleza de las fuerzas y estructuras que tenía ante los ojos. Según me explicó Keeton, el negativo no había recibido suficiente exposición. Ese sencillo error, provocado por causas que no entendía, delataba la presencia de unos tentáculos de energía que se alzaban de la gran mancha de bosque. Eran escalofrantes, insinuantes, tentativos... Conté veinte de ellos, como tornados, pero más delgados, retorcidos y arqueados, sondeando el cielo desde la tierra

oculta más abajo. Los vórtices se tendían claramente hacia el avión, para sondear el vehículo intruso... y rechazarlo.

-Ahora sé qué clase de bosque es -dijo Keeton. Le miré, sorprendido. Me estaba observando. En sus ojos había una expresión de triunfo, pero no exenta de algo muy parecido al terror. Tenía la quemadura del rostro enrojecida, y la comisura de la boca afectada por el fuego, alzada, lo que daba cierta asimetría a su rostro. Se inclinó hacia adelante, con las palmas de las manos apoyadas en la mesa.

-He estado buscando un lugar como éste desde que terminó la guerra -siguió-. Y, en pocos días, he comprendido la naturaleza del Bosque Ryhope. Ya había oído historias sobre un bosque encantado en esta zona..., por eso me he dedicado a investigar el condado.

-¿Un bosque encantado?

-Un bosque fantasma -aclaró rápidamente-. Había uno en Francia. Allí fue donde me derribaron. Aquél no tenía un aspecto tan sombrío, pero era igual.

Le animé a que siguiera hablando. Parecía casi temeroso de hacerlo. Se echó hacia atrás en la silla, y su mirada vagó lejos de mí, mientras recordaba.

-Lo he borrado de mi mente. He borrado muchas cosas...

-Pero ahora las recuerda.

-Sí. Estábamos muy cerca de la frontera belga. Había volado muchas veces por aquella zona, casi siempre llevando suministros a la Resistencia. Un anochecer, iba en misión cuando el avión fue zarandeado en el aire. Como atrapado por una corriente termal terrible. -Me miró-. Ya sabe cómo son.

Asentí. Él siguió hablando:

-Por mucho que lo intentara, no podía volar sobre aquel bosque. Era bastante pequeño. Maniobré y traté de hacerlo una vez más. El mismo efecto lumínico en las alas, como el otro día: una luz que surgía sobre la cabina. Y, una vez más, me zarandé como a una hoja. Allí abajo había rostros. Era como si flotaran sobre el follaje. Como fantasmas, como nubes. Tenues. Ya sabe cómo se supone que son los fantasmas. Parecían nubes atrapadas en las copas de los árboles, moviéndose, cambiando... ¡pero eran rostros!

-Así que no le derribaron -dije. Pero él asintió.

-Oh, sí. Desde luego, algo derribó el avión. Yo siempre digo que fue un francotirador porque..., bueno, porque es la única explicación que se me ocurre. - Se miró las manos-. Un disparo, un golpe, y el avión cayó sobre el bosque como una piedra. Conseguí salir de entre los restos del aparato, igual que John Shackieford. Tuvimos una suerte increíble... hasta entonces.

-¿Y luego?

Alzó la vista, suspicaz.

-Y luego... en blanco. Salí del bosque. Estaba vagando por entre las granjas de los alrededores, cuando una patrulla alemana me atrapó. Me pasé el resto de la guerra detrás de una alambrada de espino.

-¿Vio algo en el bosque mientras estaba allí? Titubeó antes de responder y, cuando lo hizo, había un dejo de irritación en su voz:

-Ya se lo he dicho, amigo. En blanco.

Supuse que, por el motivo que fuera, no quería hablar de lo que había sucedido después del accidente del avión. Debía de ser humillante para él: prisionero de guerra, con una quemadura terrible y derribado en extrañas circunstancias.

-Este bosque, el Bosque Ryhope, es igual... -empecé.

-También había rostros, pero mucho más cerca.

-No los vi -respondí, asombrado.

-Estaban allí, pero usted no miró. Es un bosque fantasma. Exactamente igual que el otro. Y a usted también le ha hechizado. ¡Dígame que estoy en lo cierto!

-¿Quiere que le diga algo que ya sabe?

Tenía una mirada vehemente. El pelo rubio, indómito, le caía sobre las cejas y le daba un aspecto infantil. Parecía emocionado, pero también aprensivo. O, quizá, asustado.

-Me gustaría entrar en ese bosque -dijo con una voz que era casi un susurro.

-No llegará muy lejos -repliqué-. Lo sé, ya lo he intentado.

-No le entiendo.

-El bosque le obligará a dar la vuelta. Se defiende... Pero bueno, santo Dios, ya lo vio el otro día. Puede caminar durante horas, y siempre descubrirá que ha trazado un círculo. Mi padre descubrió un camino hacia el interior. Y Christian, también.

-Su hermano.

-El mismo. Ya lleva allí más de nueve meses. Debe de haber encontrado un camino a través de los vórtices...

Antes de que Keeton me preguntara el significado del término, un movimiento en la cocina nos sobresaltó a los dos, y ambos reaccionamos con un gesto de silencio. Había sido un movimiento rápido, sólo delatado por el abrirse y cerrarse de la puerta trasera. Señalé el cinturón de Keeton.

-Le sugiero que desenfunde la pistola, y si el rostro que aparece por esa puerta no tiene una melena pelirroja... dispare un tiro de aviso contra la pared.

Con toda la rapidez posible, sin hacer ni un ruido innecesario, Keeton preparó el arma. Era una Smith and Wesson calibre 38. Armó el percutor, alzó el arma cargada y apuntó. Clavé la vista en la puerta de la cocina y, un momento más tarde, Guiwenneth entró cautelosa, lentamente, en la habitación. Miró a Keeton, luego a mí, y en su rostro se reflejó la pregunta: «¿Quién es éste?».

-Santo Dios -se atragantó Keeton, animándose un poco. Bajó el arma, puso el seguro y se la guardó en la cartuchera, sin dejar de mirar a la chica. Guiwenneth se acercó a mí, me puso una mano en el hombro (¡casi protectora!), y se quedó a mi lado mientras escrutaba al piloto. Dejó escapar una risita y se rozó el rostro. Estaba estudiando la desagradable marca del accidente de Keeton. Dijo algo en su extraño idioma, demasiado de prisa para que yo lo interpretara.

-Es usted increíblemente hermosa -le dijo Keeton-. Soy Harry Keeton. Me ha dejado sin aliento, casi olvido los buenos modales.

Se levantó y dio un paso hacia Guiwenneth, que se apartó de él, incrementando la presión sobre mi hombro. Keeton me miró.

-¿Es extranjera? ¿No habla nada de nuestro idioma?

-Ni una palabra. Pero su idioma es de este país..., más o menos. No comprende nada de lo que hablamos.

Guiwenneth se agachó y me besó la cabeza. También me pareció un gesto posesivo, protector, y no comprendí el motivo. Pero me gustó. Creo que enrojecí tanto como solía hacer Keeton. Alcé la mano, puse los dedos sobre los de la chica y, por un momento, nuestras manos se entrelazaron en una especie de comunicación que era inconfundible.

-Buenas noches, Steven -me dijo con un acento fuerte, extraño, pronunciando cuidadosamente cada palabra.

Alcé la vista hacia ella. Sus ojos castaños brillaban, en parte de orgullo y en parte de diversión.

-Buenas noches, Guiwenneth -la corregí. Ella hizo una mueca y se volvió hacia Keeton.

-Buenas noches...

Se interrumpió y dejó escapar una risita. Había olvidado el nombre. Keeton se lo recordó, y ella lo dijo en voz alta, al tiempo que alzaba la mano derecha, con la

palma hacia él, y luego se ponía la palma en el vientre, Keeton repitió el gesto, hizo una reverencia, y los dos se echaron a reír.

Después, Guiwenneth concentró su atención otra vez en mí. Se acuclilló a mi lado con la lanza entre las piernas, algo incongruente, casi obsceno. La túnica era demasiado corta, y el cuerpo demasiado sensualmente juvenil y atractivo como para que un hombre inexperto como yo pudiera aparentar indiferencia. Ella me tocó la nariz con un dedo largo y delgado, sonriendo al identificar las ideas que discurrían bajo mi rostro enrojecido.

-Cuningabach -dijo en tono de advertencia-. Comida. Cocinar. Guiwenneth. Comida-añadió luego.

-Comida -repetí-. ¿Quieres comida? Me señalé el pecho mientras hablaba, y Guiwenneth negó rápidamente con la cabeza, señalando su propio pecho.

-¡Comida!

-¡Ah! ¡Comida! -repetí, ahora señalándola a ella. Guiwenneth quería cocinar. Ya la entendía.

-¡Comida! -asintió con una sonrisa. Keeton se lamió los labios.

-Comida -dije, inseguro, preguntándome cuál sería la idea de Guiwenneth sobre una cena.

Pero ¿qué importaba? Sería un buen experimento. Me encogí de hombros y asentí.

-¿Por qué no?

-¿Puedo quedarme... sólo para la cena? -intervino Keeton.

-Por supuesto -respondí.

Guiwenneth se puso en pie y se llevó un dedo a la nariz. (Parecía estar diciendo: «Va a ser un banquete».) Se dirigió a la cocina y revolvió entre las cazuelas y utensilios. Pronto oí el ominoso ruido de cortes, y el sonido desagradable de los huesos al ser quebrados.

-Supongo que es muy impertinente por mi parte autoinvitarme de esta manera -dijo Keeton mientras se sentaba en un sillón, todavía con la chaqueta puesta-. Pero en las granjas siempre hay buena comida. Si quiere, pagaré...

Le miré y me eché a reír.

-Ni lo mencione. Quizá tenga que pagarle yo a usted. Siento decirlo, pero nuestra cocinera de hoy no cree en los métodos tradicionales. Nada de huevos fritos con bacon, ni siquiera ha oído hablar de ellos. Lo más probable es que esté asando un jabalí salvaje.

Keeton frunció el ceño, por supuesto.

-¿Un jabalí? Hace tiempo que se extinguieron aquí.

-En el Bosque Ryhope, no. También hay osos. ¿Le gustaría un plato de oso estofado con mollejas de lobo?

-Pues, la verdad, no mucho -respondió el piloto-, ¿Es una broma?

-El otro día le preparé una sopa de verduras de lo más normal, y le pareció repugnante. No quiero ni pensar qué considerará apetecible...

Pero, cuando me aventuré hasta la puerta de la cocina para echar un vistazo, me resultó evidente que estaba preparando algo mucho menos ambicioso que un asado de jabalí. La mesa de la cocina estaba llena de sangre, igual que los dedos de Guiwenneth. Ella se los lamía con la misma tranquilidad con que yo hubiera lamido miel o salsa. La carcasa era larga y delgada. Un conejo, o una liebre. Había agua hirviendo. Había cortado groseramente algunas verduras, y examinaba el bote de la sal mientras se chupaba las manos. Al final, la comida resultó sabrosa, aunque tenía un aspecto un tanto repugnante. Sirvió la carcasa entera, con cabeza y todo, pero había partido el cráneo de manera que los sesos se cocieran también. Los separó con el cuchillo y los cortó

cuidadosamente en tres partes. Keeton rechazó la suya con una divertida exhibición de cortesía y pánico.

Guiwenneth comió con los dedos, y sólo usó su cuchillo corto para cortar tajadas del conejo, que resultó sorprendentemente abundante. Rechazó el tenedor, calificándolo de «R'vannith», pero probó a usarlo, y era evidente que reconocía su potencial.

-¿Cómo va a volver al aeródromo? -pregunté más tarde a Keeton.

Como la noche era algo fría, Guiwenneth había encendido la chimenea con madera de abedul. La sala de estar tenía un ambiente acogedor. Ella se sentó con las piernas cruzadas ante el fuego, y se dedicó a observar las llamas. Keeton se quedó junto a la mesa, y dividió su atención entre las fotografías y la espalda de la extraña chica. Yo me senté en el suelo, con la espalda apoyada en un sillón y las piernas estiradas tras Guiwenneth.

Tras un rato, ella se echó hacia atrás, apoyó los codos en mis rodillas y me rozó cariñosamente un tobillo. El fuego hacía que el pelo le brillara. Estaba inmersa en sus propios pensamientos, y parecía melancólica.

La pregunta que le hice a Keeton quebró bruscamente aquel silencio contemplativo. Guiwenneth se sentó y me miró, con el rostro solemne y los ojos casi tristes. Keeton se puso de pie y recogió la chaqueta, colgada en el respaldo de la silla.

-Sí, se está haciendo tarde... Me sentí avergonzado.

-No era una indirecta para que se fuera. Si quiere, puede quedarse esta noche, hay sitio de sobra.

Me sonrió de una manera extraña, y miró a la chica.

-Quizá acepte su oferta en otra ocasión, pero mañana tengo que madrugar.

-¿Cómo va a volver?

-Igual que vine, en la motocicleta. La he dejado aparcada en el cobertizo, para protegerla de la lluvia.

Le acompañé hasta la puerta. Antes de marcharse, dirigió una larga mirada hacia el bosque.

-Volveré -dijo-. Espero que no le importe..., pero tengo que volver.

-Cuando quiera -respondí.

Unos minutos más tarde, el rugido de la motocicleta hizo que Guiwenneth se sobresaltara y me mirase interrogadora, asombrada y alarmada. Sonreí, y le dije que no era más que el carro de Keeton. Unos segundos más tarde, cuando el sonido del motor desapareció en la distancia, Guiwenneth se relajó.

Siete

Durante las primeras horas de aquella velada se había creado entre nosotros una intimidación que me afectó profundamente. El corazón me latía a toda velocidad, tenía el rostro sonrojado, y mis pensamientos eran los de un adolescente incontrolable. La presencia de la chica, sentada en el suelo junto a mí, silenciosa, su belleza, su fuerza, su aparente tristeza, todo se combinó para organizar un caos en mis emociones. Para impedirme a mí mismo agarrarla por los hombros, intentar torpemente besarla, tuve que abrazar el respaldo de la silla y luchar para mantener los pies inmóviles sobre la alfombra.

Creo que ella era consciente de mi confusión. Me sonrió y me miró, insegura, antes de clavar otra vez sus ojos en el fuego. Más tarde, se inclinó y apoyó la cabeza en mis piernas. Le toqué el cabello, primero tentativamente, luego con más seguridad. No se resistió. Le acaricié el rostro, pasé los dedos ligeramente por entre los rizos de pelo rojo, y empecé a pensar que el corazón me iba a estallar en el pecho.

La verdad, pensé que aquella noche dormiría conmigo. Pero, más o menos a medianoche, se marchó, sin una mirada, sin una despedida. El fuego se apagó, y la habitación quedó fría. Quizá se había dormido apoyada en mí, no lo sé. Tenía las piernas insensibles de estar en la misma postura durante horas. No quería molestarla con el menor movimiento de mi cuerpo, aparte de las suaves caricias. Y, de repente, se levantó, recogió su cinturón y sus armas, y salió de la casa. Me quedé sentado allí y, en algún momento de la madrugada, me cubrí con el mantel de la mesa a modo de manta.

Volvió al día siguiente, por la tarde. Mostraba una actitud despegada, distante, rehuía mi mirada y no contestaba a ninguna pregunta. Decidí hacer las cosas habituales: cuidar de la casa (o sea, limpiarla) y arreglar la puerta trasera. No eran cosas que me hubieran preocupado en condiciones normales, pero tampoco quería seguir a Guiwenneth en su vagar por la casa, perdida en sus propios pensamientos.

-¿Tienes hambre? -le pregunté más tarde. Ella estaba junto a la ventana de mi dormitorio. Sonrió y se volvió hacia mí, sin dejar de mirar hacia fuera.

-Tengo hambre -respondió.

El acento era extraño. Las palabras, perfectas.

-Estás aprendiendo mi idioma muy bien -dije, marcando exageradamente el énfasis en cada palabra.

Pero eso ya no lo entendió.

Esta vez se preparó el baño sin que yo se lo dijera, y chapoteó en el agua fría durante algunos minutos, sin dejar de apretar entre los dedos la pastilla de jabón Lifebuoy. Hablaba consigo misma y, de vez en cuando, se reía. Hasta se comió la ensalada de jamón frío que le había preparado.

Pero algo iba mal, algo que mi escasa experiencia me impedía comprender. Yo le atraía, estaba seguro, y también tenía la sensación de que me necesitaba. Pero algo la retenía.

Más tarde, por la noche, se dedicó a curiosear por los armarios de las habitaciones en desuso, y encontró algo de ropa vieja de Christian. Se despojó de la túnica y se puso una camisa blanca sin cuello. Abrió los brazos y se echó a reír. La camisa le quedaba enorme, le llegaba a medio muslo, y las mangas le colgaban más allá de las manos. Le enrollé los puños, y sacudí los brazos como un pájaro,

mientras reía, encantada. Luego, volvió al armario y sacó unos pantalones grises de franela. Con unos alfileres, conseguimos que sólo le llegaran a los tobillos, y atamos el conjunto a su cintura con el cordón de una bata.

Con aquel estrambótico atuendo, parecía cómoda. Era como una niña perdida en las ropas de un payaso, pero ¿cómo iba ella a juzgar tales cosas? Y, sin preocuparse lo más mínimo por su aspecto, era feliz. Supongo que, en su mente, asociaba el hecho de usar unas ropas que consideraba mías, con estar más cerca de mí.

Fue una noche cálida, de ambiente veraniego. A la escasa luz del crepúsculo, paseamos alrededor de la casa. A Guiwenneth le intrigó la cantidad de robles jóvenes que rodeaban la casa y crecían por todo el césped, junto al estudio. Caminó entre los arbolillos inmaduros, pasando las manos sobre la corteza flexible, doblándolos, soltándolos, acariciando las yemas más recientes, nacidas durante la nueva estación. La seguí, concentrado en cómo la brisa vespertina le hinchaba la amplia camisa y acariciaba aquella cascada increíble que era su pelo.

Dio dos vueltas a la casa, caminando casi a paso de marcha. Yo no entendía el motivo de tanta actividad, hasta que volvió de nuevo al patio trasero, y contempló el bosque casi con nostalgia. Dijo algo en un tono que tenía un extraño matiz de frustración.

La comprendí al momento.

-Esperas a alguien. Alguien va a venir del bosque para buscarte. ¿Es eso? ¡Esperas a alguien!

Y, al mismo tiempo, se me ocurrió una idea aterradora: ¡Christian!

Por primera vez me descubrí a mí mismo deseando fervorosamente que Christian no volviera jamás. El deseo que me había obsesionado durante meses, su regreso, se invirtió tan fácil, tan cruelmente, como fácil y cruel sería destruir una carnada de gatitos. Ya no me dolía recordar a mi hermano, ya no le necesitaba, la pena había desaparecido. Desapareció porque él buscaba a Guiwenneth, y porque aquella hermosa muchacha, aquella melancólica niña guerrera, quizá también le esperase. Había acudido a la casa, fuera del bosque, para aguardar su regreso, con la certeza de que él volvería algún día a su extraña morada.

No era mía. En absoluto. No era a mí a quien quería. Amaba a mi hermano mayor, al hombre cuya mente la había creado.

Pero aquel momento de reflexiones airadas se vio interrumpido cuando recordé la imagen de Guiwenneth escupiendo en el suelo, y pronunciando el nombre de Christian con un desprecio amargo. ¿Era el desprecio de la que ha visto traicionado su afecto? ¿Un desprecio que el tiempo había suavizado?

De alguna manera, supe que no. El pánico pasó. Ella había tenido miedo de Chris, y aquella violenta reacción contra él no fue fruto de un amor despechado.

Volvimos a la casa y nos sentamos junto a la mesa. Guiwenneth me habló y me miró, vehemente, al tiempo que se tocaba el pecho y movía las manos para ilustrar los pensamientos que se ocultaban bajo las extrañas palabras. Durante el monólogo, utilizó vocablos de mi idioma con una frecuencia sorprendente, pero seguí sin comprender qué me decía. Pronto, su rostro reflejó una mezcla de cansancio y frustración. Esbozó una sonrisa algo triste al comprender que las palabras eran inútiles. Hizo una señal, indicándome que yo le hablara a ella.

Durante una hora, le conté cosas sobre mi infancia, sobre la familia que había vivido en Refugio del Roble, sobre la guerra, y sobre mi primer amor. Durante todo el rato, ilustré la conversación con gestos, exagerando abrazos imaginarios, disparando pistolas inexistentes, haciendo caminar mis dedos sobre la mesa, persiguiendo mi mano izquierda y, por último, atrapándola e ilustrando un primer beso tentativo. Era puro Chaplin. Guiwenneth sonrió y rió a carcajadas, hizo

comentarios, dejó escapar sonidos de aprobación, de sorpresa, de incredulidad... Y, así, nos comunicamos a un nivel que estaba más allá de las palabras. Creo que entendió todo lo que le conté, y ahora conocía mi vida interior a grandes rasgos. Pareció intrigada cuando le hablé de la infancia de Christian, pero adoptó una expresión solemne cuando le conté cómo había desaparecido en el bosque.

-¿Comprendes lo que te digo? -le pregunté por fin. Sonrió y se encogió de hombros.

-Entiendo hablar. Un poco. Tú hablar. Yo hablar. Un poco. -Se encogió de hombros otra vez-. En bosque. Hablar...

Flexionó los dedos, tratando de explicar un concepto difícil.

-¿Muchos? ¿Muchos idiomas?

-Sí -asintió ella-. Muchos idiomas. Algunos entender. Algunos no...

Sacudió la cabeza y cruzó las manos abiertas, en un claro gesto de incompreensión.

El diario de mi padre hacía referencia a cómo un mitago puede aprender el idioma de su creador mucho más de prisa que a la inversa. Era increíble ver y oír cómo Guiwenneth comprendía cada vez más, entendía y usaba más conceptos casi con cada frase que le decía.

El reloj de palisandro marcó las once. Contemplamos la repisa de la chimenea en silencio y, cuando el delicado sonido se extinguió, conté en voz alta hasta once. Guiwenneth me respondió en su propio idioma. Nos miramos el uno al otro. Había sido una velada muy larga, y yo estaba cansado. Tenía la garganta reseca de tanto hablar, y los ojos me picaban por el polvo, o quizá por las cenizas de la chimenea. Necesitaba dormir, pero no quería romper el contacto con la chica. Tenía un miedo mortal de que, tras marcharse al bosque la noche anterior, no volviera, así que me había pasado la mañana paseando intranquilo, esperándola. Cada vez la necesitaba más.

Toqué la mesa.

-Mesa-dije.

Ella pronunció una palabra que sonaba como «tabla».

-Cansado-dije.

Dejé que la cabeza me cayera hacia un lado, y fingí unos ronquidos exagerados. Ella sonrió y asintió, mientras se frotaba los ojos castaños con las manos, y parpadeaba rápidamente.

-Chusug -afirmó, para añadir luego en mi idioma-: Guiwenneth cansada.

-Me voy a dormir. ¿Quieres quedarte?

Me levanté y le tendí la mano. Entonces, titubeó. Me rozó los dedos con las puntas de los suyos, pero permaneció sentada, mirándome, y sacudió lentamente la cabeza. Me lanzó un beso, quitó el mantel de la mesa (como había hecho yo la noche anterior), y se tendió en el suelo, junto a la chimenea apagada. Allí, se enrolló sobre sí misma como un animal, y pareció dormirse de inmediato.

Subí la escalera hacia mi fría cama, y permanecí despierto más de una hora. En cierto modo, decepcionado, pero también triunfante: por primera vez, ella iba a pasar la noche en mi casa.

¡Estábamos progresando!

Aquella noche, la naturaleza avanzó hacia Refugio del Roble de una manera aterradora, dramática.

Yo había dormido a intervalos irregulares, con la mente llena de visiones de la chica que dormitaba abajo, junto a la chimenea, y de recuerdos de su paseo entre los brotes de roble que rodeaban la casa. No podía olvidar su imagen, con la camisa azotada por el viento, ni sus manos acariciando la flexible corteza de los

árboles, que tenían ya la altura de un hombre. Me parecía que toda la casa se movía y crujía, mientras las raíces en expansión penetraban y taladraban el suelo. Y quizá era una intuición de lo que sucedió a las dos de la madrugada.

Me despertó un sonido extraño, el ruido de la madera al agrietarse, el gemido de grandes vigas que se retorcían y se combaban. Durante un segundo, mientras todos mis sentidos se despertaban, creí estar en medio de una pesadilla. Entonces comprendí que la casa entera temblaba, y vi como el haya que crecía ante mi ventana se movía como si la azotara un huracán. Oí el grito de Guiwenneth en el piso inferior, agarré la bata y corrí escalera abajo.

Un extraño viento frío soplaba desde el estudio, y Guiwenneth estaba de pie, en el oscuro pasillo que llevaba a esa habitación. No era más que una forma frágil, envuelta en ropas demasiado grandes. El sonido empezaba a atenuarse. Un fuerte olor a barro y a tierra me llegó de repente cuando me acerqué cautelosamente a través del vestíbulo y encendí la luz.

El bosque había llegado al estudio, irrumpiendo a través del suelo, creciendo y retorciéndose contra las paredes y el techo. El escritorio estaba destrozado, los armarios caídos y rotos bajo los dedos engarfiados de los árboles. No sé si se trataba de un solo árbol o de varios. Quizá no fuera un árbol normal, sino una extensión del bosque cuyo único objetivo era imponerse a las frágiles estructuras de factura humana.

Allí imperaba el olor a tierra y a bosque. Las ramas que cubrían el techo temblaban. El barro caía en pequeños terrones de los troncos oscuros que habían destrozado el suelo en ocho puntos diferentes.

Guiwenneth entró en aquella sombría jaula de bosque, y extendió la mano para rozar uno de los miembros temblorosos. Toda la habitación pareció estremecerse ante su toque, pero, ahora, una sensación de calma envolvía la casa. Era como si... como si, de pronto, en cuanto el bosque hubo atrapado el Refugio, en cuanto lo convirtió en parte de su aura, la necesidad de poseerlo hubiera desaparecido.

La luz del estudio ya no funcionaba. Todavía atónito por lo sucedido, seguí a Guiwenneth hacia el interior de la escalofriante habitación oscura, para rescatar el diario de mi padre de entre los restos del escritorio. Cuando revisé los libros de un cajón, juro que una rama de roble se retorció para golpearme los dedos. Mientras trabajaba, algo me miraba, me calibraba. Hacía frío en aquella habitación. Me caía tierra en el pelo, para después estrellarse contra el suelo en pequeños terrones. Y, allí donde pisaba con los pies desnudos, parecía arder.

Todo el estudio susurraba. Murmuraba. Fuera del balcón, que seguía intacto, los brotes de roble se aglomeraban cada vez más, ahora más altos que yo, y crecían cada vez más cerca de la casa.

A la mañana siguiente, desperté de unas últimas horas de sueño irregular, inquieto, sólo para darme cuenta de que eran casi las diez, y de que el cielo estaba encapotado, amenazando lluvia. El mantel yacía arrugado en el suelo, junto a la chimenea, pero un ruido procedente de la cocina me indicó que mi invitada no se había marchado todavía.

Guiwenneth me recibió con una sonrisa alentadora y unas palabras en su lengua céltica, que tradujo brevemente como «Bien. Comer». Había encontrado una caja de galletas del Cuáquero, y había preparado unas gachas espesas con miel y agua. Se lo llevaba a la boca con dos dedos, y se relamía con ruidoso placer. Alzó la caja y observó el dibujo del Cuáquero con su larga túnica oscura. Se echó a reír.

-Meivoroth! -dijo, señalando el caldo espeso-. Bueno.

Había encontrado algo que le recordaba su hogar. Cuando alcé la caja, descubrí que estaba casi vacía.

Entonces, algo en el exterior le llamó la atención. Se acercó rápidamente a la puerta trasera, la abrió, y salió bajo el viento de la mañana. La seguí, consciente del sonido de los cascos de un caballo que trotaba por el prado cercano.

La persona que cabalgó hasta la valla y se inclinó para abrir la puerta de la verja no era ningún mitago. La chica guió a la pequeña yegua por el jardín. Guiwenneth observó a la jovencita con interés. Parecía casi divertida.

Era la hija mayor de los Ryhope, una chica desagradable que ejemplificaba todas las caricaturas crueles de la clase alta inglesa: mandíbula débil, ojos aburridos, con demasiadas opiniones y poca información. Era una obsesa de los caballos y una fanática de la caza, cosa que a mí me parecía particularmente ofensiva.

Dirigió a Guiwenneth una larga mirada arrogante, con más celos que curiosidad. Piona Ryhope era rubia, pecosa y vulgar hasta la saciedad. Llevaba pantalones de montar y una chaqueta negra y, a mis ojos, no se distinguía en nada de todas las jovencitas chaladas por los caballos que solían saltar barriles y vallas en las carreras locales.

-Una carta para usted. La enviaron a casa.

Y no dijo una palabra más. Me entregó el abultado sobre, e hizo dar la vuelta al caballo en el jardín. No cerró la puerta de la verja. Desde la falta de cortesía hasta el hecho de que no se molestó en descabalgarse, cada segundo de su presencia en mi territorio fue molesto e insultante. No me digné a darle las gracias. Guiwenneth se quedó viéndola alejarse, pero yo entré otra vez en la casa y abrí el sobre.

Era de Anne Hayden. La carta era sencilla y breve:

Estimado señor Huxley:

Creo que los folios adjuntos son las hojas que buscaba cuando vino a Oxford. Desde luego, están escritos con la letra de su padre. Se hallaban en un ejemplar de la *Revista de Arqueología*. Creo que su padre los escondió ahí, y luego envió el ejemplar de la revista al mío. En cierto modo, usted mismo los descubrió: sin su visita, yo no me habría molestado en enviar el montón de periódicos a la universidad. Un amable bibliotecario encontró las hojas y me las devolvió. También le incluyo cierta correspondencia que quizá le interese. Sinceramente suya,

Anne Hayden

Junto a la carta había seis páginas dobladas, procedentes del diario de mi padre. No había querido que Christian las encontrase. Las seis páginas hablaban de Guiwenneth... y de la manera de traspasar las defensas exteriores del bosque primario.

Ocho

Mayo de 1942.

Encuentros con la tribu del río, los *shamiga*, con una forma primitiva de Arturo y con un caballero que parece salido de los relatos de Malory. Este último, bastante peligroso. Observación de un torneo en el sentido antiguo de la palabra, una batalla demencial en un claro del bosque, diez caballeros, todos luchando en un silencio absoluto, sólo se oía el chocar de las armas. El caballero que triunfó cabalgó alrededor del claro, y los demás se marcharon tumbados sobre sus caballos. Un hombre de aspecto magnífico, con armadura brillante y capa púrpura. Su caballo llevaba una manta y unas alforjas de seda. No pude identificarle en términos de leyenda, pero me habló en un idioma que conseguí reconocer: francés medieval.

Eran notables, pero lo más significativo fue el pueblo fortificado de Cumbarath. Allí me quedé cuarenta días, quizá más (¡y sólo estuve fuera dos semanas!). Me enteré de la leyenda de Guiwenneth. Esta aldea es el legendario pueblo cercado, oculto en un valle, o al otro lado de una montaña lejana, donde vive la raza pura, los antiguos habitantes de estas tierras que nunca fueron hallados por el conquistador. Uní mito poderoso que ha persistido durante siglos. Sorprendente para mí, ya que he vivido dentro de un mitago: el mismo pueblo, y todos sus habitantes, han sido creados por el inconsciente racial. Hasta ahora, éste es el territorio mítico más poderoso del bosque, al menos que yo sepa.

Aprendí el idioma con facilidad, ya que se parecía al celta de la chica, y me enteré de fragmentos de su leyenda, aunque es evidente que la historia está incompleta. Estoy seguro de que la historia termina en tragedia. La narración me interesa profundamente. He comprendido gran parte de las cosas de las que habla G cuando viene, gran parte de sus obsesiones. Ha sido generada con 16 o 17 años, el momento en que su memoria empieza a ser importante, pero el pueblo recuerda claramente la historia de su nacimiento. Ésta es parte de la oscura historia de Guiwenneth, tal como me fue contada:

Eran los primeros días, después de que las legiones del este llegaran a estas tierras.

Dos hermanas vivían en un fuerte de Dun Emrys: las hijas del señor guerrero Morthid, que era viejo, débil, y se había rendido en paz. Cada una de las hijas era tan bella como la otra. Las dos habían nacido el mismo día, el anterior a la fiesta de Lug, el dios sol. Era casi imposible distinguirlas, excepto porque Dierdrath llevaba un capullo de brezo sobre el seno derecho, y Rhiathan la flor de un rosal silvestre sobre el izquierdo. Rhiathan se enamoró de un comandante romano del fuerte cercano, Caerwent. Se fue a vivir al fuerte, y hubo un tiempo de armonía entre el invasor y la tribu de Dün Emrys. Pero Rhiathan era estéril, y sus celos y su odio fueron creciendo, hasta que su rostro se endureció como el hierro.

Dierdrath amaba al hijo de un valiente guerrero, muerto en lucha contra los romanos. El nombre del hijo era Peredur, y había sido expulsado de la tribu porque se oponía al padre de Dierdrath.

Ahora vivía en el bosque con nueve guerreros, en un desfiladero de rocas donde ni una liebre osaba adentrarse. Por las noches se acercaba a las afueras del

bosque y llamaba a Dierdrath como una paloma. Dierdrath iba a él y, con el tiempo, concibió un hijo suyo.

Cuando llegó la hora del parto, el druida, Cathabach, anunció que sería una niña, y se le dio nombre: Guiwenneth, que significa «hija de la tierra». Pero Rhiathan envió soldados a Dun, y Dierdrath fue arrebatada a su padre, y llevada contra su voluntad a las tiendas, dentro de la empalizada de madera del fuerte romano. También fueron llevados cuatro guerreros de Dun, y el mismo Morthid, que accedió a que la niña, cuando naciera, fuera adoptada por Rhiathan. Dierdrath estaba demasiado débil para gritar, y Rhiathan juró en silencio que, cuando naciera la niña, su hermana moriría.

Peredur, desesperado, lo veía todo desde las afueras del bosque. Sus nueve estaban con él, y ninguno podía consolarle. Durante la noche, atacaron el fuerte dos veces, pero fueron repelidos por la fuerza de las armas... Y ambas veces oyó la voz de Dierdrath, que le gritaba: «De prisa, salva a mi hija».

Más allá del desfiladero de piedra, donde los bosques eran más oscuros, había un lugar donde el árbol más viejo era más viejo que la tierra. Allí, Peredur lo sabía, vivía la Jagad, una entidad tan eterna como la roca que habitaba. La Jagad era su única esperanza, porque sólo ella controlaba el curso de las cosas, no sólo en los bosques, sino también en los mares y en el aire. Vivía desde los tiempos más antiguos, y ningún invasor podía acercarse a ella. Conocía los caminos de los hombres desde el tiempo de la Vigilancia, cuando los hombres no tenían lenguas con las que hablar.

Así fue como Peredur encontró a la Jagad.

Dio con un valle donde crecían cardos salvajes, y ningún brote le llegaba más allá del tobillo. A su alrededor, el bosque era alto y silencioso. Ningún árbol había caído y muerto para formar este claro. Sólo la Jagad lo había creado. Los nueve guerreros que estaban con él formaron un círculo, dando la espalda a Peredur, que se erguía entre ellos. Todos sostenían ramas de avellano, de ciruelo y de roble. Peredur mató un lobo y esparció su sangre sobre la tierra, alrededor de los nueve. Puso la cabeza del lobo mirando hacia el norte. Clavó su espada en la tierra, al oeste del círculo. Dejó su daga en el este. Él mismo se situó en el sur, dentro del anillo, y llamó a la entidad.

Así eran las cosas en los días anteriores a los sacerdotes, y la más importante de todas era el círculo, que unía al invocante a su propio tiempo, a su propia tierra.

Nueve veces llamó Peredur a la Jagad.

En la primera llamada, sólo vio los pájaros que volaban de los árboles (pero qué pájaros eran, cuervos, gorriones, halcones, cada uno tan grande como un caballo).

En la segunda llamada, las liebres y los zorros del bosque corrieron alrededor del círculo y huyeron hacia el oeste.

En la tercera llamada, los jabalíes salvajes salieron de entre los arbustos. Cada uno era más alto que un hombre, pero el círculo los detuvo (aunque Oswry mató con su lanza al más pequeño para comerlo luego; en otro tiempo tendría que responder por este acto).

En la cuarta llamada, los ciervos salieron de entre los matorrales, seguidos por los antílopes, y cada vez que sus cascos tocaban la tierra del bosque, el círculo se estremecía. Los ojos de los ciervos brillaban en la noche. Guillauc puso un torque en las astas de uno de ellos, para que llevara su marca, y en otro momento tendría que responder por lo que había hecho.

En la quinta llamada, el claro quedó en silencio, aunque algunas figuras se movían más allá del límite de la visión. Entonces, hombres a caballo surgieron de entre los árboles y rodearon el claro. Los caballos eran negros como la noche, y a los pies de cada uno había una docena de perros grises, y un jinete a sus lomos,

Un viento silencioso agitaba sus capas, y las antorchas ardían, y esta salvaje partida de caza dio veinte vueltas en torno a los nueve, gritando con los ojos brillantes. No eran hombres de las tierras de Peredur, sino cazadores de tiempos pasados y de tiempos venideros, reunidos allí para proteger a la Jagad.

En la sexta y séptima llamadas, la Jagad vino, seguida de los jinetes y los perros. La tierra se abrió y las puertas del subsuelo se abrieron, y la Jagad surgió a través de ellas: una figura alta, sin rostro, con el cuerpo envuelto en túnicas oscuras, con plata y hierro en las muñecas y tobillos. La hija caída de la Tierra, la airada y vengativa niña de la Luna. La Jagad se alzó ante Peredur y, en el vacío que era su rostro, apareció una sonrisa, y una carcajada terrible asaltó los oídos del guerrero.

Pero la Jagad no podía romper el círculo de Tiempo y Tierra, no podía arrastrar a Peredur lejos de aquel lugar y época, ni extraviarle en un lugar salvaje donde estuviera a su merced. Tres veces rodeó el círculo, deteniéndose sólo ante Oswry y Guillaume, que supieron entonces que, al matar al jabalí y marcar al ciervo, se habían condenado. Pero su momento llegaría en otro tiempo, en otra historia.

Entonces, Peredur le dijo a la Jagad lo que necesitaba. Le habló de su amor por Dierdrath, y de los celos de la hermana de su amada, y del peligro que corría su hija. Le pidió ayuda.

-Entonces, me quedaré con la niña -dijo la Jagad. Y Peredur le respondió que no.

-Entonces, me quedaré con la madre -dijo la Jagad. Y Peredur le respondió que no.

-Entonces, me quedaré con uno de los diez -dijo la Jagad.

Y llevó a Peredur y a sus guerreros una cesta de avellanas. Cada uno de los guerreros, incluido Peredur, tomó una avellana y se la comió, sin saber que así quedaban atados a la Jagad,

Y dijo la Jagad:

-Sois los cazadores de la larga noche. Ahora, uno de vosotros es mío, porque la magia que os entrego tiene un precio, un precio que sólo se puede pagar con una vida. Romped el círculo, porque el trato está cerrado.

-No -dijo Peredur. Y la Jagad se rió.

Entonces, la Jagad alzó los brazos hacia el cielo oscuro. A Peredur le pareció ver, en el vacío que era su cara, la forma de la hechicera que habitaba el cuerpo de la entidad. Era más vieja que el tiempo, y sólo los bosques salvaban a los hombres de su malvada mirada.

-Te devolveré a tu Guiwenneth -gritó la Jagad.- Pero cada uno de los hombres que están aquí pagarán por su vida. Soy la cazadora de los primeros bosques, y de los bosques de hielo, y de los bosques de piedra, y de los altos caminos, y de los pantanos cenagosos. Soy la Jagad, hija de la Luna y de Saturno. Las hierbas amargas me curan, los jugos ácidos me sustentan, la plata brillante y el hierro frío me dan fuerza. Siempre he estado en la Tierra, y la Tierra siempre me alimentará, porque soy la cazadora eterna, y cuando te necesite, Peredur, a ti y a tus nueve cazadores, os llamaré. Y aquel al que llame, partirá. No hay tiempo tan remoto que no pueda enviaros a él en una misión, ni lugar demasiado grande, ni demasiado frío, ni demasiado ardiente, ni demasiado solitario. Sabed y aceptad pues que, cuando la niña conozca el amor, todos y cada uno de vosotros seréis míos... para responder a mi llamada, o para no hacerlo, eso dependerá de la naturaleza de las cosas.

Y Peredur se entristeció. Pero, cuando todos sus amigos dieron su consentimiento, aceptó, y así quedó pactado. Y, desde entonces, se les llamó Jaguth, que quiere decir «cazadores de la noche».

El día que nació la niña, diez águilas aparecieron en el cielo, volando en círculos sobre el fuerte romano. Nadie sabía cómo interpretar el presagio, porque las aves eran un buen agüero para todos los implicados, pero el número resultaba extraño.

Guiwenneth nació en una tienda, y sólo la vieron su tía y el druida. Cuando el druida daba las gracias con humo y un pequeño sacrificio, Rhiathan presionó un cojín contra el rostro de su hermana y la mató. Nadie la vio hacerlo, y libró su muerte con tantos lamentos como todos los demás.

Rhiathan tornó a la niña y salió del fuerte, y alzó a la niña sobre su cabeza, proclamándose madre adoptiva, y proclamando a su vez padre adoptivo a su amante romano.

Las diez águilas se reunieron sobre el fuerte. El batir de sus alas parecía el sonido de una tormenta lejana. Eran tan grandes que, cuando se agruparon, ocultaron el sol, y proyectaron una gran sombra sobre el fuerte. De esa sombra surgió una de las águilas, que bajó en picado del cielo. Batió las alas sobre la cabeza de Rhiathan, atrapó a la niña entre sus enormes garras, y remontó el vuelo de nuevo.

Rhiathan gritó de furia. Las águilas se dispersaron rápidamente sobre el campo, pero los arqueros romanos dispararon un millar de flechas, para dificultar su vuelo.

El águila que llevaba a la niña era la más lenta de todas. En la legión había un soldado famoso por su habilidad con el arco, y la única flecha que disparó atravesó el corazón del águila, que dejó caer a la niña. Al ver esto, las otras volvieron rápidamente, y una de ellas detuvo la caída de la niña, recogiénola sobre sus alas. Otras dos atraparon al águila muerta entre sus garras. Con el bebé y el ave muerta huyeron a los bosques, al desfiladero rocoso, y ya allí recuperaron la forma humana.

Era Peredur el que había bajado por la niña, el mismo Peredur, su padre. Yacía allí, hermoso y pálido en la muerte, con la flecha todavía clavada en el corazón. Cerca del desfiladero, la risa de la Jagad era como el viento. Había prometido a Peredur que le entregaría a su Guiwenneth. Y, por unos momentos, la había tenido.

El Jaguth llevó a Peredur al fondo del valle de piedras, donde más fuerte era el viento, y le enterró allí, bajo una roca de mármol blanco. Magidion era ahora el jefe del grupo.

Criaron a Guiwenneth lo mejor que pudieron, estos cazadores del bosque, estos guerreros proscritos. Guiwenneth era feliz con ellos. La amamantaron con rocío de flores silvestres y leche de cierva. La abrigaron con pieles de zorro y algodón. Cuando tuvo medio año, ya sabía andar. Corría antes de cumplir cuatro estaciones de vida. Poco después de aprender a hablar, ya conocía los nombres de las cosas del bosque. Su única pena era que el espíritu de Peredur la llamaba, y muchas mañanas la encontraban de pie junto a la roca de mármol, en el desfiladero azotado por el viento, llorando.

Un día, Magidion y el Jaguth cazaban al sur del valle, y la chica iba con ellos. Acamparon en un lugar secreto, y uno de ellos, Guillauc, se quedó con ella mientras los demás cazaban.

Así fue como Guiwenneth los perdió.

Los romanos habían buscado incansablemente en las colinas, en los valles y en los bosques que rodeaban el fuerte. Ahora olfatearon el humo del fuego de campamento, y veinte hombres se acercaron al claro. Pero un cuervo delató su presencia, y Guiwenneth y el cazador Guillauc supieron que estaban perdidos.

Rápidamente, Guillauc se ató a la chica a la espalda con tiras de cuero, apretando las ligaduras hasta hacerle daño. Entonces, invocó la magia de la Jagad, y se convirtió en un gran venado, y con esta forma huyó de los romanos.

Pero los romanos tenían perros, y los perros persiguieron al venado durante todo el día. Cuando el venado estuvo exhausto, se dejó caer, y los perros lo despedazaron. Guiwenneth fue salvada y llevada al fuerte. El espíritu de Guillauc permaneció donde el venado había caído, y el año en que Guiwenneth conoció el amor, la Jagad fue por él.

Durante dos años, Guiwenneth vivió en una tienda, dentro de los altos muros de la fortaleza romana. Siempre se la encontraba luchando para ver algo por encima de los muros del fuerte, gritando y sollozando, como si supiera que el Jaguth estaba allí fuera y la esperaba. No se vio niña más melancólica durante aquellos años, y no hubo ningún lazo de amor entre ella y su madre adoptiva. Pero Rhiathan no quería dejarla marchar.

Así fue como el Jaguth la recuperó.

A principios del verano, antes del amanecer, ocho palomas llamaron a Guiwenneth, y la niña despertó y las escuchó. A la mañana siguiente, antes de que saliera el sol, ocho búhos la llamaron. En la tercera mañana estuvo despierta antes de que sonara la llamada, y atravesó el campamento oscuro, hacia el muro, hasta el lugar desde donde veía las colinas que rodeaban el fuerte. Allí había ocho venados que la miraban. Tras un momento, corrieron rápidamente colina abajo, y sus cascos resonaron alrededor del fuerte, llamándola con fuertes bramidos antes de volver al valle.

En la cuarta mañana, mientras Rhiathan dormía, Guiwenneth se levantó y salió de la tienda. Empezaba a amanecer. Todo estaba silencioso, envuelto en bruma. Oyó el murmullo de unas voces, los centinelas en sus torres. Era un día frío.

De la niebla surgieron ocho enormes perros de caza. Cada uno más alto que la niña, todos tenían los ojos como pozos, mandíbulas como heridas rojas y lenguas colgantes. Pero Guiwenneth no tuvo miedo. Se tumbó, y dejó que el más grande de los perros la tomara entre sus mandíbulas y la levantara. Los perros se dirigieron en silencio hacia la puerta norte. Allí había un soldado, pero antes de que pudiera dar la alarma, le desgarraron la garganta. Aún no se había despejado la niebla, cuando se abrió la puerta, y una patrulla de soldados a pie salió del fuerte. Antes de que se cerrara de nuevo, los ocho perros y Guiwenneth se deslizaron fuera.

Cabalgó con el Jaguth durante muchos años. Primero fueron hacia el norte, hacia los pantanos fríos, a través de las nieblas, refugiándose entre las tribus de caras pintadas. Guiwenneth era una chiquilla menuda a lomos de un gran caballo. Cuando llegaron al norte, encontraron monturas más pequeñas, pero igual de rápidas. Cabalgaron de nuevo hacia el sur, hacia el otro extremo de la región, atravesaron pantanos, ciénagas, bosques y valles, y cruzaron un gran río. Guiwenneth creció, se entrenó y adquirió habilidad. Por las noches, dormía en brazos del jefe del Jaguth.

Así, pasaron muchos años. La niña era hermosa en todos los sentidos, y tenía el pelo largo y rojo, la piel blanca y suave. Dondequiera que se detuviesen, los guerreros jóvenes la deseaban, aunque durante años no conoció el amor. Pero sucedió que, en las tierras del este, se enamoró por primera vez del hijo de un jefe que estaba decidido a poseerla.

El Jaguth comprendió que sus días con Guiwenneth tocaban a su fin. La llevaron de nuevo hacia el oeste, encontraron el valle y la piedra de su padre, y allí la dejaron, porque el que la amaba estaba muy cerca, y la risa de la Jagad resonaba más allá de las piedras. La entidad estaba a punto de reclamarlos.

El valle era un lugar triste. La piedra que cubría el cuerpo de Peredur siempre brillaba, y mientras Guiwenneth esperaba allí, sola, sucedió que el espíritu de su padre surgió de la tierra, y ella le vio por primera vez, y él la vio a ella.

-Eres la bellota que crecerá hasta convertirse en roble -le dijo.

Pero ella no le entendió. Dijo Peredur:

-Tu tristeza crecerá hasta convertirse en furia. Proscrita como yo, ocuparás mi lugar. No descansarás hasta que el invasor se vaya de estas tierras. Le perseguirás, le quemarás, le expulsarás de sus fuertes y de sus pueblos.

-¿Cómo haré tal cosa? -preguntó Guiwenneth.

Y, alrededor de Peredur, aparecieron las formas fantasmales de los grandes dioses y diosas. Porque el espíritu de Peredur estaba libre de las garras de la Jagad. Cumplido el trato, ella no le había reclamado, y en el mundo de los espíritus Peredur era renombrado, y guiaba a los caballeros que corrían con Cernunnos, el Señor de los Animales, el de las grandes astas. El dios astado levantó a Guiwenneth del suelo e insufló el fuego de la venganza en sus pulmones y la semilla del cambio, para que pudiera transformarse en cualquier animal del bosque. Epona le tocó los labios y los ojos con rocío de luna, para cegar las pasiones de los hombres. Taranis le dio fuerza y truenos, y así fue poderosa en todos los sentidos.

Se convirtió en raposa y entró en el fuerte de Caerwent, donde su madrastra dormía con el romano. Cuando el hombre despertó, vio a la chica de pie junto a su camastro, y enloqueció de amor por ella. La siguió fuera del fuerte, en medio de la noche, hasta el río, donde se quitaron la ropa y se bañaron en las aguas frías. Pero Guiwenneth se convirtió en halcón y voló sobre su cabeza y le picoteó los ojos hasta dejarle ciego. El río le arrastró, y cuando Rhiathan vio el cadáver de su esposo, el corazón se le rompió, y saltó de los altos acantilados para estrellarse contra las rocas marinas.

Así, la chica Guiwenneth volvió al lugar de su nacimiento.

Nueve

Le leí la breve leyenda a Guiwenneth, enfatizando cada palabra, cada expresión. Ella me escuchó con vehemencia. Clavaba en mí los ojos oscuros, inquisitivos, tentadores. Creo que no estaba tan interesada en lo que yo le decía como en mí. Le gustaba mi manera de hablar, mi sonrisa: quizá esas características mías le resultaban tan excitantes como a mí su belleza, y aquella sexualidad infantil, increíble.

Tras un rato, me cogió la mano entre sus dedos para hacerme callar.

La miré.

Ningún nacimiento, ninguna génesis debida a ninguna extraña bestia del bosque podía compararse con la chica que había generado mi propia mente, interactuando con el silencioso Bosque Ryhope. Era la criatura de un mundo tan apartado de la realidad como la Luna. Pero ¿qué significaba yo para ella?

Era la primera vez que me planteaba la pregunta. ¿Qué era yo a sus ojos? ¿Algo igual de extraño, igual de lejano? Quizá su interés se basaba en la fascinación, como el mío hacia ella.

¡Pero el poder que existía entre nosotros, esa afinidad inexplicable, esa comunión de las mentes...! No podía creer que no estuviera enamorado de Guiwenneth. La pasión, el nudo que sentía en el pecho, el deseo que me inspiraba..., ¡la suma de todo aquello era amor! Estaba seguro de que ella sentía lo mismo por mí. Y también sabía que aquello iba más lejos que la «función» de la chica de la leyenda, que era más que la simple obsesión de todos los varones por la princesa del bosque.

Christian había experimentado aquella obsesión y, en su frustración -¿cómo podía ella corresponderle adecuadamente?, después de todo, no era el mitago de mi hermano-, él la había obligado a volver al bosque, donde había sido brutalmente asesinada, casi con certeza por alguno de los mitagos malévolos. Pero lo que existía entre esta Guiwenneth y yo era mucho más sólido, mucho más auténtico.

¡Qué convincentes me resultaban mis propios argumentos! ¡Qué fácil es dejar de lado las precauciones!

Aquella tarde entré otra vez en el bosque y llegué hasta el claro, para descubrir que la tierra había absorbido por completo los restos de la tienda. Agarrando el mapa de mi padre como si fuera un amuleto protector, me abrí camino internándome en el bosque. Guiwenneth me siguió en silencio, con los ojos alerta y el cuerpo tenso, preparada para la lucha o para la huida.

Aquel camino era el mismo que yo había recorrido con Christian el invierno anterior. Desde luego, llamarlo camino era elevar la categoría de aquella ruta casi imperceptible que discurría entre los troncos de los robles, que subía y bajaba surcando los desniveles del terreno. Los matorrales y los helechos me azotaban las piernas. Una vez más, los espinos me desgarraron los pantalones. Los pájaros huyeron aterrados en la oscura bóveda del follaje veraniego. Había conseguido adentrarme hasta allí en otras ocasiones, sólo para descubrir que volvía a tener el claro a unos cientos de pasos. En cambio, por aquel sendero ondulante del que tanto había hablado mi padre, conseguí avanzar más que nunca, y me sentí moderadamente triunfante.

Guiwenneth sabía perfectamente dónde estaba. Gritó mi nombre y cruzó las manos, esa manera tan suya de decir «No».

-¿No quieres que siga adelante? -pregunté.

Y volví hacia ella por entre los matorrales. Advertí que tenía la piel fría, y que su cabellera lujuriosa estaba llena de fragmentos de espinos y trozos de corteza muerta.

-Pergayal! -dijo-. No bueno -añadió.

Hizo un gesto, como si se clavara algo en el corazón, e interpreté que el mensaje era: «Peligroso». Nada más terminar de hablar, me tomó la mano entre sus dedos pequeños, fríos, pero fuertes. Tiró de mí hacia el claro, y la seguí de mala gana. Tras unos pasos, su mano se tornó cálida dentro de la mía. Ella se dio cuenta y me soltó, casi reluctante, no sin antes lanzar una mirada temerosa hacia atrás.

Seguía esperando. Yo no entendía qué. Cuando cayó la noche y empezó a amenazar lluvia, se quedó de pie junto a la valla, sin dejar de observar el Bosque Mitago. ¡Qué frágil parecía aquel cuerpo tenso! A las diez, me fui a la cama. La noche anterior había dormido muy poco y estaba agotado. Guiwenneth me siguió hasta mi habitación y se quedó mirando mientras me desnudaba, pero huyó entre risas cuando me acerqué a ella. Dijo algo en tono de advertencia, y añadió algunas palabras que parecían una disculpa.

Iba a ser otra noche de sobresaltos.

Poco después de las doce, se acercó a la cama y me zarandeó hasta despertarme, emocionada, exultante. Encendí la lámpara de la mesilla. Sus esfuerzos para hacer que la siguiera eran casi histéricos, tenía los ojos abiertos de par en par, salvajes, y los labios brillantes.

-¡Magidion! -gritó-. ¡Steven, Magidion! ¡Venir! ¡Con mí!

Me vestí a toda prisa, y ella no dejó de espolearme mientras me ponía los calcetines y los zapatos. Cada pocos segundos, miraba hacia el bosque, y luego volvía a concentrarse en mí. Cuando le devolví la mirada, me sonrió.

Al fin estuve preparado. Ella echó a correr como una liebre escalera abajo, y casi la perdí de vista antes de llegar a la puerta trasera.

Me esperó allí, medio oculta entre los matorrales, tras los árboles. Cuando llegué junto a ella y fui a decir algo, se llevó un dedo a los labios. Entonces, lo oí en la distancia: el sonido más escalofriante que había escuchado en mi vida. Era un cuerno, o un animal, alguna criatura de la noche cuyo grito era un monosílabo profundo, resonante, triste, que se alzaba en el cielo encapotado de la noche.

Guiwenneth olvidó su duro temple de guerrera y casi se estremeció de placer. Emocionada, me cogió de la mano, y prácticamente me arrastró en dirección al claro. Tras correr unos metros, se detuvo, se volvió hacia mí y me agarró por los hombros. Era varios centímetros más baja que yo, y se estiró un poco para besarme suavemente en los labios. Fue un momento tan mágico, tan maravilloso, que el mundo que me rodeaba se convirtió en un día de verano. La noche oscura del bosque tardó varios segundos en imponerse de nuevo, y Guiwenneth era ya una sombra gris que corría ante mí, instándome a que la siguiera.

Otra vez el grito, fuerte, sostenido. Un cuerno, ahora estaba seguro. El cuerno de llamada del bosque, el grito del cazador. Estaba más cerca. Los sonidos de la carrera de Guiwenneth se interrumpieron un segundo. El bosque pareció contener el aliento cuando el grito se reanudó, y sólo al desvanecerse la triste nota, volvió a susurrar los sonidos de la vida nocturna.

Corrí hacia la chica, que estaba acucillada justo al borde del claro. Me hizo agacharse y volvió a pedirme silencio. Así sentados, juntos, vigilamos el oscuro espacio que se extendía ante nosotros.

Divisé un movimiento a lo lejos. Una luz parpadeó un instante a la izquierda y volvió a hacerlo justo enfrente. Oía la respiración de Guiwenneth, un sonido tenso, emocionado. Mi propio corazón latía a toda velocidad. No tenía la menor idea de si el que se acercaba era amigo o enemigo. El cuerno resonó por tercera y última vez, ahora tan cerca que resultaba casi escalofriante. A mi alrededor, el bosque reaccionó con terror; los animales pequeños huían de un sitio a otro, cada metro cuadrado de maleza se movía y susurraba mientras la fauna del bosque corría para ponerse a salvo.

¡Frente a mí había luces por todas partes! Parpadeaban y ardían, y pronto pude oír el sordo crepitar de las antorchas. ¡Antorchas en el bosque! Las luces inquietas se movían de lado a lado, acercándose.

Guiwenneth se puso de pie, me indicó que me quedara donde estaba, y se adelantó hasta el claro. Contra la luz de las antorchas, cada vez más brillante, una silueta pequeña caminaba confiada hacia el centro del claro, con la lanza preparada para usarla si fuera necesario.

Entonces, pareció que los troncos de los árboles se movieran hacia adelante, que se adentraran en el claro, formas oscuras resaltadas en la noche. Durante un segundo, mi corazón dejó de latir, y lancé un grito de aviso... ahogando el final, como si comprendiera que me estaba comportando como un idiota. Guiwenneth se quedó donde estaba. Las grandes formas negras la rodearon con un movimiento lento, cauteloso.

Cuatro de las formas portaban antorchas y tomaron posiciones alrededor del claro. Las otras tres se inclinaron hacia la muñeca que era la chica. Inmensas antenas curvas surgían de sus cabezas. Sus rostros eran espantosos cráneos de ciervo, a través de cuyas órbitas vacías brillaban a la luz de las antorchas unos ojos muy humanos. Un olor rancio, el olor del cuero, de la piel, de animales devorados por los parásitos, inundó el aire de la noche, mezclándose con el punzante aroma de la resina, o de lo que fuera que ardía en las antorchas. Tenían la ropa hecha jirones, y los cuerpos llenos de cicatrices. Se cubrían las piernas de pieles atadas con lianas. El metal y la piedra brillaban en sus cuellos, brazos y cinturas.

Las figuras se detuvieron. Se oyó un ruido como una carcajada, un gruñido ronco. El más alto de los tres dio otro paso hacia Guiwenneth, se llevó la mano a la cabeza y se quitó el casco del cráneo.

Un rostro negro como la noche, ancho como un roble, sonrió a la chica. Pronunció unas palabras, e hincó una rodilla en tierra ante Guiwenneth, que le puso ambas manos y la lanza sobre la nuca. Los demás dejaron escapar exclamaciones de alegría, también se quitaron las máscaras y se agruparon en torno a la chica. Todos llevaban los rostros pintados de negro, y las barbas descuidadas o trenzadas, aun en aquella penumbra no se distinguían de las pieles oscuras en las que se envolvían los cuerpos.

La figura más alta abrazó a Guiwenneth, estrechándola con tal fuerza que la levantó del suelo. Ella se echó a reír, escapó de aquel abrazo asfixiante y se dirigió a los demás hombres por turno, tocándoles las manos. El murmullo de la charla subió de tono en el claro: el reencuentro estaba lleno de gozo y alegría.

La conversación era incomprendible. No era siquiera el celta que hablaba Guiwenneth, sino más bien una combinación de palabras apenas reconocibles y sonidos de animales del bosque, con cloqueos, silbidos y gritos, una cacofonía a la que la chica respondía de la misma manera. Tras unos minutos, uno de ellos empezó a tocar con una flauta de hueso. La melodía era sencilla, inquietante. Me recordó una canción popular que había oído cierta vez en una feria, mientras se bailaba el extraño Morris...* ¿dónde había sido? ¿Dónde había sido?

La imagen de una noche, en un pueblo de Staffordshire... apretando muy fuerte la mano de mi madre, zarandeado por la multitud, El recuerdo vuelve..., una visita a Abbots Bromley, comer buey asado y beber litros de limonada. Las calles estaban llenas de gente y de bailarines, y Chris y yo les seguimos deprimidos, hambrientos, sedientos, aburridos.

Por la noche, llegamos a los terrenos de una gran casa, y observamos y escuchamos un baile, ejecutado por hombres que llevaban cornamentas de ciervo. Un violín tocaba la melodía. Aquel extraño sonido me dio escalofríos, incluso a mi temprana edad. Algo en aquella melodía inquietante llegaba directamente a una parte de mí que todavía estaba enlazada con el pasado. Aquí había algo que había conocido toda mi vida. Aunque no lo supiera, Christian también lo sentía. El silencio que se hizo entre la multitud sugería que la música y el movimiento circular de los bailarines astados eran algo tan primario que obligaba a todos los presentes a recordar, subconscientemente, tiempos pasados.

* Morris: antigua danza popular inglesa, en que los participantes se disfrazaban al estilo de las leyendas de Robín Hood. (N. de los T.)

Ahora volvía a escuchar la misma melodía. Me ponía la carne de gallina, Guiwenneth y el jefe de la banda, el que llevaba el cuerno, bailaron alegremente al son de la música, cogidos de las manos, contorsionándose y girando el uno alrededor del otro, mientras los demás les rodeaban cada vez más cerca, iluminándoles con las antorchas.

Bruscamente, tras una carcajada compartida, la extraña danza se detuvo. Guiwenneth se volvió hacia mí y me llamó, y salí del escondite que ofrecían los árboles, hacia el claro. Guiwenneth le dijo algo al jefe de los cazadores nocturnos, y éste sonrió ampliamente. Caminó muy despacio hacia mí, a mi alrededor, inspeccionándome como si yo fuera una estatua. Despedía un fuerte olor, y su aliento era fétido. Me pasaba por lo menos treinta centímetros, y cuando extendió la mano para pellizcarme la carne del hombro derecho, sus dedos eran tan grandes que creí que con aquel sencillo gesto me iba a romper los huesos. Pero me sonrió tras las manchas de pintura negra.

-Masgoiryth k'k' thas'k hurath. Aur'th, Uh?

-Jamás lo he puesto en duda -murmuré.

Sonreí, y él me lanzó un puñetazo amistoso contra el brazo. Los músculos que se ocultaban bajo las pieles eran duros como el acero. Dejó escapar un rugido de risa, sacudió la cabeza y volvió junto a Guiwenneth. Conversaron rápidamente durante unos segundos. Luego, él le tomó las manos entre las suyas, se las llevó al pecho y se las apretó. Guiwenneth pareció encantada y, cuando terminó el breve ritual, el guerrero volvió a arrodillarse ante ella, y la chica se inclinó para besarle la cabeza. Entonces se acercó a mí. Caminaba más despacio, menos emocionada, aunque a la luz de las antorchas, el rostro le brillaba de anticipación y de algo que me pareció afecto. Quizá amor, Me cogió las manos y me besó en la mejilla. Su gigantesco amigo la siguió.

-Magidion -dijo ella, a modo de presentación-. Steven -añadió, hablando ahora con él.

El hombre me miró. Su rostro parecía indicar satisfacción, pero en la mirada de aquellos ojos entrecerrados había un brillo que era casi una advertencia. Aquel hombre era el guardián de Guiwenneth, el jefe del Jaguth. Mientras le miraba, las palabras del diario de mi padre me vinieron a la mente con toda claridad, y sentí como Guiwenneth se acercaba más a mí.

Entonces, todos los demás se adelantaron, con las antorchas en alto. Rostros oscuros, pero no amenazadores. Guiwenneth señaló a cada uno por orden, diciendo sus nombres.

-Am'rioch, Cyredich, Dunan, Orien, Cunus, Oswry...

Frunció el ceño y me miró. De repente, en su rostro se reflejó la tristeza. Mirando a Magidion, dijo algo, y repitió una palabra que, evidentemente, era un nombre.

Magidion respiró hondo y encogió los anchos hombros. Dijo algo breve, con suavidad, y la mano de Guiwenneth estrechó la mía con más fuerza.

Cuando se volvió hacia mí, tenía los ojos llenos de lágrimas.

-Guillauc, Rhydderech. Ir.

-¿Adonde han ido? -pregunté en voz baja.

-Llamados -explicó Guiwenneth.,

Lo comprendí. Primero Guillauc, y luego Rhydderech, habían recibido la llamada de la entidad, de la Jagad. El Jaguth le pertenecía, era el precio de la libertad de Guiwenneth. Ahora buscaban, en otros lugares, en otros tiempos, lo que les hubiera pedido la Jagad. Sus historias eran de otra época. Sus viajes serían las leyendas de otra raza.

Magidion sacó una espada corta y roma de entre los confines de sus pieles y luego extrajo la vaina. Me ofreció los dos objetos mientras hablaba en voz baja, con una voz que era como el gruñido de un animal. Guiwenneth le miró encantada, y yo acepté el regalo, envainé la espada y me incliné. Volvió a ponerme la enorme mano sobre el hombro. Me lo apretó hasta hacerme daño mientras se acercaba más a mí, todavía susurrando algo. Luego, sonrió, me llevó junto a la chica, dejó escapar un alarido nocturno, que fue coreado por sus hombres, y se alejó de nosotros.

Con los brazos entrelazados, Guiwenneth y yo vimos como los cazadores de la noche se adentraban en el bosque, como las antorchas se extinguían en la distancia. Nos llegó el último sonido del cuerno, y luego el bosque quedó en silencio.

Se deslizó en mi cama, una forma fría, desnuda, y me buscó en la oscuridad. Yacimos abrazados el uno al otro, temblando ligeramente, aunque aquella madrugada no tuviera nada de fría. Olvidé todo rastro de cansancio, con los sentidos agudizados, el cuerpo estremecido. Guiwenneth susurró mi nombre, y yo susurré el suyo, y cada vez que nos besábamos el abrazo se volvía más apasionado, más íntimo. En la oscuridad, su respiración era el sonido más dulce del mundo. Cuando entró el primer rayo de luz del amanecer, vi de nuevo su rostro, tan blanco, tan perfecto. Seguirnos tendidos, muy juntos, ahora en silencio, mirándonos, riendo de vez en cuando. Ella me tornó la mano y la presionó contra sus pequeños senos. Me acarició el pelo, luego los hombros, luego las caderas. Se estremeció, y después se quedó quieta. Gritó, y después sonrió. Me besó, me tocó, me enseñó cómo tocarla y, por fin, se deslizó debajo de mí. Tras aquel primer minuto de amor no podíamos dejar de mirarnos, de sonreír, de reír, de frotarnos nariz con nariz, como si no pudiéramos creer del todo que aquello estuviera sucediendo de verdad. Desde aquel momento y en adelante, Guiwenneth convirtió Refugio del Roble en su hogar, y puso su lanza junto a la verja, su manera de indicar que había terminado con su vida en el bosque.

Diez

La amé con más intensidad de la que habría creído posible, Sólo con pronunciar su nombre, Guiwenneth, el corazón me daba un vuelco. Cuando ella pronunciaba el mío, cuando me incitaba con palabras apasionadas en su propio idioma, el pecho me dolía, y pensaba que no podría soportar tanta felicidad.

Trabajamos a fondo en la casa para mantenerla limpia, y reorganizamos la cocina de manera que le resultara más aceptable a Guiwenneth, quien disfrutaba tanto como yo preparando la comida. Colgó espinos y ramas de abedul en cada puerta y ventana para que no entraran los fantasmas. Sacamos los muebles del estudio de mi padre, y Guiwenneth convirtió aquella habitación infestada de robles en una especie de rincón privado. El bosque, tras agarrar firmemente la casa a través del estudio, parecía descansar. Cada noche, yo temía que más raíces y troncos enormes irrumpieran a través del suelo y de los muros, hasta que no se pudiera ver de Refugio del Roble más que el tejado y alguna que otra ventana entre las ramas de los árboles. Los brotes del jardín y de los campos eran cada vez más altos. Trabajamos con todas nuestras fuerzas para limpiar el jardín, pero crecían cada vez en mayor número alrededor de la valla, creando una especie de bosquecillo a nuestro alrededor. Ahora, para llegar al bosque principal, teníamos que abrirnos camino a través del bosquecillo, creando nuestros propios senderos. Este brazo extendido del bosque tenía una anchura de unos doscientos metros, mientras que al otro lado había terreno abierto. La casa se alzaba entre los árboles, con el tejado casi oculto por los tentáculos del roble que había brotado en el estudio. Toda la zona era extrañamente silenciosa, increíblemente tranquila. Excepto por la actividad de las dos personas que habitaban en el claro del jardín.

Yo adoraba ver trabajar a Guiwenneth. Se hacía ropa con cada elemento del guardarropa de Christian que encontraba. Si de ella dependiera, habría usado las camisas y los pantalones hasta que se cayeran a pedazos, pero nos lavábamos todos los días, y nos cambiábamos de ropa cada tres, de manera que el olor a bosque de Guiwenneth fue desapareciendo. Esto la hacía sentirse un poco incómoda, algo en lo que no se parecía a los celtas de su época, fastidiosamente pulcros, y que usaban jabón, cosa que los romanos no hacían.., ¡Los celtas opinaban que las legiones invasoras eran repugnantes! A mí me gustaba cuando olía ligeramente a jabón Lifebuoy y a sudor. De cualquier manera, ella aprovechaba la menor oportunidad para frotarse la piel con hojas y plantas.

En menos de dos semanas, su dominio de mi idioma era tal que sólo de vez en cuando se traicionaba con alguna conjunción mal usada, o con alguna palabra fuera de contexto. Insistía en que yo tratara de aprender algo de su celta, pero no resulté un lingüista muy dotado, y me era casi imposible retorcer lengua, paladar y labios para pronunciar las palabras. Esto la hacía reír, pero también la molestaba. Pronto comprendí por qué. Mi idioma, con toda su sofisticación, sus aportaciones de otras lenguas, su expresividad, no era el lenguaje natural de Guiwenneth. Había cosas que no podía expresar. Sobre todo, sentimientos que para ella eran de una importancia vital. Le gustaba decirme que me quería, sí, y yo me estremecía cada vez que usaba esas palabras mágicas. Pero, para Guiwenneth, sólo tenía auténtico significado decir «M'n care pinuth», usar su propio idioma para expresar amor. Pero nunca me sentía tan inundado de cariño cuando ella usaba esa frase extranjera, y ahí estaba el problema: Guiwenneth necesitaba ver y sentir mi

respuesta a sus palabras de amor, y yo sólo podía responder ante palabras que, para ella, significaban bien poco.

Y había muchas más cosas que expresar, aparte del amor. Me resultaba evidente. Cada anochecer, cuando nos sentábamos en el césped o paseábamos en silencio por el bosquecillo de robles, sus ojos brillaban, su rostro irradiaba afecto. Nos deteníamos para besarnos, para abrazarnos, incluso para hacer el amor en el bosque silencioso, y los dos entendíamos cada pensamiento, cada cambio de humor. Pero ella necesitaba decirme cosas, y no encontraba en mi idioma palabras para expresar cómo se sentía, lo cercana que se encontraba de algún aspecto de la naturaleza, de un pájaro, de un árbol. Algo, un cierto modo de pensar que yo sólo entendía de manera muy rudimentaria, no tenía expresión más que en su idioma. A veces Guiwenneth lloraba por eso, y a mí me entristecía.

Solo una vez en aquellos dos meses de verano -cuando yo no podía concebir una felicidad mayor, ni imaginar la tragedia que se nos acercaba minuto a minuto-, intenté apartarla de la casa, llevarla conmigo a pueblos más grandes. De muy mala gana, se puso una de mis chaquetas y se la ajustó a la cintura, como hacía con cualquier prenda. Era el espantapájaros más hermoso del mundo, con los pies casi desnudos, ya que no llevaba más que aquellas sandalias de cuero hechas a mano. Juntos, echarnos a andar por el camino que llevaba hacia la carretera principal.

Íbamos de la mano. El aire era cálido y tranquilo. A Guiwenneth le costaba cada vez más respirar, y a cada paso se ponía más nerviosa. De pronto, como aquejada de un dolor repentino, me apretó la mano y tomó aliento bruscamente. La miré, y ella me miró, casi suplicante. Tenía una expresión confusa, una mezcla de necesidad -la necesidad de agradarme- y miedo.

Y, con la misma brusquedad, se había llevado ambas manos a la cabeza, gritando, alejándose de mí.

-¡No pasa nada, Guin! -le grité, corriendo tras ella.

Pero Guiwenneth se había echado a llorar, y corría de vuelta hacia el alto muro de robles jóvenes que señalaban nuestro bosquecillo.

Sólo cuando estuvo cobijada bajo su sombra se tranquilizó. Llorosa, se acercó a mí y me abrazó, muy fuerte, durante mucho tiempo. Susurró algo en su propio idioma.

-Lo siento, Steven-dijo luego-. Duele.

-No pasa nada. No pasa nada -la calmé.

Y la abracé. Temblaba como una hoja, y más tarde me explicó que había sido un dolor físico, un dolor lacerante en todo el cuerpo, como si algo la castigara por alejarse tanto del bosque que era su madre.

Al anochecer, cuando el sol ya se había puesto, pero aún quedaba luz sobre los campos, encontré a Guiwenneth en la jaula de roble, en el estudio desierto del que se había apoderado el bosque. Estaba acurrucada, abrazada al tronco más grueso, que se retorció al salir del suelo, formando un asiento para ella. Cuando entré en la penumbra de la habitación gélida, se estremeció. El aliento se me helaba en nubes de vaho. Aunque me estuviera quieto, las ramas y las grandes hojas vibraban y temblaban. Eran conscientes de mi presencia en el estudio y no les gustaba.

-¿Guin?

-Steven... -murmuró.

Se sentó y me tendió la mano. Estaba demacrada y había llorado. La larga cabellera lujuriosa se le había enredado con la áspera corteza del árbol y, mientras trataba de liberar los largos mechones, se echó a reír. Nos besamos, me acerqué a las raíces del árbol y los dos nos sentamos allí, temblando ligeramente.

-Aquí siempre hace mucho frío.

Me rodeó con sus brazos y me frotó vigorosamente la espalda con ambas manos.

-¿Así está mejor?

-Lo mejor es estar contigo. Siento que te hayas puesto así.

Ella siguió tratando de darme calor. Su aliento era dulce; sus ojos grandes y húmedos. Me lanzó un beso, luego apoyó los labios sobre mi mandíbula, y supe que estaba concentrada, pensando sobre algo que le molestaba profundamente. A nuestro alrededor, el bosque silencioso vigilaba, encerrándonos en aquella gelidez sobrenatural.

-No puedo marcharme de aquí -dijo.

-Lo sé. No volveremos a intentarlo.

Se echó hacia atrás. Los labios le temblaban y tenía el ceño fruncido, como si estuviera otra vez al borde del llanto. Dijo algo en su idioma, y yo me incliné para secarle las dos lágrimas que tenía en el rabillo de los ojos.

-No me importa -le aseguré.

-A mí, sí -dijo en voz baja-. Te perderé.

-No. Te quiero demasiado.

-Yo también te quiero mucho. Y te perderé. Se acerca, Steven. Lo noto. Una pérdida terrible.

-Tonterías.

-No puedo marcharme de aquí. No puedo irme de este lugar, de este bosque. Soy suya. No me dejará marchar.

-Nos quedaremos juntos. Escribiré un libro sobre nosotros. Y cazaré jabalíes.

-Mi mundo es pequeño -dijo-. Puedo recorrerlo de punta a punta en pocos días. Subo a una colina, y veo un lugar que está fuera de mi alcance. Mi mundo es pequeño comparado con el tuyo. Querrás marcharte hacia el norte, hacia el lugar del frío. Hacia el sur, hacia el sol. Querrás ir al oeste, a las tierras vírgenes. No te quedarás aquí para siempre, pero yo tengo que hacerlo. No me dejarán marchar.

-¿Por qué te preocupas? Si me marcho, sólo será durante un día o dos. A Gloucester, a Londres. Estarás a salvo. No te dejaré. No podría dejarte Guin. ¡Dios mío, ojalá sintieras lo que yo siento! En mi vida he sido tan feliz. A veces, lo que siento por ti me da miedo. ¡Es tan fuerte...!

-En ti, todo es fuerte -dijo ella-. Quizá no lo comprendas ahora. Pero cuando...

Se detuvo y frunció el ceño otra vez, mordiendo los labios hasta que la urgí a continuar. Era una niña, una chiquilla. Me abrazó y dejó que las lágrimas brotaran libremente. Aquella no era la princesa guerrera, la cazadora veloz e inteligente del día anterior. Allí estaba aquella parte maravillosa de ella que, como en todo el mundo, tenía una necesidad profunda, desesperada, de otra persona. Si alguna vez mi Guiwenneth había necesitado cariño, era ahora. Por mucho que hubiera nacido en el bosque, era de carne y hueso, y sentía, y era lo más maravilloso que había encontrado en toda mi vida.

Afuera oscureció, pero ella siguió hablando del miedo que sentía. Nos quedamos allí, muertos de frío, abrazados entre nosotros y abrazados a nuestro amigo el roble.

-No siempre estaremos juntos -dijo.

-Imposible.

Se mordió el labio inferior, y luego volvió a frotarme la nariz con la suya, acercándose todo lo posible.

-Yo soy de ese otro mundo, Steven. Si tú no me dejas, llegará un día en el que yo tenga que dejarte. Pero eres fuerte, soportarás la pérdida.

-¿Qué dices, Guin? La vida acaba de empezar.

-No piensas. ¡No quieres pensar! -Estaba furiosa-. Soy de madera y roca, Steven, no de carne y hueso. No soy como tú. El bosque me protege, me

domina, No puedo expresarlo bien. No tengo palabras. Ahora, durante un tiempo, podemos estar juntos. Pero no para siempre.

-No voy a perderte, Guin. Nada se interpondrá entre nosotros, ni el bosque, ni mi maldito hermano, ni siquiera esa bestia, el Urscumug.

Volvió a abrazarme, y con la más tenue de las voces, casi como si supiera que pedía un imposible, me dijo:

-Cuídame.

¡Que la cuidara!

En aquel momento, la frase me hizo sonreír. ¿Que yo la cuidara a ella? Cuando cazábamos en el bosque, lo más que podía hacer era no perderla de vista. Si perseguíamos a una liebre, un factor importante en las probabilidades de éxito, era mi tendencia a sudar y a casi matarme corriendo. Guiwenneth era rápida, ágil y mortífera. Nunca se enfadó conmigo por no poseer su vitalidad. Cuando una pieza huía, lo aceptaba con un encogimiento de hombros y una sonrisa. Tampoco celebraba una buena caza; yo, en contraste, me sentía orgulloso cuando podíamos complementar nuestra dieta con el producto de la estrategia en el bosque y la habilidad como cazadores.

«Cuídame.» Una palabra tan sencilla, y me había hecho sonreír. Sí, ya sabía que, en las cuestiones amorosas, Guiwenneth era tan vulnerable como yo. Pero sólo la veía como una presencia poderosa en mi vida. Delegaba en ella la iniciativa casi para cualquier cosa, y no me avergüenza reconocerlo. Era capaz de correr un kilómetro entre los matorrales, y cortarle la garganta a un jabalí de veinte kilos sin apenas esfuerzo. Yo era más ordenado y organizado, y le había proporcionado una vida más cómoda que nunca.

A cada uno, lo suyo. Las habilidades particulares y la falta de egoísmo son la base de la cooperación. En seis semanas de vivir juntos y amar profundamente a Guiwenneth, había descubierto lo sencillo que resultaba dejarle la iniciativa, porque ella era la experta en supervivencia, la cazadora, la individualista que había elegido combinar su esencia vital con la mía, y eso me complacía.

«¡Cuídame!»

Ojalá lo hubiera hecho. Ojalá hubiera aprendido su idioma, así habría descubierto el terrible miedo que inquietaba a aquella niña, la más hermosa e inocente de las niñas.

-¿Qué es lo primero que recuerdas, Guin?

Paseábamos a última hora de la tarde, bordeando el sur del bosque, entre los árboles y Ryhope. Era un día nublado, pero cálido. La depresión del día anterior había pasado y, como siempre sucede entre los jóvenes amantes, la ansiedad y el dolor de lo que habíamos hablado brevemente servían para acercarnos más, para hacernos más alegres. Cogidos de la mano, paseamos entre la hierba alta, esquivando cuidadosamente los excrementos de vaca, infestados de moscas, sin perder de vista la torre normanda de la iglesia de San Miguel, que se alzaba a lo lejos.

Guiwenneth no respondió. Tarareaba para sí misma una melodía obsesiva, extraña, muy parecida a la música del Jaguth. Algunos niños corrían por las cavas bajas, lanzando un palo para que el perro lo atrapase, riendo con carcajadas infantiles. Nos vieron. Obviamente, sabían que estaban en propiedad privada, y huyeron para desaparecer tras un desnivel del terreno. Los ladridos histéricos del perro llenaban el aire tranquilo. Vi a una de las chicas Ryhope cabalgando a medio galope por el camino que llevaba a San Miguel.

-¿Guin? ¿Es una pregunta difícil?

-¿Qué pregunta, Steven?

Me miró, con un brillo en los ojos oscuros y una sonrisa aleteándole en los labios. A su manera, me estaba tomando el pelo. Antes de que pudiera repetirle la cuestión, me soltó la mano y echó a correr hacia el bosque, con la camisa blanca y los anchos pantalones azotados por el viento. Llegó al lindero, se detuvo, y echó un vistazo hacia los árboles.

Cuando llegué junto a ella, se llevó un dedo a los labios para pedirme silencio.

-Calla..., calla... ¡Oh, por el dios Cernunnos!

El corazón empezó a latirme más de prisa. Escruté la oscuridad del bosque, tratando de averiguar qué había visto ella en el laberinto de los árboles.

«¿Por el dios Cernunnos?»

Las palabras eran como agujijones en mi mente y, poco a poco, me di cuenta de que Guiwenneth estaba de broma.

-¡Por el dios Cernunnos! -repetí.

Ella se echó a reír, y corrió por el sendero. Yo la perseguí. Me había escuchado blasfemar a veces, y había adaptado las blasfemias a las creencias de su propia época. En condiciones normales, jamás habría expresado sorpresa mediante un juramento religioso. Habría hecho referencia a los excrementos de algún animal, o quizá a la muerte.

La alcancé -evidentemente, porque quiso dejarse alcanzar-, y peleamos sobre la hierba cálida, luchando y retorciéndonos hasta que uno de los dos se rindió. Su cabellera suave me cosquilleó en el rostro cuando se inclinó para besarme.

-Responde a mi pregunta -dijo.

Pareció enfadada, pero no pudo escapar a mi repentino abrazo. Se resignó y suspiró.

-¿Por qué me haces preguntas?

-Porque necesito respuestas. Tú me fascinas. Me asustas. Necesito saber.

-¿Por qué no puedes aceptarlo?

-¿El qué?

-Que te quiero. Que estamos juntos.

-Anoche dijiste que no estaríamos juntos para siempre...

-¡Estaba triste!

-Lo crees de verdad. Yo, no -añadí, testarudo-, pero por si acaso..., sólo por si acaso... te sucede algo. Bueno. Quiero saber más cosas, quiero saber todo lo relativo a ti. A ti. No a la imagen que representas. Frunció el ceño.

-No la historia del mitago...

Frunció el ceño todavía más. La palabra significaba algo para ella, pero no entendía el concepto. Lo intenté de nuevo.

-Ha habido otras Guiwenneths antes que tú. Quizá vuelva a haber más. Nuevas versiones de ti. Pero a la que quiero conocer es a ésta.

Enfaticé la frase estrechando aún más el abrazo. Ella me sonrió.

-¿Y tú? Yo también quiero saber cosas sobre ti.

-Luego -repliqué-. Primero, tú. ¿Cuál es tu primer recuerdo? Háblame de tu infancia.

Como yo esperaba, se le nubló el rostro, con ese tipo de expresión que delata que una pregunta ha tocado una zona en blanco. Una zona conocida, pero no reconocida.

Se sentó y se arregló la camisa, se echó el pelo hacia atrás, y luego empezó a arrancar hierbecitas secas, trenzándolas alrededor del dedo.

-El primer recuerdo... -empezó. Pareció mirar a lo lejos-. ¡El venado!

Recordé las páginas del diario de mi padre, pero intenté olvidar todo lo que sabía sobre su historia para concentrarme plenamente en los recuerdos inciertos de Guiwenneth.

-Era tan grande..., un lomo tan ancho, tan poderoso... Yo estaba atada a él, unas tiras de cuero en las muñecas me sujetaban firmemente al lomo del venado. Yo le llamaba Gwil. Él me llamaba Bellota. Estaba tendida entre sus grandes astas. ¡Qué claramente las recuerdo! Eran como las ramas de los árboles, se alzaban sobre mí, crujían al arañar la corteza y arrancar las hojas de los auténticos árboles. Corría. Todavía puedo olerlo, todavía siento el sudor en su ancho lomo. Qué dura, qué áspera era su piel. Me dolían las piernas del roce. Yo era tan joven... Creo que lloré, y le grité a Gwil: «¡No tan de prisa!». Pero él corría por el bosque, y yo me agarraba, y las tiras de cuero me cortaban las muñecas. Recuerdo los ladridos de los perros. Nos perseguían por el bosque. También había un cuerno, un cuerno de cazador. «¡Más despacio!», le grité al venado. Pero él sacudió la cabeza y me dijo que me agarrara más fuerte. «Será una carrera larga, pequeña Bellota», me dijo, y me invadió su olor, y el sudor, y aquel galope salvaje me dejaba todo el cuerpo dolorido.

»Recuerdo el sol entre los árboles. Era cegador. Yo intentaba ver el cielo pero, cada vez que entraba el sol, me cegaba. Los perros estaban cada vez más cerca. Había tantos... También vi a hombres corriendo por el bosque. El cuerno sonaba cada vez más cerca. Yo lloraba. Los pájaros parecían planear sobre nosotros, y cuando les miraba las alas, me parecían manchas negras contra el sol. De repente, se detuvo. Su respiración era como un vendaval. Todo el cuerpo le temblaba. Recuerdo que me arrastré hacia adelante, tirando de las cuerdas de cuero, y vi una roca alta que bloqueaba el camino. Se dio la vuelta. Sus astas eran cuchillos negros, y bajó la cabeza, y ensartó y mató a muchos de los perros que le perseguían. Uno de ellos era como un demonio negro. Tenía las mandíbulas entreabiertas, babeantes, y unos dientes enormes. Saltó hacia mí, pero Gwil lo ensartó con la punta de un asta y lo sacudió hasta que sus entrañas se desparramaron por el suelo. Pero, entonces, una flecha silbó en el aire. Mi pobre Gwil. Cayó y los perros le desgarraron la garganta..., pero, aun así, los mantuvo alejados de mí. La flecha era más larga que mi cuerpo. Se clavó en su carne palpitante, y recuerdo que tendí la mano para tocarla, y para tocar la sangre que la empapaba, y no pude arrancarla, ¡qué dura era!, como una roca, como si creciera directamente del venado.

»Unos hombres me cortaron las ataduras y me arrastraron, pero yo me agarré a Gwil hasta que murió, y los perros se comieron sus entrañas. Aún estaba vivo, y me miró, y me susurró algo que era como la brisa del bosque. Y luego gimió, y murió...

Se volvió hacia mí. Me tocó. El sol arrancaba reflejos de las lágrimas que le corrían por las mejillas.

-Tú también te irás, todo lo que amo desaparecerá... Le toqué la mano y le besé los dedos.

-Te perderé, te perderé-decía con tristeza. Y yo no encontraba palabras para consolarla. Tenía la mente demasiado llena con las imágenes de la salvaje persecución.

-Siempre pierdo todo lo que amo.

Nos quedamos sentados durante mucho tiempo, en silencio. Los niños, junto con su maldito perro vociferante, volvieron al lindero del bosque, nos vieron otra vez y se dispersaron, atemorizados. Los dedos de Guiwenneth eran un nido de hierbas retorcidas, y se dedicó a entrelazarse florecillas doradas entre ellos. Luego sacudió la mano, como una extraña muñeca vegetal. Le toqué el hombro.

-¿Cuántos años tenías cuando sucedió todo eso? -quise saber. Ella se encogió de hombros.

-Muy pocos. No lo recuerdo; fue hace muchos veranos.

Hace muchos veranos. Cuando le oí pronunciar aquellas palabras, sonreí, pensando que sólo dos veranos antes, aún no existía. ¿Cómo funcionaría el proceso de generación?, me pregunté mirando a aquella criatura humana, tan hermosa, tan sólida, tan suave y cálida. ¿Se habría formado a partir de hojas muertas? Quizá los animales reunían palos secos, y les daban forma de huesos. Y luego, en el otoño, las hojas muertas caían y cubrían aquellos huesos de carne silvestre. ¿Habría un momento concreto en el bosque, un momento en el que algo parecido a una criatura humana se alzaba entre la maleza y recibía una forma perfecta de la intensidad de la voluntad humana que operaba fuera del bosque?

O quizá, sencillamente, surgía. En un momento era un espectro y, al siguiente, una realidad, la visión incierta y nebulosa que, de repente, se aclara.

Recordé frases del diario: «Brezo está desapareciendo, es más tenue que la última vez que lo vi... He encontrado rastros de un mitago muerto. Estaba semidevorado por los animales, pero mostraba rastros de una descomposición extraña..., fantasmal, corriendo por el cerro, no es un premitago. ¿Quizá la siguiente fase?».

Tendí la mano hacia Guiwenneth, y la encontré fría, rígida, dolorida por los recuerdos, dolorida por mi insistencia en hacerla hablar de algo que, evidentemente, le resultaba triste.

«Soy de madera y roca, no de carne y hueso.»

Al recordar las palabras que había empleado varios días antes, un escalofrío me recorrió la espalda. «Soy de madera y roca.» Así que lo sabía. Sabía que no era humana. Pero, aun así, se comportaba como si lo fuera. Quizá había hablado metafóricamente. Quizá se refería a su vida en los bosques, como si yo hubiera dicho: «Soy polvo y cenizas».

¿Lo sabía? Me moría por preguntárselo, hubiera dado cualquier cosa por leer su mente.

-¿De qué están hechas las niñas? -le pregunté.

Ella miró a su alrededor, inquisitiva, con el ceño fruncido. Luego sonrió, intrigada por la pregunta, y divertida al leer en mi propia sonrisa que había una respuesta de acertijo.

-Bellotas dulces, abejas aplastadas y el néctar de flores quemadas. Hice una mueca de repugnancia.

-Qué asco.

-Entonces, ¿de qué?

-De azúcar, de estrellas..., en... -¿Cómo demonios seguía?-, De todas las cosas bellas. Ella frunció el ceño.

-¿No te gustan las bellotas dulces, ni las abejas? Están muy buenas.

-No me lo puedo creer. Ni siquiera los cochinos de los celtas comerían abejas.

-¿Y de qué están hechos los niños? -preguntó rápidamente. Con una carcajada, se respondió a sí misma-. De caca de vaca y preguntas raras.

-Más bien de babosas y cosas asquerosas. -Pareció satisfecha-. Y a veces, de cuartos traseros de perros inmaduros.

-Nosotros también tenemos cosas de éstas. Recuerdo que Magidion me las contaba. Me enseñó muchas cosas. -Alzó la mano, para pedir silencio mientras pensaba. Luego, continuó-: Ocho llamadas por la batalla. Nueve llamadas por una fortuna. Diez llamadas por un hijo muerto. Once llamadas por la tristeza. Doce llamadas al amanecer por un nuevo rey. ¿Qué soy?

-Un cuco -respondí. Guiwenneth me miró.

-¡Te lo sabías!

-Lo adiviné -dije, sorprendido.

-¡Te lo sabías! De cualquier manera, es el primer cuco. Se concentró un momento, buscando otro acertijo.

-Uno blanco es suerte para mí. Dos blancos son suerte para ti. Tres blancos son una muerte. Cuatro blancos y una herradura, traen el amor.

Me miró sonriente.

-Los cascos de los caballos-respondí.

Guiwenneth me pegó una fuerte palmada en la pierna.

-¡Te lo sabías! Me eché a reír.

-Sólo estoy adivinando.

-Era el primer caballo extraño que ves al final del invierno -dijo ella-. Si tiene los cuatro cascos blancos, forja una herradura, y verás al ser amado cabalgando sobre el mismo caballo, entre las nubes.

-Háblame del valle. Y de la piedra blanca. Me miró y frunció el ceño. De repente, estaba terriblemente triste.

-Es el lugar donde descansa mi padre.

-¿Dónde está? -quise saber.

-Muy lejos de aquí. Algún día...

Su mirada se perdió en la distancia. Me pregunté qué recuerdos, qué tristes acontecimientos, estaría rememorando.

-Algún día, ¿qué?

-Algún día me gustaría ir allí -respondió con suavidad-. Algún día me gustaría ver el lugar donde le enterré Magidion.

-Y a mí me gustaría ir contigo -respondí. Por un momento, su mirada húmeda se cruzó con la mía. Luego me sonrió.

Y se animó un poco.

-Un agujero en la piedra. Un ojo en un hueso. Un anillo hecho de ramas. El sonido de la forja. Todas estas cosas... Titubeó, mirándome.

-¿Alejan a los fantasmas? -sugerí. Y ella se lanzó sobre mí, gritando:

-¿Cómo lo sabes?

Caminamos despacio de vuelta a casa, cuando ya estaba a punto de anochecer, Guiwenneth tenía un poco de frío. Si no recuerdo mal, estábamos a veintisiete de agosto, y el día parecía a ratos propio del otoño, y a ratos propio del verano. Aquella mañana, el aire había sido fresco, con los primeros atisbos de la nueva estación. Durante el día, había florecido el verano, y ahora el otoño proyectaba de nuevo su sombra. En las copas de los árboles, las hojas empezaban a amarillear. Por algún extraño motivo, me sentía triste mientras caminaba rodeando a la chica con el brazo, y el viento azotaba su pelo contra mi rostro. Su mano derecha me rozaba el pecho. El sonido de una motocicleta a lo lejos no contribuyó a aliviar mi repentina melancolía.

-¡Keeton! -exclamó Guiwenneth, animada.

Y me obligó a correr el resto del camino hasta los delgados arbolillos que bordeaban la casa. Rodeamos el bosquecillo para acercarnos a la valla. Tuvimos que abrirnos paso entre la maleza que casi ocultaba el jardín, la mayor parte del cual estaba ya cubierto por las sombras de los robles que brotaban en torno al Refugio.

Keeton estaba junto a la puerta trasera, saludándonos, con una botella de cerveza que fabricaban en el Aeródromo de Mucklestone.

-Y he traído algo más -aseguró cuando Guiwenneth corrió hacia él y le besó en la mejilla-. Hola, Steven. ¿A qué viene esa cara tan triste?

-El cambio de estación -repliqué.

Él parecía contento y animado. El viaje en moto le había despeinado el pelo rubio y tenía todo el rostro manchado de polvo, a excepción de dos círculos en torno a los ojos, la marca de las gafas. Olía a aceite y a carne de cerdo.

Su otra sorpresa consistía en un cuarto de cerdo, preparado para asar. Comparado con las criaturas grises, musculosas, que Guiwenneth solía cazar en sus expediciones al bosque, aquello parecía un trozo de cadáver, blanquecino y patético. Pero la idea de una carne más succulenta y menos dura que la de los cerdos salvajes a los que empezaba a acostumbrarme era muy alentadora.

-¡Una barbacoa! -anunció Keeton-. Dos americanos del aeródromo me enseñaron cómo se hace. Fuera. Esta noche. En cuanto me lave un poco. Una barbacoa para tres, con cerveza, canciones y juegos. -De pronto, pareció algo preocupado-. No os estaré molestando, ¿verdad, amigo?

-En absoluto. Amigo -respondí.

Aquella expresión me empezaba a parecer un tanto afectada. Y me irritaba.

-Está de malas -avisó Guiwenneth, al tiempo que me dirigía una mirada traviesa.

Por el dios Cernunnos, cómo me alegro ahora de que Keeton se nos uniera en aquel momento, de que estropease aquellas horas entre nosotros. Por mucho que me molestara su presencia en un momento en que intentaba acercarme a Guiwenneth, jamás he dado tantas gracias al Vigilante Celestial como aquella noche, más tarde. Aunque, en cierto sentido, habría preferido estar muerto.

El fuego ardía. Guiwenneth lo había encendido mientras Keeton preparaba un rudimentario asador. El cerdo era su paga por dos días de trabajo en una granja cercana al aeródromo. Su avioneta estaba en reparación, y necesitaba tanto el trabajo en la granja como en la granja necesitaban su ayuda: el trabajo de reconstrucción en Coventry y en Birmingham, bien pagado, había dejado sin peones a buena parte de los granjeros.

En asar un cerdo se tarda mucho más de lo que había supuesto Keeton. La oscuridad envolvió el bosque, así como nuestro bosquecillo particular, y encendimos las luces de la casa para que la zona del jardín donde nos sentamos a charlar, en torno a la carne humeante, estuviera bañada en una luz agradable. Yo me encargaba de poner los discos, repasando toda la colección de músicaailable de salón que mis padres habían reunido a lo largo de los años. El viejo gramófono Master's Voice, tan destartado, se detenía cada dos por tres. Y, bajo la influencia de la cerveza que había traído Keeton, las voces arrastradas de los cantantes se convirtieron en algo históricamente divertido.

A las diez de la noche sacamos las patatas asadas del fuego, y las comimos con mantequilla, pepino y trozos de la carne más exterior del cerdo, ya ennegrecida. El hambre dejó de ser imperiosa, y Guiwenneth nos cantó una canción en su idioma. Tras los primeros compases, Keeton pudo acompañarla con su pequeña armónica. Cuando le pedí que tradujese la letra, ella se limitó a sonreír y a acariciarme la nariz.

-¡Imagínatelo!

-Habla sobre ti y sobre mí -aventuré-. Sobre el amor, la pasión, la necesidad, una larga vida y muchos niños.

Negó con la cabeza, y se lamió un dedo que acababa de pasar por nuestra escasa ración de mantequilla.

-Entonces, ¿de qué hablaba? -pregunté-. ¿Sobre la felicidad? ¿Sobre la amistad?

-Romántico incorregible -murmuró Keeton.

Resultó que tenía razón, porque la canción de Guiwenneth no versaba sobre el amor, al menos como yo lo imaginaba. La tradujo lo mejor que pudo.

-Soy hija de la primera hora de la mañana. Soy la cazadora del amanecer...

Hizo movimientos frenéticos, como si *lanzara* algo.

-¿Proyectar? -sugirió Keeton-. ¿Arrojar la red?

-Quien al alba arroja la red en el claro de las becadass. Soy el halc3n que ve como las becadass caen en la red. Soy el pez que..., el pez que...

Hizo movimientos exagerados, de lado a lado, con las caderas y los hombros.

-Que se mueve -dije yo.

-Que nada -me corrigi3 Keeton. Guiwenneth sigui3:

-Soy el pez que nada en el agua, hacia la gran roca gris, la marca del lago m3s profundo. Soy la hija del pescador que caza al pez con su lanza. Soy la sombra de la piedra blanca donde yace mi padre, la sombra que se mueve con el d3a hacia el r3o donde nada el pez, hacia el bosque donde el claro de las becadass est3 lleno de flores azules. Soy la lluvia que hace correr a la liebre, que obliga a la cierva a refugiarse en la espesura, que apaga el fuego en la casa redonda. Mis enemigos son el trueno y las bestias de la tierra que reptan por la noche, pero no tengo miedo. Soy el coraz3n de mi padre, y soy su padre. Brillante como el hierro, veloz como la flecha, fuerte como el roble. Soy la tierra.

Cant3 las 3ltimas palabras -Brillante como el hierro, veloz como la flecha, fuerte como el roble. Soy la tierra- con voz aguda, dando a la traducci3n la melod3a y el ritmo de la canci3n original. Cuando termin3, sonri3 e hizo una reverencia, y Keeton le dedic3 una ruidosa ovaci3n.

-iBravo! -aplaud3.

La mir3 un instante, asombrado.

-Desde luego, la canci3n no hablaba de m3 -señal3. Guiwenneth se ech3 a re3r.

-S3lo hablaba de ti -asegur3-. Por eso la he cantado.

Yo lo hab3a dicho en broma, pero, ahora, estaba confuso. No comprend3a las palabras de Guiwenneth. Y, en cierta manera, el condenado de Keeton s3 lo entend3a. Me guiñ3 un ojo.

-¿Por qu3 no os vais a dar una vuelta los dos? Yo me quedar3 aqu3. iVenga, sin miedo! Sonri3.

-¿Qu3 demonios est3 pasando? -pregunt3, aunque de buen humor.

Y, cuando me puse en pie, Guiwenneth tambi3n se levant3, arregl3ndose el jersey rojo chill3n y lami3ndose los restos de mantequilla y grasa que le quedaban en los dedos, antes de tenderme una mano pringosa.

Paseamos hasta los l3mites del jard3n, y nos besamos r3pidamente en la oscuridad, cerca de los j3venes robles. Hubo un movimiento r3pido en el bosque: quiz3 zorros, o perros salvajes, atra3dos por el olor de la carne asada. Keeton no era m3s que una extraña silueta acurrucada junto al fuego, enmarcada por las chispas que saltaban de la hoguera.

-El te comprende mejor que yo -suspir3.

-Nos ve a los dos, mientras que t3 s3lo me ves a m3. Me gusta. Es un hombre muy amable. Pero no es mi lanza de pedernal.

El bosque parec3a lleno de movimientos. Hasta Guiwenneth se asombr3.

-Deber3amos tener cuidado con los lobos, o los perros salvajes -dijo-. La carne...

-No hay lobos en el bosque, estoy seguro -repliqu3-. He visto jabal3es, y t3 me has hablado de osos...

-No todas las criaturas se acercan tan pronto al linderero. Los lobos son animales de manada. Quiz3 la manada est3 en el coraz3n del bosque. Es posible que hayan tardado mucho tiempo en llegar hasta aqu3.

Escudriñ3 la oscuridad, y la noche pareci3 susurrar algo ominoso, escalofriante. Volv3 al jard3n y tom3 a Guiwenneth por el brazo.

-Vamos, no quiero dejarle solo.

En aquel momento, Keeton se estaba poniendo de pie. Su voz era serena, aunque denotaba inquietud.

-Tenemos compañía.

Entre los árboles que crecían junto a la valla del jardín pude ver la luz parpadeante de las antorchas. El ruido de hombres que se acercaban fue una intrusión repentina, estruendosa. Me acerqué con Guiwenneth al fuego, a la zona iluminada por la luz de la cocina. Detrás de nosotros también ardían antorchas. Rodearon el jardín trazando un amplio arco, y los tres aguardamos cualquier pista sobre su naturaleza.

Desde algún punto frente a nosotros nos llegó la escalofriante melodía del Jaguth, tocada con las flautas agudas que yo ya había escuchado. Guiwenneth y yo intercambiamos una mirada rápida, alegre.

-El Jaguth -dijo ella-. ¡Vienen otra vez!

-Justo a tiempo de terminar con nuestro cerdo -comenté, desconsolado.

Keeton estaba paralizado de miedo. No le gustaban aquellas extrañas criaturas con forma de hombres, que se acercaban rápidamente en la oscuridad.

Guiwenneth se acercó a la valla para recibirles, y gritó algo en su extraño idioma. Yo eché a andar tras ella, y cogí un tronco de la hoguera, para alzarlo también a modo de antorcha. El dulce sonido de la flauta no cesó.

-¿Quiénes son? -preguntó Keeton.

-Viejos amigos, nuevos amigos. El Jaguth -respondí-. No hay nada que temer...

En ese momento me di cuenta de que el flautista había dejado de tocar. Guiwenneth también se había detenido a unos pasos de mí. Miró a su alrededor, contemplando las luces parpadeantes que brillaban en la oscuridad. Después volvió el rostro hacia mí. Estaba pálida, tenía las pupilas dilatadas y la boca abierta. De repente, su alegría se había transformado en terror. Dio un paso hacia mí, con mi nombre en los labios, y su pánico me dominó. Tendí los brazos hacia ella...

Hubo un sonido extraño, como el viento, como un agudo silbido sin melodía. Luego resonó un golpe, seguido por el grito de Keeton. Le miré, y vi que retrocedía rápidamente, arqueado hacia atrás, con las manos en el pecho y una expresión de dolor en el rostro. Un momento más tarde, cayó al suelo, con los brazos estirados. De su cuerpo salía un asta de madera de casi un metro.

-¡Guin! -grité, apartando los ojos de Keeton.

Y entonces, a nuestro alrededor, el bosque pareció arder. Troncos, ramas y hojas estaban envueltas en un fuego brillante, de manera que el jardín quedó rodeado por un muro de llamas. Dos formas humanas oscuras surgieron del fuego. La luz arrancaba reflejos de las armaduras metálicas y de las armas de hoja corta que llevaban en las manos. Al mirarnos, titubearon un momento. Uno tenía una máscara dorada en forma de halcón, cuyos ojos eran simples rendijas. El otro llevaba un casco de cuero, con anchas tiras que le protegían las mejillas. El halcón dejó escapar una sonora carcajada.

-¡Oh, Dios, no...! -grité.

Pero Guiwenneth me hizo reaccionar.

-¡Coge las armas! -me gritó, mientras pasaba corriendo junto a mí, en dirección al muro trasero de la casa, del que pendían sus propias armas.

La seguí para coger mi lanza de pedernal y la espada que me había regalado Magidion. Nos situamos de espaldas a la pared y vimos la numerosa banda de hombres armados que surgían como siluetas oscuras del bosque ardiente. Los hombres se dispersaron por todo el jardín.

De repente, los dos primeros guerreros corrieron hacia nosotros, uno en dirección a Guiwenneth, mientras que el otro se dirigía a mí. Mi adversario era el halcón.

Se me vino encima tan de prisa, que apenas tuve tiempo de arrojarle la lanza. Todo sucedía en una vorágine de metal pulido, pelo oscuro y carne sudorosa. Desvió mi lanza con un pequeño escudo redondo y me golpeó en la sien con la espada plana. Caí de rodillas. Intenté levantarme, pero me descargó el escudo contra la cabeza y caí de bruces al suelo. Lo siguiente que supe fue que me había atado los brazos a la espalda, poniéndome mi propia lanza entre las axilas.

Durante un par de segundos, vi luchar a Guiwenneth. Peleaba con una furia que me dejó atónito. La vi clavar su daga en el hombro del atacante. Luego, un segundo halcón avanzó desde la valla del jardín. Ella se volvió para hacerle frente. La hoguera arrancó destellos de su espada, y la mano del hombre pareció volar hacia el cobertizo. Luego vino un tercer hombre, y un cuarto. El grito de guerra de Guiwenneth era un aullido de indignación. Se movía tan de prisa que apenas podía seguirla con la mirada.

Y, por supuesto, eran demasiados para ella. De repente, vi como la derribaban, la desarmaban y la lanzaban por los aires. Fue a caer entre varios halcones, que la ataron e inmovilizaron como habían hecho conmigo.

Cinco guerreros altos, sombríos, permanecían en las afueras del jardín. Estaban sentados, y se limitaban a contemplar el final de la refriega.

El halcón que me había derribado me cogió por el pelo y me obligó a ponerme en pie, para luego tirar de mí y cruzar el jardín, hacia la hoguera. Me dejó caer en el suelo, a pocos metros de Guiwenneth. Ella me miró con los ojos inyectados en sangre, a través de la cascada de pelo que le caía sobre el rostro. Tenía los labios húmedos, y el fuego arrancaba destellos de sus lágrimas.

-Steven -murmuró, y comprendí que tenía la boca tumefacta, dolorida-. Steven...

-Esto no puede ser cierto -susurré.

Yo también estaba al borde de las lágrimas. La cabeza me daba vueltas, todo parecía irreal. La sorpresa y la ira me impedían sentir dolor. El crepitar del bosque en llamas resultaba casi ensordecedor.

Muchos más hombres entraron a través del muro de fuego. Algunos tiraban de grandes caballos de crines oscuras. Los animales pateaban y reculaban, asustados. Las órdenes, gritadas en tono agudo, se oían por encima del crepitar de la madera. Utilizaron troncos de nuestra pequeña hoguera para hacer una pequeña fragua, cerca de la casa. Algunos hombres empezaron a arrancar tablas de los corrales y del cobertizo. Durante aquellos breves minutos de confusión, las cinco figuras sombrías siguieron acucilladas, cerca del anillo de fuego. En aquel momento se pusieron en pie y se acercaron. El más viejo, el que parecía el jefe, se acercó a la hoguera, donde varios halcones aguardaban ya para repartirse el cerdo asado. El hombre se agachó, sacó un cuchillo de hoja ancha, cortó una generosa ración, se la metió en la boca, y se limpió los dedos en la pesada capa. Avanzó hacia Guiwenneth y se quitó la capa con un movimiento de los hombros, dejando al descubierto un torso desnudo, con duros abdominales, brazos recios y pecho amplio. Era un hombre fuerte, procedente sin duda de los últimos siglos de la Edad Media. Advertí que tenía la piel surcada de cicatrices. Llevaba una flauta de hueso colgada del cuello y la hizo sonar, burlándose de nosotros.

Se sentó sobre los talones, junto a la chica, y extendió una mano partí tomarla por la barbilla y obligarla a alzar la cabeza. Le apartó bruscamente el pelo de la cara, y la obligó a mover la cabeza para examinarla con atención, sin dejar de sonreír a través de la barba gris. Guiwenneth le escupió, y él se echó a reír. Aquella risa...

Fruncí el ceño, y mi cuerpo dejó de responderme. Me incorporé junto a la hoguera, dolorido, incapaz de moverme, y contemplé a aquel guerrero rudo, envejecido.

-Por fin te encuentro -dijo a Guiwenneth. Y, al oír su voz, un escalofrío de angustia me recorrió todo el cuerpo.

-¡Es mía! -grité entre lágrimas.

Y Christian me miró, y se puso en pie muy despacio.

Era como una torre ante mí: un viejo marcado por la guerra, lleno de cicatrices. Su ropa apestaba a orín. La espada que pendía de su ancho cinturón de piel se balanceaba ominosamente cerca de mi rostro. Me agarró del pelo y me obligó a mirarlo, mientras se atusaba la barba gris con la otra mano.

-Ha pasado mucho tiempo, hermano -dijo en un ronco siseo animal-. ¿Qué voy a hacer contigo?

Junto a mí, el cuarto de cerdo había quedado reducido a nada. Los halcones masticaban vigorosamente, y escupían en el fuego mientras hablaban en voz baja. En la casa se oía el sonido del martillo contra el metal. Estaba teniendo lugar una frenética actividad de reparaciones: arreglaban las armas y los arneses de los grandes caballos, que estaban atados muy cerca de mí.

-Es mía-dije en voz baja, mirándole entre lágrimas-. Déjanos en paz, Chris.

Siguió mirándome durante largo rato, en un silencio aterrador. Bruscamente, me obligó a ponerme en pie, y me arrastró de espaldas hasta estamparme contra la pared del cobertizo. Rugía de furia, y su aliento fétido me daba náuseas. Me miró, con el rostro a pocos centímetros del mío, y era la cara de un animal, no la de un hombre. Aun así, empecé a distinguir los ojos, la nariz, los labios de mi hermano, el atractivo joven que había salido de aquella misma casa sólo un año antes.

Gritó algo rudamente, y uno de sus guerreros más viejos le lanzó una cuerda con un lazo en el extremo. La cuerda era recia y áspera. Me hizo pasar la cabeza a través del lazo, y apretó el nudo en el cuello. Lanzó el extremo libre sobre el cobertizo. Después, la tensó, y tiró de la cuerda hasta obligarme a ponerme de puntillas. Podía respirar, pero no relajarme. Me atraganté. Christian sonrió Y, con una mano grasienta, me tapó la nariz y la boca.

Me pasó un dedo por la cara. Era una caricia casi sensual. Cuando luché por tomar aliento, me destapó la boca, y tomé aliento, agradecido. En ningún momento dejó de mirarme con curiosidad, como si buscara desesperadamente algún recuerdo de la amistad que hubo entre nosotros. Sus dedos eran como los de una mujer. Me acariciaban la frente, las mejillas, la barbilla y la piel lacerada del cuello, allí donde la cuerda me ahogaba. Al hacerlo, descubrió el amuleto en forma de hoja de roble que yo llevaba puesto, y frunció el ceño. Cogió la hoja de plata y la miró.

-¿Dónde lo conseguiste? -preguntó sin mirarme.

-Lo encontré.

Durante un segundo, no dijo nada. Después, rompió el cordón y se llevó la hoja de roble a los labios.

-Si no fuera por este amuleto, habría muerto. Cuando lo perdí, creí que mi destino estaba sellado. Ahora lo he recuperado. Lo he recuperado todo...

Se volvió para escrutarme. Escudriñó mis ojos, mi rostro.

-Han pasado muchos años... -susurró.

-¿Qué te ha pasado? -conseguí jadear.

La cuerda me laceraba, me irritaba. Él observó mis dificultades, y el movimiento de mis labios, con unos ojos oscuros, brillantes, que no denotaban el menor rastro de compasión.

-Demasiado -dijo-. He buscado durante demasiado tiempo. Pero por fin la he encontrado. He huido durante demasiado tiempo... -Apartó la mirada de mí. Parecía pensativo-. Quizá la huida no termine nunca. Él me persigue todavía.

-¿Quién? Volvió a mirarme.

-La bestia. El Urscumug. El viejo. Malditos sean sus ojos. Maldita sea su alma, me sigue como un perro de caza. Siempre está ahí, siempre en el bosque, siempre fuera del fuerte. Siempre, siempre la bestia. Estoy cansado, hermano. De verdad. Por fin... -Contempló la forma inerte de la chica-. Al menos, tengo lo que buscaba, Guiwenneth, mi Guiwenneth. Si muero, moriré con ella. Ya no me importa si me ama o no. La tendré. La utilizaré. Hará que valga la pena morir. Ella me inspirará para hacer el último esfuerzo y matar a la bestia.

-No dejaré que te la lleves -dije, desesperado.

Christian frunció el ceño, y luego sonrió. No dijo nada. Se apartó de mí, de vuelta hacia la hoguera. Caminaba despacio, pensativo. Se detuvo para contemplar la casa. Uno de sus hombres, un guerrero de pelo largo vestido casi con harapos, se acercó al cuerpo de Harry Keeton, le dio la vuelta, le desgarró la camisa con un cuchillo y dijo algo en un idioma extranjero. Christian me miró, y luego se volvió para responder al hombre. El guerrero se irguió, furioso, y regresó junto a la hoguera.

-El fenlander* está furioso. Querían comerse su hígado. Tienen hambre. El cerdo era pequeño. -Sonrió-. Se lo he prohibido. Sé que eres muy sensible.

Se dirigió a la casa y entró. Creo que estuvo dentro mucho tiempo. Guiwenneth sólo alzó la vista una vez, y tenía la cara bañada en lágrimas. Me miró y movió los labios, pero no oí ningún sonido, ni comprendí qué trataba de decirme.

-Te quiero, Guin -le dije-. Saldremos de ésta. No te preocupes.

Pero mis palabras no surtieron efecto. Bajó otra vez la cabeza y se quedó allí, de rodillas junto al fuego, atada y vigilada.

A mi alrededor, una intensa actividad tenía lugar en el jardín. Uno de los caballos se había encabritado, y lanzaba coces, tratando de librarse de las riendas. Algunos hombres caminaban de un lugar a otro, mientras otros cavaban un agujero y los demás, sentados en torno a la hoguera, charlaban y reían a carcajadas. El bosque en llamas era un espectáculo aterrador en la noche.

Cuando Christian volvió a salir de la casa, se había afeitado la descuidada barba canosa. También se había peinado el largo pelo grasiento, que ahora llevaba recogido en una trenza. Tenía el rostro ancho, recio, aunque con la piel algo lacia en las mandíbulas. Se parecía increíblemente a nuestro padre, al padre que yo recordaba de los tiempos anteriores a mi viaje a Francia. Pero más recio, más duro. Llevaba la espada y el cinturón en una mano. En la otra, una botella de vino con el cuello partido limpiamente. ¿Vino?

Se acercó a mí y bebió un trago de la botella, lamiéndose los labios.

-Sabía que no encontrarías la reserva -dijo-. Cuarenta botellas del mejor Burdeos. El mejor paladar que puedo imaginar. ¿Quieres un poco? -Movié ante mí la botella rota-. Un trago antes de morir. Un brindis por la relación fraternal, por el pasado. Por una batalla ganada, y por una batalla perdida. Bebe conmigo, Steve.

Negué con la cabeza. Por un momento Christian pareció decepcionado, pero luego echó la cabeza hacia atrás y vertió el vino tinto en su boca. Sólo se detuvo cuando se atragantó, entre carcajadas. Pasó la botella al más siniestro de sus compatriotas, el fenlander, el que había querido abrir el cadáver de Harry Keeton. El hombre bebió lo que quedaba y arrojó la botella al bosque. Sacaron el resto de la reserva oculta de vino, que yo no había conseguido encontrar, y la distribuyeron en sacos improvisados, que fueron entregados a cada halcón para que los transportasen.

* Fenlander: habitante de los Fens, distritos bajos y pantanosos en algunos condados de Inglaterra. (*N. de los T.*)

El incendio del bosque empezó a apagarse. Fuera la que fuese su causa, la magia que lo había provocado, el hechizo se desvanecía, y el olor a cenizas de madera impregnaba el aire. Pero dos figuras muy extrañas aparecieron de repente en la entrada del jardín, y empezaron a correr alrededor de él. Iban casi desnudas, con los cuerpos cubiertos de tiza blanca, a excepción de los rostros, que eran negros. Tenían las cabelleras largas, recogidas con una banda de cuero. Llevaban largos bastones de hueso, y los agitaban al pasar entre los árboles. Las llamas se avivaron de nuevo, y el incendio recuperó su fuerza anterior.

Por fin, Christian volvió a mi lado, y comprendí que aquella extraña demora se debía a que no sabía qué hacer conmigo. Sacó el cuchillo y lo clavó con fuerza en el cobertizo, junto a mí. Apoyó todo su peso en la empuñadura, con la barbilla entre las manos, y pareció concentrarse, no en mí, sino en un montón de astillas de madera. Era un hombre cansado, agotado. Todo en él lo delataba, desde su respiración a sus ojeras.

-Has envejecido -dije, constatando lo obvio.

-¿De verdad? -Me sonrió, cansado-. Sí, supongo que sí -asintió lentamente-. Para mí han pasado muchos años. Tratando de escapar de la bestia me adentré mucho. Pero la bestia pertenece al corazón del bosque, y no podía despistarla. Es un mundo extraño, Steven. Más allá del claro del cerro hay un mundo extraño, terrible. ¡El viejo sabía tanto y tan poco a la vez...! Conocía el corazón del bosque. Lo había visto, o había oído hablar de él, o lo había imaginado. Pero su único camino para llegar allí...

Se detuvo a media frase, y me miró con curiosidad. Sonrió otra vez y se irguió. Me rozó la mejilla, sacudiendo la cabeza.

-En nombre de la ninfa Handryama, ¿qué voy a hacer contigo?

-¿Qué te impide dejarme en paz, dejar en paz a Guiwenneth, que vivamos felices todo el tiempo que podamos? Haz lo que tengas que hacer, vuelve, o abandona el bosque y vete al extranjero. Regresa con nosotros, Christian.

Volvió a apoyarse sobre el cuchillo, tan cerca de mí que habría podido tocarle el rostro con los labios. Pero no me miraba.

-Ya no puedo hacerlo -dijo-. Durante un tiempo, mientras viajaba hacia el interior, sí, pude volver. Pero la quería. Sabía que estaba allí dentro, en algún lugar profundo. Seguí las historias que se contaban sobre ella, crucé montañas y valles donde se hablaba de Guiwenneth. Y siempre parecía llegar unos días tarde. La bestia me perseguía. Dos veces luché con ella, pero la batalla nunca era definitiva. Hermano mío, he estado sobre la colina, sobre la colina más alta, donde se construyó el edificio de piedra. Desde allí, vi el corazón del bosque, el lugar donde estaré a salvo. Y ahora que he encontrado a mi Guiwenneth, iré allí. Una vez llegue, podré vivir, amar, y estaré a salvo. A salvo de la bestia. A salvo del viejo.

-Ve tú solo, Chris -dije-. Guiwenneth me quiere, y nada cambiará eso.

-¿Nada? -repitió, con una sonrisa cansada-. El tiempo lo cambia todo. Si no tiene a nadie más a quien amar, me amaré a mí...

-¡Mírala bien, Chris! -grité furioso-. Prisionera, derrotada. Te importa tan poco como tus halcones.

-Me importa tenerla -dijo con voz serena, amenazadora-. He cazado demasiado lejos, durante demasiado tiempo, como para preocuparme de los mejores aspectos del amor. Antes de morir, haré que me ame. Disfrutaré de ella hasta entonces...

-No es tuya, Chris. Es mi mitago...

Reaccionó con una violencia aterradora. Me dio un puñetazo tan fuerte que me saltaron dos dientes. Pese al dolor, pese a la sangre que me inundaba la boca, le oí gritar:

-¡Tu mitago está muerto! Éste es el mío. Al tuyo, lo maté hace años. ¡Es mía! Si no fuera así, no me la llevaría. Escupí la sangre.

-Quizá no nos pertenezca a ninguno de los dos. Su vida es suya, Chris.

Sacudió la cabeza.

-Me pertenece. No hay más que hablar.

Empecé a hablar, y me cerró los labios con la mano, fuertemente, para silenciarme. El asta de la lanza me hacía tanto daño bajo los brazos, que estaba seguro de que los huesos se me romperían de un momento a otro. La cuerda se me clavaba cada vez más en la garganta.

-¿Te dejo vivir? -dijo, casi meditabundo.

Dejé escapar un gemido gutural, y me apretó los labios todavía más. Arrancó el cuchillo clavado en el cobertizo y lo sostuvo ante mí, tocándome la nariz con la fría punta. Bajó el cuchillo y me pinchó suavemente el bajo vientre.

-Podría dejarte vivo, pero el precio... -Volvió a pincharme-. El precio sería muy alto. No puedo dejarte vivo..., como hombre..., porque has conocido a la mujer que me pertenece.

La sola idea me hizo estremecer de horror. La conmoción, la sangre que me nubló los ojos, casi me impidieron verle.

Me soltó los labios, pero no me destapó la boca. Yo había empezado a llorar de miedo, de puro terror, y los sollozos sacudían mi cuerpo. Christian se acercó más, con los ojos entrecerrados, el ceño fruncido, triste.

-Oh, Steve... -dijo. Lo repitió otra vez, dolido, cansado-. Podría haber sido... ¿cómo podría haber sido? ¿Bueno? No, creo que no habría sido bueno..., pero ojalá hubieras estado conmigo estos quince últimos años. En algunos momentos habría dado cualquier cosa por tu compañía, por hablar contigo, por ser... - Sonrió, y me limpió las lágrimas de las mejillas con el dedo-. Por ser un hombre normal, con unos amigos normales.

-Aún puedes conseguirlo -susurré. Pero él negó con la cabeza, todavía triste.

-No, no. -Hizo una pausa pensativa, mirándome-. Y lo siento -añadió.

Antes de que ninguno de los dos pudiéramos replicar, un sonido aterrador nos llegó desde más allá de los árboles en llamas. Christian se apartó de mí y miró hacia el bosque. Parecía conmocionado, casi furioso.

-No tan cerca..., no puede estar tan cerca...

El sonido había sido el rugido de una bestia salvaje. Atemperado por la distancia y por los ruidos de los guerreros que me rodeaban, yo no había reconocido el grito de la criatura jabalí, el Urscumug. Ahora el ruido me resultó familiar, ya que llegó por segunda vez..., acompañado por el crujir de las ramas y árboles que la bestia aplastaba a su paso. En el jardín, los halcones, los guerreros, los hombres extraños de culturas irreconocibles se pusieron rápidamente en acción, recogiendo el equipo, colocando los arneses a los cinco caballos, gritando órdenes, disponiéndose a partir.

Christian hizo una señal a dos de los halcones, que levantaron a Guiwenneth, le quitaron la lanza de debajo de los brazos y la cargaron como un fardo a lomos de un caballo, atándola firmemente.

-¡Steven! -gritó, luchando por verme.

-¡Guiwenneth! ¡Oh, Dios mío, no!

-¡De prisa! -gritó Christian.

Repitió la orden en otro idioma. El Urscumug estaba cada vez más cerca. Luché contra la cuerda que me retenía, pero era demasiado fuerte, demasiado segura.

El grupo de mercenarios se movía rápidamente por el sur del jardín, hacia el bosque. Dos de ellos derribaron la valla antes de saltar a través de las llamas del bosquecillo incendiado.

Pronto, la mayoría desapareció. Sólo quedaban Christian, el fenlander y uno de los extraños neolíticos pintados de blanco. Un guerrero prehistórico sostenía las riendas del caballo sobre el que iba Guiwenneth. El fenlander fue tras el cobertizo, y sentí que la cuerda se tensaba en torno a mi cuello.

Christian se acercó a mí, y sacudió la cabeza de nuevo. El crepitar de las llamas era estruendoso, pero el sonido de la bestia que se acercaba era todavía más fuerte. Yo tenía los ojos llenos de lágrimas, y la forma de Christian se convirtió en un borrón oscuro destacado contra el brillo del fuego.

Sin decir una palabra, me puso las manos en la cara, se inclinó hacia mí y presionó los labios contra los míos. El beso duró dos o tres segundos.

-Te he echado de menos -dijo en voz baja-. Y seguiré echándote de menos.

Se alejó de mí y miró al fenlander.

-Cuélgale -dijo sin pausa, sin preocuparse. Y me dio la espalda para gritar una orden al hombre del caballo, que guió a la bestia hacia el bosquecillo en llamas.

-¡Chris! -grité.

Pero me ignoró.

Al momento siguiente, sentí que me alzaba del suelo. El lazo se apretó más, estrangulándome rápidamente. Pero no perdí el conocimiento y, aunque mis pies se balanceaban sobre la tierra, logré seguir respirando. Las lágrimas me nublaban los ojos. Lo último que vi de Guiwenneth fue su hermosa cabellera larga, cayendo por el flanco del animal que la llevaba. El caballo cruzó la valla rota, y me pareció que una o dos hebras de pelo rojo quedaban allí, enganchadas en la madera.

Entonces, la oscuridad empezó a cerrarse sobre mí. Oí el mido del mar batiendo contra las rocas, y el graznido ensordecedor de las aves de rapiña o alguna otra criatura carroñera. Moví los labios, sin conseguir emitir sonido alguno.

Una forma oscura se interpuso entre mi cuerpo y los árboles en llamas. Parpadeé, e intenté desesperadamente gritar. La vista se me aclaró un poco, y comprendí que estaba mirando las piernas y el torso inferior del Urscumug. El hedor del animal, a sudor y excrementos, era insoportable. La criatura se inclinó hacia mí y, a través de las lágrimas, vi las espantosas facciones del hombre-jabalí, pintadas de blanco, cubiertas de espinas y hojas. La boca se abrió y se cerró, como si intentara hablar. Yo sólo oí un siseo. No podía fijarme más que en aquellos ojos entrecerrados, penetrantes: los ojos de mi padre, con unos rasgos sonrientes, como si se alegrara de encontrar por fin a uno de sus hijos errantes.

Un puño en forma de garra se cerró en torno a mi cintura, y me apretó con fuerza, levantándome hacia las mandíbulas babeantes. Oí risas, risas que parecían humanas. Y me sacudió con tanta fuerza que, por fin, quedé inconsciente, y el aterrador momento pasó a formar parte del reino de los sueños.

El sonido, que era como el zumbido de una avispa, desapareció gradualmente. Oí el canto de un pájaro. Abrí los ojos. Sólo vi puntos y sombras, que poco a poco se fueron convirtiendo en el paisaje nocturno de estrellas, nubes y un rostro humano.

Tenía todo el cuerpo insensible, a excepción del cuello: éste me dolía como si me estuvieran clavando cientos de agujas en el hueso. La soga seguía atada en su sitio, pero un extremo cortado yacía en el frío suelo, junto a mí.

Lentamente, me senté. La hoguera seguía ardiendo. Había un fuerte olor a cenizas, a sangre y a animales. Me di la vuelta, y vi a Harry Keeton.

Traté de hablar, pero no emití ningún sonido. Se me humedecieron los ojos. Keeton extendió una mano y me palmeó el brazo. Estaba tendido de costado,

apoyado sobre un codo. El asta rota de la flecha le surgía del hombro, subía y bajaba cada vez que respiraba trabajosamente.

-Se la han llevado -dijo.

Movió la cabeza, compartiendo mi dolor. Me las arreglé para asentir.

-No pude hacer nada... -se disculpó Keeton. Cogí la cuerda cortada y dejé escapar un ruido ronco, preguntando qué había pasado.

-Esa bestia... -dijo-. La que parecía un jabalí. Te levantó. Te zarandeó. Dios mío, qué criatura. Me parece que te creyó muerto. Te olfateó, y luego te dejó colgado. Corté la cuerda con tu propia espada. Creí que era demasiado tarde.

Intenté darle las gracias, pero no lo conseguí.

-Se dejaron esto -siguió Keeton.

Tenía en la mano la hoja de plata. Christian debía de haberla dejado caer. Tendí la mano y cerré los dedos en torno al frío metal.

Nos quedamos allí, tendidos en el jardín oscuro, viendo como las chispas de los árboles en llamas se alzaban hacia el cielo. A la luz del fuego, el rostro de Keeton estaba pálido como el de un fantasma. Inexplicablemente, los dos habíamos sobrevivido. Cuando amaneció, nos ayudamos el uno al otro a entrar en la casa, y volvimos a dejarnos caer, dos seres desconsolados, heridos, temblorosos.

Lloré durante al menos una hora, por Guiwenneth. De ira, por la pérdida de todo lo que había amado. Keeton permaneció en silencio con las mandíbulas apretadas y la mano derecha apretada contra la herida, como para impedir la hemorragia. Éramos dos guerreros desesperados.

Pero sobrevivimos, y cuando tuve fuerzas, me dirigí a la mansión de los Ryhope y pedí ayuda para el aviador herido.

Tercera parte El corazón del bosque

El Interior

Del diario de mi padre, diciembre de 1941:

He escrito a Wynne-Jones para que vuelva al Refugio. He pasado más de cinco semanas en el interior del bosque, pero en casa sólo ha transcurrido aproximadamente una semana. No sentí el cambio temporal: el invierno era tan benigno y persistente en el bosque como en casa. Había poca nieve. Sin duda, el efecto -yo creo que se trata de un efecto de relatividad- es más pronunciado cuanto más se acerca uno al corazón del bosque.

He descubierto un cuarto camino de entrada, un camino para traspasar la zona defensiva exterior, aunque la sensación de desorientación es fuerte. La ruta es casi demasiado obvia: el riachuelo que atraviesa el bosque, el que C y S llaman Arroyo Arisco. Este arroyo se ensancha mucho a dos días de viaje hacia el interior, ino comprendo de dónde recibe el agua! ¿Se convertirá en algún punto en un auténtico torrente? ¿En un río como el Támesis?

La ruta pasa más allá del Sepulcro del Caballo, más allá de las Cataratas de Piedra, incluso más allá de las ruinas. Encontré a los *shamiga*. Son europeos, de la primera mitad de la Edad del Bronce. Quizá unos dos mil años antes de Cristo. Grandes narradores de historias, muy prolíficos. La que llaman «narradora de la vida» es una chica joven que se pinta de verde y, evidentemente, tiene poderes psíquicos. Ellos mismos son un pueblo legendario, los guardianes eternos de las riberas. Me han hecho comprender la naturaleza del reino interior, del camino hacia el corazón del bosque que me llevará más allá de la zona de ruinas y de la «gran hendidura». He oído hablar de un gran fuego que evita que el bosque primario entre en el reino.

Mi gran dificultad sigue siendo el agotamiento. Tengo que volver a Refugio del Roble porque el viaje me cansa demasiado. Quizá un hombre más joven..., ¿quién sabe? Tengo que organizar una expedición. El bosque sigue poniéndome obstáculos, se defiende con el mismo vigor que hizo tan difícil al principio viajar por la periferia. Y aquello fue una experiencia aterradora. Pero los *shamiga* tienen muchas claves. Son amigos del viajero, e intentaré encontrarme otra vez con ellos antes de que termine el próximo verano.

«Los *shamiga* tienen muchas claves. Son amigos del viajero...»

«No sentí el cambio temporal...»

«La chica me afecta profundamente, pero... ¿qué puedo hacer? Está en la naturaleza del mitago...»

¡Qué reconfortante me resultó aquel diario, incompleto y obsesivo, durante los días que siguieron a aquella noche dolorosa y terrible! Los *shamiga* tenían la clave para muchas cosas. El Arroyo Arisco era el camino para adentrarse en lo más profundo del bosque. Como Christian era del «exterior», quise creer que él

tampoco podría apartarse de las rutas marcadas; y que, por tanto, podría seguirle.

Leí el diario como si me fuera la vida en ello. Quizá la obsesión tuviera un valor. Pensaba seguir a mi hermano en cuanto recuperase las fuerzas y Keeton estuviera en condiciones de viajar. No había manera de saber qué observaciones sin importancia, qué comentarios de mi padre, tendrían después un valor crucial.

Harry Keeton recibió asistencia médica en la base de las Fuerzas Aéreas donde trabajaba. La herida era grave, desde luego, pero no peligrosa. Tres días después del ataque, volvió a Refugio del Roble, con el brazo en cabestrillo y el cuerpo débil, pero la moral alta. Se estaba curando por pura fuerza de voluntad. Sabía lo que yo pretendía, y quería venir conmigo. Yo no rechazaba la idea de su compañía.

Por mi parte, tenía que reponerme de dos heridas. Durante tres días, no pude hablar, y sólo conseguía ingerir líquidos. Estaba débil y desesperado. La fuerza volvió a mis miembros, pero la desesperación seguía adueñándose de mí, en forma de la persistente imagen de Guiwenneth, atada rudamente al lomo del caballo, alejándose cada vez más. No podía dormir pensando en ella. Derramé más lágrimas de las que habría creído posibles. Durante un tiempo, tres o cuatro días después del secuestro, mi rabia fue creciendo, y la expresaba irracionalmente en ataques histéricos. El aviador fue testigo de uno de ellos. Soportó como un valiente mis golpes y gritos, y me ayudó a serenarme.

Tenía que recuperarla. Legendaria o no, Guiwenneth del Bosque Verde era la mujer que amaba, y no podría vivir hasta que la viera otra vez a salvo. Quería destrozarse y aplastar el cráneo de mi hermano, de la misma manera que destrozaba jarrones y sillas durante aquellos arranques de cólera, en los cuales tenía una increíble fuerza física.

Pero tuve que aguardar una semana. Simplemente, sabía que no podría atravesar la maleza sin quedar completamente exhausto. Recuperé la voz y las fuerzas, y empecé a hacer planes y preparativos.

El día de la partida sería el siete de septiembre.

Una hora antes del amanecer, Harry Keeton llegó al Refugio. Durante unos minutos, escuché el sonido de su motocicleta, antes de que la brillante luz del faro iluminara las paredes del vestíbulo. El ruidoso motor enmudeció. Yo estaba en la jaula de roble, acurrucado en el hueco del árbol donde tanto tiempo había pasado con Guiwenneth. Pensaba en ella, claro, y estaba furioso con Keeton por llegar tarde. También me irritaba que hubiera llegado para irrumpir en mi melancolía.

-Estoy preparado -dijo al cruzar la puerta de entrada. Estaba empapado en sudor, y olía a cuero y a gasolina. Llegó a la sala de estar.

-Saldremos en cuanto amanezca -dije-. Si puedes moverte, claro está.

Keeton se había preparado bien, tomándose muy en serio los planes para el viaje. Llevaba los pantalones de cuero que solía utilizar para ir en moto, además de unas pesadas botas y una gorra de piloto, también de cuero. Su mochila abultaba mucho. Portaba dos cuchillos a la cintura. Uno de ellos era de hoja ancha, y supongo que pensaba utilizarlo como machete para abrirse paso entre la maleza. Cuando se movía, las cazuelas y sartenes entrechocaban y sonaban.

Se quitó del hombro la inmensa mochila.

-Pensé que sería mejor estar preparado.

-¿Preparado para qué? -pregunté con una sonrisa-. ¿Para un *picnic* dominical? ¿Para un baile en el bosque? Te has traído tu estilo de vida contigo. No lo vas a necesitar. Y, desde luego, no vas a poder transportarlo.

Se quitó la gorra de piloto y se rascó el pelo rebelde. En la parte inferior de su rostro, la marca de la quemadura estaba enrojecida. Los ojos le brillaban, en parte de emoción y en parte de vergüenza.

-¿Crees que me he pasado?

-¿Cómo va el hombro?

Estiró el brazo e hizo un movimiento de giro, cauteloso, tentativo.

-Está curando bien. Intacto. En dos o tres días lo tendré como nuevo.

-Entonces, sí, te has pasado. No podrás llevar esa mochila con un solo hombro.

Keeton pareció preocuparse un poco.

-¿Y esto? -preguntó.

Con un movimiento del hombro, hizo aparecer el rifle Lee-Enfield que llevaba a la espalda. Era un rifle pesado, como yo sabía por experiencia, y todavía olía a aceite. Obviamente, Keeton acababa de limpiarlo e impermeabilizarlo. Se sacó unas cajas de munición del bolsillo de la chaqueta de cuero. En el del pecho llevaba una automática, y la munición para ésta apareció bajo la cremallera del bolsillo del pantalón. Cuando terminó de descargar cosas, su volumen se había reducido a la mitad. De repente, volvía a parecer el piloto esbelto de días anteriores.

-Pensé que nos vendrían bien -dijo.

En cierto modo tenía razón, pero sacudí la cabeza. Uno de los dos tendría que llevar todo aquello, y un viaje por el bosque denso, salvaje, no se presta a llevar una cantidad de equipaje pesado irracional. El hombro de Keeton había curado rápidamente, pero si sometía la herida a demasiada presión y roce constantes, pronto empezaría a dolerle de nuevo. Mis propias heridas también habían curado, y me sentía fuerte, pero no tanto como para añadir el peso de diez kilos de rifle a mi cuello.

Pero habría rifles en el bosque. Ya me había encontrado con un trabuco. No sabía si existían o no figuras heroicas de tiempos más recientes en el bosque, ni qué tipo de armamento podían tener.

-Quizá la pistola... -dije-. Pero Harry, el hombre que buscamos es primitivo. Ha elegido la espada y la lanza, y pienso desafiarle de la misma manera.

-Lo comprendo -asintió Keeton con voz serena.

Cogió la pistola y volvió a guardarla en la sobaquera.

Vaciamos su mochila y descartamos un montón de objetos que, según acordamos, no eran absolutamente necesarios. Llevábamos comida suficiente para una semana, en forma de pan, queso, fruta y carne salada. Una pequeña tienda de campaña pareció apropiada. Frascos de agua, por si sólo encontrábamos agua envenenada. Coñac, alcohol medicinal, vendas, crema antiséptica, ungüento antihongos..., todo eso lo consideramos imprescindible. Un plato para cada uno, jarras esmaltadas, cerillas y una pequeña cantidad de paja muy seca. El resto del equipaje consistía en ropa, una muda completa para cada uno. Lo más pesado era la tela impermeable que yo había conseguido en la mansión. La ropa de cuero de Keeton también era muy pesada, pero parecía adecuada por su calidez e impermeabilidad.

¡Todo eso para un viaje entre un grupo de árboles que podíamos rodear en menos de una hora! ¡Qué pronto habíamos aceptado los dos la naturaleza oculta del Bosque Ryhope!

Christian se había llevado el mapa original. Extendí la copia que había hecho de memoria, y mostré a Keeton la ruta que me proponía seguir, a lo largo del arroyo, hasta el lugar llamado las Cataratas de Piedra. Eso implicaba cruzar dos zonas, una de las cuales, si mal no recordaba, recibía el nombre de Zona del Pasaje Oscilante.

Christian nos llevaba una semana de ventaja, pero yo confiaba en que encontraríamos rastros de su paso hacia el interior.

En cuanto amaneció, cogí mi lanza con punta de piedra, y me colgué la espada celta que me había regalado Magidion. Luego, con toda ceremonia, cerré la puerta

trasera de Refugio del Roble. Keeton hizo un par de chistes desganados sobre dejarle una nota al lechero, pero se calló en cuanto di la vuelta hacia el bosquecillo de robles y eché a andar. El corazón se me aceleró al recordar a los halcones que salieron de entre los árboles en llamas. Por cierto, los árboles se habían regenerado bien pronto, y volvían a tener todo su follaje veraniego. Iba a ser un día cálido y tranquilo. El bosquecillo de robles estaba antinaturalmente silencioso. Caminamos entre los delgados troncos, y salimos al campo abierto, para bajar la ladera hacia el Arroyo Arisco. Cruzamos la destartada valla que parecía guardar el bosque fantasma del mundo mortal.

«He descubierto un cuarto camino hacia las zonas más profundas del bosque. El arroyo. Qué obvio parece ahora... ¡un camino de agua! Creo que nos servirá para llegar al mismo corazón del bosque. ¡Pero el tiempo, siempre el tiempo...!»

Keeton me ayudó a derribar la vieja puerta, allí por donde estaba clavada a un árbol. Se hallaba casi enterrada en la orilla del riachuelo, y se desprendió, dejando un rastro de hierbas, podredumbre, musgo y raíces. Más allá de la valla, el arroyo se ensanchaba, se hacía más profundo, hasta transformarse en una poza muy peligrosa, bordeada de espinos. Me descalcé, me enrollé los pantalones hacia arriba y vadeé la poza por la orilla, cautelosamente alerta contra las ramas y raíces de aquella primera zona defensiva, bastante natural. Al principio, el fondo de la poza era resbaladizo, y luego se tornó blando. El agua, helada, turbia, me azotaba las piernas. Y, en cuanto entramos en el bosque, el frío se cernió sobre nosotros. De pronto, nos sentimos separados del día luminoso del exterior.

Keeton resbaló, y le ayudé a salir del lodo que cubría la orilla. Tuvimos que abrirnos paso a la fuerza entre la maraña de espinos y fresnos, para seguir caminando por el borde del riachuelo. Aquí y allá encontramos trozos de verja, tan viejos y putrefactos que se rompían al tocarlos. Aunque había muchos pájaros en el follaje alto y oscuro que nos rodeaba, apenas se oían sus cantos al amanecer.

De pronto, al entrar en una parte más descubierta de la orilla, la penumbra se hizo algo más luminosa. Nos sentamos para secarnos los pies y ponernos las botas de nuevo.

-No ha sido tan difícil -comentó Keeton, al tiempo que se secaba la sangre de la mejilla, provocada por el arañazo de una espina.

-No hemos hecho más que empezar -dije. Se echó a reír.

-Sólo quería mantener alta la moral. -Miró a su alrededor-. Una cosa es segura: tu hermano y sus muchachos no pasaron por este camino.

-Pero seguro que se dirigen al río. Pronto encontraremos su rastro.

Voy a escribir este diario para dejar constancia de lo que me suceda. Hay muchos motivos. He dejado una carta explicándolos. Espero que alguien lea este diario. Me llamo Harry Keeton, vivo en el número 27 de Middleton Gardens, en Buxford. Tengo 34 años. Estamos a 7 de septiembre de 1948. Pero la fecha ya no importa. Hoy es el día uno.

Es nuestra primera noche en el bosque fantasma. Hemos caminado durante doce horas. No hay rastro de Christian, ni de los caballos, ni de Guiwenneth. Estamos en un lugar descubierto por el padre de Steven, que lo llamó Claro de la Piedra Pequeña. Llegamos al claro antes de que oscureciera por completo. Es un lugar perfecto para recuperarse del cansancio del camino, y para comer. La tal «Piedra Pequeña» es un enorme bloque de arenisca, de más de cuatro metros de altura, calculamos-, y con un perímetro de veinte pasos. Con muchas muescas, erosionada, etc. Steven ha

encontrado en la roca unas marcas viejas, que incluyen las iniciales de su padre, GH. Si ésta es la Piedra Pequeña, me pregunto cómo será...

Completamente agotado. El hombro me da problemas, pero he optado por la postura heroica, y no diré nada a menos que S se dé cuenta. Puedo con la mochila, aunque con más esfuerzo físico del que creía. Hemos plantado la tienda. La noche es cálida. El bosque parece muy normal. El sonido del arroyo se oye claramente, aunque ya casi parece un río pequeño. La densidad de la maleza nos ha hecho apartarnos de la orilla. El bosque muestra ya aspectos que desafían a la lógica, como el gigantesco tamaño de algunos árboles. Parece que protegen zonas enteras de maleza. Cuando las copas de los árboles son densas y hay poca luz, los arbustos apenas crecen, y es fácil avanzar. Pero claro, está muy oscuro. De todos modos, no nos importa descansar bajo esos árboles gigantes. Todo el bosque respira y suspira. No estamos aún en el bosque primario, ya que hay nogales, fresnos y hayas. Cien bosques en uno.

Keeton empezó a escribir su diario desde la primera noche, pero no lo mantuvo más que unos pocos días. Creo que quería conservarlo en secreto, a modo de testamento final para el mundo, en caso de que le sucediera algo. La pelea del jardín, la flecha que casi le mató, mi relato de cómo había estado a punto de perder el hígado..., todo eso le inspiró presentimientos de mal agüero, cuya profunda naturaleza no comprendí hasta mucho después.

Cada noche, mientras él dormía, echaba un vistazo a su diario, y descubrí que me alegraba aquel pequeño foco de normalidad. Por ejemplo, así supe que el hombro le causaba problemas, y evité que lo forzara demasiado. También me resultaba bastante adulador. «Steven es un buen caminante, decidido. No sé si consciente o inconscientemente, pero su determinación le guía hacia dentro con gran precisión. Pese a la ira y el dolor que hay bajo una superficie serena, es un buen compañero.»

Gracias, Harry. En aquellos primeros días del viaje, tú también fuiste un gran compañero.

El primer día había sido largo, pero conseguimos avanzar en línea recta. El segundo, no. Aunque seguíamos un «camino de agua», las defensas del bosque seguían poniéndonos muchos obstáculos.

Lo primero fue la desorientación. Descubrimos que habíamos retrocedido sobre nuestros propios pasos. A veces, el cambio en nuestra percepción era casi visible: nos sentíamos mareados; el follaje se oscurecía de manera increíble. El río sonaba a veces a nuestra izquierda, y a veces a nuestra derecha. A Keeton, le asustaba. A mí, me molestaba. Cuanto más nos acercábamos a la orilla, menos pronunciado era el efecto. Pero hasta el río se defendía de nosotros, con una muralla de espinos casi impenetrable.

De alguna manera, conseguimos atravesar la primera zona defensiva. El bosque empezó a inquietarnos. Los árboles parecían moverse. Las ramas caían hacia nosotros..., en nuestra imaginación, pero de eso sólo nos dábamos cuenta después de una reacción de sobresalto que resultaba agotadora. A veces, el terreno parecía temblar y abrirse a nuestros pies. Nos llegaba el olor a humo, a fuego, y un hedor como de putrefacción. Si nos manteníamos firmes, las ilusiones cedían.

Keeton escribió en su diario: «La misma inquietud que experimenté la otra vez. Y es igual de aterradora. Pero ¿significa eso que me estoy acercando? No debo albergar demasiadas esperanzas».

Un viento sopló frente a nosotros, y desde luego, aquella tormenta no era ninguna ilusión. Aullaba a través del bosque. Arrancaba las hojas de los árboles. Ramas, matorrales, tierra, piedras..., todo se precipitaba hacia nosotros, y no

teníamos refugio, ni siquiera podíamos agarrarnos a los árboles para protegernos. El viento amenazaba con enviarnos volando por donde habíamos venido. Para escapar de aquel vendaval increíble, tuvimos que meternos entre los espinos. Tardamos un día entero en avanzar menos de un kilómetro, y, cuando por fin acampamos aquella noche, estábamos llenos de cortes y arañazos, agotados hasta lo indecible.

Por la noche, el ruido de los animales nos persiguió. La tierra vibraba, la tienda recibía violentas sacudidas, y algunas luces brillaban en la oscuridad, proyectando sombras espectrales a través de la lona. No pudimos dormir ni un minuto. Pero, al día siguiente, nos pareció haber superado las defensas. Conseguimos avanzar bastante y, eventualmente, logramos caminar junto al río con relativa facilidad.

Keeton empezó a experimentar la formación de premitagos. Durante el cuarto día, sufrió sobresaltos: se inquietaba, siseaba pidiendo silencio, se acuclillaba para escudriñar algún punto del bosque. Le expliqué cómo distinguir entre el movimiento verdadero y las alucinaciones de las formas premitago, pero no se tranquilizó cuando pasaron los terrores de los primeros días, ni siquiera mucho más adelante. En cuanto a los auténticos mitagos, el primer día oímos el paso de uno, pero no llegamos a verlo.

¿O sí?

Habíamos llegado a un lugar que, en el plano de mi padre, recibía el nombre de las Cataratas de Piedra. Lo mencionaba varias veces. El río, nuestro pequeño Arroyo Arisco, se había ensanchado hasta alcanzar tres metros de orilla a orilla, y era un torrente de agua cristalina, azotando los delgados árboles de las orillas, más arenosas que cenagosas. Dimos con un claro abierto, estupendo para acampar... y encontramos rastros de acampadas anteriores, como cuerdas, y marcas en los árboles allí donde se habían asegurado las tiendas. Pero no había restos de hogueras y, aunque el corazón se me aceleró al pensar que estábamos sobre la pista de Christian, tuve que aceptar lo evidente: era un mitago quien había ocupado aquel lugar, mucho tiempo antes.

Algo lejos del río, el terreno formaba una pequeña pendiente hacia arriba, poblada de árboles delgados, sobre todo hayas. Surgían de una tierra llena de promontorios de rocas y piedra oscuras. El mapa indicaba la existencia de un sendero sobre aquella elevación del terreno, un atajo hacia un meandro del río, cuya orilla ostentaba el nombre de Paso peligroso.

Descansamos un rato, y luego nos apartamos del río en dirección a las hayas, subiendo la empinada ladera gracias al asidero que ofrecían los delgados troncos de los árboles. Cada montículo de piedras era como una caverna, y en muchas de ellas había rastros de vida animal.

Era difícil avanzar. El río caía en cascada lejos de nosotros. Lo perdimos de vista, incluso dejamos de escuchar su sonido. El silencio del bosque nos envolvió por completo. Keeton tenía problemas con el hombro herido, y el rostro se le había enrojecido tanto que la cicatriz de la quemadura apenas resultaba visible.

Cruzamos un risco de rocas cubiertas de musgo, y volvimos a descender hacia el río, al otro lado. Parecía -Keeton también lo señaló- una pared rocosa que se hubiera desplomado. Nos deslizamos hacia ella, bajando por la pendiente menos brusca. Keeton estaba sin aliento.

-¡Mira esto! -exclamó, pasando el dedo por un dibujo tallado profundamente en la roca.

Era la cabeza de un lobo sobre una silueta de diamante. El tiempo había difuminado los detalles más pequeños.

-¿Habrà alguien enterrado aquí?

Rodeamos la roca, todavía apoyados en ella. Miré a mi alrededor, y me di cuenta de que había al menos otras diez piedras del mismo estilo, aunque más pequeñas, alzándose entre la maleza del bosquecillo de hayas.

-Es un cementerio -murmuré.

Keeton se quedó bajo el imponente monumento, observándolo. Desde algún lugar de la ladera, nos llegó el ruido de la madera al quebrarse, y el retumbar de una roca que se desplomaba hacia el río.

Entonces, un ligero temblor sacudió el suelo. Miré hacia arriba con aprensión, preguntándome si no se estaría acercando algo. El grito de Keeton «¡Oh, Cristo!» me hizo volver la vista hacia él, y le vi correr como un loco en mi dirección. Tardé un momento en comprender lo que sucedía.

La enorme piedra se estaba moviendo, inclinándose poco a poco hacia adelante.

Keeton se apartó. El monolito se desplomó majestuosamente, y fue a caer entre dos esbeltos árboles jóvenes, para luego deslizarse ladera abajo unos cuarenta metros, dejando un gran agujero tras él.

Nos acercamos al hoyo y, cautelosamente, echamos un vistazo hacia el interior. En el fondo del agujero, apenas visible bajo la tierra removida, descubrimos los huesos de un hombre, aún dentro de la armadura. El cráneo, que parecía mirarnos, estaba abierto de un golpe. Un casco alargado, puntiagudo, de metal verdoso todavía brillante, aparecía sobre la cabeza. El guerrero tenía los brazos cruzados sobre la armadura del pecho. Pese al tiempo, el metal seguía pulido. Keeton señaló que se trataba de bronce.

Mientras estábamos allí, contemplando el cadáver con reverencia, la tierra cayó de la armadura, y el esqueleto empezó a moverse. Keeton gritó del susto, y yo sentí que cada órgano del cuerpo se me estremecía de terror. Pero sólo se trataba de una serpiente, de una víbora de brillantes colores. Salí reptando entre las costillas, y trató de subir por la tierra de la tumba.

Aquel breve movimiento nos había dejado paralizados.

-Dios Todopoderoso -fue lo único que dijo Keeton-. Vámonos de aquí - consiguió añadir.

-Sólo es un esqueleto -señalé-. No puede hacernos daño.

-Alguien lo enterró -afirmó con toda razón.

Recogimos las mochilas y seguimos deslizándonos ladera abajo, hacia la protección que ofrecían los árboles de la orilla del río. Cuando llegamos a lo que parecía un lugar seguro, me eché a reír, pero Keeton volvió la vista hacia los árboles, hacia el risco rocoso donde yacía el megalito.

Al seguir aquella mirada solemne, vi el resplandor inconfundible de la luz sobre el metal verdoso. Sólo duró un instante antes de desaparecer.

Día cinco. Quinta noche. Más frío. Estoy muy cansado, el hombro me duele mucho. Steven también cansado, pero decidido. El incidente de la piedra me asusta más de lo que quiero admitir. El guerrero nos persigue. Estoy seguro. A veces veo el brillo de su armadura. Ruido de pasos entre la maleza. Steven dice que no piense en ello. Vamos bien provistos para luchar contra perseguidores. Tiene confianza. Pero la idea de luchar contra esa cosa... ¡horrible!

Estas imágenes en la periferia de la visión me inquietan. Si me lo explicó, pero yo no tenía ni idea de cuánto llegarían a distraerme. Figuras, grupos, incluso animales. A veces, los veo con mucha claridad. Visiones aterradoras. Dice que yo estoy dándoles forma, que no existen, que intente concentrarme mirando hacia adelante, al menos hasta que me acostumbre.

Anoche, los lobos nos acecharon desde el otro lado del río. Cinco. Grandes bestias, de olor rancio, demasiado confiadas. No hicieron el menor ruido. Desde luego, animales auténticos. Se alejaron en silencio hacia las afueras del bosque.

Ya llevamos cinco días caminando. Según mi recuento, un total de sesenta horas. No sé por qué, pero se me ha estropeado el reloj. Steven no ha traído. Pero sesenta horas es una cifra aproximada, y eso quiere decir ciento veinte o ciento treinta kilómetros. Por lo menos. Aún no hemos llegado al lugar de las fotografías, al lugar de las figuras y los edificios. Examinamos las fotos a la luz de la antorcha. Ya podríamos haber atravesado el bosque veinte veces, y no hemos hecho más que empezar.

Tengo miedo. Pero, desde luego, éste es un bosque fantasma. Y si todo lo que me cuenta S es cierto, el avatar y la ciudad también estarán aquí, y el daño es reparable. ¡Dios, ayúdame, guíame!

«El avatar y la ciudad estarán aquí...»

«El daño es reparable...»

Releí las palabras en silencio, mientras Keeton dormía, muy cerca. El fuego era escaso, apenas una llama parpadeante, y le añadí dos troncos más. La noche se llenó de chispas. En la oscuridad que nos rodeaba había un sonido claro, exasperante, continuo, que destacaba sobre el ruido constante del Arroyo Arisco.

«El avatar y la ciudad estarán aquí...»

Contemplé la forma tendida de Keeton, y luego, muy despacio volví a poner la libreta de notas en el bolsillo de su mochila.

Así que la relación de Keeton con el Bosque Ryhope -el bosque fantasma, como él lo llamaba- iba más allá de la oscuridad. Así que no venía como simple acompañante. No era la primera vez que entraba en un bosque como éste, y algo le había sucedido, algo más de lo que quería explicarme.

¿Habría encontrado una forma mitago en su bosque? ¿Un avatar, la encarnación terrestre de un dios? ¿Y a qué daño se refería? ¿A su quemadura?

¡Cuánto me habría gustado comentar el tema con él! Pero no podía demostrar que había leído su diario, y él sólo había mencionado muy brevemente el bosque fantasma de Francia. Esperaba que, con el tiempo, me confiara su secreto, ya fuera un secreto de miedo, de culpabilidad o de venganza.

Levantamos el campamento una hora antes del amanecer, después de que nos molestaran unos animales salvajes, seguramente lobos. Viendo nuestro mapa, era increíble todo lo que no habíamos avanzado, lo cerca que estábamos del lindero del bosque. Habíamos caminado tantos días... y, aun así, el viaje no había hecho más que empezar. El cambio de la relación espacio-tiempo resultaba muy difícil de aceptar para Keeton. Por mi parte, me preguntaba qué nos haría el corazón del bosque.

Porque aún no estábamos en el corazón del bosque. El cementerio, según señaló Keeton, había sido un antiguo soto. El Bosque Ryhope lo absorbió en algún momento, pero todavía quedaban abundantes muestras de presencia humana. Keeton me mostró lo que quería decir: un enorme roble junto al que pasamos había alcanzado su majestuosa altura sin ser molestado por el hombre, pero junto a él crecía un haya que alguien había podado a tres metros por encima del suelo, siglos antes. Como resultado, los brotes jóvenes que crecían del tronco se habían espesado hasta dotar al árbol de miembros inmensos como troncos, que se alzaban hacia el cielo e impedían que la luz llegara a la maleza.

Pero ¿quién había podado el árbol? ¿Hombre o mitago? Pasamos por zonas donde seguramente habitarían seres del bosque tan extraños como el Brezo, o Arturo. Y también pueblos, según el diario de mi padre: los *shamiga*, bandas de

forajidos, grupos de gitanos, y todos los pueblos míticos asociados, ya fuera en los temores o en la magia, con los bosques densos.

Y quizá también estuviéramos atravesando la zona del génesis de Guiwenneth. ¿Cuántas Guiwenneth mech Penn Evs habría allí?

Guiwenneth, hija del jefe. ¿Cuántas vagaban por aquel bosque en expansión? Era un mundo de tierra y mente, un reino al margen de las leyes espaciotemporales de la realidad, un mundo gigantesco, con lugar de sobra para miles de chicas como ella, cada una producto de la mente humana, extraídas de los pueblos y ciudades cercanas a la hacienda donde crecía el Bosque Ryhope.

¡Cómo la echaba de menos! ¡Qué razón tenía Keeton al hablar de la ira que palpitaba en mí! Había momentos en los que me veía dominado por una rabia incontrolable, y, entonces, a duras penas soportaba estar con el piloto. Me adentraba en los arbustos, golpeaba todo lo que veía, temblando de rabia ante lo que nos había hecho mi hermano.

Ya habían pasado días y días desde el ataque, y nos llevaba muchos kilómetros de ventaja. ¡No debería haberme retrasado! Ahora tenía tan pocas probabilidades de encontrarla... El bosque era gigantesco, interminable.

Los momentos de desesperación pasaban. Y el sexto día de viaje encontré rastros de Christian en una forma que no esperaba, con unas pruebas que demostraban, más allá de toda duda, que no nos llevaba tanto terreno de ventaja.

Llevábamos casi una hora avanzando por un sendero de ciervos, junto a la orilla del río. La alfombra de hierba y maleza era espesa, y las huellas de venado joven resultaban tan evidentes sobre el terreno de lodo blando, que hasta un niño habría seguido el rastro sin problemas. Los árboles crecían cada vez más cerca del agua. Sus ramas exteriores casi se cerraban sobre el río, formando un túnel silencioso, escalofriante. La luz apenas conseguía filtrarse entre el follaje, para formar un mundo de penumbra por el cual seguíamos a nuestra presa.

El animal era más pequeño de lo que suponíamos. Estaba erguido, orgulloso y alerta, cerca de un matorral, donde la orilla del río era ancha y arenosa. Keeton apenas consiguió ver al animal: estaba perfectamente camuflado contra la corteza oscura del árbol ante el cual se alzaba. Yo me aproximé cautelosamente, a cubierto, con la pistola de Keeton. Tenía demasiadas ganas de comer carne fresca como para preocuparme por lo ignominioso de aquella matanza. Sólo tuve que disparar una vez, apuntando un poco por encima del ano del animal. Las astillas de huesos perforaron la piel a lo largo de sesenta centímetros, siguiendo la dirección de la columna vertebral. El venado no podía correr, y caí sobre él, terminando rápidamente con su agonía. Tras desollarlo como me había enseñado Guiwenneth, tiré un buen trozo a Keeton y, con una sonrisa, le dije que encendiera un buen fuego. Keeton estaba pálido, asqueado. Retrocedió para apartarse del trozo de carne sanguinolenta, y me miró, sobresaltado.

-No es la primera vez que haces esto.

-Por supuesto. Por el momento, estaremos bien alimentados. Guarda unos kilos de carne asada para mañana. Nos llevaremos toda la que seamos capaces de transportar.

-¿Y el resto?

-La dejaremos aquí. Servirá para que los lobos dejen de seguirnos un buen trecho.

-¿Tú crees? -murmuró.

Rápidamente, recogió la carne de ciervo y empezó a limpiarla de polvo y hojas.

Mientras Keeton reunía leña para el fuego, le oí lanzar una exclamación de terror, antes de llamarme: estaba de pie, cerca del matorral, contemplando el terreno abierto. Me dirigí hacia él, otra vez consciente de un olor que, debo confesarlo, ya había percibido mientras acechaba al ciervo: el olor de la putrefacción de un animal grande.

Los macabros objetos de nuestra atención eran humanos. Dos para ser exactos. Keeton se atragantó, y tuvo que cerrar los ojos.

-Mira al hombre -dijo.

Me adelanté un paso y vi lo que quería decir. El cadáver tenía el esternón roto y abierto, una herida similar a la que el fenlander intentó infligir a Keeton para arrancarle el hígado de su cuerpo inerte.

-Es Christian -dije-. Él los mató.

-Llevan dos o tres días muertos -señaló Keeton-. He visto cadáveres en Francia. Aún no están rígidos, ¿ves? -Se inclinó, sin dejar de negar con la cabeza-. Pero empiezan a apestar. Maldita sea. Ella era tan joven..., mírala...

Aparté la maleza que rodeaba los cuerpos. Desde luego, ambos eran jóvenes. Imaginé que amantes, ambos semidesnudos, aunque la chica llevaba un collar de huesos al cuello, y el chico, tiras de cuero en las pantorrillas, como si le hubieran arrancado las sandalias. Ella tenía los puños apretados. Conseguí abrirle los dedos con bastante facilidad. Tenía en cada mano una pluma de perdiz, y recordé la capa de Christian, adornada con un ribete de plumas como aquéllas.

-Deberíamos enterrarlos -dijo Keeton.

Advertí que el piloto tenía los ojos llenos de lágrimas, y la nariz húmeda. Se agachó para poner la mano del muchacho sobre la de su amada, y luego se dio la vuelta, supongo que para buscar un buen lugar para la tumba.

-Problemas -susurró.

Yo también me di la vuelta. Me recorrió un escalofrío al ver el anillo de hombres furiosos que nos rodeaban. Todos menos uno -más viejo que los otros, y de porte más autoritario- tenían los arcos tensados, con flechas que nos apuntaban a Keeton y a mí. Uno de los hombres temblaba, y su flecha vibraba, apuntándome al pecho y a la cara alternativamente. El rostro de este hombre estaba surcado por las lágrimas, que trazaban un largo surco sobre la pintura gris con que se cubría la cara.

-Va a disparar -siseó Keeton.

Y, antes de que pudiera responder «Ya lo sé», aquel hombre tan evidentemente desesperado, soltó la flecha. Al mismo tiempo, el anciano, que estaba junto a él, esgrimió su cayado y le desvió el arco. La flecha sólo fue una ráfaga de viento y un zumbido en el aire; pasó entre Keeton y yo, y fue a clavarse en un árbol del bosque.

El círculo siguió cerrado, y las flechas no dejaron de apuntarnos. El hombre lloroso se quedó allí de pie, con la cabeza baja, furioso, y el arco colgando inerte de una mano. El jefe se adelantó hacia nosotros y nos miró a los ojos, sin dejar de advertir mi lanza con punta de piedra. Despedía, cosa extraña, un olor dulce, como el de las manzanas, como si se hubiera embardunado el cuerpo con su zumo. Tenía el pelo peinado en cinco trenzas, atadas con cintas azules y rojas.

Miró los cuerpos de los jóvenes, y gritó algo a los hombres que le rodeaban. Todos bajaron los arcos y guardaron las flechas. Había advertido que llevaban varios días muertos..., pero, para asegurarse, pasó un dedo por la punta de mi lanza y sonrió ligeramente. Luego examinó mi espada, que sí le impresionó, y los cuchillos de Keeton, que le sorprendieron.

Llevaron los dos cadáveres junto a la orilla del río, y los ataron con cordeles. Fabricaron dos burdas parihuelas y, con toda reverencia, colocaron los cadáveres sobre ellas. El jefe del grupo se acuclilló junto a la chica, mirándole el rostro.

-Uth guerig... -le oí murmurar-. Uth guerig... El hombre que fuera padre de la chica -o del chico, era difícil deducirlo- volvía a llorar en silencio.

-Uth guerig -dije en voz alta.

El hombre de más edad alzó la vista para mirarme. Tomó la pluma de perdiz que la chica tenía en la mano, y la aplastó con el puño.

-Uth guerig! -dijo, furioso.

Así que conocían a Christian. Era Uth guerig, significaran lo que significasen aquellas palabras.

Asesino. Violador. Hombre despiadado.

«Uth guerig!» No me atreví a decirles que era hermano de aquel monstruo.

El ciervo causó un pequeño problema. Después de todo, nos pertenecía. Los hombres llevaron las parihuelas junto al animal, y mientras la mayoría se quedaba atrás, otros nos indicaban sonrientes que debíamos llevarnos la carne. Hicieron falta pocos gestos para indicarles que la aceptaran como regalo nuestro. Apenas me dio tiempo a sonreír y a sacudir la cabeza, cuando media docena de hombres se lanzaron sobre la carcasa y se echaron grandes trozos de ciervo al hombro. Luego se encaminaron rápidamente por la orilla del río, hacia su poblado.

Narradora de la vida

Sexta noche. Estamos con un pueblo que vigila el paso del río. Según Steven, que los conoce por las anotaciones de su padre, son los *shamiga*. Un entierro extrañamente conmovedor para los dos jóvenes que encontramos. También con un profundo contenido sexual. Los enterraron al otro lado del río, en el bosque, junto a otras muchas tumbas marcadas por montículos de arena sobre el terreno. Pintaron a los dos con dibujos blancos, espirales, círculos y cruces, los de ella diferentes de los de él. Enterrados en la misma tumba, estirados y con los brazos cruzados sobre el pecho. Ataron una ramita al sexo del muchacho, y luego la tensaron con un cordel que después le anudaron al cuello para simular la erección. El sexo de la chica se mantenía abierto mediante una piedra pintada. Steven cree que es para que tengan una vida sexual activa en el otro mundo. Sobre la tumba alzaron un montículo de tierra.

Los *shamiga* son mitagos, un grupo legendario, una tribu surgida de las leyendas. Apenas me cabe en la cabeza. Es aún más extraño que estar con Guiwenneth. Son el pueblo legendario que vigila -y, tras su muerte, hechiza- las orillas del río. Según la leyenda, cuando sube el nivel del agua, se transforman en piedras ambulantes. Hay varias fábulas relativas a los *shamiga*. En nuestro tiempo se han olvidado, pero Steven conoce un fragmento, la historia de una chica que entró en el agua, se sumergió para ayudar a un jefe que quería cruzar el río, y luego sirvió para construir el muro de un fuerte de piedra.

Parece que los *shamiga* no son especialistas en finales felices. Esto nos resultó evidente cuando conocimos a la «narradora de la vida». Una chica muy joven, adolescente, desnuda, pintada de verde. Alarmante. Algo le pasó a Steven, y pareció entenderla perfectamente.

Al anochecer, después del entierro, los *shamiga* organizaron un festín con nuestro venado. Encendieron una gran hoguera, y situaron un cerco de antorchas en torno a nosotros, a unos seis metros. Allí se reunieron los *shamiga*, más hombres que mujeres. Sólo vi a cuatro niños. Todos llevaban túnicas o camisas de colores brillantes y capas que les llegaban a la cintura. Sus chozas -un poco apartadas del río, sobre un terreno que ellos mismos habían despejado- eran de factura grosera, cuadradas, con tejados de paja y sencillas estructuras de madera para mantenerlas en pie. Por los agujeros donde enterraban los desperdicios, por los restos de edificios viejos y por el mismo cementerio, pudimos deducir que el poblado llevaba varias generaciones en aquel emplazamiento.

El venado, asado al fuego y condimentado con hierbas y jugo de fresones, estaba delicioso. La educación nos impuso utilizar unas ramitas afiladas y divididas para convertirlas en tenedores. De todas maneras, era permisible usar los dedos para arrancar la carne de los huesos.

Cuando terminó el festín, todavía quedaba bastante luz. Descubrí que el hombre lloroso había sido el padre de la chica. El muchacho era *inshan*, o sea, de otro lugar. La burda comunicación basada en los gestos, duró un rato más. No se sospechaba que fuéramos malignos. Cualquier referencia a Uth guerig se zanjaba groseramente con un encogimiento de hombros. Traducción: no era asunto

nuestro. Las preguntas sobre nuestro origen provocaban respuestas que asombraban a los adultos allí reunidos y, tras un rato, empezaron a sospechar de nosotros.

Entonces se produjo un cambio entre nuestros anfitriones: un siseo de anticipación, una especie de emoción contenida. Aquellos del clan que no nos miraban a Keeton y a mí con una especie de curiosidad amistosa empezaron a escudriñar los alrededores, más allá de las antorchas, examinando el crepúsculo, el bosque, el río tranquilo. En algún lugar resonó el canto de un pájaro extraño, y toda la tribu gritó de emoción. El más anciano del poblado, que se llamaba Durium, se inclinó hacia mí.

-¡Kushar! -susurró.

Antes de que me diera cuenta, la chica estaba con nosotros, pasando entre los *shamiga*. Era una silueta oscura, esbelta, destacada contra la luz de las antorchas en llamas. Tocó a cada adulto en los oídos, ojos y boca, y a algunos les entregó una ramita retorcida. La mayoría la conservaron con gesto reverente, aunque dos o tres *shamiga* cavaron pequeños agujeros en el suelo, y enterraron la ofrenda a sus pies.

Kushar se dejó caer en cuclillas delante de Keeton y de mí, y nos examinó con atención. Estaba cubierta de pintura verde, aunque lucía círculos de ocre blanco y negro en torno a los ojos. Hasta sus dientes estaban pintados de verde. Tenía el pelo largo, oscuro, peinado muy liso. Sus senos eran diminutos; sus miembros, delgados. No tenía vello en el cuerpo. Me pareció que no tendría más de diez o doce años, ¡pero qué difícil resultaba calcularlo!

Nos habló, y le respondimos en su idioma. Sus ojos oscuros brillaban a la luz de las antorchas, se concentraban más en mí que en Keeton, y fue a mí a quien me dio la ramita. Besé la madera, y ella dejó escapar una breve carcajada. Cerró su pequeña mano en torno a la mía, y me la apretó suavemente.

Alguien acercó dos antorchas y las situó a ambos lados de la chica. Ella se sentó sobre sus talones, en una postura cómoda y, frente a mí, comenzó a hablar. Todos los *shamiga* se volvieron hacia nosotros. La chica -¿se llamaba Kushar? ¿O *kushar* era la palabra para designar lo que hacía?- cerró los ojos, y habló en un tono que me pareció más agudo de lo normal, algo forzado.

Las palabras fluyeron en su idioma, elocuentes, sibilantes, incomprensibles. Keeton me miró, incómodo, y me encogí de hombros. Transcurrió cerca de un minuto.

-No sé cómo, pero mi padre consiguió entender algo... -le susurré.

No dije nada más, porque Durium me miró con el ceño fruncido, y se inclinó hacia mí con el brazo estirado en un gesto furioso que, sin lugar a dudas, quería indicar silencio.

Kushar siguió hablando, con los ojos cerrados, inconsciente de los gestos que tenían lugar a su alrededor. Yo percibía cada vez con más claridad los sonidos del río, de las antorchas, del crepitar del bosque. Así que, cuando la chica exclamó por dos veces «Uth guerig! Uth guerig!», casi pegué un salto.

-¡Uth guerig, sí! -dije en voz alta-. ¡Háblame de él!

La chica abrió los ojos y dejó de hablar. Su rostro reflejaba la sorpresa. A mi alrededor, el resto de los *shamiga* no estaban menos sorprendidos. Parecían disgustados, inquietos. Durium expresó su irritación con voz bien clara.

-Lo siento -dije en voz baja.

Miré al anciano, y otra vez a la chica.

«... cuenta las historias con los ojos cerrados, para que las sonrisas o gestos desaprobadores de los que escuchan no le hagan "cambiar de forma" a los personajes de la historia.»

Las palabras de la carta que mi padre escribiera a Wynne-Jones eran como fragmentos de culpabilidad clavados en mi mente. Me pregunté si no habría cambiado algo vital, si los personajes de la historia volverían a ser los mismos.

Kushar siguió mirándome. El labio inferior le temblaba ligeramente. Por un momento, pensé que los ojos se le iban a llenar de lágrimas, pero pronto se le aclararon de nuevo, y la humedad en sus pestañas desapareció. Keeton, obediente, siguió en silencio, con la mano apoyada en el bolsillo donde llevaba la pistola.

-Ahora te reconozco -dijo Kushar.

Durante un segundo, estuve demasiado sorprendido como para reaccionar.

-Lo siento -repetí.

-Yo también -respondió-, pero no ha sucedido nada irreparable. La historia no ha cambiado. No te reconocí.

-Me parece que no lo entiendo... -empecé. Keeton nos miraba a los dos con gesto extraño.

-¿Qué es lo que no entiendes? -preguntó.

-Lo que quiere decir.

Frunció el ceño.

-¿Comprendes sus palabras? Le dirigí una mirada.

-¿Tú no?

-No conozco el idioma.

Los *shamiga* empezaron a chistar, indicando que querían silencio, que deseaban que la historia continuase.

Para Keeton, la chica seguía hablando en un idioma de dos mil años antes de Cristo. Pero, ahora, yo lo comprendía. De alguna manera, había entrado en la consciencia de aquella joven narradora de la vida. ¿Se refería a eso mi padre, al hablar de una chica con «evidentes poderes psíquicos»? De cualquier manera, lo sorprendente de nuestra comunicación me impidió seguir pensando en lo que había sucedido. Entonces, sentado junto al río, escuchando aquella voz susurrante del pasado, no podía saber el cambio devastador que acababa de tener lugar en mí.

-Soy la narradora de la vida de este pueblo -dijo, otra vez con los ojos cerrados-. Escuchad sin hablar. Nadie debe cambiar la vida.

-Háblame de Uth guerig-pedí.

-La vida del Extranjero ha desaparecido por el momento. Sólo puedo narrar la vida que veo. ¡Escucha!

Ante aquella orden imperiosa, me quedé en silencio...

¡Extranjero! ¡Christian era el Extranjero!

... y escuché la secuencia de historias que fue relatando la narradora de la vida.

Recuerdo con claridad la primera historia. Las otras se me han olvidado, porque significaban poco para mí, y eran extrañas. La última historia me afectó profundamente, porque hablaba de Christian y de Guiwenneth.

Esta fue la primera historia de Kushar:

«En aquel lejano día, durante la vida de su pueblo, el jefe Parthorlas tomó la cabeza de su hermano, Diermadas, y corrió de vuelta a su fuerte de piedra. La persecución fue terrible. Cuarenta hombres con lanzas, cuarenta hombres con espadas, cuarenta perros tan grandes como ciervos, pero Parthorlas corrió más que todos ellos, con la cabeza de su hermano en la palma de la mano izquierda.

»En aquel día, el río había inundado las orillas y los *shamiga* estaban de caza, todos menos la chica Swithoran, cuyo amante era el hijo de Diermadas, conocido como Kimuth, el que Habla con los Halcones. La chica Swithoran entró en el agua y agachó la cabeza, para ayudar a Parthorlas a pasar. Era una piedra tan suave

como todas las demás, con una superficie blanca y pura que se alzaba sobre el agua. Parthorlas pasó sobre ella y saltó hacia la otra orilla, pero luego retrocedió y recogió la piedra del río.

»La transportó en la mano derecha. Su fuerte era de piedra, y había un agujero en el muro sur. Y, desde aquel día. Swithoran pasó a ser parte del fuerte, en aquel agujero, para detener el viento invernal.

»Kimuth, el que Habla con los Halcones, convocó a los clanes de su *tuad*, que es lo mismo que decir las tierras que dominaba, y les obligó a jurarle lealtad, ahora que Diermadas estaba muerto. Así lo hicieron, tras un mes de negociaciones. Entonces, Kimuth, el que Habla con los Halcones, les guió para lanzar un ataque contra el fuerte de piedra.

»Y eso hicieron durante siete años.

»El primer año, Parthorlas solo, disparó flechas contra las huestes de la llanura, bajo el fuerte. El segundo año, Parthorlas tiró lanzas de metal contra las huestes. El tercer año, hizo cuchillos con la madera de los carros, y así siguió hostigando a las huestes furiosas.

El cuarto año, liberó al ganado y a los cerdos salvajes que tenían en el fuerte, quedándose sólo con los necesarios para sustentarse él y su familia. El quinto año, sin armas, con poca comida y menos agua, lanzó a su esposa e hijas contra el ejército de la llanura, y con esto los dispersó durante más de seis estaciones. Luego lanzó a sus propios hijos, pero el que Habla con los Halcones se los devolvió, y esto asustó a Parthorlas más que nada, porque sus hijos volvieron como gallinas sumisas y encorvadas. El séptimo año, Parthorlas empezó a lanzar piedras desde las piedras de su fuerte. Cada piedra era tan pesada como diez hombres, pero Parthorlas las lanzaba hasta el horizonte. Empezó a lanzar las últimas rocas, las que le protegían del viento invernal. No reconoció la suave piedra blanca que recogiera en el río, y la lanzó contra el jefe guerrero Kimuth, el que Habla con los Halcones, y le mató.

»Swithoran quedó libre de su forma de piedra, y lloró por el guerrero muerto. "Mil hombres han muerto por culpa de un agujero en un muro -dijo-. Ahora yo tengo un agujero en el pecho. ¿Morirán un millar más por eso?" Los jefes de los clanes discutieron el asunto, y luego volvieron al río, porque era la temporada en que los grandes peces suben desde el mar. Aquel lugar del valle pasó a llamarse *Issaga ukirik*, que significa "donde la chica del río detuvo la guerra".»

Mientras contaba la historia, los *shamiga* hacían comentarios y reían, bebiendo cada frase, cada imagen. A mí la historia no me pareció nada divertida. ¿Por qué se reían más con la descripción de la persecución (ochenta hombres y cuarenta perros) y con el fuerte de piedra, que con la imagen de Parthorlas lanzando a su esposa e hijos como si fueran armas? (Y, ya puestos, ¿ellos sí tenían derecho a reírse? ¡Evidentemente, Kushar era consciente de esa reacción!)

Luego vinieron otras historias. Keeton, que sólo oía el sonido fluido de un idioma extranjero, parecía sombrío, pero resignado, paciente. Los otros relatos eran inconsecuentes, y ya he olvidado la mayor parte.

Tras una hora de hablar sin pausa, Kushar contó una historia sobre el Extranjero, y yo tomé rápidas notas al tiempo que buscaba pistas, sin saber que la misma historia contenía las semillas del conflicto definitivo, que aún estaba tan lejos en el tiempo y en el bosque.

«En aquel lejano día, durante la vida de este pueblo, el Extranjero se acercó a la colina desnuda, tras las piedras del anillo que rodea el lugar mágico llamado Veruambas. El Extranjero clavó su lanza en la tierra, y se sentó junto a ella, para contemplar durante muchas horas las piedras. La gente se reunió fuera del gran

círculo, y luego todos entraron en la fosa que lo rodeaba. El círculo tenía cuatrocientos pasos de diámetro, y la fosa, una profundidad igual a la altura de cinco hombres. Todas las piedras eran animales que una vez fueron hombres, y junto a cada una había una piedra que hablaba, para transmitirles las plegarias de los sacerdotes.

»El más joven de los tres hijos del jefe Aubriagas fue enviado colina arriba, para estudiar al Extranjero. Volvió jadeante, sangrando por una herida del cuello. Dijo que el Extranjero era como una bestia, vestido con polainas y chaqueta de piel de oso. Un gran cráneo de oso le servía de casco, y sus botas eran de madera de fresno y cuero.

»El segundo hijo de Aubriagas fue enviado colina arriba. Volvió con la cara y los hombros llenos de golpes. Dijo que el Extranjero llevaba cuarenta lanzas y siete escudos. De su cinturón colgaban las cabezas cortadas de cinco grandes guerreros, todos ellos jefes, todos ellos sin ojos. Tras la colina, fuera de la vista, tenía un campamento con veinte guerreros, todos ellos temerosos de su jefe.

«Entonces, el mayor de los hermanos fue enviado a estudiar al Extranjero. Volvió con su propia cabeza en las manos. La cabeza habló brevemente antes de que el Extranjero, en la colina, hiciera sonar el más pesado de sus escudos.

»Esto es lo que dijo la cabeza:

»-No es de los nuestros, no es de nuestra sangre, no es de nuestra raza, no es de nuestra tierra, no es de esta estación, no es de ninguna estación en la que haya vivido nuestra tribu. Sus palabras no son nuestras palabras. Su metal viene de un lugar profundo de la tierra, de un lugar más profundo que aquel donde habitan los fantasmas. Sus animales son bestias de lugares oscuros. Sus palabras tienen el sonido de un hombre agonizante, pero no significan nada. Su compasión no se puede ver. Para él, el amor no tiene sentido. Para él, el dolor es risa. Para él, los grandes clanes de nuestro pueblo son ganado, algo útil de lo que alimentarse. Ha venido a destruirnos, porque destruye todo lo que no es como él. Es el vendaval violento del tiempo, y tenemos que resistir o caer contra él, porque nunca podremos ser una sola tribu con él. Es el Extranjero. El que puede matarle está muy lejos. Se ha comido cuatro colinas, se ha bebido cuatro ríos, y ha dormido durante un año en el valle cercano a la estrella más lejana. Ahora necesita cien mujeres y cuatrocientas cabezas, y luego se marchará de estas tierras, hacia su propio reino.

»El Extranjero hizo sonar su escudo más pesado, y la cabeza del hermano mayor dejó escapar un grito, y dirigió una última mirada hacia la que amaba. Luego apareció un perro salvaje, y la cabeza fue atada a su lomo. Fue enviada al Extranjero, que le sacó los ojos y se ató el cráneo al cinturón.

»Durante diez días y diez noches, el Extranjero caminó alrededor de las piedras, siempre fuera del alcance de las flechas. Los diez mejores guerreros fueron enviados para hablar con él, y todos volvieron con las cabezas en las manos, llorando, para decir adiós a sus esposas e hijos. Y los perros salvajes fueron enviados desde la colina, para llevar al Extranjero sus trofeos de combate.

»Las rocas lobo del gran círculo estaban manchadas con sangre de lobo, y las piedras que hablaban susurraban los nombres de Gulgaroth y Otagarog, los grandes dioses Lobo de los tiempos del bosque salvaje.

»Las rocas ciervo estaban pintadas con dibujos de venados, y las piedras que hablaban clamaban por Munnos y Clumug, los venados que caminan con corazones de hombres.

»Y en la gran roca jabalí estaba el esqueleto del jabalí que había matado a diez hombres, y la sangre de su corazón manchaba la tierra. La piedra de esta roca, que era la más antigua y la más sabia de las que hablaban, suplicaba a Urshacam que apareciera para destruir al Extranjero.

»A1 amanecer del undécimo día, los huesos de los viajeros que guardaban las puertas, se levantaron y corrieron gritando hacia los bosques. Eran ocho, blancos como fantasmas, y todavía llevaban los adornos rituales de sus sacrificios. Los fantasmas de estos viajeros volaron en forma de cuervos negros, y así el círculo de rocas perdió a sus vigilantes.

»Y de la roca lobo llegó el gran espíritu de los lobos, grandes formas grises y fieras, que saltaron sobre las hogueras y cruzaron la gran zanja. Les seguían las bestias con cuernos, los ciervos que corrían con largas patas. También ellos saltaron sobre el humo, y sus gritos estremecían los corazones. Eran formas oscuras en la niebla de aquella mañana fría. Pero no podían matar al Extranjero, y huyeron de vuelta a sus cavernas fantasmales en la tierra.

»Por último, el espíritu del jabalí surgió de los poros de la roca, y gruñó, olfateando el aire de la mañana, saltando sobre el rocío fresco que se había formado en la hierba, alrededor de la roca. El jabalí era tan alto como dos hombres. Sus colmillos eran tan agudos como el puñal de un jefe, y tan largos como los brazos de un guerrero fornido. Se quedó mirando, mientras el Extranjero corría por el círculo, con las lanzas y los escudos en las manos, como si no pesaran nada. Luego, el espíritu del jabalí corrió hacia el norte del círculo.

»En aquel amanecer, en medio de la niebla, el Extranjero gritó por primera vez, y aunque no huyó, quedó claro que el espíritu del Urshucam le aterrizzaba. Usando amatistas como ojos, envió la cabeza del hijo mayor de Aubriagas de vuelta a donde las tribus aguardaban en sus tiendas ocultas, para decirles que sólo quería su lanza más fuerte, su buey más sabroso, recién matado, su tinaja de vino más viejo, y su hija más bella. Luego, se iría.

»Todas estas cosas le fueron enviadas, pero la hija -más bella, según se decía, que la legendaria Swithoran- volvió, porque el Extranjero la rechazó por su fealdad. La chica no lo lamentó en absoluto. Otras le fueron enviadas, pero aunque eran hermosas en su estilo, el Extranjero las rechazó a todas.

»Por fin, el joven guerrero-shamás Ebbrega reunió ramitas de roble, saúco y espino, y con ellas dio forma a los huesos de una joven. Creó la carne con hojas caídas y barro de las pocilgas, y excrementos de liebres y ovejas. Todo esto lo recubrió con flores aromáticas, recogidas en los claros del bosque, flores azules, rosas y blancas, los colores de la auténtica belleza. Le dio vida con amor, y cuando la chica se sentó frente a él, desnuda y fresca, la vistió con una hermosa túnica blanca y le trenzó el pelo. Aubriagas y los demás ancianos la vieron, y no pudieron hablar. Era lo más bello que habían visto en sus vidas, y les paralizó las lenguas. Cuando ella gritó, Ebbrega vio lo que había hecho con su magia, y quiso conservarla para él, pero el jefe le detuvo, y la chica le fue arrebatada. Se la llamó Muarthan, que quiere decir "la hermosa nacida del terror". Muarthan fue a donde estaba el Extranjero, y le entregó una hoja de roble forjada en fino bronce. El Extranjero perdió la cabeza y la amó. Lo que les sucedió después no afecta a la vida de este pueblo, excepto para decir que Ebbrega nunca dejó de buscar a la niña que había creado, y que todavía la busca.»

Kushar terminó de contar la historia, y abrió los ojos. Me dedicó una leve sonrisa y se sentó en una postura más cómoda. Keeton parecía hastiado. Tenía la barbilla apoyada sobre las rodillas, y su mirada aburrida se perdía en la distancia. Cuando la chica dejó de hablar, se volvió hacia mí y me miró.

-¿Ya ha terminado?

-Tengo que escribirlo -dije.

Sólo había conseguido tomar notas del primer tercio de la historia. Luego, las imágenes me absorbieron por completo: lo que narraba Kushar era demasiado fascinante. Keeton advirtió la emoción que me impregnaba la voz, y hasta la chica

me miró, asombrada. Ella también se daba cuenta de que la historia me había afectado profundamente. A nuestro alrededor, los *shamiga* empezaban a alejarse de las antorchas. Para ellos, la velada había terminado. Pero yo sólo estaba empezando a comprender, y traté de mantener a Kushar junto a nosotros.

Así que Christian era el Extranjero. El extraño tan fuerte que nadie puede derrotarlo, el ser demasiado diferente, demasiado poderoso. El Extranjero debía de ser una imagen aterradora para muchos pueblos. Había una diferencia entre extraños y Extranjeros. Los extraños, viajeros de otros pueblos, necesitaban la ayuda de las tribus. Se les podía auxiliar o sacrificar, a voluntad. Desde luego, en la última historia de Kushar se hablaba de los huesos de viajeros que vigilaban las puertas del gran círculo, que debía de ser Avebury, en Wiltshire.

Pero el Extranjero era diferente. Si resultaba aterrador, era por ser irreconocible, incomprensible. Utilizaba armas desconocidas. Hablaba un idioma completamente distinto. Su comportamiento no concordaba con nada conocido. Su actitud ante el amor y el honor no se parecía en nada a la de los pueblos que atravesaba. Era esa diferencia la que le hacía tan destructivo y despiadado a los ojos de la tribu. Y, evidentemente, Christian se había convertido en un ser destructivo y despiadado.

Se había llevado a Guiwenneth porque ése era el objetivo de su vida. Ya no la amaba, ya no estaba sometido al efecto de la chica, pero se la había llevado. ¿Cuáles fueron sus palabras? «Me importa tenerla. He cazado demasiado lejos, durante demasiado tiempo, como para preocuparme de los mejores aspectos del amor.»

La historia que había relatado Kushar era fascinante, sobre todo por la cantidad de detalles que me resultaban familiares: la chica nacida en el bosque, la naturaleza enviada a someter a lo antinatural, el símbolo de la hoja de roble, el talismán que yo llevaba, el creador de la chica que se negaba a desprenderse de ella... y la única cosa que aterrizzaba al Extranjero, el espíritu del jabalí, Urshacam: ¡El Urscumug! Y su voluntad de aceptar un tributo de ganado, vino y mujeres, para luego volver a su propio reino, como hacía Christian ahora: encaminarse al corazón del Bosque Ryhope.

Me pregunté cómo seguiría la historia. Quizá nunca lo sabría. La niña, la narradora de la vida, sólo parecía conocer los recuerdos populares de su propia tribu. Eran sucesos e historias que se transmitían mediante tradición oral, quizá cambiando cada vez que se narraban, y de ahí la extraña regla del silencio durante el relato. Se debía al temor de que la verdad huyera por culpa de la respuesta de los oyentes.

Desde luego, la historia había perdido ya buena parte de precisión: cabezas parlantes, chicas hechas de flores silvestres y de excrementos..., quizá lo que había sucedido era que una banda de guerreros, procedentes de otra cultura, había amenazado al pueblo de Avebury. Quizá la tribu consiguió aplacarlos con ganado, vino y el matrimonio con la hija de algún jefe menor. Pero el mito del Extranjero seguía siendo aterrador, y el terror hacia lo desconocido estaba cada vez más arraigado.

-Estoy persiguiendo a Uth guerig-dije. Kushar se encogió de hombros.

-Claro. Será una persecución larga y difícil.

-¿Cuánto tiempo hace que mató a la chica?

-Dos días. Pero quizá no lo hizo el Extranjero en persona. Sus guerreros le guardan la retirada por el bosque, hacia Lavondyss. Puede que Uth guerig te lleve más de una semana de ventaja.

-¿Qué es Lavondyss?

-El reino más allá del fuego. El lugar donde los espíritus de los hombres no están atados al tiempo.

-¿Conocen los *shamiga* a la bestia jabalí, al Urscumug? Kushar se estremeció, y se rodeó el cuerpo con los delgados brazos.

-La bestia está cerca. Hace dos días fue oída en la hoya del venado, cerca del río.

¡El Urscumug había estado en aquella zona dos días antes! Casi con toda seguridad, eso significaba que Christian no andaba muy lejos. Fuera donde fuese, hiciera lo que hiciese mi hermano, no estaba tan lejos de mí como yo creía.

-El Urshacam -siguió Kushar- fue el primer extranjero. Caminó por los grandes valles de hielo. Vio como brotaban los árboles altos en el suelo yermo. Defendió los bosques contra nuestro pueblo, y contra el pueblo que vino antes que nosotros, y contra el que vino después de nosotros. Es una bestia inmortal. Se alimenta de la tierra y del sol. En el pasado, fue un hombre, y se le condenó junto con otros a vivir en el exilio de los valles helados de esta tierra. La magia los cambió a todos, les dio aspecto de bestias. La magia les hizo inmortales. Muchos de los míos murieron porque el Urshacam y los suyos estaban furiosos.

Miré a Kushar, asombrado ante sus palabras. El final de la Glaciación había tenido lugar siete u ocho mil años antes de que existiera su pueblo (yo suponía que era una cultura de la Edad del Bronce, asentada en Wessex). Pero la chica conocía el hielo, y su posterior desaparición... ¿Sería posible que las historias sobrevivieran tanto tiempo? ¿Sería posible que conociera historias sobre los glaciares y los nuevos bosques, y sobre los poblados del norte, los pantanos y las colinas heladas?

El Urscumug. El primer Extranjero. ¿Qué había escrito mi padre en su diario? «Estoy ansioso de encontrar la imagen primaria... Sospecho que la leyenda del Urscumug era tan poderosa como para imponerse durante todo el neolítico, hasta bien entrado el segundo milenio antes de Cristo, quizá más. Wynne-Jones cree incluso que el Urscumug puede datar de antes del neolítico.»

Lo malo de los *shamiga* era que su narradora de la vida no podía ordenar cronológicamente las historias. Durante el contacto de mi padre con ellos, no hubo referencias al Urshacam. Pero, desde luego, el mitago primario, el primero de los personajes legendarios que tanto fascinaron a mi padre, databa del período de la Glaciación. Fue creado en las mentes de los hombres que trabajaban la piedra, en las mentes de los cazadores de aquellos siglos fríos, mientras luchaban por alejarse del gélido norte, en busca de valles fértiles.

Sin decir una palabra más, Kushar se alejó de mí, y las dos antorchas se apagaron. Era tarde, y los *shamiga* ya se habían refugiado en sus chozas bajas, aunque algunos arrastraban pieles junto a la hoguera, disponiéndose a dormir allí. Keeton y yo plantamos nuestra pequeña tienda, y nos metimos dentro.

Durante aquella noche, un búho no dejó de ulular, una llamada molesta, inquietante. El río seguía con su rugir interminable, azotando las piedras y rompiendo en olas contra las orillas vigiladas por los *shamiga*.

Por la mañana, todos habían desaparecido. Las chozas estaban desiertas. Un perro, quizá un chacal, había merodeado por la tumba de los dos jóvenes. Las brasas de la hoguera todavía humeaban.

-¿Dónde demonios están? -murmuró Keeton.

Nos acercamos al río, y nos tumbamos después de lavarnos un poco. Nos habían dejado varias tajadas de carne, cuidadosamente envueltas en lienzo. Su partida era extraña, inesperada. Aquel lugar parecía ser el hogar de la tribu, y alguien debería haberse quedado. El río había crecido. Las piedras que se utilizaban para cruzarlo quedaban ahora por debajo del nivel del agua. Keeton les dirigió un vistazo.

-Parece que hay más piedras que ayer -comentó.
Seguí la dirección de su mirada. ¿Sería cierto? Las lluvias habían alimentado el río, y el número de piedras parecía haberse triplicado desde el día anterior.
-Imaginaciones -reliqué con un escalofrío. Me eché la mochila al hombro.
-Pues yo no estoy tan seguro -insistió Keeton cuando me siguió por la orilla del río, hacia el centro del bosque.

Lugares abandonados

Dos días después de dejar el poblado *shamiga* encontramos las ruinas de la torre de piedra, el edificio que Keeton había fotografiado desde el avión. Se alzaba de espaldas al río, y estaba casi cubierta de maleza. Nos quedamos entre los arbustos, contemplando el claro y los imponentes muros grises, las rendijas que servían de ventanas, las lianas y enredaderas que se apoderaban poco a poco de la torre.

-¿Qué crees que es? -preguntó Keeton-. ¿Un puesto de vigilancia? ¿O la extravagancia de algún chiflado?

La torre no tenía tejado, y la puerta estaba formada por pesados bloques de piedra. El dintel estaba adornado con complicadas tallas.

-No tengo ni idea.

Cuando nos encaminamos hacia el edificio, advertimos en el suelo unas huellas inequívocas: el rastro de varios caballos. También encontramos los restos de dos hogueras. Y, más evidentes todavía, marcas más profundas, más anchas: las huellas de una criatura gigantesca, pasando por encima de las primeras.

-¡Estuvieron aquí! -dije, con el corazón latiéndome a toda velocidad.

Por fin tenía pruebas tangibles de la proximidad de Christian. Algo le había retrasado. Ahora me llevaba dos días de ventaja, quizá menos.

Dentro de la torre, el olor a cenizas seguía siendo fuerte. Evidentemente, la banda de merodeadores se había dedicado allí a arreglar armas, o a forjar otras nuevas. La luz se filtraba en el sombrío interior a través de las estrechas ventanas. El agujero donde en otros tiempos estuviera el tejado, se encontraba ahora cubierto de follaje. De todos modos, había luz de sobra para ver el lugar donde habían tenido a Guiwenneth, quizá con una capa sobre la paja podrida que allí se amontonaba. Dos hebras de su pelo, brillantes, largas, habían quedado enganchadas en la áspera piedra de aquel lugar bárbaro. Las recogí cuidadosamente, y me las enrollé en torno al dedo. Bajo aquella media luz, las observé largo rato, luchando contra la repentina desesperación que amenazaba con apoderarse de mí.

-¡Mira esto! -gritó Keeton de repente.

Me dirigí hacia la baja puerta. Aparté las lianas y raíces que dificultaban el paso, y vi que el piloto había cortado las plantas del dintel para observar con más detalle los dibujos tallados.

Era una escena panorámica, un paisaje de bosque y fuego. A cada lado del dintel aparecían árboles, todos surgidos de una única raíz sinuosa que se extendía a lo largo de la piedra. De la raíz colgaban ocho cabezas humanas, sin ojos. El bosque se hacía más denso hacia el centro, a medida que se acercaba al fuego que ardía en su corazón. En medio del fuego, el artista había tallado una figura de hombre, un hombre desnudo. Todos los detalles anatómicos eran bien claros, excepto los rasgos del rostro. El falo erecto resultaba desproporcionadamente grande. El hombre tenía los brazos levantados sobre la cabeza, y sostenía una espada y un escudo.

-Hércules -aventuró Keeton-. Como el gigante de tiza en Cerne Abbas. Ya sabes, la figura de la colina.

Era una suposición tan probable como cualquier otra.

Mi primera idea sobre aquellas ruinas era que tenían miles de años de antigüedad, y que el bosque las había rodeado, como estaba sucediendo con Refugio del Roble. Pero habíamos avanzado tanto por aquel extraño territorio, nos habíamos adentrado tantos kilómetros, salvando dificultades casi increíbles... ¿Era posible que aquel edificio hubiera sido construido por manos humanas? También quedaba la posibilidad de que, a medida que se extendía el bosque, también creciera la distorsión del tiempo en su interior...

Keeton dijo las palabras que yo sabía eran ciertas:

-Este edificio es un mitago. Pero, de todos modos, no significa nada para mí...

La torre perdida. Las piedras en ruinas, fascinantes para las mentes de los hombres que vivían bajo techos de paja, en edificios de barro. No había otra explicación posible.

Y, desde luego, la torre marcaba el límite de un paisaje extraño e inquietante, una zona de edificios legendarios, perdidos.

El bosque no parecía diferente, pero cuando seguimos las sendas de animales y los riscos naturales, a través de la brillante vegetación, pudimos ver los muros y los jardines de aquellas construcciones abandonadas, en ruinas. Vimos una casa con gablete, las ventanas destrozadas y el tejado caído hacia dentro. Había también un edificio Tudor de diseño exquisito, con las paredes de un color verde grisáceo por el musgo, y las vigas de madera corroídas y putrefactas. En el jardín, las estatuas se alzaban como espectros de mármol, con los brazos estirados, los dedos apuntándonos, y sus rostros nos observaban desde una maraña de espinos y rosales.

En cierto punto, el mismo bosque cambiaba sutilmente. Se hacía más oscuro, más denso. Los árboles de hoja caduca, antes predominantes, escaseaban de repente. Ahora, en aquella pendiente del terreno, crecían sobre todo pinos de escaso follaje.

El aire parecía enrarecido; el olor de los árboles, demasiado denso. Tropezamos casi bruscamente contra una casa alta de madera, con las ventanas cerradas y las tejas del techo brillantes. En el claro que rodeaba la casa había un lobo tumbado. Era un jardín desnudo, que en vez de césped tenía una alfombra de agujas de pino, secas como huesos. El lobo nos olió y se incorporó, alzando el hocico para emitir un aullido espantoso, aterrador.

Nos retiramos hacia los pinos, y volvimos sobre nuestros pasos, alejándonos de aquel antiguo enclave germánico del bosque.

De vez en cuando, el bosque caduco se hacía menos espeso, y en cambio los matorrales nos impedían avanzar. Tuvimos que esquivar más de una zona impenetrable, tratando por todos los medios de no perder la orientación. En algunos momentos, vimos montones de paja sucia, incluso algunas paredes de argamasa. También encontramos grandes postes o columnas de piedra, erigidas por culturas que no pudimos identificar. En uno de aquellos claros, tan bien defendidos por la maleza, atisbamos tiendas de lona, restos de hogueras y los huesos de ciervos y ovejas: un campamento en el oscuro bosque... y, por el olor a cenizas recientes, no hacía mucho que lo habían utilizado.

Ya estaba a punto de anochecer cuando, en un claro, encontramos el mitago más increíble y memorable. Lo habíamos divisado un par de veces entre los árboles, cada vez más delgados: torres altas, muros almenados..., una auténtica aparición de piedra oscura.

Era un castillo surgido de los sueños más locos de un hada: una fortaleza gigantesca, sombría, de los tiempos de los Caballeros, cuando la caballería había sido más romántica que cruel. Siglo doce, pensé, quizá cien años antes. No importaba. Aquella fortaleza era la imagen típica de las épocas anteriores a los saqueos y a los abandonos de las grandes propiedades, cuando tantos castillos

acabaron en ruinas, y algunos quedaron perdidos en los bosques más remotos de Europa. La hierba que lo rodeaba era corta, gracias a un pequeño rebaño de ovejas grises que pastaban por allí. Cuando salimos de entre los árboles, en dirección a las aguas del foso, los animales se dispersaron, balando furiosos.

El sol se pondría de un momento a otro. Llegamos junto a la sombra de los grandes muros, y comenzamos una pausada expedición por el castillo. Tuvimos buen cuidado de no acercarnos a la pendiente traicionera que llevaba al foso. Las ventanas, tan altas y tan estrechas, proporcionaron a los arqueros del pasado un buen lugar desde el que disparar contra las fuerzas atacantes... y, al recordar esto, nos apartamos rápidamente, volviendo al bosque. Pero no vimos ni oímos nada, ni descubrimos rastro alguno de presencia humana en la fortaleza.

Nos detuvimos para echar un vistazo a la más alta de las torres de vigilancia. De prisiones como aquella, doncellas míticas al estilo de Rapunzel, habían dejado caer sus cabelleras doradas para que los caballeros treparan por ellas.

-Una experiencia colorosa, sin duda -reflexionó muy serio Keeton.

Los dos nos echamos a reír, y seguimos caminando.

Nos apartamos de la sombra de la muralla, para dirigirnos hacia el portalón de entrada. El puente levadizo estaba levantado sobre el foso. Parecía podrido, a punto de desmoronarse. Aunque Keeton quería echar un vistazo dentro, yo sentía una extraña aprensión. Sólo entonces advertí las cuerdas que colgaban de dos de las almenas del muro. Al mismo tiempo, Keeton vio los restos de una hoguera en la orilla del río donde pastaban las ovejas. Miramos a nuestro alrededor y, desde luego, el terreno estaba lleno de huellas de cascos. Cascos de caballos.

Sólo podía tratarse de Christian. Todavía le seguíamos. Había pasado antes que nosotros por aquel castillo, y escaló el muro para entrar. ¿O no?

En el foso, flotando boca abajo, había un cadáver humano. Me fui dando cuenta de los detalles gradualmente. No llevaba nada de ropa. El pelo negro y las nalgas blanquecinas tenían ahora un tono verdoso a causa del limo. Una pequeña mancha rosada en el centro de la espalda, como un alga rojiza, me informó qué herida había condenado al halcón.

Apenas me había recuperado de la conmoción que me causara el espectáculo de aquel guerrero muerto, cuando oí un movimiento más allá del puente.

-Un caballo -dijo Keeton.

Advertí el sonido rítmico de los cascos, y asentí.

-Sugiero una retirada estratégica -señalé.

Pero Keeton, sin dejar de mirar el portalón de madera, titubeaba.

-Vamos, Harry...

-No, espera. Quiero ver qué hay dentro...

Se adelantó sin dejar de observar las hendiduras sobre el portalón. Entonces, oímos el crujido de la madera, y el zumbido de las cuerdas al tensarse. El enorme puente levadizo se derrumbó. Golpeó la otra orilla del foso a pocos centímetros del sobresaltado Keeton, y la vibración que provocó la caída, hizo que me mordiera la lengua.

-¡Cristo! -fue todo lo que dijo Keeton.

Corrió hacia mí, tanteando en busca de la pistola que llevaba en el bolsillo. Una figura a caballo apareció en el gran portalón. Espoleó a su montura, y bajó la lanza corta de penacho azul, dispuesto a atacar.

Nos dimos la vuelta y echamos a correr hacia el bosque. El caballo galopó tras nosotros, y sus cascos resonaban contra la tierra. El Caballero nos gritó algo con voz furiosa. Las palabras me resultaban familiares, tenían una entonación francesa, pero no las entendí. Sólo tuve tiempo de echarle un breve vistazo. Era rubio, y lucía una barba rala. El pesado casco de acero colgaba de la silla de su montura, pero llevaba una banda oscura alrededor de la cabeza. Iba protegido por

una cota de mallas y unos pantalones oscuros de piel. El caballo era negro y tenía tres cascos blancos...

«¡Tres blancos son una muerte!» Recordé la rima de Guiwenneth con una intensidad que me dejó paralizado.

... y los arreos, de color rojo, no podían ser más sencillos: las riendas, la brida al cuello y la silla de montar sobre una manta que colgaba más abajo del vientre de la bestia.

El caballo resoplaba tras nosotros, sus pezuñas retumbaban sobre el terreno, se acercaba por momentos. El Caballero lo espoleaba para que corriera más. Su cota de mallas tintineaba, y el casco reluciente golpeaba estruendosamente contra alguna parte metálica de la silla. Mientras corríamos en busca de refugio, miré hacia atrás: el Caballero se inclinaba ligeramente hacia la izquierda y bajaba la lanza, dispuesto a levantarla en cuanto nos atravesara.

Conseguimos lanzarnos entre los arbustos segundos antes de que la lanza se clavara en un árbol gigantesco, con un golpe brutal. Espoleó al caballo para que se encaminara hacia el bosque, agachándose todavía más contra el lomo del animal, y la lanza cuidadosamente pegada a lo largo del flanco. Keeton y yo nos alejamos siempre ocultos por los arbustos y los troncos de los árboles, tratando de evitar que nos viera.

Un momento más tarde, el Caballero se dio la vuelta y salió de nuevo al claro, bañado en la ya escasa luz del ocaso. Lo recorrió al galope durante unos minutos, y luego desmontó.

Sólo entonces comprendí la auténtica envergadura del hombre: medía unos dos metros. Blandía la espada de doble filo para abrirse paso entre los espinos, sin dejar de gritar en su semifrancés.

-¿Por qué demonios está tan furioso? -susurró Keeton, a unos metros de mí.

Pero el Caballero le oyó. Miró en dirección a nosotros, nos vio y se acercó corriendo. El sol arrancaba reflejos de su cota de mallas.

Sonó un disparo. No había sido Keeton. Era un sonido extraño, atenuado, y el aire húmedo se llenó de repente con el olor acre del azufre. El Caballero se vio lanzado hacia atrás, pero no cayó. Miró a nuestra derecha, atónito, agarrándose el hombro donde le había alcanzado la bala. Yo también miré. Por un momento, vi la sombra del mitago que me había disparado junto a la alberca. En aquel momento, intentaba frenéticamente recargar su trabuco.

-No puede ser el mismo -dije en voz alta.

El mitago se volvió hacia mí y me sonrió. Quizá hubiera tenido otra génesis, pero era el mismo.

El Caballero salió del claro y llamó a su caballo. Le quitó los arreos. Luego, con una fuerte palmada en los cuartos traseros, le devolvió la libertad.

El tirador había desaparecido en la penumbra. Una vez, intentó matarme. Ahora, me acababa de salvar de un ataque potencialmente letal. ¿Acaso me seguía?

Cuando se me ocurrió la increíble idea, Keeton me llamó la atención hacia la zona del bosque donde habíamos visto el castillo por primera vez. Allí había una figura erguida, a la que la escasa luz daba un brillo verdoso. Tenía el rostro demacrado, pero llevaba armadura, y nos miraba. Seguramente, nos había estado siguiendo desde nuestro primer encuentro en las Cataratas de Piedra.

Acobardado por aquella tercera aparición, Keeton abrió la marcha por la floresta, siguiendo el rumbo que nos habíamos trazado previamente. Pronto perdimos de vista la gran fortaleza, y no captamos el sonido de ninguna persecución.

Cuatro días después de salir del poblado *shamiga* encontramos el camino. Keeton y yo nos habíamos separado. Nos abríamos paso a la fuerza entre la vegetación del bosque, en busca de un sendero de osos, o de un camino de ciervos, de cualquier cosa que nos facilitara el camino. El río quedaba a nuestra izquierda, y caía en una cascada. Las orillas resultaban intransitables.

El grito de Keeton no me asustó, porque no era de angustia. Atajé entre los arbustos y espinos, para acercarme a él, y pronto comprendí que se encontraba en una especie de claro.

Salí de entre la maleza para descubrir un camino de piedras, lleno de hierbajos. Mediría unos cinco metros de anchura, y a ambos lados había sendas zanjas. Los árboles parecían formar una especie de arco sobre él, un túnel de follaje a través del cual se filtraba la luz del sol.

-Santo Dios -dije.

Keeton, de pie en aquel camino imposible, asintió. Se había quitado la mochila del hombro, y descansaba con las manos en las caderas.

-Parece una vía romana -dijo.

Otra suposición que, en este caso, parecía acertada.

Seguimos el camino durante unos minutos, aliviados por aquella libertad de movimiento tras tantas horas de abrirnos paso a la fuerza por el bosque. A nuestro alrededor, los pájaros emitían gritos agudos. Sin duda, se alimentaban con la nube de insectos que pululaban en aquel aire claro.

Keeton se inclinaba a pensar que el camino no era un mitago, sino una estructura auténtica de la que el bosque se había apoderado. Pero nos habíamos adentrado demasiado como para que fuera probable.

-Entonces, ¿para qué serviría? Yo no tengo ninguna fantasía sobre caminos perdidos.

No era así como funcionaban las cosas. En algún tiempo, un camino misterioso hacia lo desconocido podía haber sido una imagen mítica de gran fuerza. Quizá degeneró con los siglos, pero yo recordaba las historias de mis abuelos sobre los «caminos de las hadas», que sólo resultaban visibles en ciertas noches.

Tras caminar unos cientos de metros, Keeton se detuvo y señaló los extraños tótems que había a cada lado del deteriorado camino. Habían estado semiocultos entre los arbustos. Aparté las hojas para ver uno, y la mirada que me recibió me hizo dar un salto: se trataba de una cabeza humana, en estado de putrefacción, con las mandíbulas abiertas de par en par y el hueso largo de un animal en la boca. La cabeza estaba empalada sobre tres agudas estacas de madera. Al otro lado del camino, Keeton se tapaba la nariz para huir del hedor.

-Ésta es de una mujer -dijo-. Tengo la sensación de que se trata de un aviso.

Con aviso o sin él, seguimos caminando. Quizá fueran imaginaciones, pero nos pareció advertir algo extraño en las copas de los árboles, que se cerraban sobre nosotros. Había movimiento en las ramas, pero no se oían cantos de pájaros.

Vimos más tótems. Estaban atados a las ramas más bajas de los árboles, algunos a los arbustos. Aparecían en forma de criaturas zarrapastrosas, bolsitas de tela coloreada, con un burdo simulacro de brazos y piernas. Algunos estaban empalados con huesos y uñas, y la temible presencia de las ofrendas sugería la presencia de brujería.

Pasamos bajo un arco de piedra que se tendía sobre el camino, y sorteamos el árbol caído que nos cortaba el paso un poco más adelante. Llegamos a una especie de claro, a un jardín en ruinas lleno de columnas y estatuas que se alzaban entre la hierba, las flores silvestres y los zarzales. Frente a nosotros había una villa, de diseño evidentemente romano.

El tejado de tejas rojas se había derrumbado en parte. Los elementos y el tiempo habían oscurecido las paredes, otrora blancas. La puerta estaba abierta, y

entramos en aquel lugar frío, aterrador. Parte del suelo de mosaico y mármol seguía intacto. Los mosaicos eran exquisitos: mostraban imágenes de animales, cazadores, escenas de la vida campestre y dioses. Los pisamos cautelosamente. Gran parte del suelo se había derrumbado ya hacia el hipocausto.

Recorrimos la villa y exploramos la sala de baños, con sus tres piscinas profundas, todavía bordeadas por losetas de mármol. En dos de las habitaciones había pinturas en los muros, y los rostros de una anciana pareja de romanos nos contemplaron, serenos, perfectamente conservados... Las únicas taras eran los salvajes tajos de espada que alguien había hecho a la altura de las gargantas de los ancianos, sobre la misma pared.

En la sala principal, sobre el suelo de mármol, encontramos restos de muchas hogueras; los huesos chamuscados y roídos de algunos animales habían sido arrojados a un rincón. Pero las cenizas estaban frías, no eran recientes.

Decidimos quedarnos allí a pasar la noche, un agradable cambio comparado con la pequeña tienda, siempre entre árboles infestados de insectos. Pero, dentro de las ruinas de la villa, no podíamos relajarnos: ambos éramos conscientes de pernoctar en el producto de los miedos o esperanzas de otra era.

A su manera, la villa era el equivalente de la torre o del gran castillo junto a cuyos muros habíamos estado un par de días antes: un lugar misterioso, perdido, sobre el que sin duda se habían compuesto infinidad de canciones. Pero ¿a qué raza pertenecía? ¿Era el final del sueño romano, la villa donde vivieron los últimos representantes del imperio? A principios del siglo V, sus legiones habían abandonado Gran Bretaña, dejando a miles de ciudadanos suyos indefensos ante los ataques de los invasores anglosajones. Quizá aquella villa estuviera relacionada con el sueño británico-romano de supervivencia. ¿O era el sueño sajón, la villa donde había oro enterrado, o donde habitaban los fantasmas de los legionarios? ¿Se trataba de un lugar buscado o temido? A Keeton y a mí, sólo nos inspiraba miedo.

Encendimos una pequeña hoguera con los troncos que encontramos en los restos del sistema de calefacción. Y, cuando cayó la noche, el calor de nuestro fuego, o quizá el olor de la comida, atrajeron visitantes.

Yo fui el primero en oírlo: un movimiento rápido en la sala de baños, seguido por un susurro de aviso. Luego, silencio. Keeton se puso en pie de un salto, y sacó el revólver. Me encaminé por el frío pasillo que llevaba de nuestra habitación a la sala de baños. Llevaba una pequeña antorcha para buscar a los intrusos.

Estaban sobresaltados, pero no asustados. Me miraron desde más allá del círculo de luz, escudándose los ojos con las manos. El hombre era alto, de constitución recia. La mujer, también alta, llevaba un pequeño bulto de tela en los brazos. El niño que les acompañaba estaba inmóvil, y su rostro no tenía la menor expresión.

El hombre me habló en un idioma que parecía alemán. Advertí que no apartaba la mano izquierda de la empuñadura de una espada larga, todavía en su vaina. La mujer sonrió, y también dijo algo. Por el momento, la tensión desapareció.

Les guíé hacia la habitación que ocupábamos. Keeton echó más leña a la hoguera, y empezó a asar parte de la carne que llevábamos. Nuestros invitados se sentaron junto al fuego, frente a nosotros, sin dejar de observar la comida, la habitación, a Keeton y a mí mismo.

Evidentemente eran sajones. Las ropas del hombre eran de lana, pesadas, y se ceñía los pantalones y la camisa con tiras de cuero. Llevaba un gran forro de piel. Tenía el pelo, largo y rubio, recogido en dos trenzas que le caían por delante de los hombros. La mujer también era rubia, y vestía una túnica amplia, con dibujos de cuadrados, ceñida a la cintura. El niño era una versión en miniatura del hombre, y se sentaba silencioso, sin dejar de mirar el fuego.

Después de comer, expresaron su gratitud y se presentaron: el hombre se llamaba Ealdwulf, la mujer Egwearda, y el niño Hurthig. Era obvio que la villa les atemorizaba. Pero nosotros les inspirábamos curiosidad. Mediante gestos, traté de explicar que estábamos explorando el bosque, pero tardaron unos minutos en comprender el mensaje. Egwearda me miró con el ceño fruncido, bastante pálida, encantadora pese a las arrugas que la tensión y las penalidades le habían grabado alrededor de los ojos.

En seguida dijo algo -una palabra que sonaba como «Engre»-y Ealdwulf asintió. Por fin comprendía.

Me hizo una pregunta que incluía la palabra. Me encogí de hombros, sin entender.

Dijo otra palabra, o palabras «Elchempa». Me señaló.

-Engre -repitió.

Con las manos, hizo gestos que indicaban «perseguir». Me estaba preguntando si yo perseguía a alguien, y asentí vigorosamente.

-Sí -dije-. ¡Ja! -añadí.

-Engre -jadeó Egwearda.

Cambió de postura para extender el brazo sobre la hoguera y tocarme la mano.

-Tienes algo raro -comentó Keeton-. Al menos, para esta gente. Y para los *shamiga*.

La mujer estaba desenvolviendo el bulto de tela. El pequeño Hurthig gimió y se apartó, mirándola con ansiedad. Ella había puesto el bulto junto a la hoguera, y lo que apareció a la luz del fuego me hizo estremecer.

Lo que Egwearda había llevado, como si se tratara de un bebé, era el brazo momificado de un hombre, cortado justo por debajo del codo. Los dedos eran largos y fuertes. En el dedo corazón lucía una brillante piedra roja. El mismo paquete contenía la hoja rota de una daga de acero, cuyo puño enjovado demostraba que en otros tiempos fue un arma decorativa.

-Aelfric -dijo suavemente.

Puso la mano con suavidad sobre el brazo momificado. El hombre, Ealdwulf, hizo lo mismo. Después, Egwearda volvió a recoger la espantosa reliquia. El niño dejó escapar un sonido, y sólo entonces comprendí que era mudo. También estaba bastante sordo. Pero en sus ojos brillaba una inteligencia increíble.

¿Quiénes eran?

Me senté allí para mirarles. ¿Quiénes eran? ¿A qué período histórico pertenecían? Casi con toda seguridad, al siglo V después de Cristo, a las primeras décadas de las infiltraciones germánicas en Gran Bretaña. Si no, ¿por qué estaban asociados con la villa romana? En el siglo VI, los bosques y los corrimientos de tierra habían ocultado casi todos los emplazamientos romanos.

No podía imaginar qué representaban. Seguramente, en algún momento se había contado una historia sobre la extraña familia, el hijo mudo, el marido y la esposa que transportaban la preciosa reliquia de un rey o un guerrero, mientras buscaban algo, quizá la conclusión de su leyenda.

Yo no conocía a ningún personaje llamado Aelfric. Seguramente, la leyenda nunca fue escrita y, con el tiempo, hasta la tradición oral se perdió. Por tanto, sólo permanecía en la memoria inconsciente.

Los sajones no significaban nada para mí, pero, como señaló Keeton, yo sí significaba algo para ellos. Era como si... como si me conocieran. O, al menos, como si hubieran oído hablar de mí.

Ealdwulf me hablaba al tiempo que trazaba unas rayas sobre el mármol. Pronto comprendí que quizá estuviera dibujando un mapa, y le di papel y lápiz. Entonces me di cuenta de lo que quería decir: señaló la villa y el camino, y un río lejano -el

Arroyo Arisco-, que ahora se había convertido en una corriente gigantesca a través del bosque. Al parecer, por delante de nosotros había un desfiladero lleno de árboles, y el río discurría por el fondo.

-Freya! -dijo Ealdwulf, indicándome que debía seguir caminando río arriba.

Repitió la palabra, buscando en mi rostro signos de que le comprendía.

-Drichtan! Freya! -dijo.

Me encogí de hombros para indicar un desconcierto absoluto, Ealdwulf bufó, exasperado, y miró a Egwarda.

-Freya!-dijo la mujer.

Hizo unos extraños movimientos con las manos.

-Drichtan! repitió.

-Lo siento. Como si me hablarais en sajón.

-Wiccan -insistió.

Trató de buscar otra manera de explicar el concepto, pero se encogió de hombros, y se rindió.

Pregunté qué había al otro lado del desfiladero. Cuando Ealdwulf comprendió lo que le decía, dibujó llamas, señaló nuestra pequeña hoguera, e hizo un gesto para ilustrar un fuego de proporciones gigantesco. Parecía indicarme que bajo ningún concepto fuera allí.

-Elchempa -dijo, golpeando con un dedo el dibujo de las llamas. Me miró y repitió el gesto.

-Feor buend! Elchempa!

Sacudió la cabeza y me tocó en el pecho.

-Engre. Freya. Her. Her!

Tocaba el punto del mapa donde aparecía el río, quizá el punto más cercano para cruzar el desfiladero.

-Creo... -titubeó Keeton-. Creo que está diciendo... sangre.

-¿Sangre?

-Engre, Sangre -Keeton me miró-. Es una posibilidad.

-¿Y Elchempa? Extranjero, supongo.

-Sí, quizá tengas razón. Tu hermano va hacia el fuego, pero Ealdwulf quiere que vayas río arriba y encuentres el Freya.

-Sea lo que sea eso...

-Egwarda ha dicho algo sobre wiccan -siguió Keeton-. En inglés, eso suena como *witch*, brujo, o quizá como *wise*, sabio. Quizá no pueden ser más precisos...

Con algunas dificultades, pregunté a Ealdwulf sobre Elchempa, y sus dramáticos gestos de matar, despedazar y quemar no me dejaron duda alguna sobre que hablaba de Christian. Lo había asolado todo a su paso por el bosque, y todos le conocían y le temían.

Ahora, Ealdwulf parecía albergar una nueva esperanza. Y esa esperanza era yo. Recordé las palabras de la pequeña Kushar:

«Ahora te reconozco..., pero no ha sucedido nada irreparable. La historia no ha cambiado. No te reconocí».

-Te han estado esperando -dijo Keeton-. Te conocen.

-¿Cómo es posible?

-Quizá los *shamiga* hayan hecho correr la voz. Hasta es posible que Christian haya hablado de ti.

-Lo principal es que saben que estoy aquí. Pero ¿a qué viene el alivio? ¿Creen que puedo controlar a Christian?

Me toqué el cuello, allí donde las cicatrices todavía me dolían de vez en cuando.

-Pues se equivocan.

-Entonces, ¿para qué le sigues? -preguntó Keeton en voz baja.

-Para matarle y liberar a Guiwenneth -respondí sin pensar. Keeton se echó a reír.

-Creo que eso será suficiente.

Estaba cansado, pero la imponente presencia del sajón me asustaba. De todos modos, Ealdwulf nos hizo señales de que Keeton y yo debíamos dormir. Los gestos y la palabra *slaip!*, tan parecida al inglés *sleep*, dormir, eran más que claros.

-Slaip! Ich willa where d'yon!

-Yo os cuidaré -tradujo Keeton con una sonrisa-. Cuando le coges el ritmo es fácil.

Egwearda vino a nuestro lado, extendió su capa y se acurrucó junto a nosotros. Ealdwulf caminó hasta el hueco de la puerta y salió a la noche. Desenvainó la espada y la clavó en el suelo, para luego sentarse tras ella, con una rodilla a cada lado de la brillante hoja.

En aquella postura, vigiló nuestro sueño durante el resto de la noche. Por la mañana, tenía la barba y la ropa empapadas en rocío. Cuando me oyó desperezarme, se levantó y sonrió, volvió a entrar en la habitación y se sacudió la humedad de la ropa. Tomó mi espada y la sacó de la funda de cuero. Frunció el ceño al observar el juguete celta, y sobre todo al compararlo con el acero templado de su propia arma. Mi espada curva sólo medía la mitad que la de Ealdwulf. Sacudió la cabeza, dubitativo, y golpeó una hoja contra la otra. Eso pareció hacerle cambiar de opinión. Sopesó y blandió el regalo que me hiciera Magidion, cortó el aire por dos veces con la hoja, y asintió, aprobador.

Me repitió el consejo gutural de que siguiera el río y me olvidara de perseguir al Extranjero. Después, Egwearda y él partieron. Su hijo mudo, triste, caminaba ante ellos, pasando la mano por los arbustos que crecían en el jardín desierto.

Keeton y yo desayunamos, es decir, nos obligamos a ingerir un puñado de galletas secas, ayudándonos con agua. De alguna manera, aquel sencillo ritual, el respiro de aquellos momentos, nos permitieron comenzar el día con alegría.

Volvimos sobre nuestros pasos por el camino romano, y entramos de nuevo en el bosque, por donde parecía haber un paso natural entre la espesura de arbustos. No sabía dónde iríamos a parar, aunque si el Arroyo Arisco trazaba una curva como la indicada en el mapa de Ealdwulf, volveríamos a encontrarlo.

Llevábamos más de un día sin dar con rastros de Christian, y ya habíamos perdido su pista por completo. Ahora, mi única esperanza era encontrar el lugar por donde mi hermano había cruzado el río. Con ese fin, Keeton y yo nos separamos durante un trecho, para explorar el Arroyo Arisco en ambos sentidos.

-Entonces, ¿no piensas hacer caso del consejo del sajón? -dijo Keeton.

-Quiero a Guiwenneth, no las bendiciones de algún pagano supersticioso. Estoy seguro de que tenía buenas intenciones, pero no puedo permitir que Christian me tome demasiada ventaja...

Tenía clavado en la mente un fragmento del diario de mi padre:

«... he estado fuera durante tres meses, pero en Refugio del Roble sólo han pasado dos semanas...».

Y la conmoción de ver a Christian tan envejecido...

«Ojalá hubieras estado conmigo estos quince últimos años.»

¡Y sólo había estado en el bosque durante unos doce meses!

Cada día de ventaja de Christian, podía transformarse en una semana, o en un mes. Quizá en el corazón del bosque, más allá del fuego -en el reino que Kushar había llamado Lavondyss- había un lugar donde el tiempo no significaba nada en absoluto. Cuando mi hermano cruzara esa frontera, ya estaría demasiado lejos de mí, en un mundo que me resultaba tan extraño como lo había sido Londres para Kushar. Y se acabaría toda esperanza de encontrarle.

La sola idea me provocó un escalofrío de terror. Había aflorado de repente, involuntariamente, como una semilla que brota cuando llega su hora. Y, entonces, recordé lo que me había dicho Kushar sobre Lavondyss:

«El lugar donde los espíritus de los hombres no están atados al tiempo.»

Cuando imaginé a Christian entrando en un reino de tiempo infinito, sentí un escalofrío de angustia, y supe que yo estaba en lo cierto.

No podía perder ni una hora, ni un minuto...

Nigromante

Poco después de abandonar la villa, cruzamos la frontera que separaba dos zonas diferentes del bosque. Los árboles se hicieron más escasos, y entramos en un claro amplio, muy iluminado. La hierba, alta, conservaba la humedad del rocío, y por todas partes encontramos telarañas que vibraban y se estremecían ante la menor brisa.

En el centro del claro se alzaba un árbol imponente, un castaño de Indias, cuyo follaje amplio y denso llegaba casi hasta el suelo.

Al otro lado, el árbol perdía su magnificencia de una manera terrible. La madera estaba enferma y llena de parásitos. Las hojas eran de un sucio color marrón, semiputrefactas. Trepadoras parasitarias se habían extendido como una red de tentáculos que enlazaban el claro con el bosque.

A veces, el árbol temblaba, y las grandes lianas llevaban la vibración hasta el bosque. El suelo era una maraña de raíces y hierbas, y unas extrañas protuberancias pegajosas se alzaban unos centímetros en el aire, como si buscaran una presa.

El castaño de Indias era un recién llegado a los paisajes británicos, sólo llevaba unos cientos de años creciendo allí. Keeton opinaba que habíamos salido del bosque medieval, y que nos estábamos adentrando en una zona más primitiva. Ciertamente, pronto me hizo notar la preponderancia de avellanos y olmos, mientras que los robles y fresnos, junto con las enormes hayas, eran cada vez más escasos.

Había una cualidad nueva en esta zona del bosque, era más oscuro y pesado. El olor era rancio, como a hojas podridas y a estiércol. El canto de los pájaros sonaba más lejano. Brisas que no llegábamos a advertir hacían vibrar el follaje. La vegetación era más sombría, y el sol que se filtraba entre la espesa cobertura de hojas nos llegaba en haces amarillos, una luz escasa que arrancaba reflejos de las hojas caídas y de la corteza, dándome la impresión de que unas figuras silenciosas nos rodeaban y vigilaban.

Dondequiera que mirásemos, encontrábamos troncos podridos. Algunos seguían en pie, sostenidos por sus vecinos, pero la mayoría se habían desplomado, y ahora estaban llenos de lianas y musgos, amén de insectos repugnantes.

Quedamos atrapados en aquel ocaso interminable durante horas.

En un momento dado, empezó a llover. La escasa luz que nos llegaba mermó todavía más, hasta que nos encontramos avanzando entre la vegetación en una penumbra terrible. Cuando la lluvia cesó, los árboles siguieron goteando, incomodándonos, hasta que volvió la luz fragmentaria.

Llevábamos un buen rato oyendo el ruido del río, aunque en realidad no nos dábamos cuenta. De pronto Keeton, que abría la marcha, se detuvo y se volvió hacia mí con el ceño fruncido.

-¿Has oído eso?

Sólo entonces advertí el rugido distante del Arroyo Arisco. El batir del agua tenía un sonido extraño, como si fuera un eco muy lejano.

-El río -dije.

Keeton negó con la cabeza, impaciente.

-No, el río, no. Las voces.

Me acerqué a él, y los dos permanecemos quietos unos segundos, en silencio.

¡Y lo escuchamos! El sonido de la voz de un hombre nos llegaba con el mismo efecto de eco, seguido por el relinchar de un caballo y por el retumbar lejano de las rocas precipitándose por una pendiente.

-¡Christian! -grité.

Empujé a Keeton para correr. Él me siguió, y nos precipitamos entre los arbustos, rodeando los árboles, utilizando nuestros cayados para golpear violentamente los matorrales y espinos que nos bloqueaban el paso.

Vi luz ante mí: el bosque empezaba a aclararse. Era una luz escasa, verdosa, difícil de distinguir. Seguí corriendo, con la mochila golpeándome la espalda. Llegué hasta el lugar donde el bosque se aclaraba, y sólo un salto frenético hacia la derecha, agarrándome desesperadamente a un árbol, me impidió caer de cabeza por el precipicio que apareció bruscamente.

Keeton llegó corriendo detrás de mí. Me estiré y le agarré, obligándole a detenerse, un segundo antes de que también él se diera cuenta de que el terreno desaparecía en una pendiente brusca, hacia el hilo brillante del río que corría casi un kilómetro más abajo.

Nos pusimos a salvo y, ya seguros, nos asomamos al precipicio. Desde luego, no había ningún camino de bajada. El otro lado del barranco no era tan empinado, y en él crecían muchos más árboles. En nuestra ladera, robles y mojaras se alzaban dispersos, agarrándose con desesperación a cada irregularidad del terreno. En cambio, al borde del acantilado, el bosque era más denso.

Otra vez oí el sonido distante, hueco, de una voz. Al escrutar el otro lado del desfiladero, detecté el movimiento. Las rocas se desprendían y rodaban entre la vegetación, para ir a caer abajo, a las aguas del río.

Y apareció un hombre, un hombre que guiaba por las riendas a un caballo reticente, obligando al animal a caminar por lo que parecía un sendero imposiblemente estrecho.

Tras el caballo, surgieron otras figuras, con armaduras y pieles brillantes. Todos tiraban de bestias de carga, tan reluctantes como la primera. Un carro ascendía lentamente por la misma cornisa. El carro resbaló y se detuvo unos segundos cuando un rueda se salió del camino. Hubo todo un caos de actividad, así como muchos gritos y órdenes.

Mientras miraba, me di cuenta de que aquella columna de guerreros se extendía a lo largo de un buen trecho, precipicio arriba. ¡Y de pronto surgió allí la forma de Christian, envuelto en una capa, tirando de un caballo con arreos negros! El cuerpo tendido sobre el lomo del animal parecía el de una mujer. Los rayos del sol arrancaron reflejos de una cabellera rojiza... ¿o fue una ilusión desesperada de mi imaginación?

Antes de que me detuviera a pensar sobre lo inteligente de mi reacción, ya había gritado el nombre de Christian. Toda la columna se detuvo y miró en mi dirección, cuando el sonido procedente de la nada reverberó contra los muros del precipicio. Keeton gruñó e hizo un gesto de frustración.

-Ahora sí que la has hecho buena -susurró.

-Quiero que sepa que le sigo -repliqué.

Pero estaba avergonzado por haber perdido el elemento sorpresa.

-Tiene que haber un camino de bajada -seguí. Empecé a moverme entre los arbustos que bordeaban el borde del precipicio.

Keeton me retuvo un instante, y luego señaló al otro lado del precipicio. Cuatro o cinco formas se perdían rápidamente entre los árboles.

-Halcones -dijo Keeton-. He contado seis. Seis, me parece. ¡Sí, allí! ¡Mira!

La pequeña banda bajaba ahora por la ladera, con las armas colgando descuidadamente, ya que necesitaban las manos para buscar puntos de apoyo en la traicionera pendiente que descendía hacia el río.

Esta vez, Keeton me siguió de cerca, y corrimos por el bosque, junto al abismo, cuidándonos bien de las rocas sueltas o las raíces ocultas que nos podían hacer tropezar.

¿Dónde estaba el camino?

Mi frustración crecía a medida que transcurrían los minutos, y los halcones bajaban cada vez más, hasta desaparecer pronto de nuestra vista. Llegarían al río en menos de una hora. Y, entonces, nos estarían esperando. Teníamos que conseguirlo nosotros antes.

Estaba tan absorto buscando el camino que mi hermano había utilizado, que durante unos segundos no advertí la temblorosa forma negra delante de mí.

Se puso en pie repentina, dramáticamente, exhalando una ráfaga de aliento brusco, vibrante, con un siseo tan ensordecedor como hediondo.

El Urscumug se balanceaba sobre sus pies, con las mandíbulas abiertas. Los rasgos distorsionados del hombre al que yo tanto había temido, sonreían sobre los colmillos. Tenía una gran lanza, que parecía fabricada con el tronco entero de un árbol.

Keeton desapareció entre los arbustos, y le seguí en silencio. Por un momento, pareció que la inmensa bestia jabalí no nos había visto, pero el ruido que hacíamos le llamó la atención, y empezó a perseguirnos. El Urscumug corría esquivando los árboles, rápido, decidido. Su pecho subía y bajaba, siseaba al respirar, con su corona de ramas arañando los troncos. Bajo aquella media luz, sus colmillos eran dos puntos altos, brillantes. La bestia arrancó la rama de un árbol y la utilizó para aplastar la vegetación, sin dejar de escuchar.

Entonces, giró en redondo, y caminó de vuelta hacia el abismo con su peculiar estilo. Se quedó allí, contemplando la caravana de caballos y guerreros con los que viajaba Christian. Lanzó la rama por el precipicio, y se volvió hacia mí, con la cabeza baja.

Juro que, mientras me arrastraba rápidamente hacia el lugar que la bestia vigilaba, siguió mis movimientos con la vista. Quizá el Urscumug estaba enfermo, o herido. Casi grité de espanto cuando Keeton me puso la mano en el hombro. Indicándome silencio absoluto, señaló la cima del estrecho sendero que llevaba al fondo del barranco.

Sin bajar la guardia, echamos a andar sendero abajo. Lo último que vi del mitago de mi padre fue su imponente forma negra, balanceándose levemente, con las aletas de las fosas nasales vibrando. Su respiración era un sonido suave, bajo.

Jamás ha habido viaje más difícil o más aterrador que aquel descenso hacia el valle del río. Perdí la cuenta de las veces que resbalé en aquella cornisa llena de piedras agudas y raíces retorcidas, salvándome de la muerte sólo gracias a mis reflejos y, de cuando en cuando, a la mano de Keeton. Terminamos por bajar casi agarrados el uno al otro, dispuestos a auxiliarnos en caso de necesidad.

Excrementos de caballo, huellas de ruedas, las marcas de cuerdas en los troncos de los árboles retorcidos por el viento hablaban del paso igualmente arriesgado de Christian, tan sólo unas horas, como máximo un día antes.

Ya no veíamos a los halcones enviados a detenernos. Cuando nos paramos a escuchar, se hizo el silencio, y sólo captábamos el canto de los pájaros, aunque en un par de ocasiones oímos voces muy lejanas: Christian y la mayor parte de su banda, ahora cerca de la plataforma que llevaba al centro del bosque.

Seguimos descendiendo durante más de una hora. Al final, la cornisa se ensanchaba, convirtiéndose en algo más parecido a un sendero natural, que

conducía hacia abajo, hacia la extensión de bosque, una alfombra de follaje a través de la cual divisábamos de cuando en cuando el río. Por encima de nosotros, las paredes grises del desfiladero resultaban siniestras.

Al nivel del suelo, oímos por fin un movimiento siniestro, y nos sentimos vigilados. Los matorrales escaseaban. El río pasaba a un centenar de metros, invisible entre las sombras del bosque silencioso.

-Ya están aquí -susurró Keeton.

Llevaba la Smith & Wesson en la mano. Se acuclilló tras un matorral y miró en dirección al río.

Yo corrí hacia el árbol más cercano y Keeton me siguió. Me adelantó y se acercó más al río. Un pájaro aleteó ruidosamente sobre nosotros. A nuestra derecha, un animal, quizá un ciervo pequeño, se movía inquieto sobre la hierba. Alcancé a ver la larga línea de su lomo, incluso le oí respirar.

Rápidamente, moviéndonos a toda velocidad de árbol en árbol, llegamos a la orilla del río, seca, ligeramente arenosa, donde las raíces serpenteantes de olmos y avellanos formaban una serie de depresiones en el terreno. Nos pusimos a cubierto en una de tales depresiones. En aquel punto, el río tenía unos cuarenta metros de anchura, era profundo, y había remolinos. La parte central recibía luz, pero las copas de los árboles que crecían a ambos lados proyectaban sus sombras sobre las riberas. En aquellas últimas horas de la tarde comenzaba a oscurecer. Parecía un lugar amenazador.

Quizá, pese a todo, los halcones no habían llegado todavía. ¿O nos estarían vigilando desde las sombras de la orilla opuesta?

Teníamos que cruzar el río. A Keeton no le hacía gracia intentarlo en aquel momento. Dijo que deberíamos esperar al amanecer. Durante la larga noche que nos aguardaba, uno de los dos tendría que vigilar mientras el otro dormía. Los halcones estaban allí cerca, seguro, quizá sólo esperaban el momento adecuado para lanzarse sobre nosotros.

Estaba de acuerdo con él. Por primera vez, me alegraba que hubiera traído una pistola. El arma nos daría al menos una ventaja táctica, una oportunidad de impedir que se nos acercaran mientras cruzábamos la corriente.

No llevaba más de diez minutos considerando las probabilidades, cuando cayeron sobre nosotros. Yo estaba sentado junto al río, medio apoyado en un tronco del olmo, escudriñando las sombras de la otra orilla en busca de cualquier movimiento delator. Keeton se puso en pie y se acercó cautelosamente a la ribera. Oí su grito contenido, y luego el silbido de una flecha, que fue a caer al agua. Keeton echó a correr.

Ya estaban en nuestra orilla del Arroyo Arisco, y nos atacaron brusca, repentinamente, corriendo y saltando en un extraño movimiento zigzagueante. Dos de ellos llevaban arcos, y una segunda flecha fue a clavarse en el árbol más cercano a mí. Corrí tan de prisa como pude en pos de Keeton. Un fuerte golpe en la espalda me hizo caer hacia adelante, y no tuve que mirar para saber que la mochila me había salvado la vida.

Entonces, resonó un único disparo, y se oyó un grito terrible. Volví la vista atrás: uno de los halcones estaba inmóvil, con las manos en la cara. La sangre le goteaba entre los dedos. Sus compañeros se dispersaron hacia ambos lados, y el desgraciado guerrero cayó sobre las rodillas, luego sobre el vientre, definitivamente muerto.

Keeton había encontrado un hoyo más profundo en el terreno, escudado por una enorme aulaga, de manera que un muro de raíces se interponía entre los halcones y nosotros. Las flechas silbaban sobre nuestras cabezas, y una me dio en un tobillo al rebotar contra una rama. Fue un corte superficial, pero increíblemente doloroso.

Entonces, Harry Keeton hizo una auténtica tontería: se puso de pie y, con toda tranquilidad, apuntó al más agresivo de los atacantes. Al mismo tiempo que sonaba el disparo, una piedra afilada le arrebató la pistola de las manos, enviándola a varios metros sobre la tierra seca. Keeton se agachó de nuevo, agarrándose la mano y acariciándose los dedos doloridos.

Los hombres de Christian nos atacaron como cinco sabuesos infernales, saltando y aullando: formas esbeltas, casi desnudas, protegidas por la armadura de cuero más rudimentaria que se pueda imaginar. Sólo las brillantes máscaras de los halcones eran metálicas, así como las espadas cortas que esgrimían.

Keeton y yo huimos de los guerreros como los ciervos huyen del fuego. Pese a las pesadas ropas y las mochilas, teníamos alas en los pies. El dolor imaginario de un cuchillo en la garganta era un gran incentivo, que nos daba fuerzas para la retirada.

Lo que más me impresionaba, mientras corría de refugio en refugio, era lo confiados que habíamos sido. Pese a toda nuestra palabrería, pese a lo fuerte que me sentía, cuando llegó la hora de la verdad ni una pistola calibre 38 nos sirvió de nada contra la habilidad de unos soldados bien entrenados. Éramos como niños en el bosque, como chiquillos ingenuos jugando a la supervivencia.

Si mi destino era enfrentarme a Christian, me iba a hacer picadillo. Atacarle con una lanza de piedra, una espada celta y mucha rabia, sería poco más efectivo que insultarle.

El terreno desapareció bajo mis pies, y Keeton me arrastró a un nuevo agujero. Me di la vuelta y preparé la lanza. Uno de los halcones se precipitaba hacia nosotros.

Lo que sucedió a continuación fue bastante extraño.

El guerrero se detuvo en seco. Por los movimientos de su cuerpo, sinuosos, tensos, pudimos deducir que estaba asustado, aunque la máscara amarilla en forma de ave no dejaba ver su rostro. Nos dio la espalda, y advertí que de repente había empezado a soplar un viento gélido en torno a nosotros.

El día se oscureció, toda la luz desapareció de la orilla del río, como si una negra nube tormentosa hubiera ocultado el sol. Los árboles se agitaron, las ramas se quebraron, y las hojas se desprendieron, arrastradas por el vendaval. Una especie de niebla espectral rodeó al halcón que parecía el jefe. El hombre gritó y echó a correr hacia sus compañeros.

El polvo se alzaba del suelo en grandes columnas. Las aguas del río empezaron a burbujear, como si bajo la superficie pelearan grandes bestias marinas. Los árboles que nos rodeaban sufrían sacudidas cada vez más fuertes, las ramas se quebraban con terribles crujidos. El aire era cada vez más frío, y las sombras fantasmales, sonrientes, de los espíritus elementales, fluían por la escalofriante niebla que el viento no conseguía dispersar.

Keeton estaba aterrado. En las cejas y en la punta de la nariz se le formaron cristales de hielo. Temblaba violentamente, tratando de abrigarse más en su chaqueta de cuero. Yo también temblaba, el aliento se me congelaba, y el hielo en las pestañas casi me impedía ver. Una fina capa de nieve cubrió los árboles con un manto blanco. Las extrañas risas y gritos de las violentas formas mentales aislaron aquella parte del bosque, cerrando el paso a toda ley natural.

-¿Qué demonios pasa? -me preguntó Keeton con dientes castañeteantes.

-Un amigo-aseguré.

Y le toqué el brazo para darle seguridad.

Después de todo, *el freya* había acudido a mí.

Keeton, con los párpados helados, me miró, y se secó la cara con la mano. Ahora, todo el paisaje estaba cubierto de hielo y nieve. Formas esbeltas y fluidas volaban por el aire. Algunas se acercaban a nosotros, examinándonos con rostros

afilados y ojos entrecerrados llenos de burla. Otras no eran más que torbellinos oscuros que azotaban el aire al pasar, como en una especie de implosión extraordinaria.

Los halcones huyeron entre gritos. Vi como uno se elevaba, se doblaba por la mitad, se retorció y volvía a doblarse, hasta que una especie de sudor pegajoso goteó de su cuerpo suspendido..., un cuerpo que flotaba en el aire, sostenido por manos invisibles. Los horribles restos fueron lanzados al río, y desaparecieron bajo la superficie cristalina. Otro halcón, pese a su resistencia, encontró la muerte cuando los espíritus le lanzaron hacia la otra orilla: quedó empalado contra una rama. No sé qué les sucedió a los demás, pero los gritos continuaron durante algunos minutos, sin que la actividad fantasmal cesara ni un instante.

Por fin, se hizo el silencio. El aire recuperó la calidez, el manto blanco desapareció, y Keeton y yo nos frotamos vigorosamente las manos heladas. Varios espectros altos se aproximaron a nosotros, tenues formas de niebla, vagamente humanas. Quedaron suspendidos en el aire, examinándonos desde arriba, con el pelo flotando con un movimiento lento, escalofriante. Nos señalaban con manos temblorosas de largos dedos. El brillo de sus ojos se concentraba en nosotros por encima de sus bocas sonrientes. Keeton observaba a los fantasmas, aterrado. Uno de ellos extendió la mano y le pellizcó la nariz. El piloto pegó un salto, cosa que al parecer divirtió muchísimo al espectro. Su risa tenía un tono extraño, malicioso, era como un eco del bosque que no surgía de sus labios, sino que parecía brotar alrededor de nosotros.

Entonces llegó la luz, una luz dorada, difusa, que señaló la solemne aparición del barco. Los elementales que nos rodeaban se estremecieron, sin dejar de reír. Los que estaban desnudos parecieron convertirse en humo, mientras los demás se alejaban, abrazándose a las sombras, a los huecos entre las ramas y las raíces, con los ojos relucientes todavía clavados en nosotros.

Al ver el barco, Keeton se atragantó. Yo sólo sentí alivio. Por primera vez desde el comienzo del viaje, pensé en el amuleto de plata, la hoja de roble, y me llevé la mano al cuello para sacar el medallón y sostenerlo ante el hombre que nos miraba desde la pequeña nave.

El barco parecía mucho más apropiado en aquella corriente de agua, que en la imposible estrechez del Arroyo Arisco a su paso junto al Refugio. Tenía la vela laxa. Salió de entre la penumbra, y el hombre alto, envuelto en su capa, saltó a la orilla. Ató la cuerda de amarre a una raíz protuberante. La luz provenía de una pequeña antorcha en la proa del barquito. Él no brillaba, sólo había sido una ilusión. Ya no llevaba el casco con la complicada cresta y, mientras Keeton y yo le mirábamos, se quitó la capa, cogió la brillante tea y la clavó en la orilla del río, situándose junto a ella para que el fuego iluminara su imponente envergadura.

Se acercó a nosotros y nos puso en pie.

-Sorthalan! -gritó.

Repitió la palabra, esta vez golpeándose el pecho con el puño.

-Sorthalan!

Extendió la mano hacia mi cuello, tocó el amuleto y sonrió a través de la espesa barba. Lo que dijo después, en un lenguaje fluido que me recordó al de Kushar, no significaba nada para mí. Pero comprendí, otra vez de manera extraña, lo que me estaba diciendo: «Te he estado esperando».

Una hora después de anochecer, el Urscumug bajó por el acantilado y cruzó el río, siempre en persecución de Christian. Un movimiento rápido en el bosque fue el primer signo de su aproximación, y Sorthalan apagó la antorcha. La luna en cuarto creciente brillaba sobre el río, y la noche clara nos permitía divisar las primeras

estrellas. Debían de ser las nueve, pero la densidad del follaje hacía que la oscuridad pareciera aún más densa.

El Urscumug apareció entre los árboles, caminando lentamente, emitiendo un extraño resuello que turbaba el silencio de la noche. Desde un lugar seguro, observamos cómo la gran forma del jabalí se detenía junto al agua y recogía el cuerpo inerte, destrozado, de uno de los halcones. Desgarró el cuerpo con los colmillos, y se sentó, de una manera extrañamente humana, para sorber las entrañas del mitago muerto. Luego arrojó el cadáver al río. El Urscumug lanzó un gruñido profundo mientras examinaba la orilla. Durante un larguísimo momento, pareció clavar la vista en nosotros, aunque era imposible que viera nada en la oscuridad.

Pero la máscara blanca, el rostro humano, casi brillaba bajo la luz de la luna, y habría jurado que los labios se movían buscando una comunicación inaudible, como si el espíritu de mi padre me hablara en silencio, sonriente.

La bestia se levantó y entró en el agua, alzando los enormes brazos al nivel de los hombros, y sosteniendo la lanza por encima de la cabeza. Después, aparte de algunos gruñidos, no oímos más ruidos procedentes del Urscumug, aunque una hora más tarde unas rocas se desprendieron en el bosque y fueron a caer mansamente al río.

En el río, el agua batía ruidosamente contra el bote, atrapado por la corriente. Examiné el casco. Tenía un diseño sencillo, pero elegante. La cubierta era estrecha, aunque cabían unas veinte personas bajo las pieles, que podían tensarse para defender la nave de la lluvia. Una sola vela, de aparejos sencillos, podía aprovechar el viento, pero también había escálamos y cuatro remos para aguas más tranquilas.

Otra vez me llamaron la atención las gárgolas talladas en la proa y en la popa. Al mirarlas, sentía un escalofrío de terror, porque tocaban una parte de mi memoria racial, suprimida mucho tiempo antes. Aquellos rostros anchos, de ojos como hendiduras y labios bulbosos..., los rasgos eran, a su manera, una obra de arte, un arte irreconocible, pero no por ello menos inquietante.

Sorthalan cavó un hoyo para encender una hoguera, sobre la que puso una especie de asador. Cocinó dos pichones y una becada, pero no había carne suficiente para saciar mi propio apetito, mucho menos el de los tres.

Por una vez, no tuvimos que recorrer el exasperante ritual de comunicación e incompreensión. Sorthalan comió en silencio, mirándome de vez en cuando, pero concentrándose sobre todo en sus propios pensamientos. Fui yo quien intentó comunicarse. Señalé en la dirección por donde había desaparecido el mitago primario.

-Urscumug -dije.

Sorthalan se encogió de hombros.

-Urshumuc.

Casi el mismo nombre que utilizara Kushar.

Intenté otra cosa: utilicé los dedos para indicar un movimiento.

-Estoy persiguiendo a Uth guerig. ¿Sabes algo de él?

Sorthalan masticó la carne y me miró. Se lamió los dedos, manchados de grasa de ave. Se inclinó hacia adelante y, con los mismos dedos pegajosos, me cerró los labios.

No sé qué dijo, pero significaba «come y calla», que fue exactamente lo que hice.

Calculé que Sorthalan debía de tener unos cincuenta y tantos años. Su rostro estaba lleno de arrugas, y el pelo todavía bastante negro. Sus ropas eran sencillas: una camisa de tela, y un peto de cuero que parecía bastante eficaz. Los

pantalones eran largos, y los llevaba atados con tiras de tela. Calzaba unos zapatos de cuero cosido. Hay que decir que su gusto en ropas no era muy alegre: todo su atuendo era del mismo monótono color marrón. Es decir, todo menos el collar de huesos coloreados. Había dejado el casco en el bote, pero no puso ninguna objeción cuando Keeton lo cogió, lo llevó junto al fuego y pasó los dedos por los hermosos adornos, que representaban batallas y escenas de caza.

A Keeton se le ocurrió de repente que los dibujos en plata o bronce del casco podían hacer alusión a la vida del propio Sorthalan. Empezaban en el puente de la ceja izquierda, y narraban la escena alrededor de la cresta, hasta la placa que protegía la mejilla. Todavía quedaba sitio para labrar una escena o dos.

En uno de los dibujos aparecían barcos en un mar tormentoso; el estuario de un río rodeado de bosques; un poblado; figuras altas, siniestras; espectros y hogueras; y, por último, un único bote, con la silueta de un hombre en la proa.

Keeton no dijo nada, pero era evidente que la exquisita artesanía del casco le impresionaba.

Sorthalan se envolvió en la capa, y pareció sumirse en un sueño ligero. Keeton avivó el fuego y arrojó un trozo de leña entre las ascuas brillantes. Debía de ser casi medianoche, y los dos intentamos dormir.

Yo sólo pude dormir un poco y, en cierto momento de la noche, fui consciente de que Sorthalan susurraba algo en voz baja. Abrí los ojos y me incorporé. Le vi sentado al lado de Keeton, que dormía profundamente. Tenía una mano sobre la cabeza del piloto. Sus palabras eran como un cántico ritual. El fuego era ya casi inexistente, y lo avivé de nuevo. Con la luz renovada, vi que el rostro de Sorthalan estaba empapado de sudor. Keeton se removió un poco, pero siguió dormido. Sorthalan se llevó la mano libre a los labios, y yo confié en él.

Poco más tarde, el cántico de palabras susurradas terminó. Sorthalan se puso de pie, se quitó la capa y se encaminó hacia el agua para lavarse la cara y las manos. Después, se sentó sobre los talones, contempló el cielo nocturno, y habló en voz más alta. Los sonidos de su lenguaje, sibilantes, titubeantes, resonaron en la oscuridad. Keeton se despertó y se sentó, frotándose los ojos.

-¿Qué pasa?

-No lo sé.

Le observamos unos minutos, cada vez más sorprendidos. Le dije a Keeton lo que había estado haciendo Sorthalan, pero no demostró miedo ni preocupación.

-¿Qué es este hombre? -me preguntó.

-Un shamán. Un mago. Un nigromante.

-Los sajones le llamaron Freya. Yo creía que se trataba de un dios vikingo, o algo por el estilo.

-Los dioses nacen del recuerdo de hombres poderosos -sugerí-. Quizá una primera forma de Freya fue un brujo.

-Demasiadas complicaciones para estas horas de la madrugada -bostezó Keeton.

Los dos nos sobresaltamos al oír un movimiento tras nosotros, entre la maleza. Sorthalan se quedó donde estaba, junto al agua, ahora en silencio.

Keeton y yo nos pusimos de pie y escudriñamos la oscuridad. El creciente movimiento entre los arbustos delató la presencia de una forma vagamente humana. Fuera quien fuese, titubeó, refugiándose en la penumbra. Con la luz del fuego, sólo podíamos ver su perfil.

-¡Hola! -nos llegó la voz de un hombre.

No era una voz cultivada, parecía más bien insegura. La palabra había sonado como «¡Alla!».

Tras gritar, la figura se acercó, y pronto vimos a un joven. Entró en la zona de espíritus elementales, rodeado por los espectros y formas fantasmagóricas de

Sorthalan, que parecían obligarle a avanzar, pese a su resistencia. En aquel momento, sólo reconocí su uniforme. Estaba hecho jirones, y no portaba equipo, ni mochila ni rifle. Llevaba la chaqueta caqui abierta en el cuello. Vestía unos pantalones anchos, atados a las pantorrillas con polainas. Una única barra adornaba la manga de su chaqueta.

Era tan evidente que se trataba de un soldado británico de la primera guerra mundial, que al principio me negué a confiar en mis sentidos. Acostumbrado a una dieta visual de formas primitivas blandiendo armas de hierro, un espectáculo tan familiar y comprensible parecía casi falso.

Habló de nuevo. Su voz era todavía titubeante, y empleaba gran cantidad de modismos.

-¿Puedo acercarme? Vamos, compás, me muero de frío.

-Adelante -le animó Keeton.

-¡Por fin! -exclamó alegremente nuestro invitado nocturno. Dio unos pasos hacia nosotros, le vi la cara... .. ¡y Keeton también!

Creo que Harry Keeton contuvo el aliento. Yo me limité a mirarlos alternativamente.

-¡Oh, Dios! -exclamé.

Keeton se alejó de su doble. El soldado no pareció advertir nada extraño. Se acercó a la hoguera y se frotó vigorosamente los brazos. Cuando me sonrió, traté de devolverle la sonrisa, pero el parecido de aquel hombre con mi compañero me sorprendió tanto que debió notarlo.

-Me pareció que olía a pollo asado.

-A pichón -dije-. Pero ya lo hemos terminado. El soldado se encogió de hombros.

-Mala suerte. Me muero de hambre. No tengo nada para cazar. -Nos miró alternativamente-. ¿No llevaréis un cigarrillo...?

-No, lo siento -respondimos al unísono. Se encogió de hombros.

-Mala suerte -repitió. Pareció animarse un poco-. Me llamo Billy Frampton. ¿Os habéis perdido? ¿Dónde está vuestra unidad?

Nos presentamos. Frampton se sentó junto al fuego, que habíamos avivado. Advertí que Sorthalan se acercaba a nosotros hasta situarse detrás del recién llegado. Frampton no pareció ver al shamán. Tenía un rostro juvenil, ojos chispeantes y una mata de pelo rubio: era, en resumen, un Harry Keeton más joven... y sin la cicatriz de la quemadura.

-Yo vuelvo al frente -dijo Frampton-. Es que tengo un sexto sentido, ¿sabéis? Siempre lo he tenido, incluso en Londres, cuando era un crío. Una vez, a los cuatro años, me perdí en el Soho, y me encontraron cuando ya volvía a Mile End. Buen sentido de la orientación. Así que tranquilos, compás. No me perdáis de vista, y todo se arreglará.

Mientras hablaba, no dejaba de fruncir el ceño y de dirigir miradas ansiosas hacia el río. Luego clavó la vista en mí, y tenía una expresión extraña en los ojos, como una terrible mezcla de pánico e inseguridad.

-Gracias, Billy-respondí-. Vamos hacia el corazón del bosque. Queremos subir por el acantilado.

-Llamadme Bicho. Todos los compás me llaman Bicho. Keeton se atragantó otra vez, y volvió a estremecerse. Los dos hombres intercambiaron una larga mirada.

-Bicho Frampton -susurró Keeton-. Iba al colegio conmigo. Pero éste no es Bicho. Él era gordo, moreno.

-Sí, me llaman Bicho Frampton -sonrió nuestro invitado-. No me perdáis de vista, compás. Volveremos con los muchachos en menos que canta un gallo. Ya voy conociendo estos bosques como la palma de mi mano.

Era otro mitago, por supuesto. Mientras hablaba, me dediqué a observarle. No dejaba de mirar a su alrededor: parecía cada vez más turbado. Algo iba mal, y él lo sabía. Su misma existencia era un error. Hasta cierto punto, la presencia de los demás mitagos en el bosque era algo natural, pero la de Bicho Frampton resultaba antinatural. Intuí el porqué, y le susurré mi teoría a Keeton, mientras Bicho contemplaba fijamente el fuego y repetía, cada vez con voz más átona: «No me perdáis de vista, compás».

-Sorthalan lo creó a partir de tu mente.

-Mientras yo dormía...

Y era cierto. Sorthalan no tenía el poder de la pequeña Kushar, así que sondeó en la memoria racial de Keeton y encontró la forma mitago más reciente. Por medio de la magia, o quizá gracias a su propio poder psíquico, el nigromante había dado cuerpo al mitago en menos de una hora, para luego hacerlo ir al campamento. Le había proporcionado las facciones de Keeton, y un nombre elegido de sus recuerdos escolares. A través de Bicho Frampton, el mago de la Edad del Bronce podría hablar con nosotros.

-Le conozco, claro que le conozco -asintió Keeton-. Mi padre me hablaba de él. Más bien debería decir «de ellos». Había uno llamado Granada Gerry. Y también me contó historias sobre un cabo al que llamaba Metralla Mark. Todos estaban a punto de licenciarse. Metralla Mark era el cabo que saltaba a tu trinchera cuando te habías extraviado, en medio de la niebla, y te ayudaba a volver a casa. Y Metralla Mark hacía las cosas con estilo. Recogió a un grupo de soldados extraviados en Somme, en Francia, y los llevó de vuelta a Escocia sin que se mojaran los calcetines. -Keeton sonrió-. Esa clase de historias.

-Una forma mitago tan reciente... -dije en voz baja.

Estaba atónito. Pero imaginaba perfectamente cómo el horror y la desorientación de unos soldados podían provocar la generación por angustia de una forma «esperanzadora», una figura en la que se podía confiar para volver a casa, un héroe que devolviera los ánimos y el valor a los soldados.

Pero al mirar a nuestro invitado, a aquella figura heroica creada a toda velocidad, sólo vi desorientación y confusión. Había sido creado con un propósito, y ese propósito no era el mito, sino la comunicación.

Sorthalan se sentó tras el soldado, y le apoyó suavemente una mano en el hombro. Frampton se sobresaltó, y luego alzó la vista para mirarme.

-Se alegra de que tuvieras valor para venir.

-¿Quién es? -pregunté, con el ceño fruncido.

Me había dado cuenta de lo que estaba pasando. Sorthalan movía los labios, pero ningún sonido surgía de su boca. Mientras hablaba en silencio, Frampton se dirigía a mí. Su pintoresco vocabulario daba un matiz extraño a la leyenda que narraba. Repitió con palabras la historia que habíamos visto en el casco de Sorthalan.

-Se llama Sorthalan, que quiere decir «El primer barquero». En las tierras del pueblo de Sorthalan cayó una gran tormenta. Esas tierras están muy lejos de éstas. La tormenta era una tormenta de magia nueva, y de dioses nuevos. La tierra rechazaba al pueblo de Sorthalan. En aquellos tiempos, Sorthalan no era más que un fantasma en los ríñones del anciano sacerdote, Mithan. Mithan vio la nube oscura en el futuro, pero no había nadie que guiara a las tribus por tierra y mar, hacia los bosques de islas lejanas. Mithan era demasiado viejo para que sus fantasmas se formaran en los vientres de las mujeres.

«Encontró una gran piedra con un surco de agua en la superficie. Puso a su fantasma en la piedra, y la piedra en un pináculo alto. La piedra creció durante dos estaciones, y sólo entonces la bajó Mithan del pináculo. La abrió, y dentro había un niño acurrucado. Así fue como nació Sorthalan.

»Mithan alimentó al niño con hierbas secretas de las praderas y los bosques. Cuando fue un hombre, Sorthalan volvió junto a las tribus, y eligió una familia de cada una. Cada familia construyó un barco, y utilizaron carros para llevar los barcos junto al mar grisáceo.

»El primer barquero les guió a través del mar, a lo largo de la costa de la isla, buscando los acantilados, los bosques oscuros y los estuarios de los ríos, para elegir un lugar seguro donde asentarse. Encontró pantanos llenos de vegetación, donde nadaban gansos salvajes y otras aves. Se adentraron a través de un centenar de canales, y pronto dieron con un río más profundo, un río que les llevaría tierra adentro a través de colinas, bosques y desfiladeros.

»Uno a uno, los barcos atracaron en la orilla, y las familias se dispersaron para formar las tribus. Algunas sobrevivieron, otras no. Fue un viaje a los lugares oscuros, fantasmales, del mundo; un viaje más aterrador de lo que ninguno de ellos había imaginado. Aquella tierra estaba habitada, y los moradores atacaron a los intrusos con piedras y lanzas. Invocaron a las fuerzas de la tierra y a las fuerzas del río, y a los espíritus unidos de toda la naturaleza, y los enviaron contra los intrusos. Pero el viejo sacerdote había enseñado bien a Sorthalan. Absorbió con su cuerpo a los espíritus malévolos, y así los controló.

»Pronto, sólo el primer barquero quedó sobre el río, y navegó hacia el norte, llevando con él a los espíritus de aquella tierra. Siempre navega por los ríos, aguardando la llamada de sus tribus, y siempre está dispuesto a ayudar, con su cortejo de poderes arcanos.

A través del médium humano, Sorthalan nos había contado su propia leyenda. Así conocimos sus poderes. Pero también sabíamos que esos poderes eran limitados: no podía hacer lo mismo que hiciera Kushar. Y él también parecía esperarme, igual que me habían esperado los *shamiga*, el Caballero y la familia de sajones.

-¿Por qué se alegra de que haya venido? -pregunté. Fue el turno de Frampton de vocalizar palabras silenciosas, antes de hablar en voz alta.

-El Extranjero debe ser destruido. Es un ser diferente. Está acabando con el bosque.

-Tú parece tener poder más que suficiente para destruir a cualquier hombre -repliqué.

Sorthalan sonrió y sacudió la cabeza, para luego responder con su estilo típico.

-La leyenda es clara. La Sangre es la que destruye al Extranjero... o muere a sus manos. Sólo la Sangre.

¿La leyenda era clara? Por fin se habían formulado las palabras que confirmaban mis crecientes sospechas. Yo mismo me había convertido en un personaje legendario. Christian y su hermano, el Extranjero y su Sangre, obrando según reglas marcadas por el mito, quizá desde el principio de los tiempos.

-Tú me estabas esperando -señalé.

-El reino te estaba esperando -me corrigió Sorthalan-. Yo no sabía que eras la Sangre, pero vi el efecto que surtía sobre ti la hoja de roble. Empecé a desear que fuera así.

-Se me esperaba.

-Sí.

-Para que cumpliera mi parte en la leyenda.

-Para que hagas lo que se debe hacer. Para eliminar lo diferente que ha invadido el reino. Para quitarle la vida. Para detener la destrucción.

-¿Puede ser tan poderoso un simple hombre?

Sorthalan se echó a reír, aunque su médium permaneció solemne.

-El Extranjero no es un simple hombre. Él no pertenece a este reino...

-Yo tampoco.

-Pero eres su Sangre. Eres el lado luminoso de lo diferente. El lado oscuro es el que destruye. Ha llegado hasta aquí porque el guardián fue tentado por el exterior.

-¿Qué guardián?

-El Urshucum. Los Urshuca fueron los primeros del Exterior, pero se acercaron a la tierra. El Urshucum que has visto, siempre vigiló la entrada al valle de los que hablan con las llamas, pero algo lo atrajo hacia fuera. Fuera de estos bosques hay una gran magia. Una voz le llamó. El guardián acudió, y el corazón del reino quedó desprotegido. El Extranjero está devorando ese corazón. Sólo su Sangre puede detenerle.

-O morir a sus manos.

Sorthalan no hizo ningún comentario en respuesta al mío. Sus ojos penetrantes se clavaron en mí, como si buscaran algo especial, algo que delatara la presencia del hombre que había de cumplir su misión en el mito.

-No entiendo cómo es posible que el Urshucum vigilara ese valle de -¿cómo lo había llamado?- los que hablan con las llamas. Mi padre creó al Urshucum. Con esto -me toqué la cabeza-. Con su mente. Igual que tú has creado a este hombre.

Bicho Frampton no respondió nada que indicara que había comprendido mis crueles palabras. Me miró con tristeza, antes de responder como le dictaba el nigromante.

-Tu padre no hizo más que invocar al guardián. Todo lo que hay en este reino ha estado aquí desde siempre. El Urshucum fue llamado a las fronteras del reino, y cambió, como antes lo había cambiado Sion.

Eso no significaba nada para mí.

-¿Quién era Sion?

-Un gran Señor. Un shamán. Señor del Poder. Él controlaba las estaciones para que la primavera siguiera al verano, y el verano a la primavera. Podía dar a los hombres el poder de volar como aves. Su voz era tan potente que llegaba a los cielos.

-¿Y él cambió a los Urshuca?

-Había diez señores menores -respondió Sorthalan-. Todos temían el creciente poder de Sion, y se volvieron contra él. Pero fueron derrotados. Con su magia, Sion los transformó en bestias del bosque. Los envió al exilio, a la tierra donde estaba terminando el invierno más largo. Esa tierra era ésta, que una vez estuvo sepultada por el hielo. El hielo se fundió, y el bosque volvió, y los Urshuca se convirtieron en guardianes de ese bosque. Sion les había concedido un poder cercano a la inmortalidad. Al igual que los árboles, los Urshuca crecían, pero no envejecían. Cada uno fue a un río o a un valle, y construyó un castillo para vigilar el camino hacia el bosque que empezaba a crecer. Se acercaron a la tierra, y fueron amigos de los que iban a asentarse, a cazar y a vivir de la tierra.

Hice la pregunta obvia:

-Si los Urshuca eran amigos de los hombres, ¿por qué éste es tan violento? Persigue a mi hermano. Si me atrapara a mí, me mataría sin pensárselo dos veces.

Sorthalan asintió, y los labios de Frampton se movieron levemente mientras surgían las palabras de su creador.

-Vino un pueblo, y con ellos los que hablan con las llamas. Los que hablan con las llamas podían controlar el fuego. Podían hacer que el fuego brotara del cielo. Si señalaban con un dedo hacia el este, las llamas se extendían hacia el este. Si escupían sobre el fuego, el fuego se convertía en un ascua brillante. Vinieron los que hablan con las llamas, y empezaron a quemar los bosques. El Urshuca se enfrentó a ellos con violencia.

La comunicación se interrumpió durante un par de minutos, cuando Sorthalan se puso de pie, y se alejó de nosotros para orinar.

-La noche que nos atacó Christian había unos hombres que controlaban el fuego -me susurró Keeton.

Yo no los había olvidado. Nos referíamos a ellos llamándolos «neolíticos». Eran los seres más primitivos de la banda de Christian, pero parecían tener una especie de control mental sobre el fuego y las llamas. Era fácil imaginar la sencilla base histórica de la que surgían las leyendas sobre el Urscumug y los que hablan con las llamas. Vi con los ojos de la mente un tiempo pasado, cuando la última glaciación tocaba a su fin, y el hielo se retiraba rápidamente. Ese hielo había llegado hasta las zonas centrales de Inglaterra. Durante siglos, mientras se fundía, el clima había sido frío, y la tierra de los valles pantanosa y traicionera. Luego llegaron los pinos, bosques espesos que habrían rivalizado con las forestas bávaras de nuestro tiempo. Y después, comenzaron a echar raíces los primeros árboles de hoja caduca, los olmos, los avellanos, seguidos por los robles y los fresnos, que empujaban los bosques hacia el norte, creando una capa de vegetación todavía existente en el siglo veinte.

Bajo el oscuro follaje habían corrido jabalíes, osos y lobos. Los ciervos pastaban en los claros y en los valles, asomándose de cuando en cuando a los altos riscos, donde el bosque era menos espeso y los zarzales formaban brillantes matorrales.

Pero los animales humanos también volvieron al bosque, y avanzaron hacia el norte. Empezaron a abrir espacios en el bosque. Utilizaban el fuego. ¡Qué habilidad habían necesitado para encender el fuego y controlarlo, para crear un claro e instalar su poblado! ¡Y más todavía para resistir el empuje del bosque, que exigía lo que era suyo!

Debió de ser una lucha terrible por la supervivencia. El bosque, desesperado, quería conservar su dominio de la tierra. El hombre y su fuego se lo negaban. Las bestias de aquellos bosques primarios se convirtieron en fuerzas oscuras, en dioses oscuros. Hasta el mismo bosque se veía como un ser consciente, un ser que creaba fantasmas y espíritus para lanzarlos contra el patético invasor humano. Las historias sobre el Urscumug, el guardián del bosque, nacieron del miedo de los recién llegados, de los nuevos invasores, que hablaban otros idiomas y traían consigo otras habilidades. Los Extranjeros.

Y más adelante, los hombres que utilizaban el fuego fueron casi deificados como «los que hablan con las llamas».

-¿Cómo termina la leyenda del Extranjero? -pregunté a Sorthalan cuando volvió a sentarse.

El nigromante se encogió de hombros, un gesto muy moderno. Se echó la pesada capa sobre los hombros y ató los rudos cordones. Parecía cansado.

-Cada Extranjero es diferente -dijo-. Su Sangre vendrá contra él. No se puede saber qué sucederá. Lo que nos hace darte la bienvenida al reino, no es la seguridad del éxito: es la esperanza de éxito. Sin ti, el reino se marchitará como una flor cortada.

-Háblame de la chica-pedí.

Evidentemente, Sorthalan estaba muy cansado. Keeton también parecía inquieto, y bostezaba. Sólo el soldado seguía alerta, bien despierto, pero tenía la mirada clavada en algún punto lejano. Sus ojos eran inexpresivos, y tras ellos sólo brillaba la presencia controladora del shamán.

-¿Qué chica?

-Guiwenneth.

Sorthalan se encogió de hombros otra vez, y negó con la cabeza.

-Ese nombre no me dice nada.

¿Cómo la había llamado Kushar? Revisé mis notas.

Sorthalan negó con la cabeza nuevamente.

-La hermosa nacida del terror -sugerí.

Esta vez, el nigromante me comprendió.

Se inclinó hacia adelante y me puso una mano en la rodilla. Dijo algo en su idioma y me miró con una expresión extraña. Como si se acordara de repente, volvió la cabeza hacia el soldado inexpresivo cuya mirada cobró brillo al instante.

-La chica está con el Extranjero.

-Lo sé -dije-. Por eso le persigo. Quiero recuperarla -añadí.

-La chica es feliz con él.

-No es cierto.

-La chica le pertenece.

-No lo acepto. Él me la quitó.

La reacción de Sorthalan fue de sorpresa. Seguí hablando:

-Él me la quitó, y voy a recuperarla.

-Fuera del reino, ella no tiene vida -dijo Sorthalan.

-Yo creo que sí. Tiene una vida conmigo. Ella eligió esa vida, y Christian actuó contra la voluntad de Guiwenneth. No quiero apropiarme de ella, no quiero poseerla. Simplemente, la amo. Y ella me ama, de eso estoy seguro. -Me incliné más hacia el shamán-. ¿Conoces su historia?

Sorthalan se apartó, pensativo. Evidentemente, mis revelaciones le habían sorprendido.

-Fue criada por los amigos de su padre -insistí-. La entrenaron en los bosques, le enseñaron los caminos de la magia y los caminos de las armas. ¿Verdad? Los cazadores nocturnos cuidaron de ella hasta que fue una mujer. Cuando se enamoró por primera vez, los cazadores nocturnos la llevaron a la tierra de su padre, al valle donde está enterrado. Eso es todo lo que sé. El espíritu de su padre la une al dios Astado. Esto también lo sé. Pero ¿qué sucedió después? ¿Qué le pasó al que la amaba?

«Pero sucedió que, en las tierras del este, se enamoró por primera vez del hijo de un jefe que estaba decidido a poseerla.» Las palabras del diario resonaron con fuerza en mi mente. Pero quizá aquella versión fuera demasiado reciente como para que Sorthalan reconociera los detalles.

De repente, Sorthalan se volvió hacia mí. Los ojos le brillaban. A través de su barba, me pareció verle sonreír. Estaba emocionado, parecía optimista.

-Nada sucede hasta que sucede -dijo a través de Frampton-. No había comprendido la presencia de la chica. Ahora la comprendo. ¡Tu misión es más sencilla, Sangre!

-¿Por qué?

-Por lo que ella es -respondió Sorthalan-. Ha estado sometida por el Extranjero, pero ahora se encuentra más allá del río. No se quedará con él. Encontrará fuerzas para escapar...

-¡Y volverá a salir del bosque!

-No. -Sorthalan negó con la cabeza mientras Frampton articulaba el sonido-. Irá al valle. Irá a la piedra blanca, al lugar donde yace su padre. Sabrá que es su única esperanza de volver a ser libre.

-¡Pero no conoce el camino hacia allí! El diario de mi padre dice que Guiwenneth estaba triste porque no podía dar con el valle que respiraba.

-Huirá hacia el fuego -aseguró Sorthalan-. El valle lleva al lugar donde arde el fuego. Confía en mí, Sangre. Una vez pasado el río, la chica estará más cerca que nunca de su padre. Encontrará el camino. Deberás estar allí para reunirte con ella... ¡y para enfrentarte con su perseguidor!

-Pero ¿qué sucedió después de ese enfrentamiento?

La historia tiene que contarle.

Sorthalan se echó a reír, me agarró por los hombros y me sacudió.

-En años venideros, la historia lo contará todo. ¡Por ahora, está incompleta!

Me quedé mirándole como un idiota. Harry Keeton sacudía la cabeza en gesto de incredulidad. Entonces, Sorthalan pareció recordar algo. Su mirada vagó hacia algún punto detrás de mí, y me soltó los hombros.

-Los tres que te siguen tendrán que ser abandonados -dijo Frampton.

-¿Los tres que me siguen?

-Mientras devastaba el reino, el Extranjero reunió una banda de hombres. Su Sangre, también. En cambio, si la chica va al valle, hay una manera mejor de encontrarla, pero los tres deben ser abandonados durante un tiempo.

Pasó junto a mí y gritó algo hacia la oscuridad. Keeton se puso en pie, aprensivo y asombrado. Sorthalan dijo algo en su propio idioma, y los espíritus elementales giraron a nuestro alrededor, formando un velo brillante.

Tres figuras surgieron de la oscuridad de la noche, y avanzaron hacia el brillo de los elementales. Caminaban inseguros. Primero vino el soldado del trabuco, luego el Caballero. Tras ellos, con el escudo y la espada colgando descuidadamente a un costado, llegó la forma cadavérica del hombre que encontramos en la tumba de piedra. Se mantuvo algo alejado de los otros dos: era una criatura mítica terrible, surgida más del horror que de la esperanza.

-Volverás a encontrarlos en otros tiempos -me dijo Sorthalan.

¡Yo sólo podía pensar en que ni siquiera les había oído bajar por el barranco! Pero ahora sabía que la sensación de ser seguidos tenía un fundamento, que no era un miedo irracional.

No sé lo que había entre el shamán y los guerreros. Los tres hombres que me habrían acompañado en otra leyenda volvieron sobre sus pasos hacia el bosque estigio, y desaparecieron de mi vista.

La consciencia de Billy Frampton volvió brevemente a la forma mitago que se sentaba con nosotros. Los ojos del soldado se iluminaron un poco, y sonrió.

-Vamos a echar un sueñecito, compás. Mañana nos aguarda una buena caminata, debemos encontrar a los muchachos. Tenemos que descansar un rato.

-¿Podrás guiarnos hacia el centro del bosque? -preguntó Keeton a su doble-.
¿Sabrás guiarnos hasta el valle de la piedra blanca? Frampton le miró, sin comprender.

-Que me aspen si te entiendo, compa. ¿De qué me estás hablando? Me daría por satisfecho con volver a una trinchera y tener un buen plato de rancho...

Mientras hablaba, frunció el ceño, se estremeció y miró a su alrededor. La inseguridad nubló de nuevo su rostro, y empezó a temblar violentamente.

-Esto no está bien... -susurró, mirándonos alternativamente a Keeton y a mí.

-¿Qué es lo que no está bien? -le pregunté.

-Todo este lugar. Creo que estoy soñando. No oigo disparos. Algo anda mal.

Se frotó las mejillas y la mandíbula con los dedos, como un hombre helado de frío que intentara recuperar la circulación bajo la piel.

-Algo anda mal, seguro -repitió.

Alzó la vista hacia el cielo nocturno, hacia el follaje agitado por la brisa. Creo que las lágrimas le brillaban en los ojos. Nos sonrió.

-Me pellizcaré. Quizá estoy soñando. Pronto despertaré. Eso es. Me despertaré, y todo volverá a estar bien.

Y, dicho esto, se agarró a la capa de Sorthalan, y se acurrucó junto al shamán como un niño. Pronto estuvo dormido.

Por lo que a mí respecta, también conseguí dormir un poco. Creo que Keeton hizo lo mismo. Poco antes del amanecer, nos despertamos bruscamente. Gracias a la primera luz del día, la orilla del río resultaba visible.

Lo que nos había despertado era un disparo a lo lejos.

Sorthalan, abrigado con su capa, nos miraba a través de unos ojos entrecerrados, húmedos de rocío. Su rostro seguía inexpresivo. No había ni rastro de Billy Frampton.

-Un disparo -dijo Keeton.

-Sí, ya lo he oído.

-Mi pistola...

Volvimos la vista hacia el lugar donde nos habían atacado los halcones, y nos quitamos de encima las sencillas mantas. Helados, doloridos por lo duro del terreno, corrimos juntos por la orilla del río.

Keeton lo vio y me llamó con un grito. Los dos nos quedamos junto al árbol, observando la pistola, que estaba enganchada a una delgada rama. Keeton la tocó con suavidad, olfateó el cañón y confirmó que acababan de dispararla.

-Lo preparó todo para que el arma no cayera al río con él -dijo Keeton.

Nos dimos la vuelta para contemplar la corriente de agua, pero no había rastro de sangre, ni se veía el cadáver del soldado.

-Él lo sabía -dijo Keeton-. Sabía lo que era. Sabía que no tenía una auténtica vida. Y terminó con la farsa de la única manera honorable.

«Quizá estoy soñando. Eso es. Me despertaré, y todo volverá a estar bien.»

En realidad no sé por qué, pero durante un tiempo, me sentí terriblemente triste, e irracionalmente furioso con Sorthalan. Según pensaba yo, el shamán había creado un ser humano sólo para utilizarlo, y luego prescindir de él. La verdad, por supuesto, era que Billy Frampton no había tenido más existencia real que los fantasmas que poblaban el follaje, alrededor de nuestro campamento.

El valle

Teníamos poco tiempo para llorar la muerte de Frampton. Cuando volvimos, Sorthalan ya había enrollado las pieles sobre las que se asentaba el campamento, y estaba a bordo del pequeño barco, haciendo los preparativos para desplegar las velas.

Recogí la mochila y la lanza, y me despedí del barquero, aunque me resultó difícil sonreír.

Pero una mano me empujó desde atrás, hacia el río. Keeton también había sido impulsado hacia el barco, y Sorthalan nos gritó algo, indicándonos que saltásemos a bordo.

A nuestro alrededor, los espíritus elementales eran como una brisa eterna, y el roce de sus dedos en el rostro y en el cuello era tan molesto como reconfortante. Sorthalan nos tendió una mano para ayudarnos a subir, y nos acomodamos entre los rudos asientos. En toda la parte interior del casco había símbolos y rostros pintados, tallados, o sencillamente arañados. Quizá fueran las marcas de las familias que habían navegado con el primer barquero. Desde la proa, nos contemplaba escudriñadora una cabeza de oso, con expresión sombría, los ojos ligeramente entrecerrados, y dos cuernos que sugerían más una amalgama de deidades que un simple animal.

La vela se hinchó con un brusco sonido, y se desplegó. Sorthalan recorrió el barco para tensar los aparejos. La nave se estremeció una vez, y salió al río para dejarse llevar por la corriente. La vela recogió el viento, los aparejos crujieron, y el barco cobró velocidad. Sorthalan, envuelto en la gran capa, manejaba el timón con la vista fija en el abrupto desfiladero que se abría ante nosotros. El rocío que salpicaba del agua nos enfriaba la piel. El sol estaba bajo en el cielo, y los altos acantilados proyectaban una sombra ominosa sobre las aguas, arrancándoles un brillo escalofriante.

Siguiendo instrucciones de Sorthalan, Keeton y yo nos situamos junto a diferentes aparejos. Pronto aprendimos a tensar y soltar la vela para aprovechar los vientos del amanecer. El río trazaba curvas y meandros por todo el desfiladero. Nos deslizamos sobre las aguas, avanzando mucho más de prisa que si hubiéramos seguido caminando.

Empecé a tener frío, y me alegré de llevar el impermeable. El paisaje que nos rodeaba empezó a mostrar síntomas del cambio de estación. El follaje se hizo más oscuro y empezó a escasear. De repente, estábamos en un bosque sombrío, de finales de otoño, atravesando un desfiladero que parecía interminable. Las cimas del precipicio estaban tan altas sobre nosotros, que apenas podíamos divisar algún que otro detalle, aunque en varias ocasiones detecté un movimiento. De cuando en cuando, grandes rocas caían estruendosamente al río, detrás de nosotros, haciendo que el barco se bamboleara violentamente. Sorthalan se limitaba a sonreír y a encogerse de hombros.

Una corriente cada vez más rápida arrastraba al barco. La nave sorteaba los rápidos, gracias a que Sorthalan manejaba expertamente el timón. Keeton y yo nos agarrábamos a los escámos como si nos fuera en ello la vida. En cierta ocasión, nos acercamos peligrosamente a las laderas del desfiladero, y sólo un movimiento frenético de la vela evitó el desastre.

Sorthalan no parecía preocupado. Sus espíritus elementales eran ahora una nube oscura, amenazadora, que nos cubría por detrás y por encima, y sólo de vez en cuando nos llegaba un rayo de luz sinuosa, que se filtraba entre el follaje otoñal del desfiladero.

¿Adonde íbamos? Todos los intentos de obtener una respuesta a esa pregunta recibieron como única contestación un dedo que señalaba hacia arriba, hacia la meseta que se alzaba río adelante.

Por fin salimos al sol, y el río se convirtió en una estela dorada, brillante, cegadora. Los elementales se arremolinaron ante nosotros, formando un velo de penumbra a través del cual la luz del sol apenas conseguía filtrarse. Otra vez entre sombras, nos estremecimos al ver una inmensa fortaleza de piedra que se alzaba en la orilla del río, casi cubriendo la parte derecha del acantilado. Era un espectáculo increíble: las torres, tórrelas y muros almenados parecían escalar por la misma roca. Sorthalan guió el barco hasta llevarlo a la orilla más lejana, y nos hizo gestos para que agacháramos las cabezas. Pronto comprendí por qué: una lluvia de saetas golpearon el barco y el agua que nos rodeaba.

Cuando estuvimos fuera del alcance de las flechas, me indicó que arrancara las afiladas armas del casco exterior, un trabajo más difícil de lo que parece.

También vimos otras cosas en las paredes del acantilado, la más impresionante fue una enorme forma de metal oxidado, que parecía un hombre.

-¡Talos! -se atragantó Keeton cuando pasamos rápidamente junto a ella.

El viento hinchaba ruidosamente la vela. La gigantesca máquina metálica, que tenía más de treinta metros de altura, estaba enclavada entre las rocas, y rodeada en parte por los árboles. Un brazo se extendía sobre el río, y pasamos bajo la sombra de la enorme mano, pensando que de un momento a otro caería sobre nosotros para atraparnos. Pero este Talos estaba muerto, y nos alejamos de su rostro triste y ciego.

Una extraña ansiedad se apoderó de mí.

-¿Adonde demonios vamos, Sorthalan? -pregunté repetidamente en inglés.

Para entonces, Christian ya estaría a muchos kilómetros, nos llevaría días de ventaja.

El río trazaba una curva alrededor de la meseta. Nosotros también habíamos recorrido muchos kilómetros, y ya estaba a punto de anochecer. Ciertamente: de pronto, Sorthalan llevó el barco hacia la orilla, lo amarró y preparó la hoguera del campamento. Fue un anochecer frío y ventoso. Nos acurrucamos junto al fuego, y pasamos algunas horas en silencio antes de tumbarnos para dormir.

A aquel día le siguió otro igual, la continuación del aterrador viaje entre las rocas del río, los rápidos y los remolinos, donde peces plateados de un tamaño increíble nadaban a toda velocidad junto a nosotros.

Otro día de navegación, otro día viendo ruinas, formas y señales de actividad primitiva en las paredes del acantilado, cada vez más cercanas entre sí. En determinado momento, pasamos junto a las cavernas donde vivía una tribu. Habían talado los árboles, dejando a la luz la pared del precipicio: había más de veinte cuevas excavadas en la roca. Multitud de rostros observaron nuestro paso, pero no pude captar más detalles.

Al tercer día, Sorthalan dejó escapar un grito de alegría, y señaló hacia adelante. Miré por la borda, escudándome los ojos contra el brillo del sol, y vi que un puente en mal estado cruzaba el río por encima del acantilado.

Sorthalan llevó el barco a la orilla, recogió la vela y dejó que la pequeña nave fuera arrastrada por la corriente hasta llegar bajo la inmensa construcción de piedra. Una gran sombra pasó sobre nosotros. La enormidad de aquel puente cortaba la respiración. Había rostros extraños y formas animales talladas en el tramo. Los pilares partían del mismo precipicio. El puente entero parecía a punto

de derrumbarse y, mientras saltábamos a la orilla, una piedra dos veces más grande que yo se desprendió repentinamente del arco y se precipitó, silenciosa y aterradora, hacia el agua, donde la ola que levantó su caída casi nos ahogó a los tres.

En seguida comenzamos el ascenso. Lo que yo pensaba que iba a ser una escalada terriblemente difícil, resultó bastante sencilla, ya que los pilares, groseramente tallados, ofrecían buenos asideros para manos y pies. Las tenues formas de los acompañantes de Sorthalan resultaban claramente visibles a nuestro alrededor, y pronto me di cuenta de que nos estaban ayudando: mi mochila y mi lanza pesaban mucho menos de lo que esperaba.

Bruscamente, mi mochila recuperó su peso normal. Keeton también dejó escapar una exclamación. Estaba en equilibrio precario sobre uno de los pilares, a más de trescientos metros por encima del río, y se encontró sin ayuda por primera vez. Sorthalan nos gritó algo en su antiguo idioma.

Sólo me arriesgué a echar un vistazo hacia abajo. El barco era tan pequeño, el río quedaba tan lejos, que el estómago se me contrajo, y dejé escapar un gemido.

-Aguanta-me dijo Keeton.

Levanté la vista hacia él, y su sonrisa me dio cierta seguridad.

-Nos estaban ayudando -comenté mientras seguía ascendiendo hacia él.

-Están atados al barco -asintió-. Sin duda, sólo pueden alejarse de él una distancia muy limitada. No importa, ya casi hemos llegado. Queda menos de medio kilómetro...

Ascendimos los últimos cuatrocientos metros por la cara vertical del puente. El viento me azotaba y me zarandeaba, como si unas manos me tirasen de la mochila, tratando de apartarme de la gran estructura. Subimos por uno de los sonrientes rostros de gárgolas, agarrándonos a las fosas nasales, a los ojos y a los labios. Por fin, sentí que las fuertes manos de Sorthalan me ponían a salvo.

Caminamos a buen paso hacia la meseta, atravesando el maltrecho puente y los árboles que había más allá. El terreno formaba una pendiente empinada hacia arriba, y luego hacia abajo. Llegamos a un otero rocoso, desde donde pudimos divisar el extenso paisaje invernal del reino interior.

Evidentemente, Sorthalan no podía acompañarnos más lejos. Su leyenda y su objetivo le ataban al río. En nuestro momento de necesidad, había acudido a ayudarnos; ahora, acababa de enseñarme el camino más corto hacia Guiwenneth.

Encontró una roca plana y, con una piedra afilada, arañó un mapa que debíamos memorizar. A lo lejos, apenas vagos perfiles en el horizonte, alcancé a ver dos picos gemelos, dos cumbres montañosas cubiertas de nieve. Las señaló en el mapa, y dibujó un valle entre ellas. En el valle estaba la gran piedra. Indicó en el mapa que el valle llevaba a un bosque cercano al gran muro de llamas. Desde donde estábamos, no alcancé a ver ni rastro de humo; había demasiada distancia. Luego señaló en el mapa el tramo del camino que habíamos recorrido en barco. Estábamos más cerca del valle que del lugar donde Christian había cruzado el río. Si Guiwenneth escapaba de mi hermano, y conseguía llegar -ya fuera por casualidad o por instinto- al valle de la tumba de su padre, Christian tendría que viajar muchos más días.

Nosotros estábamos más cerca que él de la piedra.

El último gesto de Sorthalan fue muy interesante. Me cogió la lanza que llevaba sujeta a la mochila, y en el asta, a unos sesenta centímetros de la punta de piedra, dibujó un ojo. Sobre el ojo grabó una runa, como una V invertida con uno de los extremos retorcido. Después, se puso de pie entre nosotros, nos colocó una mano en el hombro a cada uno, y nos empujó amablemente hacia la tierra invernal.

La última vez que le vi estaba sentado en una roca, con la vista perdida en la lejanía. Me despedí con un gesto de la mano, que él me devolvió. Se levantó y desapareció entre los árboles, hacia el puente.

He perdido la cuenta del tiempo, así que hoy es el día X. Cada vez hace más frío. Los dos estamos preocupados, no traemos equipo para soportar un medio ambiente tan crudo. En los últimos cuatro días ha nevado dos veces. Eran poco más que ventiscas, la nieve se colaba entre las ramas de los árboles y apenas llegaba a cuajar. Pero es un mal presagio de lo que nos aguarda. Desde las zonas elevadas, cuando los árboles escasean, las montañas que vemos a lo lejos nos parecen siniestras. Nos estamos acercando, desde luego, pero pasan los días y no parece que avancemos.

Steven está casi al límite. A veces guarda un silencio hosco, a veces grita furioso, culpando a Sorthalan de lo que considera un retraso interminable. Se está volviendo muy extraño. Cada vez se parece más a su hermano. Vi un instante a C en el jardín, y aunque S es más joven, ahora lleva el pelo igual de largo, la barba igual de descuidada. Camina con los mismos aires jactanciosos. Cada vez maneja mejor la espada y la lanza, mientras que mi habilidad con esas armas es casi nula. Me quedan siete balas para la pistola.

Por mi parte, no deja de parecerme fascinante que Steven se haya convertido en un personaje mítico. Es el mitago del reino mitago. Cuando mate a C, la enfermedad que destruye esta tierra desaparecerá. Y, como viajo con él, supongo que yo también soy parte del mito. ¿Se contarán historias sobre la Sangre y su compañero, el estigmatizado, Kee o Kitten, o como quieran que cambien los nombres? Kiton, que en el pasado pudo volar sobre la tierra, y que ahora acompaña a la Sangre por lugares extraños: la escalada por el puente gigante, las aventuras entre bestias extrañas... Si los dos nos convertimos en leyendas para los diferentes pueblos históricos dispersos en este reino, ¿qué significará eso? ¿Nos habremos convertido en parte de la historia auténtica? ¿Se narrarán en el mundo real historias sobre Steven y sobre mí, sobre nuestra búsqueda de venganza contra el Extranjero? No recuerdo muy bien nuestro folklore, pero me intriga imaginar que algunas historias -Arturo y sus Caballeros, por ejemplo (¿sir Kay?)- son versiones elaboradas de lo que estamos haciendo ahora mismo.

Los nombres cambian con el tiempo y las culturas. Peregú, Peredur, ¿Percival? Y el Urscumug, también llamado Urshucum. He estado pensando mucho sobre la leyenda fragmentaria asociada con el Urscumug. Exiliado a una tierra muy lejana, pero esa tierra era Inglaterra, la Inglaterra de finales de la glaciación. ¿Quién lo envió? ¿Y de dónde? No dejo de pensar en el Señor del Poder, que podía cambiar el clima, y cuya voz resonaba entre las estrellas. Sion. Señor Sion. Recuerdo palabras y nombres, y empiezo a asociarlas. Ursh. Sion. En inglés, el sonido de Ursh es parecido al de Tierra. En inglés, el sonido de Sion es parecido al de Ciencia. ¿Los guardianes de la tierra exiliados por la ciencia?

Quizá los héroes populares, los personajes legendarios, no vienen del pasado, sino del...

¡Qué locura! Sí, es una locura. Y vuelvo a ser el hombre racional. Estoy a cientos de kilómetros de las leyes espaciotemporales normales, pero he llegado a aceptar lo extraño como normal. Pese a todo, sigo sin poder admitir que yo mismo estoy fuera de la normalidad.

Me pregunto qué habrá sucedido con el amigo de la Sangre. ¿Qué contaron las leyendas sobre el fiel Kitten? ¿Qué me sucederá si no encuentro al Avatar?

Empezamos a pasar hambre. El bosque era un lugar desolado, al parecer deshabitado. Vi aves comestibles, pero no teníamos ningún medio de cazarlas. Cruzamos arroyos y bordeamos pequeños lagos, pero si algún pez habitaba en ellos, supo esconderse bien de nosotros. La única vez que vi un pequeño venado, le pedí la pistola a Keeton, pero se negó a dármela. Con la confusión del momento, el animal escapó, pese a que me lancé contra él por entre los arbustos y le arrojé la lanza con todas mis fuerzas.

Keeton se está volviendo supersticioso. En algún momento de los últimos días, ha conseguido quedarse con tan sólo siete balas, y las cuida como si le fuera la vida en ello. Una vez, le descubrí examinándolas. Ha grabado sus iniciales en una.

-Ésta es para mí -me dijo-. Pero una de las otras.

-Una de las otras, ¿para quién?

Me miró con ojos inexpresivos, inquietos.

-No podemos sacar nada del reino sin sacrificio -dijo. Miró las otras seis balas que tenía en la mano.

-Una de éstas es para el Cazador. Una es suya, y si la uso por error, él destruirá algo irremplazable.

Quizá Keeton pensaba en la leyenda de la Jagad. No lo sé. Pero se negó a utilizar la pistola. Ya habíamos sacado demasiado del reino. Era hora de devolver el favor.

-Así que prefieres que nos muramos de hambre -le grité, furioso-. ¡Por un capricho estúpido!

El aliento se le helaba al salir, humedeciéndole el bigote. La piel quemada de su barbilla y mandíbula se había vuelto casi blanca.

-No nos moriremos de hambre -dijo con serenidad-. Hay pueblos a lo largo del camino. Sorthalan los señaló.

Nos quedamos quietos, tensos y furiosos, en el bosque helado, observando como pequeños copos de nieve caían de un cielo gris.

-Hace unos minutos me pareció que olía a humo -dijo de repente-. No podemos estar lejos.

-De acuerdo, vamos-repliqué.

Y pasé junto a él, avanzando rápidamente por el duro suelo del bosque.

Pese a la barba que me había dejado crecer, el frío afectaba profundamente a la piel de mi rostro. La ropa de Keeton le daba bastante calor, pero mi impermeable, perfecto para la lluvia, no era gran cosa contra la nieve. Necesitaba una piel de animal y un buen gorro.

A los pocos minutos de aquel enfrentamiento breve y hostil, yo también percibí el olor a quemado. Provenía de una hoguera de carbón de leña. Ardía en un claro del bosque, dentro de un hoyo profundo, sin que nadie la vigilara. Seguimos un camino, que parecía muy utilizado, hasta la empalizada de un pueblo, y llamamos a sus habitantes en el tono más amistoso que nos fue posible.

Era un poblado escandinavo muy antiguo. No me atrevo a llamarlo «vikingo» aunque es más que probable que su leyenda original incluyera elementos de aquellos guerreros. Había tres casas grandes, calentadas por hogueras al descubierto, alrededor de las cuales correteaban animales y niños. Pero vimos rastros obvios de una catástrofe pasada: una cuarta casa quemada, en ruinas, y fuera del pueblo encontramos un montículo de tierra, un túmulo. Luego nos dijeron que allí yacían ocho habitantes del poblado, asesinados años antes por...

Sí, claro.

Por el Extranjero.

Nos dieron de comer bien, aunque usar un cráneo humano como plato no dejaba de provocarnos escalofríos. Los hombres altos, de pelo rubio, envueltos en gruesas pieles, se sentaron a nuestro alrededor. Los niños y las niñas se

parecían mucho entre ellos, también altos y con ojos brillantes, y llevaban todo el pelo recogido en trenzas. Nos proporcionaron carne seca y verduras, así como un frasco de cerveza amarga, que tiramos en cuanto estuvimos fuera del poblado. También nos ofrecieron armas, cosa increíble, ya que para cualquier cultura primitiva una espada no sólo representa riqueza, sino también un objeto muy difícil de obtener. Las rechazamos. En cambio, aceptamos otro regalo, consistente en gruesas capas de piel de reno, que me apresuré a sustituir por la mía. Las capas tenían capucha. ¡Por fin, un poco de calor!

Envueltos en las nuevas indumentarias, partimos un amanecer gélido y neblinoso. Seguimos diversos caminos por el bosque pero, a lo largo del día, la niebla se espesó, dificultándonos el avance. Era una experiencia frustrante, que no contribuyó lo más mínimo a mejorar mi humor. No podía dejar de imaginar a Christian acercándose al fuego, al reino de Lavondyss, donde los espíritus de los hombres no estaban atados al tiempo. También imaginaba a Guiwenneth, arrastrada tras él contra su voluntad. Hasta la idea de saberla corriendo como el viento hacia el valle de su padre, empezaba a resultarme angustiosa. Nuestro viaje estaba durando demasiado. ¡Seguro que llegarían antes que nosotros!

A última hora del día, la niebla se despejó un poco, aunque la temperatura bajó todavía más. El bosque era un lugar húmedo y gris que se extendía interminable a nuestro alrededor. El cielo estaba encapotado y oscuro. De vez en cuando, me subía a un árbol alto para ver los dos picos gemelos, y recuperar un poco la seguridad.

Y el bosque era cada vez más primitivo: abundaban más los grupos de avellanos y olmos, y empezaban a predominar los abedules, pero el reconfortante roble había desaparecido casi por completo; sólo muy de cuando en cuando encontrábamos uno, junto a algún claro gélido. En vez de temer aquellos claros, Keeton y yo los considerábamos santuarios reconfortantes. Cuando llegaba la noche, el hallazgo de un claro señalaba el momento de acampar.

Viajamos durante una semana entre el hielo. Los lagos estaban helados. Las ramas más exteriores de los árboles, las que se tendían sobre terreno descubierto, estaban llenas de carámbanos. Cuando llovía, nos acurrucábamos, tristes y deprimidos. La lluvia se helaba al momento, y todo el paisaje brillaba.

Pronto estuvimos mucho más cerca de las montañas. El aire olía a nieve. El bosque se hizo menos espeso, y cruzamos riscos en los que en el pasado debió de haber senderos. Desde aquel terreno elevado, divisamos el humo de hogueras en un pueblo lejano. Keeton se quedó en silencio, pero parecía muy nervioso. Cuando le pregunté qué le pasaba, no supo explicármelo: sólo dijo que se sentía muy solo, y que se acercaba el momento de la separación.

La idea de prescindir de la compañía de Keeton no era muy agradable. Pero, durante los últimos días, había cambiado, se había hecho cada vez más supersticioso, cada vez más consciente de su propio papel mitológico. Su diario, esencialmente una descripción vulgar del viaje y de su dolor -el hombro le seguía haciendo daño- repetía constantemente una pregunta. ¿Cuál será mi futuro? ¿Qué cuenta la leyenda sobre el Valiente K?

Por mi parte, ya no me preocupaba el final de la leyenda del Extranjero. Sorthalan había dicho que la historia estaba inacabada. Supuse que eso significaba que los acontecimientos no estaban predestinados, que el tiempo y la situación eran mutables. Mi única preocupación era Guiwenneth, cuyo rostro me inquietaba y me inspiraba a la vez. Siempre parecía estar conmigo. A veces, cuando el viento soplaba, creía oír sus gritos. Incluso llegué a echar de menos la actividad premitago: quizá hubiera avistado una doble suya, y esa proximidad ilusoria me habría reconfortado. Pero, tras pasar la zona de los lugares abandonados, cesó

toda actividad..., incluso para Keeton, aunque él agradecía infinitamente la desaparición de las cambiantes formas periféricas.

Cuando llegamos lo suficientemente cerca del pueblo como para verlo, comprendimos que nos habíamos topado con algo tan primitivo que casi parecía de otro mundo. Había una empalizada de madera, alzada sobre un promontorio del terreno. En la parte exterior encontramos unos metros de tierra llenos de rocas agudas, plantadas en el suelo: una defensa muy simple, fácil de atravesar. Dentro de la empalizada, las chozas eran de piedra, construidas sobre ahondamientos en el terreno. Unas vigas de madera cruzadas formaban el soporte para techos de hierba o paja. Aquel pueblo era más subterráneo que superficial, y cuando cruzamos la entrada, sólo vimos piedra, sólo captamos el olor a hierba fresca o quemada.

Un anciano, ayudado por dos jóvenes, vino hacia nosotros. Todos portaban largos cayados curvos. Su vestimenta se componía de viejas pieles de animales, que formaban unas túnicas bajo las cuales usaban pantalones, atados a las pantorrillas con tiras de cuero. Llevaban brillantes diademas, de las que colgaban plumas y huesos. Los jóvenes tenían el rostro desprovisto de pelo; el anciano lucía una larga barba blanca, sucia, que le llegaba al pecho.

Cuando nos acercamos, vino a nosotros y nos ofreció un recipiente de arcilla. El recipiente estaba lleno de una crema color rojo oscuro. Acepté la ofrenda, pero, evidentemente, se me pedía que hiciera algo más. Detrás de los tres hombres habían aparecido más siluetas encorvadas, hombres y mujeres, bien abrigados contra el frío. Y todos nos miraban. Advertí la existencia de huesos sobre unas plataformas elevadas, más allá de las chozas.

¡Y el aire se llenó con el olor de cebollas asadas!

Entregué el recipiente de arcilla al anciano, y me incliné hacia adelante, suponiendo que se esperaba que me manchara la cara de alguna manera. El hombre pareció complacido, metió un dedo en el ocre y, rápidamente, me dibujó una raya en cada mejilla, para luego repetir la operación con Keeton. Volví a coger el recipiente, y nos adentramos en el pueblo. Keeton seguía muy nervioso.

-Está aquí -dijo.

-¿Quién?

No obtuve respuesta. Keeton estaba completamente absorto en sus propios pensamientos.

Era un pueblo neolítico. Su lenguaje se componía de una colección siniestra de sonidos guturales y diptongos alargados, una comunicación extraña e incomprensible que desafiaba incluso la reproducción fonética. Examiné aquella comunidad sombría y repelente, buscando cualquier tipo de conexión con algún mito, pero no había nada de interés, a excepción de un túmulo enorme, pintado de blanco, erigido sobre un otero, y las rocas llenas de dibujos intrincados, que rodeaban la casa principal. Todavía estaban tallando aquellas piedras, mientras un niño de no más de doce años supervisaba los trabajos. Nos lo presentaron como Ennik-tig-encruik, pero advertí que todos le llamaban «tig». Nos miró atentamente, y nosotros examinamos su manera de tallar la piedra, utilizando cornamentas de animales y piedras.

La obra me recordó a las tumbas megalíticas del oeste, concretamente a las de Irlanda, un país que había visitado con mis padres a los siete años. Aquellas grandes tumbas habían sido las depositarias de los mitos y el folklore durante miles de años. Eran castillos de hadas, y muchas noches se podían ver allí a enanos con armaduras doradas, corriendo entre los montículos.

¿Estaría asociado aquel pueblo con los primeros recuerdos de las tumbas?

Jamás sabría la respuesta. Nos habíamos adentrado demasiado. Habíamos retrocedido demasiado en los recuerdos ocultos del hombre. Sólo podíamos

relacionar con aquellos tiempos primitivos el mito del Extranjero, y de los primeros Extranjeros: los Urshuca.

Un crepúsculo gris y gélido envolvió la tierra. La niebla helada amortajó las montañas y los valles que las rodeaban. El bosque se convirtió en un lugar de esqueletos negros clavados en el terreno, esqueletos con los brazos alzados en la niebla helada. Dentro de las chozas enterradas, las hogueras dejaban escapar el humo a través de agujeros en los techos de paja, y el aire se impregnó del olor dulce del avellano ardiendo.

De pronto, Keeton se quitó las pieles y la mochila, y lo dejó caer todo al suelo. Pese a mi pregunta, me ignoró, igual que ignoró al viejo. Pasó junto a él, en su camino hacia el otro extremo de la aldea. El anciano de pelo blanco le miró con el ceño fruncido. Llamé a Keeton por su nombre, pero era consciente de la inutilidad del acto. Fuera lo que fuese aquello que obsesionaba al piloto, no quería compartirlo conmigo.

Me llevaron a la choza principal, y me dieron de comer un caldo de verduras, en el que flotaban trozos de ave bastante desagradables. Lo más sabroso que me ofrecieron fue una especie de bizcocho hecho de cereal, con un sabor a nueces y un regusto a paja. Estaba muy bueno.

Al anoecer, ahíto, pero muy solo, salí al terreno que se extendía tras las chozas. Las antorchas que ardían allí dejaban en sombra la empalizada. Soplaban un viento gélido, y las llamas crepitaban. Dos o tres neolíticos me observaban debajo de sus pieles, haciendo comentarios en voz baja entre ellos. Desde el follaje, allí donde brillaba una luz, me llegó el sonido agudo del hueso al golpear contra la piedra: un artista aprovechaba las últimas horas de la jornada para trabajar, impaciente por expresar los símbolos terrestres que le indicara el chico «tig».

Cuando escudriñé la oscuridad de la noche, vi otros fuegos entre las montañas. Evidentemente, aquellos puntos de luz indicaban la presencia de otros pueblos. Pero, a lo lejos, había otro brillo más intenso, al que la niebla prestaba una cualidad difusa, aterradora. Estábamos cerca de la barrera de fuego, la muralla de fuego que los que hablan con las llamas mantenían viva, la frontera entre el bosque y las tierras descubiertas de más allá. Allí, el mundo del Bosque Mitago se convertía en una zona sin tiempo que nadie podría explorar.

Keeton me llamó por mi nombre. Me di la vuelta y le vi, de pie en la oscuridad; una figura delgada sin la capa protectora.

-¿Qué pasa, Harry? -pregunté mientras me dirigía hacia él.

-Es hora de partir, Steve -dijo. Vi que tenía lágrimas en los ojos.

-Ya te lo advertí...

Se volvió y me guió hacia la choza donde había estado refugiado.

-No lo entiendo, Harry, ¿partir adonde?

-Sólo Dios lo sabe -respondió en voz baja mientras se agachaba para cruzar por la puerta baja, hacia el interior cálido-. Pero yo estaba seguro de que llegaría este momento. No vine contigo por diversión.

-No dices más que tonterías -repliqué al tiempo que me erguía.

La choza era pequeña, aunque diez adultos podrían dormir allí. El fuego ardía con viveza en el centro del suelo de tierra. Vasijas de barro se amontonaban en un rincón; en otro, había herramientas de hueso y de madera. Del techo bajo colgaban hebras de hierba y de paja roja.

Sólo había un ocupante más en la choza. Estaba sentado al otro lado de la hoguera, y frunció el ceño al verme entrar. Nos reconocimos al mismo tiempo. Su espada estaba apoyada contra la columna que sostenía el techo. Creo que, por mucho que lo intentara, no habría podido ponerse en pie en aquel diminuto lugar.

-¡Stiv'n! -exclamó, con su acento tan parecido al de Guiwenneth.

Avancé hacia él, y me dejé caer de rodillas. Increíblemente confuso, pero contento de verle, saludé a Magidion, el jefe del Jaguth.

Por extraño que parezca, lo primero que pensé fue que Magidion estaría furioso conmigo, por no haber sabido proteger a Guiwenneth. Aquella repentina ansiedad debió de hacerme parecer un niño a sus pies. La sensación se borró. Eran Magidion y su Jaguth los que habían fallado a la chica. Además, el hombre tenía algo extraño. Para empezar, estaba solo. Además, parecía distraído y triste, y su palmada en mi hombro -un gesto de bienvenida- fue breve e insegura.

-La he perdido -le dije-. A Guiwenneth. Me la arrebataron.

-Guiwenneth -repitió con voz suave.

Extendió el brazo para empujar una rama hacia el fuego, y una lluvia de chispas iluminó el lugar, al tiempo que nos llegaba una oleada de calor procedente de las brasas renovadas. Sólo entonces vi que los ojos del hombretón estaban llenos de lágrimas. Miré a Keeton. Harry Keeton contemplaba a Magidion con una intensidad y una preocupación que yo no conseguía explicarme.

-Ha sido llamado -me dijo Keeton.

-¿Llamado?

-Tú mismo me contaste la historia del Jaguth...

¡Entonces lo entendí! La Jagad había decidido que era el momento de llamar a Magidion. Primero Guillauc, luego Rhydderch, y ahora Magidion. Estaba separado de los demás, una figura solitaria empeñada en una búsqueda, obedeciendo al capricho de una deidad forestal tan extraña como antigua.

-¿Cuándo fue llamado?

-Hace unos días.

-¿Has hablado con él de eso?

Keeton se limitó a encogerse de hombros.

-Todo lo que he podido, como de costumbre. Pero ha bastado...

-¿Qué ha bastado? Sigo sin entender.

Keeton me miró. Parecía un poco angustiado. Luego, sonrió débilmente.

-Ha bastado para darme un poco de esperanza, Steve.

-¿El «avaluar»?

En cuanto pronuncié la palabra, me sentí enrojecer de vergüenza, pero Keeton se echó a reír.

-En cierto modo, quería que leyeras lo que escribía.

Se metió la mano en el bolsillo de los pantalones y sacó la pequeña libreta, húmeda, con las puntas dobladas. La apretó un instante y me la entregó. Me pareció ver una cierta esperanza en sus ojos: ya no era el hombre sombrío en que se había convertido durante los últimos días.

-Quédatela, Steve. En realidad, para eso la escribí. Acepté la libreta.

-Mi vida está llena de diarios.

-Éste no es gran cosa. Pero hay una o dos personas en Inglaterra... -Al decirlo, se echó a reír, y sacudió la cabeza-. Hay una o dos personas allí de donde venimos... Bueno, te he escrito sus nombres en la última página. Son gente importante para mí. Por favor, díselo.

-¿Qué quieres que les diga?

-Dónde estoy. Dónde he ido. Que soy feliz. Sobre todo eso, Steve. Que soy feliz. Quizá no quieras divulgar demasiado el secreto del bosque...

Sentí una tristeza terrible. A la luz del fuego, el rostro de Keeton estaba tranquilo, casi radiante. Miró a Magidion, que nos observaba a los dos, creo que bastante asombrado.

-Vas a ir con Magidion... -afirmé más que pregunté.

-No es demasiado partidario de llevarme, pero lo hará. La Jagad le ha llamado, y su búsqueda tiene relación con un lugar que vi en el bosque francés. Sólo fue un vistazo breve, pero me bastó. Ese lugar, Steve..., es un lugar mágico. Sé que puedo librarme de esto...

Se tocó la quemadura del rostro. La mano le temblaba, los labios le temblaban. Me di cuenta de que era la primera vez que me mencionaba su herida.

-Nunca me he sentido completo. ¿Lo comprendes? En la guerra, hay hombres que pierden las piernas o los brazos, y siguen viviendo con normalidad. Pero, con esto, nunca me he sentido completo. Me perdí en aquel bosque fantasma. Estoy seguro de que era un bosque como el Ryhope. Fui atacado por... algo... -Me miró con una expresión de temor en los ojos-. Me alegro de que no nos hayamos encontrado con aquello, Steve. Ahora me alegro. Me quemó con sólo tocarme. Defendía el lugar que vi. ¡Qué lugar tan hermoso! Lo que ardió, puede volver a quedar como estaba. En este reino no sólo hay armas ocultas, y leyendas de guerreros, y defensores de la justicia, y cosas así. También hay belleza, el cumplimiento de los deseos, y mucho más... No sé cómo describirlo. ¿Utopía? ¿Paz? Quizá una visión futura de todos los pueblos. Un lugar como el paraíso. Quizá sea el paraíso.

-Has venido desde tan lejos en busca del paraíso -dije con suavidad.

-En busca de la paz -me respondió-. Creo que ésa es la palabra exacta.

-¿Y Magidion conoce ese... lugar de paz?

-Lo vio una vez. Sabe del dios animal que lo vigila, el «avatar», como yo lo llamo. Vio la ciudad. Vio sus luces, el resplandor de sus calles y ventanas. La recorrió, contemplando sus torres, escuchando la llamada nocturna de sus sacerdotes. Un lugar increíble, Steve. El recuerdo de esa ciudad me ha perseguido siempre. Es cierto, ya lo sabes... -Frunció el ceño, comprendiendo algo a medida que hablaba-. Creo que soñé con ese lugar incluso cuando era niño, mucho antes de que mi avión se estrellara sobre el bosque fantasma. Yo lo soñé. ¿Lo he creado yo? -Se rió, confuso-. Es posible. Mi primer mitago. Es posible.

Yo estaba agotado, pero tenía que averiguar todo lo posible sobre Keeton. Estaba a punto de perderle. Sólo con pensar en su partida, me invadía un miedo terrible. Quedaría solo, completamente solo, en este reino...

Poco más podía decirme. Según su historia, se había estrellado en un bosque fantasma, junto con su copiloto. Los dos vagaron, aterrados y muertos de hambre, por un bosque tan espeso e increíble como el Ryhope. Lucharon por sobrevivir durante dos meses, y dieron con la ciudad por pura casualidad. Les atrajeron lo que pensaban eran luces de una ciudad, en el lindero del bosque. Los edificios brillaban en la noche. Les resultó completamente desconocida, no se parecía a ninguna otra ciudad de la historia: un lugar maravilloso, deslumbrante, que les tentó emocionalmente y les hizo tambalearse a ciegas hacia allí. Pero estaba vigilada por criaturas con poderes terroríficos, y uno de aquellos «avatares» proyectó fuego contra Keeton, causándole una terrible quemadura desde la boca al estómago. Su compañero consiguió esquivar al guardián, y lo último que vio Keeton, cegado por las lágrimas, apenas capaz de contener los gritos de dolor, fue la silueta lejana del copiloto caminando por las luminosas calles.

El mismo avatar le llevó lejos de la ciudad, y le liberó en los límites del bosque. La quemadura sólo había sido un aviso. Keeton fue capturado por una patrulla alemana, y se pasó el resto de la guerra en el hospital de un campo de prisioneros. Y después de la contienda, por mucho que lo intentó, no consiguió dar con el bosque fantasma.

Con respecto a Magidion, había poco más que añadir. La llamada le había llegado unos días antes. Magidion dejó al Jaguth y se adentró hacia el corazón

del reino, hacia el mismo valle que era mi destino. Para Magidion y sus compañeros de armas, el valle era un símbolo importantísimo, un lugar de gran poder espiritual. Su jefe, el valiente Peredur, estaba enterrado allí. Al ser llamados, todos y cada uno viajaban hasta la piedra, antes de adentrarse más, a través de las llamas, hacia el no-tiempo, o de volver atrás, lo que parecía ser el destino de Magidion.

No sabía nada de Guiwenneth. El corazón de la joven había amado, y con eso quedaba roto su lazo con el Jaguth. La angustia de Guiwenneth les había llevado hacia Refugio del Roble, tantas semanas antes, para reconfortarla, para asegurarle que podía tomar con sus bendiciones a aquel extraño joven como amante. Pero la historia de Guiwenneth se había desarrollado al margen de la suya. Ellos la criaron y la entrenaron; ahora, ella tenía que ir al valle que respiraba, para invocar al espíritu de su padre. En la historia que me contara mi propio padre, el Jaguth la acompañaba. Pero el tiempo y las circunstancias cambiaban los detalles de la historia, y en la versión que me había tocado vivir, Guiwenneth estaba destinada a volver a su valle como cautiva de un hermano cruel y despiadado.

Ella triunfaría, por supuesto. ¿Cómo podía ser de otra manera? A menos que triunfara sobre su opresor, a menos que venciera, a menos que se convirtiera en la joven del poder, su leyenda no tendría sentido.

El valle estaba cerca. Magidion ya había pasado por allí, y ahora volvía sobre sus pasos, hacia el reino interior del bosque.

Cuando el fuego terminó de consumirse, dormí como un tronco. Keeton también durmió, aunque durante la noche me despertó el sonido del llanto de un hombre. Nos levantamos juntos antes de que amaneciera. Hacía un frío espantoso y, pese a estar dentro de la choza, el aliento se nos helaba. Magidion y Keeton se refrescaron un poco, rompiendo el hielo que se había formado sobre una gran vasija de piedra llena de agua.

Salimos afuera. No había nadie más por allí, pero de todas las chozas surgían ya las primeras columnas de humo. Temblando violentamente, comprendí que estaba a punto de nevar. El hielo brillaba en todo el asentamiento neolítico. Los árboles que crecían junto a la empalizada parecían de cristal.

Keeton se metió la mano en el bolsillo, sacó la pistola y me la tendió.

-Quizá deberías llevártela -dijo. Negué con la cabeza.

-Gracias, creo que no. No me parecería justo atacar a Christian con «artillería».

Me miró durante un segundo, y luego sonrió de una manera extraña, casi fatalista. Volvió a guardarse el arma en el bolsillo del pantalón.

-Quizá sea lo mejor -dijo.

Y así, con una brevísima despedida, Magidion echó a andar hacia la salida. Keeton le siguió, con la enorme mochila a la espalda. La capa de pieles hacía que su cuerpo pareciera enorme... y aun así era pequeño en comparación con el nombre que abría la marcha hacia el amanecer. Keeton titubeó un instante, se dio la vuelta y alzó la mano en gesto de despedida.

-¡Espero que la encuentres! -me gritó.

-La encontraré, Harry. La encontraré, y la recuperaré.

Se quedó junto a la entrada e hizo una pausa larga, insegura.

-Adiós, Steve -dijo al fin-. Has sido el mejor de los amigos. El nudo en la garganta casi me impidió hablar.

-Adiós, Harry. Cuídate.

Oímos la orden de Magidion, casi un ladrido. El piloto se dio la vuelta y caminó rápidamente hacia la penumbra de los árboles. Ojalá encuentres la paz, valiente K. Ojalá tu historia sea feliz.

Durante horas, me dominó una depresión terrible. Me quedé acurrucado en la pequeña choza, mirando el fuego, leyendo y releendo de cuando en cuando las anotaciones en la libreta de Harry. El pánico y la soledad se apoderaron de mí y, durante un buen rato, me sentí incapaz de continuar mi viaje.

El anciano de la barba blanca vino a sentarse junto a mí, y su presencia solícita me alegró.

La depresión pasó, por supuesto.

Harry se había ido. Buena suerte a Harry. Me había dicho que me faltaban dos o tres días de viaje hasta llegar al valle. Magidion ya había estado allí, y construyó un refugio de cazador cerca de la piedra. Podría aguardar en él hasta que llegara Guiwenneth.

Y Christian. El momento de la confrontación se acercaba.

Salí de mi encierro durante las primeras horas de la tarde, y partí entre los ligeros torbellinos de nieve que caían del cielo gris. El anciano me había marcado la cara con diferentes tonos de ocre, además de regalarme una figurilla de marfil en forma de oso. No tenía ni idea de para qué servían los dibujos y el icono, pero ambas aportaciones me alegraban, y guardé el talismán de oso en lo más profundo del bolsillo del pantalón.

Aquella noche, casi me congelé, acurrucado en la tienda de lona, que había plantado en un claro. El lugar me había parecido bien resguardado, pero un viento terrible lo azotó sin piedad desde la noche al amanecer. Sobreviví al frío, y al día siguiente salí al claro, en la cima de una pendiente. Desde allí pude divisar el bosque y las montañas lejanas.

Había pensado que el valle con la piedra de Peredur estaba entre aquellas imponentes pendientes cubiertas de nieve. Ahora descubría lo equivocado que estaba, lo incorrecto que era el mapa de Sorthalan.

Desde aquella posición, avisté por primera vez la gran muralla de fuego. El terreno se elevaba y caía en una serie de colinas abruptas, cubiertas de árboles. Entre ellas, en algún punto, estaba el valle, pero la barrera de fuego que se alzaba sobre el bosque oscuro, formando una brillante banda amarilla coronada de humo, estaba evidentemente a este lado de las montañas.

Las montañas se encontraban más allá, en el lugar imposible donde el tiempo dejaba de tener sentido.

Otra noche, esta vez acurrucado en un saliente protegido de la roca, que conseguí calentar con una pequeña hoguera. No me gustó demasiado la idea de encender un fuego, ya que mi refugio estaba en terreno elevado y las llamas atraían la atención. Pero en aquel lugar húmedo y gélido el calor era algo precioso.

Me senté en la diminuta cueva, muerto de hambre, pero sin el menor interés en las escasas provisiones que llevaba. Contemplé el paisaje oscuro, y el brillo lejano del fuego de los que hablan con las llamas. En algunos momentos, me parecía captar el sonido de la madera al arder.

Durante la noche, oí el relincho de un caballo. Venía de algún punto entre los árboles iluminados por la luna, bajo el saliente donde yo me acurrucaba. Me situé ante mi pequeña hoguera, tratando de bloquear la luz. El sonido me había llegado amortiguado, distante. ¿Habría voces también? ¿Quién podía viajar en una noche tan oscura y fría?

No capté más ruidos. Temblando de aprensión, volví a arrastrarme hacia mi cueva, y esperé el amanecer.

Por la mañana, todo estaba cubierto de nieve. No era una capa gruesa, pero dificultaba la marcha. Entre los árboles resultaba más difícil ver las raíces retorcidas y los agujeros traicioneros. El bosque se mecía y susurraba en aquel silencio blanco. A veces, oía a algún animal, pero sin llegar a verlo. Unos pájaros negros trazaban círculos y graznaban sobre las ramas desnudas.

La nevada se hizo más intensa. Empecé a sentirme inquieto mientras atravesaba el bosque. Cada vez que una rama se rompía y dejaba caer nieve en el terreno, el corazón me daba un vuelco.

En determinado momento de la mañana, empecé a notar una sensación extraña. Supongo que se debía en buena parte al miedo, y también al caballo cuyo relincho quejumbroso había oído durante la noche gélida. Empecé a tener la seguridad de que alguien me seguía, y eché a correr.

Durante un rato, me resultó muy fácil correr, eligiendo cautelosamente el camino por el bosque cubierto de nieve, esquivando con cuidado las raíces prominentes y los desniveles del terreno.

Cada vez que me detenía y volvía la vista en el bosque silencioso, me parecía oír un movimiento furtivo. Todo el lugar era una mezcla confusa de sombras, de blanco y de gris. Entre esas sombras no había ningún movimiento, excepto el de los copos de nieve al caer por las ramas, acompañando con su suave caída mi huida aterrada.

Pocos minutos más tarde, lo oí; el sonido inconfundible de un caballo, y el de hombres corriendo. Escudriñé a través de la nieve, tratando de atisbar algo en las zonas grises entre los árboles. Una voz gritó algo, y recibió respuesta desde algún punto a mi izquierda. El caballo relinchó de nuevo. Oí el susurro de pies arrastrándose por el terreno blando.

Me volví hacia el valle y eché a correr como si me fuera la vida en ello. Pronto, detrás de mi, mis perseguidores olvidaron toda intención de ocultar su presencia. Los cascos del caballo cada vez sonaban más fuertes, más regulares. Los gritos de los hombres tenían un tono triunfal. Cuando miré hacia atrás, vi sombras que se movían a través del bosque. El jinete y su montura aparecieron sobre el manto blanco.

En mi huida, tropecé y fui a estrellarme contra un árbol. Me giré como un animal acosado, y preparé la lanza con punta de piedra. Lo que vi me dejó atónito: los lobos saltaban sobre la nieve a izquierda y derecha, algunos incluso me miraban con nerviosismo..., pero huían. Vi al gran venado que corría entre los árboles, perseguido por la voraz manada. Durante un segundo, me quedé confuso. Quizá toda la sensación de ser perseguido sólo se debía a aquello...

Pero el jinete estaba allí. El animal sacudió la cabeza cuando el hombre que lo montaba lo espoleó hacia adelante. Cada vez que posaba un casco sobre el suelo, la nieve volaba a su alrededor. El jinete no era otro que el fenlander, embutido en su capa oscura, sosteniendo su jabalina de punta letal con una facilidad arrogante. Me miró con los ojos entrecerrados y, bruscamente, puso el caballo al galope, preparando su jabalina para atacar.

Me lancé hacia un lado, tropezando con las raíces, con la mochila rebotándome en la espalda. Mientras me movía, volví a ciegas la lanza contra mi atacante. Oí un grito animal de dolor, y la lanza recibió un brusco tirón en mis manos. Había herido al caballo en el flanco, desgarrándole la carne. Se sacudió, se encabritó, y arrojó al fenlander de su lomo. El hombre se sentó en la nieve riéndose, sin dejar de mirarme. Comenzó a ponerse de pie y buscó su jabalina.

Reaccioné sin pensar, y le ensarté. La lanza se quebró allí donde Sorthalan había grabado el ojo vigilante. El fenlander miró estúpidamente la vara de madera que le surgía del pecho, antes de alzar la vista hacia mi figura temblorosa. Todavía le amenazaba con el asta rota de la lanza. Se le pusieron los ojos en blanco, y cayó hacia atrás con la boca abierta.

La nieve empezó a cubrirle el rostro.

Le dejé allí tendido. ¿Qué otra cosa podía hacer? Me libré del trozo de lanza, y caminé intranquilo por el bosque, preguntándome dónde estaría el resto de la banda. Y dónde se ocultaría Christian.

Y así, temblando por la conmoción de haber matado, perdido en mis pensamientos nerviosos, salí del bosque para entrar en el valle, donde soplaba un viento terrible.

La roca de Peredur se alzaba en la nieve ante mí: un hito gigantesco, azotado por los vientos, dominando el lugar desde sus casi veinte metros de altura. Caminé hacia el megalito grisáceo, anonadado y conmovido por la majestad del monumento. No ostentaba ningún adorno, la piedra había sido tallada en una sola pieza con las herramientas más primitivas que se puedan imaginar. Se ahusaba ligeramente en la cúspide, y tenía una leve inclinación hacia la muralla de fuego, en el otro extremo del valle. La nieve se había acumulado contra un lado de la piedra, casi cubriendo la silueta de un pájaro, de especie difícilmente distinguible, labrada burdamente en su superficie. Era el símbolo más antiguo para representar a Peredur, la sencilla asociación con el mito del rescate. Así que aquélla era la roca de Peredur, la misma para todas las versiones de la leyenda: una piedra para Peredur, cualquiera que fuese el nombre por el que se le conociera, el lugar que buscaba la chica rescatada en sus alas, cualquiera que fuese la forma en la que se la hubiera conocido a lo largo de los siglos.

Guiwenneth. Su rostro estaba ante mí, más bello que nunca, con los ojos chispeantes de diversión. Mirara hacia donde mirase, allí la veía: en las colinas, en las ramas blancas, en la lejana muralla de humo oscuro... «Inos c'da, Stivv'n», decía. Y se reía, cubriéndose la boca con la mano.

-Te he echado de menos -le dije.

-Mi punta de lanza -murmuraba, tocándome la nariz con un dedo-. Tú tienes la fuerza. Mi preciosa punta de lanza...

El viento era increíblemente frío. Soplaba desde las colinas, azotando la barrera de los que hablan con las llamas, la muralla de fuego que aislaba el reino interior. Su voz se desvaneció, sus pálidos rasgos se perdieron entre la nieve. Caminé en torno a la piedra, temeroso de que me sorprendieran los halcones de Christian, casi gritando el nombre de Guiwenneth, anhelando que estuviera allí acurrucada, esperándome.

Lo primero que vi fue un rastro de huellas, que pasaba entre los árboles hacia las llamas. Estaban casi cubiertas por la nieve, pero resultaba evidente que alguien había estado junto a la piedra, para luego caminar valle abajo.

Empecé a seguir las huellas, casi sin atreverme a considerar la identidad del que las había hecho. Los árboles eran densos en la hondonada del valle. Durante un buen tramo, la nieve era espesa, pero pronto desapareció del suelo cuando el calor de la muralla de fuego se hizo más intenso.

El crepitar y rugir de las llamas fue subiendo en volumen. Pronto llegué a ver el fuego a través del bosque. Y, cuando todo lo que se extendía ante mí era una barrera de llamas, entré en una zona de troncos chamuscados y calcinados, con ramas ennegrecidas como los miembros de las víctimas de un incendio. Restos abrasados de avellanos y robles, así como de toda clase de árboles, se destacaban contra el brillo del muro de llamas; parecían figuras humanas retorcidas.

Una de las figuras se movió, siguiendo la dirección de las llamas, para desaparecer tras la sombra de un árbol alto. Rápidamente, me puse a cubierto y observé los alrededores, antes de correr hacia un punto más ventajoso, aprovechando los espacios resguardados, protegiéndome los ojos para ver contra el brillo del incendio. Otra vez descubrí un movimiento furtivo. Una forma alta - demasiado alta para ser Guiwenneth-, que llevaba algo brillante.

Me dejé caer sobre los talones, y luego corrí hacia una roca pequeña, para ocultarme tras ella. No vi más movimientos, y salí cautelosamente para situarme junto al tronco de un roble carbonizado.

Se levantó del suelo como un espectro, a menos de cinco pasos de mí, una sombra surgiendo de entre las sombras. Le reconocí al momento. Llevaba una espada de hoja larga. Sudaba a mares, y se había quedado sólo con una camisa de lana color gris oscuro, abierta hasta la cintura, y unos pantalones amplios, atados a las pantorrillas para impedir que ondearan. Tenía dos cortes recientes en el rostro, y uno de ellos le cruzaba el ojo izquierdo. La sonrisa que asomaba bajo la barba oscura parecía cruel y violenta. Sostenía la espada con tanta facilidad como si estuviera hecha de madera, y se acercó lentamente a mí, sin dejar de hablar.

-Así que has venido a matarme, hermano. Has venido a ejecutar la hazaña.

-¿Pensabas que no lo haría?

Se detuvo, sonrió y se encogió de hombros. Clavó la espada en el suelo y pareció apoyarse en ella.

-La verdad, me has decepcionado -dijo, burlón-. No traes una lanza de la Edad de Piedra.

-Me dejé la punta en el pecho de tu mano derecha. El fenlander. En el bosque.

Christian pareció sorprendido, y frunció ligeramente el ceño mientras miraba más allá de la roca de Peredur.

-¿El fenlander? Creí que yo mismo lo había enviado al otro barrio.

-Pues parece que no -dije con tranquilidad.

Pero mis pensamientos corrían desbocados. ¿Qué estaba diciendo Christian? ¿Me estaba dando a entender que se había producido una guerra civil en su banda? ¿Estaba solo ahora, solo y abandonado por sus hombres?

Había algo débil en mi hermano, algo casi fatalista. Seguía mirando el fuego, pero cuando me acerqué un paso hacia él, reaccionó bruscamente, y la espada resplandeciente de rojo me apuntó. Caminó a mi alrededor muy despacio, mientras el fuego arrancaba chispas de sus ojos e iluminaba la sangre seca de su rostro.

-La verdad, Steven, confieso que me impresiona tu obstinación. En Refugio del Roble, creí haberte ahorcado. Luego envié a seis hombres para acabar contigo en el río. Me pregunto qué les sucedió...

-Todos están flotando en el agua, aunque supongo que ya se los habrán comido los peces.

-Muertos a tiros, supongo -dijo con amargura.

-Sólo uno -murmuré-. Los demás..., sencillamente, no eran buenos con la espada.

Christian dejó escapar una carcajada de incredulidad, al tiempo que sacudía la cabeza.

-Me gusta tu tono, Steve. Arrogante. Eso es fuerza. Ya veo que estás decidido a ser la Sangre vengadora.

-Quiero a Guiwenneth. Eso es todo. Matarte es menos importante. Si tengo que hacerlo, lo haré. Pero preferiría que no fuera necesario.

Christian se detuvo en su lento caminar. Alcé mi espada celta en gesto amenazador, y él inclinó la cabeza para examinarla.

-Bonito juguete -dijo con cinismo, rascándose el vientre a través del tejido oscuro de la camisa-. Debe ser muy útil con las patatas.

-Y con los halcones -mentí. Christian se sorprendió.

-¿Has matado a uno de mis hombres con eso?

-Dos cabezas, dos corazones...

Mi hermano se quedó en silencio un segundo, y luego rompió a reír otra vez.

-¡Qué mentiroso eres, Steve! ¡Qué noble mentiroso! En tu lugar, yo haría lo mismo.

-¿Dónde está Guiwenneth?

-Vaya, vaya, ésa sí que es una buena pregunta. ¿Dónde está Guiwenneth? Eso, ¿dónde está?

-Entonces, ha escapado de ti.

El alivio aleteó en mi pecho como un pájaro.

Pero la sonrisa de Christian era amarga. Sentí que la sangre me ardía en las mejillas, y que el calor del fuego era casi insoportable. Rugía, siseaba, crepitaba en un torrente de sonido demasiado cercano.

-No exactamente -replicó Christian muy despacio-. No fue exactamente que escapara..., más bien la dejé ir...

-¡Respóndeme, Chris! ¡Respóndeme, o te juro que te mataré! La ira me hacía parecer ridículo.

-He tenido algunos problemas, Steve. La dejé ir. Los dejé ir a todos.

-Tu banda se revolvió contra ti.

-Pues ahora se están revolviendo en sus tumbas. -Dejó escapar una risita gélida-. Fueron muy estúpidos al pensar que podían derrotarme. Por lo visto, no conocían sus tradiciones. El Extranjero sólo puede morir a manos de su Sangre. Me honras, hermano. Me honras al haber recorrido un camino tan largo para acabar conmigo.

Sus palabras me golpearon como martillos. «Dejarlos ir», quería decir que los había matado. Oh, Dios, ¿había matado también a Guiwenneth? La idea dominó cualquier otro pensamiento racional. Por si no hacía bastante calor, ahora me abrasaba la ira, la llama roja del odio. Me precipité hacia Christian, esgrimiendo la espada. Él se echó a un lado, blandiendo su propia espada, riendo a carcajadas cuando el hierro chocó contra el acero. Volví a atacar, esta vez un golpe bajo. El sonido fue como el tañido de una campana. Y otra vez, un golpe hacia su cabeza... y otra vez, contra su vientre... A cada golpe, el brazo me dolía, pero Christian los detenía todos con sus propios golpes feroces. Agotado, me detuve y observé las sombras fluctuantes que el fuego proyectaba sobre su rostro salvaje y sonriente.

-¿Qué le ha pasado, qué le ha pasado a Guiwenneth? -pregunté, jadeante y dolorido.

-Vendrá aquí -replicó-. En su momento. Una chica hábil con el cuchillo...

Mientras hablaba, se abrió la camisa oscura y me mostró la mancha de sangre que se extendía sobre su vientre, lo que yo había tomado por sudor y suciedad.

-Buen golpe. No es fatal, pero casi. Por supuesto, me estoy desangrando..., pero no moriré... -Dejó escapar un gruñido-. ¡Porque sólo la Sangre puede matarme!

Al pronunciar aquellas palabras, una rabia animal se reflejó en sus ojos, y se lanzó contra mí con una velocidad prodigiosa, su espada invisible contra el fuego. La sentí cortando el aire a ambos lados de mi cabeza y, un segundo más tarde, mi propia arma me fue arrebatada de la mano. Salió volando hacia el otro lado del claro. Retrocedí tambaleante, y traté de agacharme para esquivar el cuarto golpe de Christian, que cortó el aire horizontalmente hacia mi cuello..., para detenerse en seco sobre mi piel.

Yo temblaba como una hoja, con los labios entreabiertos y la boca seca de miedo.

-¡Así que tú eres la temible Sangre! -rugió, con las palabras llenas de ironía y furia. -Tú eres el guerrero que viene a matar a su hermano. Las rodillas te tiemblan, los dientes te castañetean..., ¡una burla de soldado!

No podía responder nada. La hoja caliente me cortaba la piel del cuello con suavidad, cada vez más profundamente. Los ojos de Christian relampagueaban. Literalmente.

-Me temo que tendrán que rescribir la leyenda -murmuró con una sonrisa-. Has recorrido un largo camino sólo para ser humillado, Steve. Un largo camino para que tu cabeza termine clavada en tu propia espada.

Desesperado, me aparté de su arma y me agaché, rezando para que sucediera un milagro. Cuando volví a enfrentarme a él, me paralizó la máscara de terror que era su rostro, los dientes amarillos que brillaban bajo los labios entreabiertos. Blandió la espada de lado a lado, un borrón de velocidad y viento tan regular como el latido del corazón. Cada vez que pasaba ante mi rostro, la punta me tocaba los párpados, la nariz, los labios. Retrocedí rápidamente. Christian saltó en pos de mí, humillándome con su habilidad.

En menos tiempo del que se tarda en contarlo, me hizo caer de bruces, me lanzó un doloroso golpe a las nalgas, y me obligó a ponerme en pie, colocando el filo de la espada bajo mi barbilla. Como la otra vez, en el jardín, me empujó contra un árbol. Como la otra vez, demostró ser muy superior a mí. Como la otra vez, toda la escena tenía un marco de fuego.

Y Christian era un hombre viejo y cansado.

-No me importan las leyendas -dijo en voz baja.

Miró las rugientes llamas. El fuego arrancaba reflejos de la sangre y el sudor que cubría sus facciones. Se volvió hacia mí, hablando muy despacio, con el rostro muy cerca del mío, el aliento sorprendentemente dulce.

-No te voy a matar..., Sangre. Ya estoy por encima de la muerte. Ya estoy por encima de todo.

-No te entiendo.

Christian titubeó un momento, y luego, ante mi sorpresa, me soltó y se alejó. Caminó unos pasos en dirección al fuego. Yo me quedé donde estaba, agarrado al árbol para sostenerme en pie, pero consciente de que mi espada estaba cerca.

Christian no me miraba. Estaba ligeramente inclinado, como si sufriera mucho.

-¿Te acuerdas del barquito, Steven? -dijo-. ¿Del *Viajero*?

-Claro que sí.

Yo estaba atónito. ¡Vaya momento para ponerse nostálgico! Pero no era un simple recuerdo de tiempos mejores. Christian se volvió hacia mí, y una nueva emoción brilló ahora en sus ojos: la excitación.

-¿Te acuerdas cuando lo encontramos? El día que nos visitaba la tía. Aquel barquito salió del Bosque Ryhope como nuevo. ¿Lo recuerdas, Steve?

-Como nuevo -asentí-. Y seis semanas más tarde.

-Seis semanas -dijo Christian, soñador-. El viejo sabía algo. O creía saberlo.

Me aparté del árbol y me acerqué a mi hermano.

-En su diario, hablaba de la distorsión del tiempo. Fue una de sus primeras apreciaciones importantes.

Christian asintió. Había bajado la espada. El sudor le cubría el cuerpo. Parecía ausente, dolorido, casi tembloroso. Luego, volvió al presente.

-He pensado mucho sobre nuestro pequeño *Viajero* -dijo. Miró hacia arriba, escudriñó los alrededores.

-En este reino hay algo mucho más importante que Robín Hood y el Brezo. -Clavó la vista en mí-. Hay leyendas más importantes que las de los héroes. ¿Sabes qué hay más allá del fuego? ¿Sabes qué hay al otro lado?

No sin cierta dificultad, apuntó hacia detrás con la espada.

-Lo llaman Lavondyss -respondí.

Dio un paso hacia adelante con gran esfuerzo, apretándose el costado con una mano, y agarrando con la otra la espada a modo de bastón.

-Que lo llamen como quieran -dijo-. Es el Período Glaciar. ¡El Período Glaciar que cubrió Gran Bretaña hace más de diez mil años!

-Y más allá del Período Glaciar, el interglaciar, supongo. Y luego el siguiente Período Glaciar, y así consecutivamente, de vuelta a los dinosaurios...

Christian negó con la cabeza, y me miró con una seriedad mortal.

- Sólo el Período Glaciar, Steve. O eso me han dicho. Después de todo -una leve sonrisa-, el Bosque Ryhope es muy pequeño.

-¿Qué pretendes, Chris?

-Más allá del fuego está el hielo. Y dentro del hielo hay un lugar secreto. He oído historias y rumores sobre él. Un lugar para empezar de nuevo, para hacer algo con el Urscumug. Después, más allá del hielo, otra vez el fuego. Más allá del fuego, el bosque. Y después, Inglaterra, el tiempo normal. He estado pensando sobre el *Viajero*. ¿No recibió ni un arañazo mientras navegaba a través del reino? Seguro que sí. ¡Seguro que estuvo aquí mucho más de seis semanas! Pero ¿qué sucedió con los daños que sufrió? Quizá..., quizá desaparecieron. Quizá, cuando salió del bosque, el reino le quitó el tiempo que le había impuesto. ¿Comprendes lo que digo? ¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Tres semanas? ¿Cuatro? Pues, seguramente, fuera sólo han transcurrido unos pocos días. El reino te ha impuesto su tiempo. Y, quizá, si sales por el camino correcto, te lo quite de encima.

-Juventud eterna... -murmuré.

-¡En absoluto! -exclamó, frustrado por mi falta de capacidad para comprender-. Regeneración. Compensación. Yo tengo catorce o quince años más de los que tendría si me hubiera quedado en Refugio del Roble. Creo que el reino me libraré de esos años, y de las cicatrices, y del dolor, y de la rabia... -De repente, parecía como si estuviera implorándome-. Tengo que intentarlo, Steve. Ya no me queda nada.

-Has destruido el reino -le dije-. He visto la corrupción. Tenemos que luchar, Chris. Tienes que morir.

Durante un momento, no dijo nada. Luego dejó escapar un gruñido mezcla de frustración e inseguridad.

-¿De verdad podrías matarme? -preguntó con un tono tranquilo, amenazador.

No respondí. Él tenía razón, por supuesto. Seguramente, no podría. Lo habría hecho en el ardor del momento, pero tras mirar a aquel hombre herido, agotado, supe que sería incapaz de descargar el golpe.

Y aun así...

Y aun así, eran demasiadas cosas las que dependían de mí, de mi valor y resolución.

Empecé a sentirme mareado. El calor del fuego era agotador, insoportable.

-En cierto modo, me has matado -señaló mi hermano-. Todo lo que quería era a Guiwenneth, y no he podido tenerla. Ella te amaba demasiado. Me destruyó. La he buscado durante demasiados años. El dolor de encontrarla fue demasiado grande. Quiero salir del reino, Steve. Déjame marchar...

Sus palabras me sorprendieron.

-No puedo impedir que te vayas -dije.

-Puedes perseguirme. Necesito paz. Necesito encontrar mi propia paz. Tengo que saber que no irás detrás de mí.

-Entonces, mátame -repliqué bruscamente.

Se limitó a negar con la cabeza, con una carcajada irónica.

-Te has alzado de entre los muertos dos veces, Steve. Empiezo a tenerte miedo. Creo que no lo intentaré por tercera vez.

-Vaya, muchas gracias. ¿Está viva? -pregunté en voz baja. Christian asintió lentamente.

-Es tuya, Steve. Así se contará la historia. La Sangre tuvo compasión. El Extranjero se reformó y abandonó el reino. La chica del bosque se reunió con su amado. Se besaron junto a la gran piedra blanca...

Le miré. Le creí. Sus palabras eran como una canción que arranca lágrimas de los ojos.

-Entonces, la esperaré. Gracias por perdonarle la vida.

-Es una chica muy hábil -repitió Christian, tocándose la herida del estómago-. No me dejó elección.

Había algo en su tono...

Me dio la espalda y se alejó hacia el fuego. La idea de que por fin iba a despedirme de mi hermano, me impidió pensar en Guiwenneth por el momento.

-¿Cómo cruzarás las llamas?

-Tierra -dijo.

Me mostró su capa. Había llenado la capucha de tierra. Sostuvo la prenda como si fuera una honda y, con la mano libre, tomó un puñado de arena y lo lanzó contra el fuego. Hubo un chisporroteo y, de repente, las llamas se oscurecieron, como si la tierra hubiera ganado en el enfrentamiento.

-Es cuestión de decir las palabras adecuadas y lanzar suficiente arena como para dispersar las llamas -dijo-. Conozco las palabras, pero la cantidad de Madre Tierra sigue siendo un problema. -Eché un vistazo a su alrededor-. Como shamán, no soy gran cosa.

-¿Por qué no vas por el río? -le pregunté cuando empezó a hacer girar la capa-. Debe de ser mucho más sencillo. Es el camino que siguió el *Viajero*.

-El río está bloqueado para la gente como yo -explicó. La capa giraba ahora en un gran círculo sobre su cabeza.

-Además, querido Steven, lo que hay más allá del fuego es Lavondyss, Tir-nanOc. Avalon. El Paraíso. Llámalo como quieras. Es la tierra desconocida, el principio del laberinto. El lugar misterioso. El lugar vigilado, no contra el hombre, sino contra la curiosidad del hombre. El sitio inaccesible. El pasado desconocido u olvidado.

Sin dejar de hacer girar la capa, miró a mi alrededor.

-Cuando se ha perdido tanto en la oscuridad del tiempo, tiene que haber un mito que glorifique ese conocimiento perdido. -Avanzó hacia el fuego-. Pero, en Lavondyss, ese conocimiento todavía existe. Y allí es donde voy, hermano. ¡Deséame suerte!

-¡Suerte! -grité cuando lanzó la tierra de la capa.

Las llamas rugieron, se extinguieron y, durante un instante, entre los árboles calcinados, vi el territorio helado que se extendía más allá.

Christian corrió hacia ese camino temporal entre el fuego: un hombre alto, recio, apretándose la dolorosa herida. Estaba a punto de conseguir aquello que yo me había jurado impedirle..., salvo que ahora iba solo, no se llevaba a Guiwenneth. Aun así, la idea de lo que le sucedería en Lavondyss me resultaba intolerable. Desde el odio, yo había recorrido un círculo completo, y ahora se apoderaba de mí una tristeza inconmensurable al pensar que no volvería a verle. Quería darle algo. Quería algo suyo, un recuerdo, un trozo de la vida que habíamos perdido. Mientras lo pensaba, me acordé del amuleto en forma de hoja de roble que todavía llevaba al cuello, cálido contra mi pecho. Corrí hacia Christian, al tiempo que me arrancaba el cordón y liberaba la hoja de plata de su atadura de cuero.

-¡Chris! -grité-. ¡Espera! ¡La hoja de roble! ¡Te dará suerte!

Y se lo lancé.

Se detuvo y se dio la vuelta. El talismán de plata trazó un arco hacia él y, al momento, comprendí lo que sucedería. Observé, paralizado de espanto, cómo el pesado objeto le golpeaba en el rostro y le derribaba.

-¡i Chris!!

El fuego se cerró sobre él. Sonó un grito largo, aterrador. Luego sólo se oyó el rugido de las llamas. Alimentadas por la magia de la tierra, me separaron del terrible destino de mi hermano.

Apenas podía creer lo que había sucedido. Me dejé caer de rodillas, mirando el fuego, aterrado, temblando como si tuviera fiebre.

Pero no pude llorar. Por mucho que lo intenté, no pude llorar.

El corazón del bosque

Todo había terminado. Christian estaba muerto. El Extranjero estaba muerto. Su Sangre había triunfado. La leyenda tenía un final feliz para el reino. La destrucción y la enfermedad habían terminado.

Di la espalda al fuego y me encaminé por el bosque, entre los árboles, hacia la línea de nieve, valle arriba. A mi alrededor, un manto blanco cubría la tierra. La brillante piedra que se alzaba ante mí resultaba casi invisible bajo la capa de nieve. Pasé junto a ella, ya sin miedo de un enfrentamiento con los mercenarios de Christian.

Golpeé la piedra con mi espada. Si había esperado oír un sonido que recorriera el valle, me equivocaba. El ruido del golpe murió casi al instante, aunque no antes que mi grito, el nombre de Guiwenneth. Por tres veces la llamé. Por tres veces no recibí otra respuesta que el susurro de la nieve.

Quizá ya se hubiera marchado, o quizá aún no había llegado. Christian había dado a entender que la piedra era su destino. Pero ¿por qué se rió al decirlo? ¿Qué secreto me ocultó hasta la muerte?

Supongo que ya entonces lo sabía, pero tras el terrible viaje buscándola, era una idea demasiado dolorosa como para contemplarla. No estaba preparado para reconocer lo obvio. De todos modos, esa misma idea me ató a aquel lugar, me impidió alejarme. Pasara lo que pasase, tenía que esperarla.

Era lo más importante del mundo.

Durante una noche y un día, esperé en el refugio del cazador, cerca del monumento de Peredur. Encendí un fuego con madera de olmo para calentarme. Cuando dejó de nevar, caminé por los alrededores de la piedra, llamando a Guiwenneth. No sirvió de nada. Me aventuré valle abajo, tan lejos como me atreví, y contemplé desde los árboles la inmensa muralla de fuego, viendo como su calor fundía la nieve de los alrededores, para dar una sensación casi veraniega a aquel bosque, el más primitivo de los bosques.

Llegó al valle durante la segunda noche. Sus pasos sobre la alfombra de nieve eran tan suaves que casi no la oí. La luna estaba casi llena, la noche era luminosa y clara, y la vi. Era una forma encogida, frágil, que caminaba lentamente entre los árboles, hacia el imponente monolito.

No sé por qué, pero no grité su nombre. Me abrigué con la capa y salí de mi pequeño refugio, en pos de la chica. Parecía encorvarse más a cada paso. Estaba casi doblada sobre sí misma. La luz de la luna iluminó el monolito, convirtiéndolo en una especie de faro que le guiaba.

Llegó junto al lugar donde yacía su padre, y durante un momento se quedó allí de pie, mirando la roca. Luego, le llamó: tenía la voz ronca, rota de frío, de dolor, de puro agotamiento.

-¡Guiwenneth! -grité, saliendo de entre los árboles. Ella se sobresaltó, y se dio la vuelta.

-Soy yo, Steven.

¡Estaba tan pálida...! Tenía los brazos cruzados sobre el cuerpo, y parecía más pequeña que nunca. Su larga cabellera estaba lacia, empapada de nieve.

Me di cuenta de que temblaba. Cuando me acerqué a ella, me miró, aterrada. Entonces recordé cuánto debía de parecerme a Christian en aquel momento, vestido con pieles y luciendo una barba descuidada.

-Christian está muerto -le dije-. Yo le maté. Te he encontrado de nuevo, Guin. Podemos volver al Refugio. Podemos estar juntos, sin temer nada.

Volver al Refugio. La sola idea me llenó de una cálida esperanza. Una vida sin problemas, sin preocupaciones. ¡Oh, Dios, era lo que más deseaba en aquel momento!

-Steve... -dijo.

Su voz no era más que un susurro. Se derrumbó contra la piedra, doblada de dolor. Estaba agotada. El viaje había sido terrible para ella.

Me acerqué rápidamente a Guiwenneth, y la levanté entre mis brazos. Dejé escapar un gemido, como si le hiciera daño.

-No pasa nada, Guin. Hay un pueblo muy cerca de aquí. Podemos descansar todo el tiempo que quieras.

Metí las manos dentro del calor de su capa, y el corazón me dio un salto en el pecho al tocar algo frío, pegajoso, que le manchaba el vientre.

-¡Oh, Guin! Dios, no...

Al final, Christian había dicho la última palabra.

Con las pocas fuerzas que le quedaban, alzó la mano para tocarme el rostro. Tenía los ojos nublados, y su mirada triste se posó sobre mí. Apenas sentía los latidos de su corazón.

Levanté la vista hacia la piedra.

-¡Peredur! -grité, desesperado-. ¡Muéstrate de una vez!

La piedra siguió en silencio. Guiwenneth se acurrucó todavía más en mis brazos, y suspiró, un sonido leve en el frío de la noche. La estreché tan fuerte que creí que se iba a quebrar como una ramita. Tenía que conservar su cuerpo cálido, fuera como fuese.

En aquel momento, el suelo tembló ligeramente. El temblor se repitió. La nieve que cubría la piedra y las copas de los árboles cayó al suelo. Luego hubo otra vibración, y otra...

-Ya viene -dije a la joven silenciosa-. Tu padre. Ya viene. Él nos ayudará.

Pero el que apareció tras la piedra, con el cadáver inerte del fenlander en la mano izquierda, no fue el padre de Guiwenneth. No fue el fantasma del valiente Peredur el que se alzó ante nosotros, meciéndose ligeramente, con una respiración que era un siseo rítmico y ominoso en la oscuridad. Levanté la vista hacia los rasgos, iluminados por la luna, del hombre que había dado comienzo a todo aquello, y sólo tuve fuerzas para gritar amargamente mi decepción. Abracé más fuerte a Guiwenneth, inclinando la cabeza sobre ella, tratando de hacerla invisible.

Debió de quedarse allí durante más de un minuto, mientras yo esperaba que, de un momento a otro, me agarrara por los hombros y me matara. Al ver que no sucedía nada, levanté la vista. El Urscumug seguía allí, observándome, parpadeando, abriendo y cerrando la boca para mostrar los dientes brillantes. Todavía sostenía el cadáver del fenlander, pero con un movimiento repentino que me hizo estremecer, lo lanzó a lo lejos y se inclinó hacia mí.

Su roce fue más suave de lo que yo habría creído posible. Me cogió el brazo, obligándome a soltar mi presa protectora sobre Guiwenneth. La cogió y acunó su cuerpo en el brazo derecho, como un chiquillo que sostuviera un juguete.

Me la iba a quitar. La idea era demasiado insoportable, y empecé a gritar, sin dejar de mirar a mi padre entre las lágrimas que me nublaban los ojos.

Entonces, el Urscumug extendió el brazo izquierdo hacia mí. Le miré un momento y, de repente, comprendí lo que quería. Levanté el brazo hacia él, y su mano cubrió por completo la mía.

Así, caminamos alrededor de la piedra, sobre el manto de nieve, dirigiéndonos hacia los árboles... y hacia la muralla de fuego. ¡Cuántas cosas me pasaron por la cabeza mientras caminaba con mi padre! Su rostro no reflejaba odio, sino una tierna expresión de tristeza y compasión. En el jardín de Refugio del Roble, cuando el Urscumug me zarandeó tan fuerte, quizá intentaba devolver la vida a mi cuerpo. En el desfiladero, cuando mi padre titubeó, escuchándonos, quizá supo en todo momento dónde estábamos, y esperaba que nos adelantásemos a él. Siempre me ayudó a perseguir al Extranjero, nunca me atacó directamente. Cuando me necesitó, como me había necesitado todo lo que existía en aquel reino, redescubrió la compasión.

Mi padre puso a Guiwenneth sobre la tierra cálida. El fuego rugía hacia el cielo. Las ramas de los árboles demasiado cercanos a las llamas, caían incendiadas. Era un lugar extraño. Ante el calor de aquel infierno sobrenatural, empecé a sudar. Comprendí que era una lucha eterna: el muro de fuego nunca se movía, y los árboles que crecían demasiado cerca resultaban carbonizados. Los que hablan con las llamas, los primeros héroes reales de la humanidad tal como la entendemos hoy, mantenían aquel fuego imperecedero.

Pensaba que los tres íbamos a atravesar las llamas, pero me equivocaba. Mi padre me apartó a un lado.

-¡No me la quites! -le supliqué.

¡Que hermosa estaba, con el rostro enmarcado en pelo rojizo, la piel brillando a la luz del fuego!

-¡Por favor! ¡Tengo que ir con ella!

El Urscumug me miró. La gran bestia sacudió la cabeza lentamente.

No. Yo no podía ir con ella.

Pero, entonces, el Urscumug hizo algo maravilloso, algo que me daría valor y esperanza durante los largos años venideros, un gesto que viviría conmigo como un amigo durante el invierno eterno, mientras aguardaba con el pueblo neolítico de la aldea cercana, vigilando la piedra de Peredur.

Tocó con un dedo el cuerpo de la chica, y señaló la muralla de fuego. Luego, indicó que volvería. A mí. Ella volvería a mí, otra vez viva, mi Guiwenneth.

-¿Cuánto tiempo? -supliqué al Urscumug-. ¿Cuánto tiempo tengo que esperar? ¿Cuánto tardará?

El Urscumug se inclinó hacia ella y la alzó en sus brazos. La acercó a mí, y yo apreté los labios contra los labios fríos de Guiwenneth. Mantuve el beso largo rato, con los ojos cerrados, temblando.

Mi padre la protegió con sus brazos, y se volvió hacia las llamas. Lanzó un gran puñado de tierra contra la muralla y el fuego murió. Por un breve instante, atisbé las montañas a lo lejos. Después, la forma del jabalí cruzó los árboles calcinados hacia el reino sin tiempo. Al pasar, rozó un tronco ennegrecido que se asemejaba increíblemente a una figura humana, con los brazos alzados sobre la cabeza. La forma se desintegró. Un segundo más tarde, las llamas se alzaron de nuevo, y me quedé solo, con el recuerdo de un beso y la alegría de haber visto lágrimas en los ojos de mi padre.

Coda

En aquel tiempo, durante la vida de este pueblo, los hados enviaron al gigante Mogoch en una misión. Caminó hacia el norte sin descansar durante cien días. Así llegó a los límites más lejanos del mundo conocido, y fue a dar con la puerta de fuego que guardaba Lavondyss.

En el punto más alto del valle había una piedra tan alta como diez hombres. Mogoch apoyó el pie izquierdo sobre la piedra, y se preguntó por qué motivo le habrían enviado los hados tan lejos de los territorios de su tribu.

Una voz le llamó:

-Quita el pie de esa piedra.

Mogoch miró a su alrededor y vio a un cazador de pie sobre un montículo de rocas. El cazador le observaba desde abajo.

-No lo haré -respondió Mogoch.

-Quita el pie de esa piedra -gritó el cazador-. Es la tumba de un valiente.

-Lo sé -asintió Mogoch sin mover el pie-. Yo mismo le enterré. Puse esta piedra sobre su cadáver con mis propias manos. Encontré la piedra en mi boca. ¡Mira!

Y Mogoch sonrió, mostrando al cazador un gran agujero entre sus dientes, allí donde había encontrado la lápida del valiente.

-Bien, sea -dijo el cazador-. Supongo que está bien.

-Gracias -respondió Mogoch, contento de no tener que pelear contra el hombre-. ¿Qué gran hazaña te trae a la frontera de Lavondyss?

-Estoy esperando a alguien -dijo el cazador.

-¡Ah! -asintió Mogoch-. Espero que no tarde mucho.

-Sé que ella llegará pronto -respondió el cazador.

Y se alejó del gigante.

Mogoch cogió un roble para rascarse la espalda, y luego se comió un ciervo para cenar, preguntándose por qué habría sido enviado a aquel lugar. Después se marchó, pero llamó al valle *ritha muireog*, que significa «donde el cazador espera».

Más tarde, el valle fue llamado *imam uklyss*, que significa «donde la chica surgió a través del fuego».

Pero ésa es una historia para otros tiempos y para otras gentes.

EL AUTOR

Robert Holdstock nació en 1948 en el condado de Kent. En la actualidad reside en Londres, entregado por completo a la escritura desde 1976. Autor de novelas de ciencia ficción, su fama proviene fundamentalmente de *Bosque Mitago*, novela que presentamos al lector de habla castellana y que le ha convertido en uno de los escritores ingleses más importantes de la actualidad.

Bosque Mitago apareció por primera vez en forma de relato en 1981, en *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, y fue galardonado al año siguiente con el *World Fantasy Award* a la mejor narración. Su expansión a novela obtuvo nuevamente este galardón en 1985 y representó un éxito de público y de crítica sin precedentes en los últimos años, consagrándose como un auténtico libro de culto.

«Una de las fantasías más extrañas, bellas y apasionantes que haya leído nunca. Un libro maravilloso.»

Keith Roberts

«Aunque sólo lea un único libro serio al año, este año elija *Bosque Mitago*. Es, literalmente, mágico.»

Vector

«Un libro asombrosamente bueno.»

Locus

«Como el propio bosque, la novela de Holdstock es misteriosa, bella y absorbente.»

British Book News

«Es un libro de atractivo indescriptible. Un logro épico que merece ser leído varias veces.»

Spectator